

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

---

**PROLOGOS, DIALOGOS Y  
CRITICAS**

**grijalbo**



JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

**PROLOGOS, DIALOGOS  
Y CRITICAS**

**grijalbo**

Portada de IGNACIO CONSUEGRA BOLIVAR

Primera edición: 1995

Segunda edición: 1998

Tercera edición: 2000

Cuarta edición: 2000

Quinta edición: 2001

© 1995 EDITORIAL GRIJALBO S.A.

Carrera 20 No. 32-45

Bogotá, D.C. Colombia

ISBN: 958-639-112-4

Multiletras Editores Ltda. Bogotá, D.C.

Fotomecánica: Grafilíneas M.&M. Ltda.

Impresión: Editorial Linotipia Bolívar

Impreso en Colombia

# CONTENIDO

Pro-Prólogo de David Sánchez Juliao .....	9
Una carta de Isidro Parra Peña .....	12
Los mensajes de Josué de Castro .....	17
Una carta de Joao Lyra Filho .....	31
D. F. Maza Zavala y el pensamiento económico auténtico de Venezuela .....	33
Antonio García y el pensamiento económico colombiano .....	47
El legado de Prebisch .....	69
El pensamiento económico del Brasil y los enigmas del subdesarrollo latinoamericano (diálogos con Celso Furtado) .....	71
Los Orígenes del Subdesarrollo (diálogos con Alonso Aguilar) .....	95
La Ciencia Económica Contemporánea (diálogos con Oreste Popescu) .....	119
Un Diccionario del Trabajo Social para comprender lo escrito y entender lo escuchado (diálogos con Ezequiel Ander-Egg) .....	137
Dependencia y deuda externa .....	149
La Minería del Hambre, de Escalante .....	169
Las Memorias del Mestizaje, de Otto Morales Benitez .....	173
El Trabajo Social en la historia de América Latina (diálogos con Jorge Torres) .....	183
Los mulatos en la revolución de la independencia (diálogos con Juan Zapata Olivella) .....	197
La Gestión Municipal, de Alvarez y Meneses .....	213

El Parlamento por Dentro, de Jorge Biswell .....	219
Por una raza y un pueblo, de Calderón Mosquera .....	223
Los aspectos médico-jurídicos del aborto (diálogos con Leonello Marthe Zapata) .....	229
El aborto y la moral .....	237
Avalúos, moral y ética, de González Rubio .....	241
La universidad y la cultura .....	245
Defensa del Ministerio de la Cultura .....	249
Idioma y periodismo, de Palencia Caratt .....	251
Tambores en la Noche (diálogos con Jorge Artel) .....	253
El tierno relato del amor, de Bustos .....	265
Ortegón Páez y su escalatina del amor .....	269
La cultura vallenata contada por un vallenato .....	273
Cartas desde las trincheras .....	299
Obregón y la pintura colombiana .....	307
El Obregón que conocí de lejos .....	313
Joven como su poesía .....	315
La poetisa emerge de la luz para tomar de la mano los caprichos en un intento de precisar la tarde .....	319
El poemario de un mundo nuevo .....	323
Si un verso avala a un poeta, un poema lo enaltece .....	327
Un asomo de sombra en la imaginación .....	331
Bolívar y la gratitud .....	335
El colonialismo intelectual .....	339
Sobre los homenajes .....	343
La Nochebuena se viene... ..	347
Las memorias rebeldes de don Roberto Carbonell .....	351
Los escritores costeños, los comejenes y Abel Avila .....	357
Los Cantos, Cuentos y otros sueños de Gustavo Raad .....	365

# Pro-Prólogo

*Doña Anita Bolívar de Consuegra me solicita algo que no podría ocurrírsele sino a ella: que escriba el prólogo a un libro de prólogos de su esposo José Consuegra Higgins.*

*Irremediablemente, sonrío; y mi primer impulso consiste en pensar: “¿Y a quién solicito que escriba el prólogo a mi prólogo?”. Imagino la respuesta que a esa pregunta daría el mismo José. Esa respuesta iría acompañada de varios ingredientes: un puñado de información, dos cucharadas de brillantez, tres pizcas de música y unas uñitas de humor; y cantidades, grandes cantidades de erudición. Porque todo eso junto es José; no sólo para la respuesta que yo imagino, sino para todas las respuestas y todas las preguntas. Ya que, no se crea lo contrario, José Consuegra Higgins no es ese tipo de latinoamericanos, planos, pasivos, receptores, transmisores de fáciles fórmulas de solución, ilustrados loros que, como heraldos de mundos ajenos, acogen la senda facilista del remedio boreal para enfermedades tropicales. No. Pese a su acentuación en las realidades propias, a su constante exaltación de la cotidianeidad, a su ethos caribe, y al convencimiento de que toda duda sobre la condición humana se resuelve desde la visión de la propia aldea, José Consuegra Higgins es un hombre universal; lo que significa que es un hombre capaz de identificar el conflicto. Pero sin cambiarse de alma, ni de guayabera.*

*Es decir, que la tan en boga posmodernidad trata en Barranquilla (y más específicamente en Pradomar, su torre de bahareque, no de cristal) de encontrar en José una respuesta caribe, entre el salitre y frente al mar. Se pregunta el narrador y filósofo Alvaro Pineda Botero: “¿Cómo explicar el mundo que nos ha tocado en este final del milenio? ¿Cómo ejercer nuestro oficio en un entorno multicultural?”. A esta pregunta responde Consuegra Higgins con la acción de su pluma y el dinamismo de su liderazgo, como el más importante promotor cultural de la Costa colombiana. Desde allí –y continúa la metáfora–, desde su torre de bahareque; que no es en realidad de tal material, pero como si lo fuera, en la medida de su metaforización implica un contacto con la propia verdad y una auténtica expresión de la raizalidad universalizada.*

*Tan claras tiene las cosas este “barranquilloso post-moderno” (en préstamo desde Isabel López, su aldea) que, como narrador espléndido o como filósofo, le da la vuelta a las cosas, desvistiendo las convenciones, desaceptando lo aceptado, desmitificando lo deificado, y convirtiendo –como el Mago Borletti– una moneda de dos caras, en una moneda de dos veces la misma cara.*

*Todo ello aparece, prístino y transparente en una anécdota narrada en su libro “Las sorpresas del tiempo”, y que insinúa: entró José con unos amigos a aquella sesión de sabios en la Academia de Atenas, y trabó conversación con los académicos. Luego de conversar durante unos minutos sobre La República y los Diálogos de Platón, un académico griego –sorprendido– le manifestó: “Es usted un erudito”. Y Consuegra replicó: “Erudito, no: subdesarrollado”. Y tenía razón –anota José–. Porque una de las características del subdesarrollo, con su elocuente arista de la dependencia intelectual, es saber más de lo ajeno que de lo propio. Aquella respuesta de José era al mismo tiempo una tesis de grado y un proyecto de vida. Y una genial manera de ver las cosas desde la perspectiva de la moneda trucada de Borletti. Admiro eso en Consuegra, a más de otras muchas cosas: que ha sido capaz de des-educarse. Un intelectual latinoamericano “bien educado”, se habría tragado el cuento de que en verdad: era un Erudito, con mayúscula.*

*Para quien lo prologa, y para aquellos a quienes él ha prologado, el profesor Consuegra —como le llamamos, luego de sus múltiples doctorados— es un paradigma. La mayoría de nosotros no somos barranquilleros. Es paradójico, pero no tanto. La esencia de Barranquilla, o al menos, la llamada “esencia currambra” poco tiene que ver con José. Consuegra se parece demasiado a su gente para ser respetado y admirado como debiera; y para haber sido, como ha debido ser, declarado —como Guillén en su tierra— monumento vivo. Todo ello tiene que ver con los deteriorados niveles de autoestima en el entorno, con la inversión de valores imperante, y con la categoría mental que dicta la norma de que se es más importante en la medida en que uno menos se parezca a uno mismo, y a los suyos. Pero es tan grande, tan gigantesco, el amor del filósofo por lo suyo propio, que corre los riesgos que implica el permearse de la química local. El sabe, sin embargo, como lo sabemos todos, que tarde o temprano, con sus enseñanzas, y con aquellas de los maestros que fueron y serán, nuestro pensamiento, nuestro sentir, nuestro ethos, será reconstruido; y así podremos partir al encuentro de lo que somos, abriéndonos paso —a machete limpio, si se quiere— por entre la selva del pensamiento dependiente, de las soluciones alienantes, de la hueca retórica imperante, de la mentira aceptada y compartida, y del vergonzoso complejo de no parecemos al amo de turno.*

*En todos aquellos a quienes José Consuegra Higgins ha prologado, o con quien imaginariamente en este libro ha dialogado, tanto como en quien a él —y de rebote, como en el billar, a los otros— prologa, está viva la simiente del profesor y del maestro. A veces, como simple influencia; y otras veces, como resultado de una dialéctica operación de vasos comunicantes, en la que el maestro aprende del discípulo, y luego procede a entregar lo aprendido, de manera que ambos —enseñante y enseñado— puedan apropiarse el mutuo progreso a nuevos niveles de entendimiento. Ese trasiego, esa operación, es fácilmente advertible en este libro de prólogos, al que he tenido que sentarme a hacer un prólogo. Y bien, lo hago, no sin antes advertir a doña Anita, que habría sido más fácil sentarme con José, amigo y maestro, en su terraza de Pradomar, entre el salitre y frente al océano, a contar el cuento del gallo capón.*

DAVID SANCHEZ JULIAO,  
Bogotá, enero de 1995

## UNA CARTA

Bogotá, enero de 1995

Señora doña  
ANITA BOLIVAR DE CONSUEGRA  
Barranquilla

Muy apreciada Doña Anita:

*David Sánchez Juliao, Raúl Alameda, Jorge Child, Otto Morales Benítez, Abdón Espinosa Valderrama, Julio Silva Colmenares y otros amigos de la Academia me han contado que José piensa comenzar el año entregándonos dos libros, y aunque no inéditos, estoy seguro de que serán bien recibidos por sus colegas y lectores.*

*Me refiero a sus prólogos, diálogos imaginarios y críticas literarias, y a los Apuntes de Economía Política, este último tan necesario en nuestras universidades.*

*El amigo Jorge Pérez, Gerente de la Editorial Grijalbo, me ha facilitado una copia de la compilación de "Prólogos, Diálogos y Críticas", y con el deleite del pasado he vuelto a encontrarme con el fácil decir del compañero de idearios y sueños.*

Recuerdo que comenzando la llamada década perdida de América Latina de los años ochenta, José se dio al empeño de compilar y publicar una antología del pensamiento económico y social de América Latina, APESAL, con unos veinte o treinta libros fundamentales, en los cuales habrá de condensarse lo más representativo de las contribuciones de nuestros pensadores. De dicha Colección la prestigiosa casa editorial Plaza & Janés, ha publicado ya once volúmenes con lo más reconocido de Josué de Castro y Celso Furtado, del Brasil; Raúl Prebisch, Oreste Popescu y Ezequiel Ander-Egg, de la Argentina; Alonso Aguilar, de México; D.F. Maza Zavala, Salvador de la Plaza, Armando Córdoba, Francisco Mieres, José Moreno Colmenares, José Silva Michelena, Gastón Parra, Pompeyo Márquez, Héctor Malavé Mata, Teodoro Petkoff, Ramón Lozada Aldana y Max Flores Díaz, de Venezuela; Salvador Brand, de El Salvador; y Antonio García, de Colombia.

Y es que América Latina cuenta con una tradición intelectual enorgullecadora. El investigador y erudito doctor Oreste Popescu, por ejemplo, en uno de dichos volúmenes se encarga de analizar el valioso legado de nuestros economistas desde los primeros tiempos de la etapa colonial. Así, la teoría cuantitativa de la moneda, tan de moda en estos tiempos de neoliberalismo, fue expuesta con anticipación y mayor claridad por los analistas de los fenómenos de los precios de los sitios cercanos a las ricas minas de oro y plata en Perú, México y Bolivia. En mi libro *El Pensamiento Económico Latinoamericano* me encargo de enjuiciar el significado del despertar de los años cuarenta, cuando la Cepal comenzó a irradiar una grande y revolucionaria agitación conceptual alrededor de los problemas de nuestras economías, al punto de constituirse en la primera escuela de pensamiento económico autónomo y originaria de los países subdesarrollados en el presente siglo, que supo sentar las bases de la concientización alrededor de las circunstancias de desmedro y desventaja de ellos en sus relaciones con los centros dinámicos del sistema capitalista.

Recuerdo que para el Volumen 3 de la Colección APESAL, José Consuegra pensó que yo podría hacer una apropiada selección de los trabajos escritos de don Raúl Prebisch, y respondí al desafío con empeño y dedicación deleitosos. Años atrás, cuando comencé a formarme como economista, recibí las influencias de Prebisch, primero con su libro "Introducción a Keynes", y de inmediato con toda su famosa

obra que se conoce como la teoría Prebish-Cepal, que se inicia con el Informe Económico de América Latina de 1949, también llamado Manifiesto de la Cepal. En esa valiosa fuente aprendí el significado de la “periferia” en un esquema de relaciones con los centros dominantes.

Gracias a lo que ahora llamo buena suerte, trabajé dentro de los cuadros de la Cepal, y allí tuve la oportunidad de conocer de cerca a don Raúl. Siempre consideré de gran acierto y muy oportuno su ideario, el cual supo acompañar de acciones prácticas que se concentraron en formidables realidades internacionales. Instituciones como la Cepal se identifican con su nombre, y por supuesto, también, la fenecida Unctad. No fue por ello para mí difícil acometer la tarea de escudriñar su magna obra intelectual para presentar una antología de lo más representativo de su pensamiento. Cuando tuve seleccionado el material, José me solicitó que escribiera el prólogo que, por cierto, es el único de dicha Colección que él no ha escrito.

Entonces, ante todo, me advirtió que procurara hacer una presentación del autor destacando lo más valioso de su obra intelectual, con libertad para disentir, pero eso sí, con el respeto indispensable y sin pretender ser en últimas el poseedor de la verdad absoluta. Precisamente, es esta, en mi criterio, una manera muy original de los prólogos escritos por mi amigo José Consuegra Higgins, con diálogos imaginarios que le permite polemizar con los autores y sentar su propio criterio en la discusión teórica. Tanto es así que algunos economistas, como es el caso del maestro Raúl Alameda, Secretario Perpetuo de nuestra Academia, en su reciente libro “Las Políticas Macroeconómicas en América Latina”, las citas que hace de José, son tomadas de los prólogos escritos en la Antología, precisamente los que se recogen en el presente libro.

Muchas veces he escrito sobre José para referirme a su originalidad. Su nuevo enfoque en el tema de la inflación, el análisis crítico al neomalthusianismo, la utilización de la literatura en el mundo de las añoranzas y recuerdos para exponer tesis económicas, etc., han sido motivo de mis comentarios y reconocimientos. Ahora, al festejar la buena ocurrencia de la Editorial Grijalbo al compilar en un volumen los prólogos, diálogos y críticas, sólo me resta decir que buena parte

*de este libro se refiere a temas económicos expuestos en la línea del pensamiento latinoamericano crítico, autónomo y autóctono.*

*En los prólogos, mediante diálogos imaginarios con los autores, se avanzan agudos análisis y atinados comentarios, de suerte que revelen lo valioso de las contribuciones al pensamiento científico social, como también la independencia en los juicios.*

*Y no me cansaré de repetir que entre los muchos mecenazgos y apoyos que José Consuegra Higgins a toda hora ofrenda a la cultura y a la inteligencia, resalta la tarea divulgadora, al auspiciar la edición de libros y dirigiendo y distribuyendo en bibliotecas universitarias y centros de documentación e investigación del mundo, su famosa revista *Desarrollo Indoamericano*, órgano oficial de los pensadores en el saber económico y social de América Latina. En cuanto a la ya mencionada *Colección Apesal*, en buena hora y para fortuna de nuestra identidad, se anuncia la pronta continuación del empeño. Seguiremos, pues, doña Anita, deleitándonos con promisorios frutos de enseñanza en la prosa sabia y amena de nuestro maestro y amigo.*

*Reciba el saludo de Dora y de su amigo y servidor,*

*ISIDRO PARRA PEÑA  
Presidente de la Academia Colombiana de  
Ciencias Económicas.*



# LOS MENSAJES DE JOSUE DE CASTRO

En una carta que me escribió desde Inglaterra hace unos días André Gunder Frank, me recordaba que han pasado ya tres lustros desde la tarde en que, en su casa de México, en tertulia con Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Jesús Silva Herzog, Gastón Parra, Gumersindo Serge y otros amigos, anunciaba mi propósito de editar una revista que pudiese cumplir el papel de servir de órgano de expresión del pensamiento económico y social auténtico de América Latina. Posteriormente, el Congreso de Economistas, que para entonces se llevaba a cabo en esa ciudad, me encomendó esa misión.

Así nació **Desarrollo Indoamericano**, en cuyas páginas se ha publicado buena parte del aporte de los científicos sociales de nuestro subcontinente.

Años después, en el prólogo de uno de sus libros, el erudito Oreste Popescu conceptuó que **Desarrollo Indoamericano** expresaba un nuevo estilo en la divulgación del pensamiento económico y social de América Latina.

Y no es que antes de la década del sesenta no se publicasen importantes revistas en el campo de la ciencia social. Naturalmente que sí. Por cierto, revistas como **Trimestre Económico**, de México, y **Amauta**, del Perú, para sólo mencionar dos, formaban parte de la historia editorial científico-social de nuestros países. Pero **Desarrollo Indoamericano**

presentó la característica de dedicar sus páginas exclusivamente al análisis de los problemas de América Latina, y de mostrarse como tribuna abierta a todas las corrientes, siempre y cuando el material de sus colaboradores respondiese al estudio de nuestra realidad concreta y a la formulación de deducciones teóricas en favor de la liberación y el desarrollo de nuestros pueblos.

Es así como en la nómina de sus colaboradores han estado los representantes de la escuela cepalina, del marxismo, del integracionismo, etc. Lo que ha importado es que en cada estudio se denuncian los problemas del subdesarrollo y la dependencia, con el objeto de que los hombres comprometidos con el destino de América Latina encuentren en sus páginas la información que contribuya a sus realizaciones.

Naturalmente, ha sido esta una tarea difícil. La dependencia, en una de sus facetas –la intelectual e ideológica– ensombrece los horizontes.

No sólo entre el tumulto penetra fácilmente el legado deformador de manifestaciones artísticas decadentes y de ideologías ajenas a nuestras conveniencias, sino también en los mismos centros de actividad intelectual. Las universidades, por ejemplo, son claros muestrarios de ausencia de compromiso con la autenticidad, de carencia de respeto por lo nativo, de poca valoración de las raíces, de desconocimiento del aporte científico de sus propios investigadores.

En todas partes, como consecuencia de esa dependencia, se da una especie de desprecio por lo nuestro, mientras de manera cándida se acepta todo lo extraño. Tal vez la mejor manifestación de ese fenómeno se puede apreciar en la alineación: los jóvenes estudiantes se organizan en líneas o grupos, dizque revolucionarios, que pretenden inspirarse en las experiencias de lejanos países, exactamente igual a las sectas ridículas imitadoras de religiones misteriosas de Asia, que se ven por las calles de las grandes ciudades, con vestidos y peinados que asustan a los presurosos peatones.

Mi experiencia como rector de universidades y decano de facultades de ciencias económicas, ha sido testimonial: es difícil encontrar profesos-

res para las cátedras de economía o sociología nacional, historia económica o social de América Latina, etc., mientras abundan los profesores de economía general, sociología general y doctrinas económicas o sociales extranjeras. Este hecho responde a una formación dependiente en el campo de la ciencia social: educadores que sólo han conocido los textos elaborados en otros continentes, tienen que limitarse a divulgar esos conocimientos con la ayuda del adecuado y simplista instrumento de los manuales.

En nuestros días, decía yo alguna vez en reportaje concedido al poeta Jorge Artel, en la universidad se tropieza con el problema de la cultura dependiente del manual. Esto es, del texto importado, escrito por autores extranjeros para sus países, y para los estudiantes que ellos aspiran a formar como soldados vigilantes de sus intereses.

La cultura del manual engendra el dogmatismo y descarta la adecuada interpretación de los fenómenos concretos. Por eso, algunas veces, tanto en el profesorado como en los núcleos estudiantiles, las llamadas "líneas" corresponden a grupos matizados bajo los moldes rígidos de la síntesis esquemática de dichos manuales. Se llega hasta el caso desconcertante de que muchos profesores imponen textos donde vienen transcritas las preguntas y respuestas que deben aprender y dar los estudiantes, convirtiendo así la ciencia social en vulgar apologética de las estrategias y preceptos doctrinarios de las metrópolis.

Y lo lamentable es que la dependencia domina de tal manera que muchas veces los dóciles divulgadores de esquemas exóticos actúan sin la complicidad de honestos autores: se cuenta que un admirador de Samuelson le decía entusiasmado que en América Latina los profesores utilizaban como texto guía su famoso libro. Y él respondió: "¡Qué extraño, porque mi libro recoge la teoría para la política económica de un país desarrollado como Estados Unidos, que debe ser tan distinta de la de los países subdesarrollados!".

En el año de 1965 se reunieron en México los economistas de América Latina y firmaron un documento que enarboló las banderas del compromiso en la lucha de la independencia de la ideología social. En una célebre declaración –tal vez el documento más importante de la insurgencia

del pensamiento económico contemporáneo de América Latina— se dejó constancia de que la teoría económica y social interpretativa del subdesarrollo y la dependencia de nuestros países, además de superficial y tendenciosa, no explicaba correctamente la causa de los problemas, ni podía, en consecuencia, servir de fundamento a una política adecuada. Desde entonces se ha venido tomando conciencia alrededor de la responsabilidad que recae sobre el investigador latinoamericano en el compromiso de estudiar su realidad para indagar causas y enunciar diagnósticos.

Más aún, en el concepto tradicional de la universalidad de la ciencia social se ha entrado a diferenciar lo abstracto de lo concreto. De esta manera, aunque se considere que la ciencia en su conjunto constituye un patrimonio de la humanidad, se clarifica que la ciencia social se entrelaza al momento histórico, al espacio geográfico y a la conducta política, para determinar una estrategia y un expresar teórico. De ahí que se hable de una teoría económica, sociológica o política de América Latina, que viene a corresponder al aporte de nuestros estrategos, para conveniencia de nuestros intereses, en el conjunto de la ciencia social universal.

Hasta la década de los cuarenta, recordaba yo en conceptos emitidos para la revista **Problemas del Desarrollo**, de la Universidad Autónoma de México, poca atención se le daba a la inquietud de divulgar los aportes de los que defendían la necesidad de una verdadera ciencia económica para la explicación y comprensión de nuestros problemas. Todo lo que como tal se estudiaba y practicaba, vale decir, el conocimiento teórico, y la aplicación de conductas que generosamente podríamos calificar de política económica, formaba parte de un legado formal de una economía política prestada, trasplantada o importada. La teoría económica, que respondía exclusivamente a la enunciación de los fenómenos económicos de condiciones históricas, políticas y espaciales de los países europeos, la recibían nuestros estudiosos —por cierto en su mayoría abogados o “hacendistas”— ya en las universidades foráneas o a través de los tratados, para recitarlas más tarde con pureza e ingenuidad ejemplar. Más aún, se aceptaba —por dependencia intelectual y por interés clasista, tal como sucede en nuestros días con los neoliberales voceros de la llamada Escuela de Chicago y de las multinacionales— la universalidad de unas teorías que sólo respondían a las interpretaciones de un momento histórico y a los intereses de las naciones dominantes. Se confundía la

concepción abstracta de una ciencia con las teorías explicativas de hechos concretos, enunciados en razón de un proceso particular y para conveniencia de ese mismo proceso.

Y todavía en los textos extranjeros de los países dominantes se pretende considerar que la política económica mercantilista, que tanto aportó al surgimiento del capitalismo europeo, a costa de todo un nuevo mundo conquistado y expoliado, fue la iniciación doctrinaria de una ciencia universal; y al bagaje teórico del liberalismo, que afianzó en la práctica el dominio de ese continente en la etapa industrial, se le rotuló, en sus principios librecambistas, con una apariencia maliciosamente neutral –laissez faire, laissez passer– que en realidad respondió a la dinámica de una etapa particular del capitalismo.

Incluso, su estrategia teórica del crecimiento económico interno –de la división del trabajo– se amplió también a escala internacional, confirmando los supuestos comentados: lo que se presagiaba como equitativo en las relaciones comerciales del mundo, bajo el respaldo del análisis “científico” de la especialización internacional del trabajo, de los costos comparativos, etc., sólo sirvió en la práctica para afianzar la división entre países industrializados y países productores de materias primas.

Posteriormente, la llamada nueva teoría económica del capitalismo de los años treinta, que pomposamente se autodenominó “teoría general” –y se pregonó con ribetes de panacea universal–, en verdad era la pretendida respuesta a una situación anormal, con soluciones a corto plazo de crisis endémicas propias del sistema en aquellos países denominados centros cíclicos, que ante la realidad del desempleo de los recursos, contemplaban el derrumbe de las creencias de los ajustes espontáneos.

Por eso no es temerario afirmar que las doctrinas económicas y de otras ciencias sociales –sociología, política, administración, etc.– europeas y norteamericanas, que hasta ahora nos han influido, poco tienen que ver con nosotros, y, por tanto, no pueden aceptarse como el legado universal de las ciencias sociales sino más bien como la teoría explicativa de los fenómenos del crecimiento económico de esos países, y como la estrategia particular de su política, su modelo y sus conveniencias.

Dentro del patrimonio de la ciencia económica universal corresponde a nosotros, economistas de América Latina, enunciar los preceptos teóricos de la estrategia de nuestro desarrollo. Y ese hecho sólo puede suponerse a través del estudio consciente y científico del proceso histórico y de la realidad actual.

Antonio García reclamaba en uno de sus escritos la necesidad de escribir la economía política de los países subdesarrollados. En verdad, pienso yo, el compromiso debe extenderse a toda la ciencia social. Hay que continuar escribiendo la ciencia social de nuestros países. Porque así como los economistas, también los sociólogos, los administradores públicos, los psicólogos e ideólogos, etc., han comprendido el reto del momento histórico.

Para el caso de América Latina la cuestión exige el estudio científico de las causas históricas de la situación actual, y la formulación de las teorías valederas para un desarrollo social independiente y justo, naturalmente comprometido con el destino de sus masas trabajadoras.

El supuesto anterior no puede interpretarse de manera subjetiva, imaginando que los investigadores, previa y aisladamente, se dediquen a armar modelos para el logro de determinados objetivos. La noción debe entenderse bajo un punto de vista dinámico y dialéctico. Tan sólo si reposa en el planteamiento inmodificable –ese sí doctrinario y definitivo– de que la estrategia del desarrollo ha de ser el fruto del estudio e interpretación de los fenómenos que nos agobian: si se ha llegado al convencimiento de que las teorías expuestas por los economistas de los países dominantes no explican satisfactoriamente las causas del subdesarrollo, ni mucho menos señalan conveniencias para estrategias que pudiesen asegurar el anhelado desarrollo del futuro, corresponde a nuestros estudiosos comprometidos con la acción liberadora formular los planteamientos teóricos indispensables.

Partiendo del fundamento de que sólo nosotros mismos podemos señalar el camino, esa estrategia se irá enriqueciendo a medida que los cambios revolucionarios de una nueva organización social así los determinen. América Latina, decía Andrés Bello, tiene un camino: su propio camino. Y el gran Pablo Neruda, al cantar a nuestros pueblos, sentenció:

“La libertad de América Latina será hija de nuestros hechos y de nuestros pensamientos”.

Estas disquisiciones sobre la ciencia social son también valederas para la cultura en general.

Equivocada o tendenciosamente en nuestros países, se suele, en aras de falsos conceptos de cultura universal, despreciar los valores autóctonos.

Como observa con acierto Darcy Riveiro: “el cosmopolitismo es, para algunos latinoamericanos, la actitud opuesta, de miopía y de complejo de inferioridad hacia los contenidos nacionales de su cultura, y de exaltación hacia los pueblos avanzados, y de ingenuidad y complacencia frente al carácter expoliativo de los vínculos de dependencia externa”.

En el fondo, como comentaba con agudeza Jaime Sarusky, se teme al significado de que cada pueblo descubra el valor de su propia creación. “Porque si los africanos, asiáticos y latinoamericanos (los pueblos subdesarrollados) son capaces de manifestarse con una auténtica cultura propia, también son capaces de manifestarse y expresarse con una auténtica política propia”.

La cultura no puede medirse por la capacidad para imitar, copiar o repetir lo ajeno. Ni muchas veces la información y eruditismo sobre las realizaciones de las culturas foráneas son suficientes para calificar el nivel cultural de las personas o de los pueblos. Por el contrario, en ciertas ocasiones, cuando se hace gala del legado cultural ajeno y se desprecia lo vernáculo, sólo se disimula una ignorancia pedante, o se pone de manifiesto un alto grado de dependencia. Es por eso por lo que en los círculos de las clases dominantes de los países dependientes se conocen más la historia y la cultura extrañas que el propio aporte de su ancestro.

Cierto es que la cultura, en su acepción universal, constituye un patrimonio del mundo. Pero el deber y la misión de cada pueblo en particular, especialmente en las etapas de liberación, es aportar y valerse de su ciencia, su arte y su técnica, para participar con su cuota al enriquecimiento

de esa cultura. Es de plátano y hasta amargo nuestro vino, pero es nuestro, solía cantar Martí, cuando clamaba por el regreso a las raíces en defensa de los esfuerzos que deben señalar el camino independiente que nos corresponde.

Porque sólo así, entendiendo el mensaje de la autenticidad y del compromiso creador con la ciencia y la cultura propias, puede aprovecharse y valorarse mejor los legados de las culturas de otros pueblos y las experiencias de su historia.

De ahí que la labor de la compilación, divulgación y análisis de los estudios de los investigadores sociales la he tomado siempre como aporte en la tarea que me corresponde como hombre de América Latina.

Y desde hace cinco años, en un afán de complementar la inquietud adelantada en **Desarrollo Indoamericano**, en la cátedra y en mis libros, he trabajado en el proyecto de promover la edición de la primera **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina**.

En esta colección, que cuenta ahora con la asesoría editorial de Virgilio Cuesta, gerente de Plaza y Janés y el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar, se publicarán aproximadamente unos treinta volúmenes con selecciones de trabajos o libros enteros de los teóricos sociales de América Latina de este siglo, y de algunos de sus ideólogos: José Ingenieros, Aníbal Ponce, José Carlos Mariátegui, Josué de Castro, Alejandro Lipschütz, Raúl Prebisch, Celso Furtado, Oreste Popescu, André Gunder Frank, Antonio García, Alonso Aguilar, D.F. Maza Zavala, Manuel Agustín Aguirre, Pablo González Casanova, Manuel Maldonado Denis, Fernando Carmona, Salvador de la Plaza, Carlos Rafael Rodríguez, Rafael Menjivar, Rodolfo Stavenhagen, Orlando Fals Borda, Salvador O. Brand, Raúl Alameda, Otto Morales Benítez, Abdón Espinosa Valderrama, Briceño Perozo, Jorge Child, Isidro Parra Peña, Ernesto Guevara, Luis Eduardo Nieto Arteta, Jesús Silva Herzog, Lázaro Cárdenas, Gerardo Molina, Jorge Eliécer Gaitán, Belisario Betancur, Armando Córdoba, Francis Mieres, Gastón Parra, Héctor Malavé Mata, Ruy Mauro Marini, Osvaldo Sunkel, Ramón Martínez Escamilla, Saúl Osorio Paz, Virgilio Roel, Humberto Espinosa Uriarte, Salvador Allende, René Báez, Pedro Vuscovic, Marcos Kaplan,

Teotonio Dos Santos, José Luis Cecceña, Anibal Quijano, Fernando Cardozo, Anibal Pinto, Eduardo Galeano, Ezequiel Ander-Egg, y muchos otros.

Dos propósitos fundamentales respaldan la presente iniciativa: primero, compilar los aportes más significativos del pensamiento económico y social de América Latina, para que a los estudiosos de la materia –catedráticos, estudiantes y lectores en general– se les facilite la adquisición de estudios dispersos en las diferentes regiones de nuestro subcontinente, y a quienes, por las razones propias de la incomunicación que determina la dependencia, se les dificulta el conocimiento de la obra científica de nuestros investigadores. Segundo, dejar constancia de la contribución de dichos investigadores, y rendir un homenaje a quienes han dedicado sus esfuerzos a enriquecer el pensamiento económico y social.

Con la existencia de una colección antológica de nuestro pensamiento social, los historiadores y escritores científicos podrán contar en el futuro con mejores oportunidades para escribir los tratados sobre la historia de las doctrinas económicas o sociales, o los libros de Economía, Sociología, Política, etc., de América Latina. Hasta ahora, por ejemplo, se han escrito libros sobre el pensamiento económico y social de varios países latinoamericanos en particular –como los de Oréste Popescu, sobre Argentina y Bolivia; los de Diego López Rosado, sobre México– pero poco se ha hecho sobre el conjunto de América Latina. Otros consagrados historiadores, como son Jesús Silva Herzog y Manuel Agustín Aguirre, han publicado estupendos estudios sobre las doctrinas económicas europeas y norteamericanas, pero apenas con ligeras referencias sobre lo nuestro. Y la verdad es que, en el campo de la interpretación de la realidad latinoamericana, los análisis y sugerencias de fenómenos y materias como la dependencia, el subdesarrollo, la integración, la inflación, el comercio internacional, etc., no son sólo originales sino abundantes.

\*\*\*

Se inicia la colección **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina** con el presente volumen titulado **MENSAJES**, de Josué de Castro.

Josué de Castro ha sido calificado como el primer pensador social contemporáneo de América Latina. Infatigable estudioso de los problemas de los países explotados, asombró al mundo con sus investigaciones sobre el hambre. Decir Josué de Castro es pensar en la más noble cualidad del hombre. Su vida ejemplar de humanista, de caballero de las causas nobles, de indomable soldado de la justicia social, lo colocan entre los grandes de la humanidad en este siglo. En su existencia de trabajador infatigable recibió la admiración de los pueblos y galardones como el Premio Internacional de la Paz y la Gran Cruz del Mérito Médico. Fue presidente de la FAO, de la Asociación Mundial de Lucha contra el Hambre, del CIME, del Centro Mundial para el Desarrollo, y murió en Francia al frente de su cátedra en la Universidad de París, en pleno vigor intelectual, pero acongojado por el destino de su patria, el Brasil, gobernada por militares que lo mantuvieron en el exilio y lo despojaron de sus derechos ciudadanos.

Triste historia la de un país con la figura más representativa de su pensamiento social, pero muy fácil de comprender: los detentadores del poder, que hablan y se enorgullecen de un “milagro” económico –que por cierto sólo ha sido el desarrollo de la dependencia– jamás podrían tolerar a quien denunció la miseria, el hambre y la explotación de las masas brasileñas.

Josué de Castro, pese a los homenajes de los pueblos europeos, expresaba sin cesar su afecto por su América Latina, y la añoranza nostálgica de su lejanía. En la edición española de su **Geopolítica del Hambre**, reconoce que su obra se inspiró y alimentó en sus entrañas. Fue en la especificidad geográfica de sus regiones, confiesa él mismo, donde adquirió la experiencia viva de la subnutrición y del hambre, que contribuyeron con la mayor parte de los argumentos de sus numerosos libros. Y en reportaje publicado en la revista **Desarrollo Indoamericano**, afirmaba: “La verdad es que todos somos unos regionalistas, encantados y seducidos por las imágenes de nuestros años de formación. Yo nunca olvido el nordeste de Brasil, donde nací: la ciudad de Recife, donde mis ojos se abrieron al mundo, y Rio de Janeiro donde entablé las grandes luchas para imponer mis ideas y convicciones. Me juzgo a veces un espíritu universal, más preocupado por los problemas del mundo que por las cuestiones regionales o locales. Pero de vez en cuando la sensibilidad protesta, y el hambre de lo regional, de lo íntimo, de lo familiar, se exagera. En

estos momentos pienso que vivir fuera del país donde se nace y crece es siempre una mutilación, por bien que se viva. En París gozo de la consideración general, pero eso no es todo.”.

En toda su obra, pero especialmente en sus ensayos, la América Latina está presente. A Josué de Castro le angustiaba la miseria de su pueblo. Tanto le dolía la situación de América Latina, que a pesar de ser un pacifista por naturaleza, clamaba por el cambio aunque fuese violento. El fracaso de las reformas lo había vuelto pesimista, pero tampoco se hacía vanas conjeturas.

Antes de Josué de Castro muchos habían hablado del problema del hambre. Pero es él quien ofrece la más completa y patética radiografía de este flagelo del Tercer Mundo. De la lectura de sus libros se concluye reconociendo que hambre es subdesarrollo y subdesarrollo es hambre. Precisamente es él primero que utiliza la palabra subdesarrollo para designar las características propias de la economía y de los problemas sociales que se dan en las colonias y en los países explotados y dependientes. “El hambre, afirma en su libro **El Hambre, Problema Universal**, es el problema Número Uno para la mayor parte de la humanidad, que continúa luchando duramente por su subsistencia”.

Josué de Castro supo aprovechar su condición de médico y nutricionista para medir con exactitud los grados de deficiencia alimenticia de las diferentes regiones del mundo. Y, con ejemplar valor, levantó su voz para denunciar el hambre como lacra vergonzosa de la humanidad.

Los estudios de Josué de Castro están rotulados por la seriedad científica, la originalidad y el compromiso. No se limita a la simple información de un problema sino que señala la injusticia. Los países no son subdesarrollados o hambrientos porque ese es su destino, por pereza de su gente, por abundancia de habitantes o por la limitación de los recursos naturales.

Las falsas tesis de los apologistas del pesimismo de los países dominantes, con Malthus a la cabeza, son refutadas en sus libros, para señalar la responsabilidad histórica del dominio y la explotación que han ejercido

unos países sobre otros, y el significado presente en las estructuras predominantes. La verdad es, afirma Josué de Castro, que en América Latina hay hambre a pesar de ser una de las regiones más ricas en recursos naturales y de mantener una menor densidad de población. "Es sorprendente, dice en su **Geopolítica del Hambre**, que América Latina constituya una de las grandes regiones mundiales de subnutrición y hambre, porque ella siempre ha sido considerada como un continente de abundancia, provisto de sorprendentes riquezas naturales".

En realidad el problema del hambre en América Latina es sencillamente dramático. Josué de Castro calculó que más o menos dos tercios de la población lo padecen.

El hambre, que se manifiesta como un efecto de la situación del subdesarrollo, es a la vez causa del subdesarrollo. En buena parte, diagnosticaba Josué de Castro, la incapacidad para un rendimiento más efectivo en el trabajo y para un mejor aprovechamiento de posibilidades, encuentra su explicación en el hambre: "En cualquier tiempo el hambre ha sido un obstáculo en el progreso de los países latinoamericanos".

La verdad es que la llamada apatía tropical no existe; lo que está presente "es la incapacidad de actuar y la pérdida de toda ambición por falta de salud, como consecuencia de la influencia aniquiladora del hambre".

Y el hambre no es de ahora. Viene de lejos. Cuando llegaron a estas tierras los conquistadores, todo era abundante y el hambre era casi desconocida hasta en las regiones más densamente pobladas. Entonces comenzó el saqueo de los recursos y la explotación de la mano de obra. La imposición de un sistema económico dependiente y los efectos negativos del crecimiento desigual capitalista, cambiaron el panorama. Las nuevas formas de tenencia de la propiedad territorial, la dominación extranjera y la explotación del trabajo, han sido causas del hambre.

El hambre no ha sido imposición de la naturaleza, sino una plaga fabricada por el hombre. Como tal no puede adoptarse una posición pasiva, ni mucho menos hacer eco de las interpretaciones y remedios de falsos apóstoles neomalthusianos. "No basta saber que el hambre existe".

Es necesario tomar conciencia y actuar para superar el drama. La verdad no se puede seguir ocultando a la gente, afirmaba Josué de Castro en su **Geografía del Hambre**. El mundo dispone de los recursos indispensables para asegurar una dieta alimenticia mínima a cada uno de sus habitantes. Si el hambre ha sido el producto de una organización social de desigualdades, habría que pensar en buscar nuevos caminos. La experiencia de pueblos que en el ayer padecieron el hambre y que hoy se abren paso por vías diferentes, constituye un verdadero reto. Ahí está, por ejemplo, el caso de la populosa China: apenas hace unas décadas las hambrunas azotaban a China dejando saldos anuales de millones de muertos.

Los **Mensajes** de Josué de Castro, que forman este volumen, fueron seleccionados por su esposa, doña Glauce De Castro, sus hijos Ana María y Josué Fernando y por mí.

Son ensayos sobre diversos temas de los problemas de América Latina, algunos de ellos inéditos, y otros aún no publicados en castellano.

Los **Mensajes** recogen fielmente el pensamiento social de Josué de Castro. Temas como los del hambre universal y de América Latina, las causas del subdesarrollo, la dependencia, la explotación imperialista de los recursos en nuestros países, el tratamiento desigual en el comercio entre países dominantes y regiones dominadas, la crisis del Tercer Mundo, las falacias de la explosión demográfica, el compromiso de la ciencia con el hombre y la justicia social, son tratados magistralmente por quien fue, no sólo estudioso consagrado, sino además un brillante escritor.

En carta que me envió Josué de Castro desde París en junio de 1969, me decía: "Le agradezco el interés que siempre ha tenido en difundir mis ideas a través de **Desarrollo Indoamericano**, así como el homenaje que me hace en la presentación de mis artículos. Podría suponer que es el fruto de la identificación de puntos de vista expresados en nuestros libros.

Pero pienso que es también el resultado de ese nuevo espíritu que anima a muchos hombres de América Latina, empeñados en encontrarse para trabajar unidos en defensa del patrimonio común de nuestros pueblos".

Que sea este también, pues, otro homenaje de admiración a un auténtico representante de la latinoamericanidad. A ese coloso de la ciencia social, que según afirmara Pearl Buck, premio Nobel de literatura, escribió las páginas más alentadoras, más llenas de esperanzas y más valientes, de los últimos tiempos.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Barranquilla, octubre de 1980

# UNA CARTA

Río de Janeiro, 15 de septiembre de 1980

Doctor

JOSÉ CONSUEGRA

Rector de la Universidad Simón Bolívar  
Barranquilla, Colombia

Querido e ilustre amigo y profesor:

Su idea de incluir textos relativos a la vida y la obra de Josué de Castro en la colección **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina** me llenó de gozo. El notable sociólogo, también geógrafo y pensador político, universalizó este país en que ambos nacimos con los conocimientos que dieron lustre al espíritu. Su actuación fue determinante dentro y fuera del Brasil. Doctor en filosofía y medicina, profesor de geografía humana, autor de valiosos estudios de carácter científico, su palabra candente y su fecunda militancia estuvieron siempre al servicio de los pueblos sufridos y humillados.

Sus enseñanzas no se limitaron a sólo Brasil, se proyectaron en el mundo. Presidente del Consejo de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas (FAO), del Comité Gubernamental de la Campaña de Lucha contra el Hambre (ONU), del Consejo del Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas (CIME),

del Centro Internacional para el Desarrollo (París) y del Comité Mundial por una Constitución de los Pueblos (Denver, E.U.), y además de la Asociación Parlamentaria Mundial (Londres), sembró semillas en el llano árido con la esperanza de verlas fructificadas. Pero la muerte se anticipó; si viviera tendría poco más de setenta años de edad. Los excesos de su dedicación al bien común le minaron irremediablemente la salud. Pero su obra pionera sigue atrayendo sucesivas generaciones sobre todo en la vida universitaria de esta nuestra América Latina. Algunos de sus trabajos tienen ingreso de preferencia en las bibliotecas selectas diseminadas por el mundo: **El problema de la alimentación en Brasil** (1933), **Condiciones de vida de las clases trabajadoras en Recife**, su tierra natal (1935), **Alimentación y raza** (1935), **Salario mínimo** (1935), **Documentario del Nordeste** (1937), **Alimentación brasileña a la luz de la geografía humana** (1937), **Science et Technique** (1938), **Fisiología de los tabúes** (1939), **Geografía Humana** (1939), **Alimentación y aclimatación humana en los trópicos** (publicado en Italiano en 1939), **Alimentación en los trópicos** (México, 1946), **Geografía del Hambre** (traducido a catorce idiomas desde 1946).

Josué de Castro estaría atento, si estuviera vivo, a las manipulaciones de los ideólogos interesados en desfigurar el orden natural de los factores sociológicos sólidos.

El hambre envuelve a los pueblos del Tercer Mundo. Las toneladas de alimentos desviadas del consumo interno en los países pobres se transfieren al exterior como pago de las divisas indispensables para reducir los déficit comerciales resultantes de inversiones de lujo. Creo que existe en el mercado común de las ciencias sociales un pacto secreto entre ciertos economistas y psicólogos aliados a la política de las dictaduras predispuestas a chupar la sangre de los pobres y enlucir la piel de los ricos. Las universidades deberían graduar mayor número de psiquiatras e higienistas; psiquiatras que intenten la curación de los que están locos de hambre, e higienistas empeñados en la inmunización de la sociedad contra sus miembros podridos por la riqueza.

Siempre de siempre,

JOAO LYRA FILHO  
Ex Rector de la Universidad de Rio de Janeiro

# **D. F. MAZA ZAVALA Y EL PENSAMIENTO ECONOMICO AUTENTICO DE VENEZUELA**

Hablar de Domingo Felipe Maza Zavala es referirse a la insurgencia de la autenticidad del pensamiento económico contemporáneo de Venezuela. Su vida, consagrada al quehacer universitario, es admirada por sus colegas y discípulos. Como en ninguna otra parte de América Latina, en Venezuela se reconoce la labor meritoria de un hombre que ha dedicado los mejores años de su existencia a la investigación y la enseñanza. Tanto es así, que pese a los síntomas de crisis que se respiran en los centros de educación superior de nuestros países, muchas veces expresada en la alineación dogmática que ignora el trabajo creador, en las universidades de Venezuela se rinde un permanente homenaje de reconocimiento a su obra fecunda: con frecuencia las promociones de egresados de las facultades de ciencias económicas de las distintas universidades del país, suelen llevar su nombre.

Maza Zavala es el maestro por antonomasia. Decir su nombre es referirse a una generación comprometida con la independencia intelectual e

ideológica y con el análisis crítico de los problemas económicos y sociales que afectan a su país. El, como Salvador de la Plaza, Rodolfo Quintero, Manuel Pernaut, Francisco Mieres, Armando Córdoba, Héctor Malavé Mata, Gastón Parra, Ramón Losada, Pompeyo Márquez, Max Flórez, J. Silva Michelena, Diego Hernández, María Acosta León, y muchos otros, han consagrado su vida a la educación de las nuevas generaciones, y a la presentación de tesis científicas en la interpretación de los problemas que aquejan a una de las economías más complejas y difíciles del continente.

Venezuela es un caso especial en la economía de América Latina. Con ingreso *per cápita* varias veces superior al de sus vecinos, Colombia, Ecuador y Perú, señala las mismas incidencias de la dependencia: deuda externa alta, significativas tasas de analfabetismo, desempleo o subalimentación.

Siempre los estrategos de los partidos políticos que han tenido acceso al poder hablaron en Venezuela de la siembra del petróleo, para significar sus propósitos de utilizar los recursos provenientes de una riqueza natural percedera en la explotación racional de la tierra. Sin embargo, Josué Castro observaba en uno de sus libros, que en Venezuela había menos hambre antes que después del petróleo. Más aún, recientemente la prensa *caraqueña* comentaba que casi todos los alimentos son importados. Y, como ya se vislumbraba unas décadas atrás, cuando a Caracas se le llamaba el aparcadero de América Latina, la verdad es que la siembra de los petrodólares parece haberse hecho más bien en el consumismo y en cientos de miles de automóviles que recorren presurosos autopistas elevadas, como llevando el mensaje de la economía de desperdicio propia de estos países.

La tarea de Maza Zavala ha sido dejar al descubierto, en una veintena de libros, todos esos problemas de su país. Pero sus inquietudes van más allá: buena parte de su obra está dedicada al estudio de América Latina, donde sus aportes en favor de enunciados para la teoría interpretativa de su realidad, han sido valiosos.

En sus estudios Maza Zavala ha sostenido la opinión que la Ciencia Económica es una disciplina integradora de conocimientos en el campo social, constituyendo, por tanto, el elemento significativo de la Ciencia

Social entendida como sistemas de leyes del funcionamiento y del desarrollo de la sociedad. Esta concepción toma como punto de partida el carácter social del fenómeno económico, y la condición esencial de que los procesos de cambio de la vida social tienen una trascendencia histórica, que sólo puede explicarse por el contenido económico de esos procesos y por las contingencias del ser humano en su lucha por adquirir la libertad.

Quienes niegan el carácter científico de la Economía Política, afirma Maza Zavala en su tratado *Análisis Macroeconómico*, o sólo encuentran en las expresiones cuantitativas de los hechos económicos y las formulaciones matemáticas de las explicaciones propuestas ese carácter científico. tienen una visión muy parcial y restringida de la naturaleza del conocimiento científico. Porque la verdad es que toda forma o manifestación de la vida -y bueno es recordar que el mineral y el sideral tienen sus propias vidas- es objeto genuino de investigación científica, y puede llegar a constituir conocimiento. Más aún, la búsqueda verdadera y sistemática de los orígenes de los hechos y fenómenos de la vida universal -física, biológica, social- es actividad científica. De ahí que la Economía Política sea ciencia en cuanto trasciende lo meramente descriptivo y aparente, para desentrañar la articulación real de los elementos característicos de los procesos económicos.

En sus numerosos estudios sobre crecimiento y desarrollo Maza Zavala se muestra inflexible en la identificación del desarrollo económico y social como cuestión número uno en la Economía Política. En su libro *Aspectos del Desarrollo Económico de Venezuela*, sostiene con énfasis que el problema central de inquietud económica es el desarrollo, entendido este como el ascenso de la sociedad al dominio de la plenitud de la libertad y la justicia.

Y no debe confundirse crecimiento con desarrollo. Quiere decir lo anterior que no basta con lograr unas ratas en los aumentos porcentuales de la producción como sucede en las economías capitalistas. El concepto de desarrollo implica compromiso inseparable con lo productivo, social y humano.

El desarrollo supone la obtención de la abundancia racional de los bienes económicos y su adecuada distribución social, lo mismo que un

estado de conciencia que permita a los miembros de una sociedad poder disfrutar libremente de su tiempo útil, excluyendo, naturalmente, el desempleo, el ocio estéril, la desigualdad, el desperdicio de los recursos, la alienación cultural, las relaciones de dominación, etc. “La humanidad, conceptúa Maza Zavala, en cualquiera de sus agrupaciones nacionales o regionales, está lejos de alcanzar el desarrollo, y lo que existe en la realidad son diferentes grados de aproximación al mismo. La lucha histórica humana es un largo proceso de acercamiento secular al estado de desarrollo, y no siempre los más poderosos o ricos pueden considerarse como más próximos al desarrollo”.

El desarrollo es una meta, un anhelo y un compromiso. Pero para buscar el camino de su obtención hay necesidad antes de tomar conciencia de la situación actual y sus causas. Como suele suceder en el campo de las ciencias de la salud, para el médico no basta contar con el propósito, la buena fe de poner los recursos disponibles en favor del enfermo. Es necesario hacer el diagnóstico después de indagar las causas de la enfermedad. Si el diagnóstico es equivocado la medicina fallará.

En el análisis de las fuentes del subdesarrollo los economistas y sociólogos de los países dominantes se encargaron de ofrecer todo un enjambre de interpretaciones acomodaticias que respondían a sus conveniencias. En mi libro *El Control de la Natalidad como Arma del Imperialismo* hice el intento de agruparlo de acuerdo con la argumentación principal ofrecida, para clasificarlas en superficiales, racistas, subjetivas, de círculos viciosos, económicas, sociales, etc.

Delante de esos supuestos, falaces o parciales, los investigadores de América Latina levantaron su voz para dejar constancia de que el subdesarrollo es un proceso histórico que hunde sus raíces en varios siglos de expoliación y dominio en el marco de estructuras propias del capitalismo dependiente.

Entre los economistas que en los finales de la década del sesenta adquirieron el compromiso de indagar la verdadera razón del subdesarrollo de nuestros países, Maza Zavala se coloca en primera fila. Y sus aportes son valiosos: sus estudios sobre las exportaciones primaria coloniales y neocoloniales, la política de la sustitución de importaciones, la

diversificación de exportaciones, etc., han servido para enriquecer la teoría económica de América Latina.

Maza Zavala ha prestado atención particular al análisis del subdesarrollo, hasta el punto de utilizar su propia terminología –no desarrollo–, para significar que con las condiciones predominantes no puede esperarse el desarrollo, y, por tanto, tampoco aceptarse la concepción eufemística de “en vías de desarrollo”.

La escuela cepalina suele utilizar la denominación “en vías de desarrollo” para distinguir a los países del Tercer Mundo que señalan ciertos rasgos de crecimiento y de industrialización. Pero la verdad es que el concepto de subdesarrollo va indisolublemente unido a la dependencia y a toda la problemática social que se genera en el capitalismo. De ahí que algunos autores, al interpretar el crecimiento dependiente, hayan afirmado, con sobrada razón, que se trata más bien del desarrollo del subdesarrollo. Porque si es cierto que determinadas economías –digamos la venezolana, la argentina o la brasilera– pueden ofrecer informaciones aparentemente positivas sobre ingresos per cápita, producciones industriales, etc., la verdad es que sus industrias están en manos de las corporaciones internacionales, las deudas extranjeras son mayores y el fenómeno de la concentración adquiere niveles sorprendentes.

Elemento central del análisis estructural del subdesarrollo es el concepto de formación económico-social, entendido como la totalidad compleja de las relaciones de producción y de la vida social dentro de las fronteras de un país o región. A este concepto corresponde el de heterogeneidad estructural, para significar la multiplicidad de modos de producción incorporados en la economía regional o nacional. En relación a esa idea Maza Zavala ha señalado que, no obstante los rasgos múltiples y heterogéneos de una economía, siempre ella se caracteriza por el modo de producción dominante. Dada esta singularidad, no es posible esperar la reproducción histórica del capitalismo, ni mucho menos aceptar el proceso mecanicista bosquejado por Rostov.

Yo pongo énfasis en la distinción no semántica entre estructuras y estructura, escribe Maza Zavala en su libro **Los Mecanismos de la Dependencia**. Porque se da el caso de la escuela francesa –y la Cepal se

ha inscrito en esa tendencia-, diseñadora de una gama de formas o aspectos estructurales (estructuras físicas, económicas, demográficas, mentales, culturales, tecnológicas, etc.), que diluyen o encubren el concepto básico de estructura y lo hacen inocuo desde el punto de vista de la transformación social. La pluralidad de las estructuras permite sustentar la viabilidad de reformas parciales, sectoriales o funcionales, sin afectar la situación de fondo del sistema económico-social. Los cambios así concebidos son formales y se distancian en esencia del cambio estructural único capaz de romper la barrera del subdesarrollo.

El planteamiento anterior conduce de la mano a Maza Zavala a la consideración del problema de la crisis contemporánea. "He distinguido la crisis, en singular, de las crisis, entendiendo que estas últimas son manifestaciones parciales, sectoriales o funcionales de las crisis", conceptúa en uno de sus ensayos... "porque más allá de la crisis general del capitalismo existe una crisis mundial que también afecta al socialismo. En esta perspectiva puede analizarse mejor la situación de los países del Tercer Mundo, que sufren las consecuencias de la crisis mundial, y especialmente las de las crisis capitalista, y cuyas opciones al desarrollo sólo pueden plasmarse y realizarse si interpretan correctamente la naturaleza y el alcance de esas disintas, pero interdependientes, instancias de la gran crisis del siglo XX".

Para Maza Zavala el capitalismo, como todo sistema social, está sujeto a transformaciones históricas, en cada una de las cuales se ha puesto de manifiesto una especie de crisis: del capitalismo de libre competencia monopolista, para pasar después al capitalismo monopolista de Estado, hasta llegar, en nuestros días, a la fase el capitalismo monopolista transnacional. En cada una de estas etapas el capitalismo ha sufrido una crisis infraestructural, que ha significado un nuevo modelo de acumulación de capital, un nuevo tipo de la organización de la empresa, una aceleración del crecimiento de las fuerzas productivas, y un planteamiento distinto de las relaciones internacionales. La crisis capitalista actual revela el tránsito del capitalismo monopolista de Estado al capitalismo transnacional.

Y más allá de la crisis capitalista, observa Maza Zavala, se aprecia una crisis de mayor alcance: la crisis del orden mundial, de la correlación de

poderes, de los modelos de desarrollo, de las concepciones mismas de la vida. Las características de esta crisis mundial no se han manifestado enteramente, aunque hay algunos síntomas muy importantes: la decadencia del poderío norteamericano, la emergencia de los países productores de petróleo y su organización la OPEP, con sus propias luchas intestinas (cajo de Irak e Irán); la reacción ecológica, la creciente escasez de recursos primarios, la detención relativa de la energía nuclear, la lucha universal de los derechos humanos, las huelgas y los logros del sindicalismo polaco en el contexto del socialismo de Estado y de la omnipotencia del Partido, entre otros hechos, anuncian el advenimiento de un cambio profundo en la sociedad humana y en la propia existencia del hombre.

Aunque la teoría de la transnacionalización capitalista está apenas en vía de elaboración, Maza Zavala se ha referido a ese proceso en sus escritos más recientes. Ha expuesto él la idea que la organización empresarial supranacional es la culminación contemporánea de una evolución relativamente larga en la historia del capitalismo, que se inició con la antigua empresa limitada a una región o a un país, de demanda conocida, cuasifamiliar, para proseguir más tarde con la empresa nacional eventualmente exportadora. Luego surgió la empresa internacional, aunque todavía vinculada a intereses nacionales concretos, hasta llegar a la gigantesca corporación transnacional, totalmente liberada de posibles lealtades nacionales. Estos cambios de la empresa capitalista hacia horizontes cada vez más amplios, corresponden a las fases intraestructurales del desarrollo capitalista ya mencionadas, que la conducen desde el modo liberal competitivo que siguió al hibridismo mercantilista –rigidez en las importaciones y flexibilidad en las exportaciones– a la conducta supermonopólica transnacional. En la dinámica del Estado capitalista, la evolución se cumple desde el estado mercantilista, preindustrial, intervencionista y nacionalista, al Estado supranacional, posindustrial, agente de la gran acumulación a escala mundial.

Naturalmente todo este análisis del capitalismo se entiende valedero sólo para los países que han sido cunas y beneficiarios del sistema capitalista dominante, puesto que en los llamados países receptores o dependientes la evolución, conducta e incidencia, han sido distintas.

Teniendo en cuenta lo anterior, Maza Zavala también estudia en algunos de sus libros (*América Latina: Historia de Medio Siglo*; *Venezuela*,

*Crecimiento sin Desarrollo; Venezuela, una Economía Dependiente*, etc.) la estrategia de la política económica defensiva de los países latinoamericanos, para denunciar inconsistencias y vacíos. La eventual existencia de proyectos nacionales de desarrollo y de programas de integración de América Latina, son apenas para él posibilidades críticas. Porque la realidad social, política y económica de fondo es la de poder: la de dominación de clase, la de intereses antagónicos y contradictorios. Existen, en ese sentido, proyectos de las clases dominantes que se presentan como “nacionales” o “internacionales”, y hasta de las clases medias, de capas profesionales técnicas y burocráticas y de las clases trabajadoras. Pero es difícil la conciliación verdaderamente nacional de tales proyectos, y por eso siempre hay un compromiso que envuelve una subordinación de intereses y propósitos.

Para el caso de los proyectos integracionistas, Maza Zavala señala su artificialidad al partir de una apreciación empirista del problema latinoamericano. Así, la estrechez del mercado interno obedece a factores que no son superados por la integración externa; y la insuficiencia de ahorro nacional, tal como la plantean los teóricos de la Cepal y de los centros dominantes, es una simple falacia que conduce al callejón sin salida de la necesidad de la financiación del crecimiento con el capital extranjero. En toda esta estrategia, denunciaba en su ensayo **La Economía Política de la Integración Latinoamericana**, publicado en la Revista **Desarrollo Indoamericano**, que coloca en primer lugar el problema de la circulación de la productos (apertura de los mercados supuestamente internos), se entapuja la necesidad de la transformación estructural y se descubre la huella keynesiana, mezclada con los rasgos clásicos de los costos comparativos y de la libertad del capital para localizarse.

Y volviendo al caso de los planes que se vienen elaborando en nuestros países desde hace algún tiempo, aunque desde un punto de vista técnico pueden considerarse aceptables, la verdad es que adolecen de la falla fundamental de no tomar en cuenta la realidad compleja de la multiplicidad estructural, y de pretender tratar la economía como a una totalidad homogénea, de comportamiento integral. La estrategia para superar el subdesarrollo, anota Maza Zavala, por cierto, objetivo esencial de la planificación en nuestros países, se aliena al plantearse el problema de la transformación como un simple asunto de crecimiento del modo capitalista de producción, considerado, no sólo dominante, sino

único posible. En consecuencia la propia realidad del subdesarrollo, que aflige a las mayorías nacionales, queda marginada y, por tanto, la planificación se reduce a un artificio de superestructura, ineficaz para el desarrollo.

Con motivo de la Alianza para el Progreso, las agencias internacionales de crédito y los ideólogos de las multinacionales adelantaron en América Latina una campaña tendiente a denunciar el crecimiento de la población como causa fundamental del subdesarrollo y desgracia de nuestros pueblos. Se habló entonces de la explosión demográfica, y se intentó crear una especie de sicosis en la familia obrera y campesina, para obligarla a aceptar que era responsable de su propia miseria.

Entonces los investigadores sociales de América Latina refutaron los argumentos falaces y dieron a conocer las auténticas causas del subdesarrollo, poniendo al descubierto cada uno de los fenómenos estructurales propios del capitalismo dependiente –formas de tenencia del capital y la propiedad territorial, relaciones comerciales, financieras y tecnológicas con los centros dominantes, etc.– únicos responsables de esa realidad.

En diferentes estudios se rechazaron las tesis malthusianas. Por ejemplo, en la primera edición de mi libro *El Neomalthusianismo, doctrina del Neoimperialismo*, no sólo puse al descubierto la verdadera razón de esta postura sino que elevé el poblacionismo a categoría prioritaria en el crecimiento económico de los países y en las posibilidades políticas de liberación.

Maza Zavala también tomó partido en la discusión del tema. En su libro *Explosión Demográfica y Crecimiento Económico*, aunque declara que no es antinatalista ni poblacionista, asume una posición definida en contra de las prácticas antinatalistas forzosas, tal como las pretenden quienes persiguen el genocidio de los pobres y marginados. “No comparto la tesis de que el número de la población en los países subdesarrollados es factor de subdesarrollo, pues ello encubre la verdadera causa”, afirmó entonces con toda responsabilidad.

Como ha podido apreciarse en este esbozo de la obra del consagrado escritor científico venezolano, su actividad creadora ha sido fecunda. En sus veintiún libros y veintitrés folletos publicados hasta el momento ha estudiado los numerosos problemas de los países de América Latina. Su erudición, fruto de toda una vida dedicada al estudio, le concede la autoridad para manejar con solvencia los variados temas de la ciencia económica.

\*\*\*

El presente volumen titulado **ENSAYOS SOBRE LA DOMINACION Y LA DESIGUALDAD** ha sido preparado por el propio autor. Se trata de una selección de estudios, buena parte de ellos inéditos, que corresponde a temas esencialmente relacionados con América Latina, la dependencia, el subdesarrollo y la crisis del capitalismo.

El libro comienza con un análisis pesimista. Para ser más exactos, un pesimismo que expresa la angustia del investigador comprometido con el destino de los pueblos explotados. Responde esta posición a la del ciudadano del Tercer Mundo, que basado en la injusticia del presente, presagia peores situaciones por venir que le martirizan.

La verdad es que existen dos mundos distintos: uno desarrollado y dominante y otro subdesarrollado, o no desarrollado, como Maza Zavala prefiere llamarlo, "para significar con claridad la antítesis de desarrollo".

El valor del ingreso del conjunto de los países no desarrollados apenas si representa el ocho por ciento del obtenido por las pocas naciones industrializadas.

Pero el problema es aún más significativo si se analiza a través de la dinámica del tiempo: la tendencia que reflejan las estadísticas es contraria a cualquier posibilidad de superación del problema, hasta el punto de que los cálculos permiten deducir que a finales del presente siglo dicha participación habrá descendido a uno o dos por ciento.

En otras palabras, para el futuro los países desarrollados capitalistas serán relativamente cada vez más desarrollados, mientras los países subdesarrollados serán más subdesarrollados y explotados.

Este proceso de crecimiento desigual cuenta con todos los fundamentos de una ley inexorable. Pero, debe tenerse en cuenta, que ella es verdadera en forma integral tan sólo en el seno de las relaciones capitalistas, o entre economías dominantes y dominadas.

Y vale la pena dedicar aunque sea un párrafo a la explicación de dicho concepto. Porque si se sostiene y acepta que el subdesarrollo y la dependencia han sido el resultado de la imposición de un sistema, cuya estrategia tan sólo ofrece resultados positivos para una de las partes -la de los países dominantes que la impusieron-, habrá de concluirse que el cerco sólo puede romperse con el advenimiento de nuevas formas de organización social, Pero también hay que recordar que la posición económicamente desventajosa que presentan los países subdesarrollados, exige, para cualquier sistema político, incluso el socialismo, una estrategia particular, eminentemente defensiva y propia.

El socialismo democrático significará para la América Latina una etapa superior, -por cierto inevitable, necesaria y justa- en la historia de su desarrollo social. Pero su establecimiento no ha de significar la solución espontánea de los problemas que se desprenden en las relaciones entre países con diferentes grados de desarrollo. La estructura determina una superestructura particular, vale decir, una conducta con ideología e intereses definidos. La política económica, por ejemplo, no es más que la posición que se adopta en un momento histórico para conveniencia de una economía determinada. Cada país, o grupo de países con características, aspiraciones y destinos similares tendrá, por tanto, que formular y utilizar sus estrategias de acuerdo con sus posibilidades y conveniencia. Ya Mariátegui señaló la pauta al referirse a la necesidad de un socialismo auténtico para América Latina.

La historia reciente ha sido desbordante en lecciones para comprender mejor estos supuestos, ¿Quién, por ejemplo, se hubiese atrevido a pensar treinta años atrás que podrían presentarse profundas divergencias en el seno de países socialistas? Estas hipótesis no encontraban cabida en los postulados e idearios del internacionalismo proletario.

Y no sólo ha sucedido eso, sino que además se hacen alianzas con potencias imperialistas, se desencadenan guerras entre naciones socialistas, se invaden sus territorios y se predica en nombre de Marx y de Lenin, que el enemigo de turno es tal o cual país socialista.

Todo esto, sin embargo, desde un enfoque eminentemente científico, sirve para señalar la validez de elementales preceptos del materialismo histórico que suelen olvidarse al calor de la agitación partidista. El hombre piensa como vive, afirmaba Marx. Cada grado de producción, en cualquier sistema, determina una conciencia. Vale decir, una ideología, una conducta.

Y sirve, además, para recordar que la Economía es una ciencia social, esto es, política, histórica y espacial. Y, por tanto, en cualquier sistema -capitalista o socialista- la política económica internacional para poder ser justa debe responder al equilibrio de la suma de las estrategias nacionales. De otra manera se correría el riesgo de una nueva división internacional antagonica, no acorde con los postulados previstos para la organización social socialista del futuro.

En el primer ensayo del presente volumen Maza Zavala toma una posición límpida y realista en defensa de la actitud asumida por los países tercermundistas productores de petróleo. Si ha de pensarse en términos de una nueva organización internacional, debe ser a través de hechos. Y un hecho justo es el que tienen los países no desarrollados de rescatar el derecho de vender los productos primarios a ciertos niveles de precio, con el objeto de amortiguar los efectos del intercambio desigual. El Tercer Mundo, observa Maza Zavala, está en emergencia, y todo lo que propenda hacia ese objetivo, es valedero.

El análisis de Maza Zavala es eminentemente doctrinario y de una actualidad palpitante para todos los países latinoamericanos productores de petróleo. Sus definiciones sobre estatización y nacionalización permiten comprender con facilidad didáctica fenómenos propios del capitalismo de Estado. De la misma manera, sus conceptos sobre las posibilidades de etapas progresivas y distintas que pueden desprenderse de una acertada conducta estatista, obligan a la meditación y a la reconsideración analítica de esquemas conocidos.

Todo el material de este segundo volumen de la *Colección Antológica del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, llena a cabalidad los objetivos propuestos, como síntesis afortunada de la obra intelectual del autor.

\*\*\*

En el mes de septiembre de 1980 llegué a Caracas a dictar una conferencia en un seminario de dirigentes sindicales sobre integración andina. Un medio día fueron a visitarme al Hotel Avila, donde me hospedaba, Domingo Felipe Maza Zavala, Pompeyo Márquez, Francisco Mieres y Héctor Malavé Mata. Allí estaba también Marcos Kaplan. Aunque en un comienzo nuestra conversación fue sobre problemas de Colombia, pasamos muy pronto al tema universitario. Cada uno de los presentes señalaba interés en referirse a las tesis expuestas por Maza Zavala en su último libro, *Universidad, Ciencia y Tecnología*. La admiración de los contertulios por el maestro era contagiosa: Mieres le hizo entrega de un diploma honorífico que le envió la Universidad del Zulia; Márquez le reprochó con nostalgia su decisión de no aceptar la rectoría de la Universidad Central. Ahora tendríamos el mejor rector de toda la historia de la universidad, comentó el dinámico conductor político, mientras Maza Zavala con su modestia espontánea, inclinaba la cabeza.

Observando ese espectáculo ejemplar de solidaridad con un compañero de idearios recordé los conceptos de Germán Lairret: "Maza Zavala enseña no sólo con sus lecciones de economía sino también, y hasta en mayor medida en el campo de la ética, con su tranquila modestia. Es él un hombre a quien no le queda grande el calificativo de sabio".

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Barranquilla, noviembre de 1980



# ANTONIO GARCIA Y EL PENSAMIENTO ECONOMICO COLOMBIANO

Pocos hombres como Antonio García han dedicado su existencia a la investigación y el razonamiento. Desde su temprana juventud el empeño ha sido único: fidelidad a la más rigurosa disciplina académica y científica. Fruto de ese sacerdocio son los 45 libros y los centenares de ensayos publicados en América Latina.

Aunque a García se le conoce como economista, sus trabajos han abarcado casi todos los rincones de la ciencia social. Incluso, en sus inicios como publicista, incursionó en la literatura, con libros de poemas, cuentos y trabajos críticos. Y en cada uno de sus aportes es fácil descubrir su identidad: compromiso creador, valor auténtico e independencia analítica.

Hace cuarenta y cuatro años, Antonio García dejó a un lado sus coquetos con la literatura de imaginación para dedicarse a la investigación científica. En 1937 se publicó su **Geografía Económica de Caldas**, considerada por muchos como la primera investigación de campo sobre la región que fue escenario histórico de la colonización de una de las regiones más importantes del país en nuestros días.

La colonización del antiguo Caldas ofrece unos rasgos singulares dignos de recordarse, no sólo para el conocimiento histórico de la zona, sino

para apreciar detalles significativos que representan en algunos casos la antítesis de la conquista y del coloniaje español.

En un estudio que yo hice sobre Pereira en 1970, señalaba la diferencia entre la fundación de las ciudades de la colonización en Caldas por los antioqueños, boyacenses, vallecaucanos y cundinamarqueses, y la penetración del coloniaje español. Así, mientras estos últimos obligaban a los vecinos dispersos de áreas extensas a localizarse en sitios apropiados para el dominio del encomendero, el recaudador de impuestos y el cura, las fundaciones de centros urbanos, caso de Pereira o Armenia, se muestran como epopeyas de civismo y solidaridad humana. Más aún, a diferencia de las otras ciudades del país, que soportan en sus orígenes la huella del conquistador sanguinario, que primero destruye para después “fundar”, las de Caldas, Quindío y Risaralda nacen cuando irrumpen en sus tierras campesinos atraídos por las bondades de su suelo y la belleza del paisaje. Es cierto que hay lucha en sus génesis, pero no la inhumana y rapaz de épocas anteriores, sino entre el hombre y la naturaleza, entre el hacha y el bosque, entre el trabajo, la voluntad creadora y la espesura agreste y tupida.

Ahora puede cuestionarse, como se dice en el argot de la sociología, el hacha que simboliza la tala y la devastación. Pero hay necesidad de aclarar. En el ayer la hicieron los emigrantes campesinos para cultivar los suelos y construir sus viviendas. Hoy la llevan a cabo los terratenientes, para condicionar la explotación irracional de ganaderías extensivas.

En la colonización del viejo Caldas, la ayuda mutua, el espíritu cívico, o lo que hoy llamamos acción comunal, brotan espontáneas: al lado de la necesaria labor conjunta que realizan los nuevos pobladores, y que relatan tan gráficamente historiadores como Carlos Echeverri Uribe –retrato impecable de la hermandad entre los que llegaban a tierras extrañas para hundir sus raíces– aparece la actitud racional y consciente de brillantes organizadores que establecen el **trabajo subsidiario** desde la década del sesenta del siglo pasado –especie de **sábados comunistas** de los primeros años de la revolución soviética–, por medio del cual los vecinos adultos trabajaban gratuitamente en la limpieza y embellecimiento general de sus poblados.

En casi todos esos nuevos sitios donde se agrupaban los colonizadores, y que hoy son ciudades o municipios importantes, se cuenta con una historia que se ofrece en nuestros días como fuentes de experiencia: distribución equitativa de las nuevas tierras. Por ejemplo, en Risaralda se reparten los bosques en parcelas de treinta y dos a cien hectáreas; se obliga a los beneficiados a cultivarlas y a residir en sus predios, y se prohíbe la venta de ellas a otros propietarios con más de cincuenta hectáreas, para impedir la concentración de la propiedad territorial.

En su **Geografía Económica de Caldas**, Antonio García estudió los fenómenos que dan origen a nuevas formas y relaciones sociales, y a lo que hoy se conoce con el nombre de cultura del café.

Esa obra, elaborada durante los años de 1936 y 1937, es producto de una extensa investigación directa que se extiende desde la frontera antioqueña del norte hasta el anfiteatro del Quindío, por un lado, y desde el valle del Magdalena hasta los límites con el Chocó, por el otro. Desde esos momentos García insurge como un investigador cuidadoso, revisando archivos, informes y estadísticas, pero ante todo, poniéndose en comunicación con el pueblo. Responde así al reto de estudiar a fondo uno de los fenómenos migratorios más singulares de la historia social y agraria de Colombia, anteriormente examinado, entre otros, por Alejandro López, en su libro **Problemas colombianos**, y Luis López de Mesa, en su obra **De cómo se ha formado la nación colombiana**.

El libro del profesor García aparece en un momento interesante de grandes cambios estructurales e institucionales, coincidiendo con el apogeo de la "Revolución en Marcha" de Alfonso López Pumarejo, que obliga a diagnósticos científicos sociales que respondan a las reformas introducidas en la Constitución. Para entonces se hizo necesario acudir a un nuevo instrumento de análisis que permitiera superar la tradición de valerse de los legados de los ensayistas del siglo XIX, antes que abordar los problemas complejos de la investigación y del trabajo de campo, supuestos iniciales de cualquier proceso de formación de un pensamiento crítico.

Lo que para esos días hizo García con el estudio de una región, también se inicia para el caso de la elaboración de los manuales de consulta en materias de la ciencia social. Por ejemplo, hasta hace apenas cuarenta





multinacional), control de cambios y “caracterización como principio maestro de una estrategia defensiva de las economías dependientes y periféricas”, en sus relaciones con un mercado mundial sujeto al control de las potencias dominantes, tal como más tarde se afianzó con los pactos cafeteros y la OPEP.

Una de las contribuciones más originales de este trabajo fue el análisis del proceso de concentración de la riqueza y de la organización corporativa del capitalismo dependiente colombiano en organizaciones como la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, la Federación Nacional de Comerciantes, FENALCO, etc., en años en que aún lo economistas colombianos no planteaban ese tipo de problema.

También en sus **Bases** Antonio García ofrece una visión orgánica de la economía hispano-colonial, llegando a considerar lo que otros autores como Nieto Arteta –y la escuela dualista en su conjunto– han tildado de feudalismo-capitalismo, como un sistema históricamente específico, cuyo desarrollo no se ha guiado por las reglas clásicas del feudalismo o del capitalismo europeo. Con posterioridad esos planteamientos los desarrolla en sus libros, **La estructura del atraso en América Latina**, editado en Buenos Aires, **Estructura Social y desarrollo latinoamericano**, publicado en Chile, y **La democracia en la teoría y la práctica**.

De la incursión diversa y profunda de Antonio García en el conjunto de la ciencia social –vale decir, de la economía, la sociología, la política, etc.– tengo un interés particular en referirme a sus teorías sobre el comercio internacional: en el trabajo que escribí en 1951, y que me sirvió de tesis de grado para obtener mi título profesional de economista, acogí sus puntos de vista sobre el proteccionismo condicionado. El mismo comentó entonces: “Con la monografía escrita por Consuegra se inicia el examen puramente económico de la protección arancelaria, con el ánimo de buscarle una teoría que la sustente y modemice. Personalmente quiero agradecerle al autor haber desarrollado esas tesis que expuse en mi libro **Bases de la economía contemporánea** y en mi antigua cátedra de Teoría y Política del Comercio Internacional”.

Lo que escribió Antonio García en la década del cuarenta, tiene vigencia: como en ese ayer, hoy el país sigue ajeno a una conducta defensiva

que le permita valerse del comercio internacional como un instrumento para su desarrollo independiente. La inconsecuencia de la política de ese sector en el presente, queda señalada en el caso inverosímil de que el destacado directivo de la Federación Nacional de Comerciantes, Darío Alvarez Londoño, utilice las columnas de los diarios de Bogotá, para reclamar una conducta oficial proteccionista en favor de la actividad productiva especialmente del sector agrícola.

Por razones obvias los comerciantes siempre han sido partidarios del libre cambio. Pero, paradójicamente, todo parece indicar que la sensatez de algunos emprendedores sobrepasa la improvisación y dependencia que existe y ha existido tradicionalmente en Colombia en el campo del comercio internacional.

En estos días, por ejemplo, se enjuicia el desperdicio de posibilidades acumuladas en la llamada bonanza cafetera, y se rechazan las medidas que facilitaron la importación de alimentos a costa del desmedro de la agricultura nacional.

Sin embargo, es ésta una modalidad con antecedentes: en otras ocasiones, como sucedió en los años de la postguerra, las divisas, obtenidas con tantos sacrificios, por la limitación de la oferta foránea, fueron malgastados poco después, mientras se recitaban en las universidades las teorías interpretativas del subdesarrollo que pregonan la incapacidad del crecimiento por la limitación del ahorro y la inversión.

Lo curioso de la historia económica nacional es que en la época de la dominación directa colonial, algunos voceros del Estado señalaban más claridad en la defensa de los intereses productivos vernáculos que en los períodos posteriores de la república dependiente.

En el apogeo colonialista europeo los territorios dominados de Asia, Africa y América estaban obligados a consumir las manufacturas de las metrópolis. Expresamente se prohibía a los colonos y nativos dedicarse a producir manufacturas que pudieran competir con los de “la madre patria”. “Una libra de lana manufacturada y exportada es más valiosa para nosotros, por el empleo de nuestros hombres, que diez libras de materia





en los países subdesarrollados como el nuestro, existe una protección real a esas industrias, como consecuencia de la mayor explotación de la mano de obra. Por eso el proteccionismo incondicional determina mayores privilegios a través de precios altos de consumo que facilitan las grandes utilidades que succionan y se llevan los monopolios: un automóvil Renault, por ejemplo, que en Francia se vende en ochocientos dólares (aproximadamente cuarenta mil pesos), ensamblado en Colombia vale diez veces más.

En el campo del liberalismo los países socialistas industrializados han resucitado también las teorías ricardianas de la especialización. Ahora en los manuales se vuelve a pregonar las bondades de la especialización internacional del trabajo. Estos nuevos conceptos no corresponden al pensamiento de los fundadores del Estado soviético, sino a las características de su desarrollo actual y a las exigencias integracionistas del momento. La verdad es que tanto el integracionismo como la especialización internacional sólo pueden ser valederas entre países con grados de desarrollo parecido, como sería el caso de Europa, los países industrializados socialistas, o la América Latina. Precisamente, como lo anoté en mis **Apuntes de economía política**, las divergencias entre la U.R.S.S. y China surgieron, en el terreno económico, a raíz del rechazo de esta última de las tesis de la división internacional del trabajo. Porque en las épocas actuales resulta de bastante desuso hablar de las bondades de la especialización en países con diferentes estructuras si no se llevan propósitos de predominio. Al menos que se aplicaran medidas rigurosas en el intercambio en relación del valor trabajo. Y esto no ha sucedido así. Porque mientras el comercio se adelanta bajo las normas del mercado capitalista mundial, la transferencia de plusvalía es inevitable. Además, como lo indicara Clairmonte, la industria moderna ha derogado de hecho la ley de los costos comparativos. O, al decir de Keynes, “el moderno proceso de producción masiva puede realizarse con eficacia casi equivalente en todos los países y climas del mundo”.

De todo lo anterior se puede deducir que el proteccionismo condicionado mantiene su vigencia, especialmente si se practica con medidas diferenciales en las zonas dependientes. Sería el caso de involucrar, por ejemplo, los preceptos originales del Estatuto de Capitales del Pacto Andino, para condicionar la protección al grado nacional de cada industria o actividad económica, con el objeto de que sean las empresas con capital

nacional, las que recibían las protecciones óptimas. Lamentablemente, hay que reconocerlo en las situaciones de dependencia no se puede ir más allá de la especulación teórica.

El tratado de Antonio García que he venido comentando, representa el presente volumen con el nombre de **Bases de la economía política**. En su primera aparición, hace treinta y tres años, se agotó, y apenas en algunas bibliotecas se encuentran ejemplares. El libro conserva su vigencia, y su nuevo arribo a las librerías facilitará a los profesores y estudiantes su consulta para el conocimiento de formulaciones teóricas de gran interés para los hombres de América Latina empeñados en superar la dependencia ideológica de los manuales extranjeros.

\*\*\*

En 1949 Antonio García publicó su libro **Planificación municipal y presupuesto de inversiones**, orientado a examinar los problemas de la organización municipal en un país de capitalismo subdesarrollado, y a diseñar el esquema de una reforma municipal.

En Colombia, como bien lo anota Oreste Popescu en su libro **Desarrollo y planeamiento en el pensamiento económico colombiano**, el ideario por la planificación se remonta a Bartolomé de las Casas, se menciona en las relaciones de mando de la Colonia y el propio Bolívar lo involucra en las juntas de agricultura y comercio que decreta desde la Villa del Rosario. Se juzga a la ligera, pues, cuando se piensa que la conducta de la programación llega al país en los informes de misiones extranjeras -Currie, Lebet, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, Cepal, etc.-. Siempre en Colombia, aunque no de una manera definida como en las últimas décadas, los autores han expuesto sus conceptos sobre la importancia de la planificación.

Y fue con el libro de García en donde se planteó por primera vez la reforma y rescate del municipio por medio de un programa de reestructuración político-administrativa y fiscal, introduciendo el método de la planificación a través del presupuesto de inversiones y de la asociación de





do: lo original de esta formulación consiste en que fue expuesta hace 25 años.

Este mismo tema histórico es analizado también en **Colombia, esquema de una república señorial** (México. Cuadernos Americanos, 1959), en el que García remonta su análisis a las formas de instalación de la república y al descubrimiento de la naturaleza de las guerras de independencia. El examen de los tipos de hegemonía latifundista y militar en los primeros ciclos del siglo XIX, fundamenta la tesis de García sobre el carácter del bipartidismo colombiano. Los cambios en el sistema de dominación política, a través del bipartidismo como forma tradicional de oposición o de asociación, con posterioridad a la Primera y a la Segunda Postguerra y a la instauración de un nuevo modelo de desarrollo capitalista de tipo concentrador y transnacional, son estudiados por García en su ensayo **Colombia: medio siglo de historia contemporánea**, editado en 1977 en México por Siglo XXI. En esta misma década, el Instituto Indigenista Interamericano de México publica dos obras más de su análisis crítico a la historia social colombiana: **Introducción crítica a la legislación indigenista de Colombia** (en el que se examinan las luchas libradas por las comunidades indígenas por la tierra y por la preservación de la comunidad y de la cultura, frente a una república orientada sistemáticamente hacia la destrucción de los **resguardos de indios** y hacia la incorporación coactiva de los pueblos indígenas en el mercado capitalista del trabajo) y **Regímenes indígenas de salariado - Del salariado señorial al salariado capitalista en la historia de América**, en cuyas páginas se estudian, con documentos históricos de primera mano, las formas no capitalistas de salariado existentes no sólo en el período hispano-colonial sino a lo largo de los siglos XIX y XX, estableciendo García una diferenciación original –comentada por el profesor José M. Ots Capdequi en la revista del Instituto Indigenista Interamericano– entre el **salariado señorial**, existente en las haciendas de colonato hasta los años cincuenta y sesenta, en casi todos los países andinos, y el **salariado propiamente capitalista** originado en verdaderas relaciones de mercado. Este mismo tema sería profundizado por García en su libro **Estructura de una hacienda señorial en la sierra ecuatoriana** producto de una investigación de campo en diversas regiones andinas del Ecuador.

La década de los años sesenta corresponde a un período intensamente latinoamericano de García, en cuanto participó como consultor en reforma agraria en Bolivia, Chile, Perú, Ecuador, México, Santo Domingo y en cuanto centra su actividad en la realización de un ambicioso programa de investigaciones directas en los anteriores países, así como en Argentina y Brasil. Para entonces adelanta también su mayor esfuerzo de sistematización teórica sobre los problemas estructurales del subdesarrollo y acerca de las posibilidades del desarrollo de la América Latina, a partir no sólo de sus estudios sobre la estructura agraria y los modelos de industrialización dependiente, sino de sus trabajos sobre la estructura social y los problemas del Estado en cuanto expresiones del subdesarrollo. Ese esfuerzo teórico se expresa en su actividad docente en varias universidades de América Latina y en diversos libros: **El problema agrario y los medios de comunicación colectiva en América Latina** (Quito, Edic. CIESPAL, 1966); **Reforma agraria y economía empresarial en América Latina** (Santiago de Chile, Edit. Universitaria, 1967); *Dinámica de las reformas agrarias en América Latina* (Santiago de Chile, Edición ICIRA, 1968, reeditada luego en México, Cuba, Perú y Colombia); **La estructura del atraso en América Latina** (Buenos Aires, Edit. Pleamar, 1968, reeditada posteriormente por Ateneo de Buenos Aires en 1973 y 1979); **Las cooperativas en las reformas de la novela indigenista del Ecuador** (Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1969). A este mismo período corresponden varios folletos, editados mimeográficamente: **Las comunidades tejedoras de la mixteca alta** (México, Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, 1960); **Cooperativa y reforma agraria en Bolivia** (Roma, FAO, 1961) y **Proyecto de organización cooperativa de las haciendas estatales del Ecuador** (Quito, Instituto de Colonización y Reforma Agraria, 1963), producto de investigaciones directas realizadas en esos países. Dentro de este conjunto de obras editadas en la década de los años sesenta, revisten especial importancia –desde el punto de vista de su concepción teórica y de sus aportes a la ciencia social– en primer lugar **La estructura del atraso en América Latina - Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo**, destinada a explicar el subdesarrollo latinoamericano por medio de la utilización de dos categorías conceptuales, las de **dependencia y dominación social**, y a elaborar una teoría del desarrollo a partir de la posibilidad de enfrentar los problemas originados en los **obstáculos estructurales** y de lograr la plena y sistemática movilización del esfuerzo interno a través de un proyecto político de Nueva Sociedad.

El fundamento metodológico de esta concepción estructural y dialéctica del atraso y del desarrollo es la reconceptualización acerca de la verdadera naturaleza de la ciencia social -como ciencia relativa e ideológica y de su papel en los países socialistas, de acuerdo con las condiciones de su contexto específico de tiempo y espacio-. Este instrumento metodológico permite a García establecer una diferenciación fundamental entre crecimiento económico y desarrollo global de las sociedades, criterio que ha de aplicar en su ensayo **La crisis del modelo liberal del crecimiento económico - Análisis de la experiencia colombiana**, publicado por El Trimestre Económico de México en 1978. En esta misma dirección, de definición teórica del modelo latinoamericano de **crecimiento económico sin desarrollo**, han orientado sus investigaciones y reflexiones economistas y sociólogos, como André Gunder Frank, Alonso Aguilar Monteverde, Domingo Maza Zavala, Celso Furtado y tantos otros, cuyos trabajos se vienen publicando en mi Revista **Desarrollo Indoamericano**. El Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional de México editó en 1977 el debate efectuado en el Seminario de Teoría del Desarrollo sobre “La estructura del atraso en América Latina”, México, Edic. UNAM), en el que participaron los profesores Alonso Aguilar, Fernando Carmona de la Peña, Arturo Bonilla, Gloria González y Gerard Pierre-Charles.

En segundo lugar, **Reforma agraria y economía empresarial en América Latina y Dinámica de las reformas agrarias en América Latina**, con las que inicia el ciclo de las obras dedicadas al análisis crítico de los problemas estructurales del campo latinoamericano y de las grandes experiencias en modernización, colonización y reforma agraria. Mientras en la primera de éstas obras avanza hacia la tipificación de las estructuras latifundistas y minifundistas -desde el punto de vista económico y social- en la segunda expone la tipificación histórica de las reformas agrarias latinoamericanas. Las líneas matrices de este pensamiento crítico los desarrolla posteriormente en su **Reforma agraria y dominación social en América Latina**, (editado en Lima, en 1970, por el Instituto de Estudios Peruanos y reeditado por la Sociedad Interamericana de Planificación, en Buenos Aires, en 1973). En este trabajo García examina los problemas relacionados con la estructura de clases, las relaciones sociales y las formas de dominación política existentes en el campo latinoamericano. A su vez, en **Sociología de la reforma agraria en América Latina** (editado en 1973, en Buenos Aires, por la Editorial Amorrortu), expo-

ne la teoría del latifundio como constelación social (en cuanto de ella forman parte las áreas de minifundio, las comunidades indígenas y aun cierto tipo de poblados, en diversos tipos de estructura agraria), y diseña la **Reforma agraria por áreas**, tan estrechamente relacionada con las más valiosas experiencias reformistas en Perú, Cuba y Chile; en **Reforma agraria y desarrollo capitalista en América Latina** y en **El nuevo problema agrario de la América Latina** define el **problema agrario** a la luz de los nuevos procesos de transnacionalización y de modernización capitalista de la agricultura, y examina la naturaleza de las reformas agrarias desde la perspectiva de los modelos políticos de desarrollo implantados en América Latina en las últimas décadas; y, finalmente, en **Modelos operacionales de reforma agraria y desarrollo rural en América Latina**, editado en San José de Costa Rica por el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas, en 1980, introduce y explica el método de la planificación del desarrollo rural por áreas. Esta tarea de análisis y de reflexión teórica sobre los problemas agrarios y sobre las políticas agrarias de la América Latina dentro de los marcos del capitalismo subdesarrollado y periférico, culmina con **Desarrollo agrario de América Latina** (México, Edic. Fondo de Cultura Económica, 1980) en el que examina tanto los problemas estructurales internos como los cambios originados en el mercado mundial y en el esquema de división internacional del trabajo.

Una tercera línea de trabajo de García se relaciona con los problemas, experiencias y políticas de organización agraria y, en particular, sobre las formas de agricultura asociativa emergentes de los procesos latinoamericanos de reforma agraria. En esta dirección escribió una serie de libros, a partir de 1969: **Las cooperativas agrarias en el desarrollo de Chile** (Santiago de Chile, Edic. ICIRA, 1972), trabajo fundamentado en el análisis histórico y en la investigación directa en el campo chileno, cuya circulación fue bloqueada por el golpe militar de 1973; **Las cooperativas agrarias en el desarrollo de América Latina** (Bogotá, Edic. COLATINA, 1976), que analiza las características del cooperativismo latinoamericano en relación con los problemas del subdesarrollo y el desarrollo; y **Cooperación agraria y estrategia de desarrollo** (México, Edit. Siglo XXI, 1977), en el que vuelve a su antiguo enfoque acerca de la pluralidad de formas históricas de la cooperación agraria en el mundo contemporáneo, realiza una sistemática exploración sobre los tipos de cooperativismo y agricultura asociativa que se desarrollan en los tres

mundos (el de los países capitalistas desarrollados, el de los países socialistas y el de los países capitalistas subdesarrollados) y define los rasgos del cooperativismo como estrategia de desarrollo en los países de capitalismo periférico. En esta obra García analiza, críticamente, las más importantes experiencias de organización agraria en los Estados Unidos y en la URSS, en Yugoslavia y en Israel, en China y en Inglaterra, en Bulgaria y en los países nórdicos, así como en México; Cuba, Bolivia, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Argentina y Honduras.

Una cuarta línea de exploración es la relacionada con la naturaleza y el papel de la comunidad social en el marco de las condiciones de funcionamiento del capitalismo periférico. Esa línea se inicia en 1966 con el libro **El problema agrario y los medios de comunicación colectiva en América Latina**, que diseña una sociología de la incomunicación rural como respuesta a las concepciones europeas –particularmente de Dumazadier– sobre la sociología de la comunicación rural; y culmina con la obra –también editada por CIESPAL, de Quito– **¿Comunicación para la dependencia o para el desarrollo?** en la que profundiza en el examen crítico acerca de la naturaleza y el papel que actualmente desempeñan los más modernos y universales medios de comunicación social como la radio, la televisión y el cinematógrafo, en cuanto ha servido para instrumentar los procesos de **internacionalización** de las corporaciones transnacionales en los mercados internos, en el aparato productivo y en la cultura y el sistema de valores de América Latina.

A una quinta línea de trabajo –si bien constituye una preocupación constante y común en toda la obra de García– es la relacionada con la revisión crítica de la historia colombiana, partiendo de sus enfoques estructurales y dialécticos acerca del papel que desempeñan los procesos de reforma, revolución y contrarrevolución, los conflictos sociales y políticos y los cambios en los modos de inserción de la economía colombiana en la estructura del mercado mundial y de las relaciones mundiales de poder. Esa preocupación se expresa en la casi totalidad de sus obras, particularmente en **Bases de la economía contemporánea**, (1948); **La democracia en la teoría y en la práctica**, (1951); **Gaitán y el problema de la revolución colombiana**, (1955); **Colombia, esquema de una república señorial**, (1959); **Introducción crítica a la legislación indigenista de Colombia**, (1951), así como en sus recientes libros **Historia contemporánea de Colombia**, (1977) y **Los comu-**

**neros en la prerrevolución de independencia 1781-1981** (Bogotá, Editorial Plaza & Janes, 1981), con los cuales se inicia una serie de ensayos de interpretación sobre los ciclos fundamentales en la historia de la sociedad colombiana.

\*\*\*

El Che Guevara solía afirmar que “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”. Y esto es correcto. Pero también es cierto que todo revolucionario que tenga responsabilidad de dirección y mando, debe saber para qué se hace la revolución.

La historia está llena de ejemplos que obligan a tener en cuenta lo anterior: muchas jornadas revolucionarias se han frustrado, o limitado en sus propósitos máximos, por carecer de una ideología clara que garantice una estrategia para lograr determinados objetivos.

En nuestros países, desde la revolución de la independencia se puede observar el fenómeno: lo que fue una gesta libertadora ejemplar, limitó sus alcances: se pone fin al colonialismo español, pero no se avanza en el proceso revolucionario en busca de una independencia integral, capaz de asegurar un desarrollo independiente.

Pese a las observaciones y proyectos del genial Libertador Simón Bolívar, quien presiente y denuncia la dependencia financiera y comercial inglesa, y sienta las bases de una estrategia defensiva integracionista, los intelectuales y gobernantes de la primera república se muestran en su gran mayoría como repetidores de las teorías económicas europeas. En esa posición subordinada, que responde al origen social de los que detentan el poder –latifundistas y comerciantes–, se entretuje el crecimiento del capitalismo dependiente de nuestros días.

Pero la insurgencia sigue también su camino al lado del sometimiento oficial: en este siglo, nada más, los voceros de la autenticidad son muchos, tanto en el campo de las ideas como de la acción. Uribe Uribe y Gaitán, para sólo mencionar dos grandes conductores populares, orientan al pueblo en busca de un camino diferente.

En el campo del análisis teórico Antonio García antecede a los acontecimientos últimos para propender por un socialismo nuestro, emanado de nuestra realidad y conveniencias.

En la historia revolucionaria socialista de América Latina se ha podido comprobar que las realizaciones sólo han sido posibles en aquellos casos en que el pensamiento que ha servido de guía a los insurgentes forma parte del patrimonio nacional. Bastaría mencionar los hechos más recientes: Martí guía a los guerrilleros de Sierra Maestra, y Sandino unifica en Nicaragua. Mientras tanto, los llamados partidos revolucionarios, que sólo se inspiran en el legado de revolucionarios, de otros países o de otros tiempos, o que restringen su acción a los moldes de conveniencia de los gobiernos de turno de los países socialistas europeos o asiáticos, devienen en grupos cerrados y dogmáticos, más interesados en los problemas internacionales de las grandes potencias, que en el proceso mismo interno de una revolución independiente.

Y en verdad que sólo el estudio de la realidad concreta puede ser la fuente de doctrinas y conveniencias. No significa desconocer el legado ideológico y la experiencia ajena. Por el contrario: sabiendo cómo lo imaginaron y lo hicieron otros pueblos, en otras geografías y otros tiempos, podremos apreciar mejor el significado de la responsabilidad con lo nuestro. Porque la política, como parte de la ciencia social, depende de un paisaje, un momento histórico, una estructura económica y unas conveniencias anheladas.

Ya pocos discuten los fundamentos científicos de la dialéctica en el proceso del desarrollo social de los pueblos. Y estos principios, debe afirmarse, forman parte del patrimonio universal de la ciencia. Lo mismo puede decirse de las tesis materialistas de las ideologías y las estructuras. Cada modalidad de una actividad productiva determina una política. A una economía dependiente, corresponderá una conducta oficial dependiente. De una economía capitalista dominante se desprende una ideología acorde con esa entelequia. Por eso en las etapas inferiores del capitalismo las ideas liberales manchesterianas servían a las fábricas exportadoras de Manchester y a otros centros fabriles europeos. Y, por eso, también en nuestros días, a la denominada escuela de Chicago, que propende por un nuevo liberalismo, se le reconoce como la expresión

ideológica de las empresas multinacionales que operan en los territorios de los países explotados.

Pero esos mismos conceptos deben ser extendidos a todos los sistemas, incluso el socialismo. La verdad es que cada país, o cada región con intereses comunes, defiende sus fronteras y sus conveniencias. Dentro del marco universal de un sistema, sea capitalista o socialista, la posición de una nación satisface las características de su desarrollo social. En este contexto, el advenimiento de una nueva organización social en Colombia o América Latina, tiene que responder a una ideología auténtica, tal como lo pregonaba Mariátegui, el gran marxista peruano. La alineación no tiene porvenir. La realidad nos asombra con sus ejemplos diarios. Bastan unos años para dejar por el suelo supuestos que respondían más al utopismo moralista que a fundamentos científicos. Las diferencias y choques entre países socialistas, son la simple consecuencia de las conveniencias que se desprenden de grados distintos de desarrollo. Si se aceptan los principios dialécticos no cabe otra explicación. Por eso nuestro destino habrá de depender de lo que hagamos con nuestras propias manos y con nuestras ideas. Puede ser un camino largo, que necesita esperar un poco más. Pero la historia de los pueblos nunca la han hecho los desesperados, sino los que saben elegir el sendero. Que se deduzca, por lo tanto, que la liberación de nuestros pueblos tendrá que entenderse como la continuación de la conducta y el pensamiento de los hombres que a través de la historia han luchado por la defensa de nuestras raíces y de nuestro porvenir.

Teniendo en cuenta los razonamientos anteriores, hay que decir que el pensamiento político colombiano debe también a Antonio García un compendio que enriquece el patrimonio nacional.

\*\*\*

El pensamiento social de García ha ido más allá de la copia servil o de la divulgación pasiva. Sus aportes siempre serán valorados por los hombres no doblegados por la dependencia. Su obra es reconocida no sólo en América Latina, sino más allá. Bastaría, para sopesar el respeto que le tienen los pensadores, traer a cuento una declaración del filósofo marxista Herbert Marcuse:

“Yo nací 15 años después de la muerte de Karl Marx, pero desde mis primeros años en la escuela me apasionó su vida. La mayoría de mis teorías y pensamientos se basan en sus trabajos, pero yo creo que soy una especie de anti-Marx, como el propio Marx lo fue en vida.

“No creo equivocarme pero de Colombia es uno de los pensadores y ensayistas que tiene los planteamientos más respetables sobre el marxismo. No leo muy bien español, pero he captado las bases de su pensamiento. Su nombre es Antonio García”.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Barranquilla, mayo de 1981

# EL LEGADO DE PREBISCH

En 1981 se publicó el tomo primero de las *Obras Escogidas de Raúl Prebisch*, que corresponden al *Volumen Tercero de la Colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, APESAL. Para entonces se tenía el propósito de editar tres tomos del consagrado científico social argentino. Sin embargo, dada la importancia que se le otorga en las universidades a los muchos estudios de dicho autor, se ha considerado como más conveniente recoger en un solo libro lo más significativo y original de su obra.

Es así como esta nueva versión de sus **OBRAS ESCOGIDAS** abarca todo el material que en un principio había seleccionado el doctor Isidro Parra Peña, cuidadoso discípulo del doctor Prebisch y destacado intérprete de la doctrina cepalina.

Hablar de Raúl Prebisch es referirse al intento más significativo de independencia ideológica dentro del propio marco del sistema capitalista. Se le puede considerar a él como primer abanderado de un cuerpo de teorías reformadoras que anhelan la superación de las características, contradicciones y fallas de la dependencia y el subdesarrollo.

En el contexto de sus **OBRAS ESCOGIDAS**, Prebisch resume el aporte de su razonamiento: las grandes fallas del sistema, observa, no

radican en la propiedad en sí misma, sino en la apropiación privada del excedente y las consecuencias nocivas de la concentración de los medios productivos.

Ante esta realidad, propia de la historia y la dinámica del capitalismo, Prebisch sólo deduce dos formas de acción reguladora: “Que el Estado tome propiedad y gestión de los medios productivos, de donde surge el excedente, o que el Estado use el excedente con racionalidad colectiva sin concentrar la propiedad en sus manos, sino difundiéndola socialmente”.

Prebisch tiene confianza en la intervención estatal. Condena al liberalismo, y se aparta de los preceptos de la llamada Escuela de Chicago, que sirve de guía a la nueva política económica de los países latinoamericanos. Las ideas del liberalismo económico, afirma, son las de un liberalismo falseado que, lejos de traer la difusión del desarrollo, consolida flagrantemente la inequidad social.

Aunque Prebisch se inspiró en sus primeros años en las tesis de Keynes, hasta el punto de haber escrito un libro para divulgar el esquema teórico del conocido economista inglés, la verdad es que sus diagnósticos y conclusiones son diferentes: en la **Teoría General** de Keynes la intervención se entrelaza a fluctuaciones cíclicas y a la superación de paro, sin ningún interés por el problema social, mientras Prebisch estudia el caso particular del capitalismo periférico y los fenómenos de la distribución del ingreso.

Desde una óptica rigurosa podría decirse que Keynes estudió al capitalismo tal como es, mientras Prebisch lo analiza como quiere que sea. De ahí que sus conclusiones, así sucede con muchas de las sugerencias de la Escuela de la Cepal, estén saturadas con buena dosis de moralismo.

De todas maneras la obra de Prebisch representa uno de los legados más valiosos del pensamiento social de América Latina. Como bien lo recuerda el prologuista Parra Peña, sus muchos años dedicados a la investigación lo presenta como uno de los más grandes realizadores de los últimos tiempos.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, marzo de 1981

# DIALOGOS CON CELSO FURTADO

## EL PENSAMIENTO ECONOMICO DEL BRASIL Y LOS ENIGMAS DEL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO

A Celso Furtado lo estudio y admiro desde hace muchos años. Nunca le he podido estrechar su mano amiga, pero desde la aparición del primer número de *DESARROLLO INDOAMERICANO*, mantenemos una regular correspondencia. En las páginas de dicha Revista he tenido el placer de publicar sus ensayos. Alguna vez nos citamos en París, pero mi viaje se retardó, y cuando llegué a esa ciudad, ya él estaba cumpliendo compromisos de conferencista en una universidad norteamericana. Sin embargo, de la lectura de sus libros hago con frecuencia un diálogo, para encontrar en sus juicios teóricos respuestas a mis inquietudes sobre el destino social e independiente de nuestros pueblos.

Porque pocos hombres de nuestra América Latina pueden ofrecer tanta riqueza en las ideas y la experiencia. El pensamiento económico y social del Brasil es fecundo en el presente siglo. De los contemporáneos yo conozco sólo a los que han trabajado en el exilio, pero pienso que ahí están casi todos. Las dictaduras militares de los últimos años obligó al abandono del terruño: Josué de Castro, Celso Furtado, Fernando H. Cardozo, Paulo R. Schilling, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Helio Jaguaribe, Joao Lyra Filho, para sólo citar a los amigos que, en una

u otra forma, han sufrido los rigores de la intolerancia política y el rechazo a sus tesis originales, democráticas y antiimperialistas.

En la vida de Furtado hay que tener en cuenta su actividad política y su labor de pensador. La primera se circunscribe, como es fácil suponerlo, al Brasil. La segunda es universal, latinoamericanista. El mismo, en uno de sus libros, parece reconocer la dualidad, cuando recoge, como epígrafe, unos versos de Juan Ramón Jiménez: **Pie en la Patria, casual o elegida; corazón, cabeza en el aire del mundo.**

Y, en mi concepto, en el trabajo creador del exilio Furtado desborda la estrechez de su visión desarrollista, que se encuentra en sus primeros estudios, y que lo enmarcaban en el quehacer político y burocrático de la juventud. El mirar el bosque desde afuera, las frustraciones de la espera, y la dinámica de los fenómenos económicos, obligan a superar concepciones reformistas, para afirmarse en planteamientos más radicales y acordes con el proceso y realidad latinoamericanas. Este mismo fenómeno se opera en Raúl Prebisch, su compañero de trabajo en la Cepal, quien acaba de pronunciarse, en una especie de testamento rectificatorio, en sus últimos escritos.

En su libro, **Desarrollo Económico y Desarrollo Político**, Helio Jaguaribe, de manera objetiva, describe la ideología de los grupos políticos del Brasil de inicios de la década del sesenta. Uno de ellos, en el cual influye Furtado, es el de los **nacionalistas-desarrollistas**. Son, según sus propias palabras, “los burgueses urbanos industriales, la clase media tecnológica, la clase media rural tecnológica, y el proletariado no **cartorial**”, que piensan que la promoción del desarrollo económico y la consolidación de la nacionalidad son dos aspectos correlacionados del mismo proceso emancipador.

Para entonces el grupo de analistas del Brasil, que catalogaba a ese país como una gran nación subdesarrollada, parecía enfrascado en resolver el problema de la defensa de una autonomía nacional ante un capital extranjero indispensable para el crecimiento. “Las grandes naciones subdesarrolladas, decían, se enfrentan con la contradicción de que necesitan inversiones extranjeras masivas para alcanzar una tasa apreciable de

desarrollo y que no pueden desarrollarse como comunidades nacionales si los sectores estratégicos de su economía caen bajo el control de los intereses foráneos, motivo por el cual, para superar esa contradicción, necesitan ajustar su economía al imperativo de la autonomía nacional, imponiéndose un sistema de ahorro, inversión y producción que asegure la tasa máxima de desarrollo que la comunidad pueda soportar”.

Pero el acertijo nunca tuvo respuesta. O, mejor dicho, se cumplió de otra manera: los militares adelantaron el modelo de las puertas abiertas al capital extranjero, y el crecimiento económico cristalizó, pero a costa del dominio del capital foráneo, y de la ausencia del desarrollo social. Hoy en día Furtado clama por un cambio en la mira de pretensiones. Así, en sus declaraciones más recientes, recogidas en la edición No. 1 de junio de 1982, de la Revista **Pensamiento Iberoamericano**, ha dicho: “Lo que sucede en el mundo real es un nuevo proceso de internacionalización al nivel de los circuitos financieros... que obliga a nuevas formas de abordar ese problema. Me he rebelado contra los conceptos de la economía tradicional que hablan de ahorro, inversión, y de excedente, en abstracto. Porque la cuestión no es de crecimiento. En el Brasil la economía crece desde hace treinta años a un siete por ciento de promedio anual, pero los problemas sociales son similares, se mantienen. Por eso, cuando yo hablo de dependencia, me estoy refiriendo a la dependencia en el modo de crecimiento, en el estilo de crecimiento”.

Celso Furtado ha sido el gran teórico del desarrollo, y, naturalmente, de la dependencia. Uno de sus libros, **Dialéctica del desarrollo**, fue publicado en 1964, como él mismo lo explicaba, como fruto de su responsabilidad de intelectual con la dignidad de la persona humana. Cuatro años después escribe su **Teoría y Política del Desarrollo Económico**, encaminada a cumplir las funciones de texto de consulta en las universidades, pero, más allá de la simple función de divulgar informaciones sobre la evaluación de las ideas y la controversia en torno al tema del desarrollo, y con “la mira de ayudar al lector a obtener una percepción de los procesos económicos observados desde el ángulo de las transformaciones en el tiempo de los conjuntos de mayor complejidad que son los sistemas económicos”.

Aunque Furtado trabajó un buen tiempo en la Cepal, como lo anota Javier Iguíñiz en su ensayo **Aspectos de la evolución del Pensamien-**

**to Latinoamericano sobre la Dependencia**, sus planteamientos desbordan en el análisis de hechos concernientes con las estructuras. “Con Furtado, comenta Iguñiz, sucede algo distinto a lo visto en Prebish. Sus reflexiones incluyen las tendencias más modernas de la expansión imperial y consideraciones sobre el lugar de América Latina, dentro del esquema mundial de seguridad y defensa. Esto lo lleva a considerar que la penetración norteamericana, pero no sólo ella, ha destruido paulatina pero definitivamente los centros de decisión nacionales y que el empresario nacional es dependiente de la organización forjada por empresas multinacionales”.

La dependencia la estudia Furtado desde sus orígenes. Y esto es muy importante, porque en los últimos años algunos investigadores, especialmente sociólogos, han imaginado que ese fenómeno viene a descubrirse apenas en el presente, mientras otros se enfrascan en confusas discusiones sobre su verdadera existencia. Negar la dependencia, como intenta hacerlo Agustín Cueva en aras del marxismo-leninismo, es, simplemente, hundir los pies en el más crudo sabor dogmático. La dependencia es un fenómeno inscrito en el subdesarrollo, es la otra cara de esa medalla, que existe y se desprende en la dinámica del proceso y desarrollo desigual del capitalismo.

Apenas se iniciaba la etapa colonial, y ya el padre De las Casas hacía mención y denuncia de expropiaciones y tratamientos desiguales, que siglos después serían apreciados como determinantes del atraso y la dependencia. En los informes de los gobernadores coloniales, las menciones abundan. Para el caso colombiano, por ejemplo, Manuel de Guirior, en 1776, o sea antes que Lincoln y List, sostiene la tesis de que conviene a cada reino y provincia proveerse de todo lo que consume; y Antonio de Narváez y la Torre e Ignacio de Pombo, tal vez los más esclarecidos exponentes de una política económica nacionalista, ofrecen un legado fecundo de idearios en favor de la sustitución de importaciones, y llegan a condenar, utilizando las mismas palabras que después se apropiaría la Cepal, el deterioro de los precios en las relaciones de intercambio que se daba entre el comercio de España y la región del Norte de la Nueva Granada.

El estudio de la dependencia está inmerso en todos los documentos económicos de la América Latina. Y ridículo resulta circunscribir-

lo a las observaciones y aportes de investigadores y sociólogos, digamos el caso de los grupos de trabajo de la Cepal e Ilpes, y, con especialidad, los vinculados a esos organismos en el tiempo del gobierno de Allende. Como bien observaba Theotonio Dos Santos en su libro **Dependencia y Cambio Social**, “lo que se explicitó teóricamente (ahora) fue, sobre todo, el hecho de que la situación de dependencia que vivimos dentro del sistema capitalista mundial condiciona las estructuras internas de nuestros países, haciéndolos dependientes en su propia constitución”.

Dos Santos es correcto cuando afirma que “la dependencia está fundada en una división internacional del trabajo que permite el desarrollo industrial de algunos países y limita este mismo desarrollo en otros, sometiéndolos a las condiciones de crecimiento inducido por los centros de dominación mundial”. No importa, claro está, que se den los casos de instalaciones manufactureras de alguna importancia, como ha sucedido en Brasil, Corea y Taiwán, si ellas son dominadas desde las metrópolis. Como tampoco importa que a los nuevos supuestos de esa división internacional del trabajo, se le dulcifique con la palabra **armonía**, como viene usándose en la terminología propia de la integración socialista propiciada por el Come, si no se aplica rigurosamente la ley del valor, con la medida exacta en el cambio de las mercancías, teniendo en cuenta la cantidad socialmente necesaria de trabajo que participó en la producción de los bienes cambiables.

Por eso, ante la rabiosa actitud de divulgadores alineados que pretenden negar la dependencia, parece que se encubre el temor de que ella, la dependencia, pueda también descubrirse, como así es posible, en grados distintos de desarrollo entre países socialistas –industrializados y no industrializados– que, en el cumplimiento de las leyes del materialismo dialéctico, /habrán de ofrecer, como están ofreciendo, pensamientos y conductas diferentes en la estrategia de su política económica. Negarle importancia, en nombre del marxismo, como lo hace Cuevas, a los que trabajan en el análisis de la realidad concreta, porque no usan la terminología del pasado, es, ni más ni menos, una mamarrachada sectaria. “Nuestra doctrina, exclamaba Lenin recordando a Engels y Marx, no es un dogma, sino una guía para la acción. Esta tesis clásica subraya con notable vigor y fuerza de expresión un aspecto del marxismo que se pierde de vista con mucha frecuencia. Y al perderlo de vista, hacemos del marxis-

mo una cosa unilateral, deforme y muerta, le arrancamos su alma viva, socavamos sus bases teóricas más hondas: la dialéctica, la doctrina del desarrollo multilateral y pleno de contradicciones; quebrantamos su ligazón con las tareas prácticas determinadas de la época, que pueden cambiar con cada nuevo viraje de la historia”.

Por lo demás, cada ciencia, o cada científico, y en cada época, se valdrá de su propia terminología, surgida de la deducción objetiva o abstracta de los fenómenos estudiados. Refiriéndose a estos conceptos, Furtado ha dicho en el prefacio de uno de sus libros: “La teoría del desarrollo (más conocida como teoría del crecimiento) se ha preocupado casi exclusivamente por la dinámica de los sistemas industriales, es decir, de las economías llamadas desarrolladas, y desde Marx hasta Hicks, pretende que la explicación de los procesos económicos en los países más avanzados en la industrialización sería suficiente para entender lo que ocurre en las economías retardadas. Si fuera así, a los países **atrasados** no les cabría sino trillar los caminos ya conocidos, beneficiándose con la experiencia de los que se encuentran en etapas más avanzadas”.

En su trabajo histórico, **La Economía Latinoamericana, una Síntesis desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana**, Furtado resume, de manera acertada, las características del período de la Conquista y la época Colonial, que dieron origen al subdesarrollo y la dependencia. Son simples sinopsis, pero con insinuaciones de gran valor propias para estimular el compromiso hacia tareas más completas. Para Furtado la época colonial se divide en dos grandes períodos: uno, que comprende los primeros 150 años de la presencia española en las Américas, con grandes éxitos económicos para la Corona y para la minoría española que participó directamente en la Conquista, la destrucción masiva de la población indígena, el empeoramiento de las condiciones de vida de la población que pudo sobrevivir, y la vinculación de vastas regiones en torno a polos dinámicos, “cuya principal función era producir un excedente bajo la forma de metales preciosos que se transferían a España de manera casi unilateral”; y, otro, también de siglo y medio, en el cual la minería decrece, el mestizaje facilita la recuperación demográfica, y se debilitan los vínculos entre las “regiones cuya interdependencia se reduce”.

\*\*\*

Tengo a mi lado los muchos libros de Celso Furtado, las cartas que me ha escrito, y una nota autobiográfica que fue publicada en una revista de la Unesco. Además, ensayos aparecidos en las revistas científico-sociales de América Latina. Tanto he consultado estos materiales, que casi sé de memoria sus pasajes más importantes. Y me dejo arrastrar por la tentación de iniciar un diálogo imaginario con este auténtico exponente del pensamiento económico latinoamericano. Tal vez así, pienso, puedo hacer más agradable, para todos los lectores, la presentación de un denso material para especialistas. Intento la aventura:

**J. C.** El exilio obliga al recuerdo del paisaje nativo. Recuerdo que Josué de Castro me hablaba en sus cartas de sus memorias de infancia y de las primeras luchas en su región brasileña. ¿A usted le sucede lo mismo?

**C. F.** Tiene usted razón. Yo nací en el estado de Paraíba, en el Nordeste del Brasil, en 1920. Allí viví hasta los veinte años, cuando me trasladé a estudiar derecho a Río de Janeiro.

**J. C.** ¿Entonces es usted abogado?

**C. F.** Sí, pero esa disciplina fue complementada por la economía, con cursos que adelanté en Cambridge y París. Pero volviendo a su primera pregunta, debo decirle que en mi formación y preocupaciones intelectuales tuvo mucho que ver la particularidad de mi región. Es ella el más antiguo núcleo de poblamiento de mi país. En los siglos XVI y XVII vivió un período de prosperidad, para iniciar después una larga decadencia que dieron forma a estructuras sociales rígidas. Esa importancia perdida explica la dependencia del Nordeste, reducida hoy a producir materias primas para la industria instalada en Sao Paulo, y el sur, en general.

**J. C.** Y de su comarca, ¿qué puede decirme?

**C. F.** La región donde me lavanté es semiárida, con sequías periódicas, algo así como el noreste colombiano. La ganadería era allí lo predo-

minante. Y, como sucede aún, en otras partes, en el campo de la política eran comunes ciertas modalidades parecidas a las que ustedes conocen con los nombres de gamonalismo. O sea, que la política, si es que así podría llamársele, sólo tenía lugar en las familias importantes, siempre con criterios parroquiales, ajenas a los grandes problemas del país, y salpicada de rivalidades entre familias, que algunas veces desembocaban en la violencia. Fruto de lo anterior eran las incursiones de los **cangaceiros**, bandas armadas a sueldo de los jefes políticos. De ahí que mi infancia estuviese impregnada de relatos de fuerza cuyos autores, lejos de ser criaturas míticas, eran personas conocidas. Y esa rudeza se ponía también de presente en la arbitrariedad, la opresión y la crueldad, antes que en hazañas heroicas.

**J. C.** Cuando me habla de su región yo recuerdo a la Guajira, en Colombia. Allí también las sequías son duras, y la violencia y la injusticia social son comunes. ¿Acaso la sequía influye en el hombre?

**C. F.** Puede ser. Mi primera infancia estuvo envuelta en relatos de sequías y calamidades, donde la improcedencia de los hombres se mezclaba con la mezquindad y los cambios bruscos de la naturaleza. Por ejemplo, de la falta de lluvia se pasaba a las inundaciones. Apenas tenía cuatro años cuando por culpa de una de ellas, nuestra casa se derrumbó parcialmente, y escapé por poco de morir.

**J. C.** Su relato se confunde con mis recuerdos de niñez. En mi aldea las crecidas del arroyo obligaban a mis padres en los inviernos a buscar refugios altos, sufriendo los rigores de la humedad y el trasteo, para después, en el verano, pasar buena parte del tiempo tendido en las camas de lienzo con el doble calor de la temperatura ambiente y de las fiebres palúdicas. Entonces, ante la impotencia, la gente esperaba el milagro divino, o se acudía al curandero...

**C. F.** Eso ha sido común en nuestros pueblos. En el mundo de la incertidumbre y de brutalidad, el modo más frecuente de afirmarse es la evasión hacia lo sobrenatural. Los grandes taumaturgos no han sido simples personajes de leyenda. Eran seres reales. Recuerdo que no lejos de mi hogar reinaba el padre Cicero, cuyos milagros atraían multitud de peregrinos.

**J. C.** ¿Y no se daban casos de rebeldía contra el caciquismo político y la violencia social?

**C. F.** Naturalmente que sí. Cuando tenía más o menos unos ocho años, la gente de mi estado fue sacudida por la presencia y agitación de un tal Joao Pessao, un hombre que, en el espíritu de la gente, hacía, a la vez, de jefe y taumaturgo. Al presentarse ante el pueblo como su protector logró suscitar un movimiento popular similar a los movimientos religiosos. Yo mismo escuchaba las historias que los humildes contaban sobre su obra humanitaria. El día que cumplí diez años, Pessao fue asesinado, y el suceso provocó tanta angustia colectiva que aún no puedo evocarlo sin emoción. Varias veces seguí, con los sirvientes de mi padre, procesiones que desfilaban a lo largo de las calles tras un catafalco que llevaba una fotografía de cuerpo entero del redentor desaparecido. Y creo que su muerte suscitó más tristeza que rebeldía en el pueblo. La impresión profunda que se ha grabado en mi espíritu al recordar esas historias es un sentimiento de perplejidad ante las fuerzas que nos superan, unida a una resignación que linda con el masoquismo, y que traduce bien la expresión: "La felicidad del pobre no puede durar".

**J. C.** ¿Entonces no es equivocado suponer, como suele decirse, que estos hechos de la infancia y pubertad, determinaron parte de su personalidad?

**C. F.** Tiene usted razón. tal vez esos hechos explican ciertas constantes de mi vida y ánimo. Me refiero a mi modo de obrar y a mi creatividad en el dominio intelectual. De todos ellos se desprende mi convicción de que el mundo de los hombres está en general dominado por la arbitrariedad y la violencia, hechos que no pueden combatirse con teorías simplistas, porque esta lucha no termina nunca en una victoria o una derrota definitivas, pues semejante al río que fluye, se renueva sin cesar.

**J. C.** Yo estoy de acuerdo con usted en esa apreciación. A veces los llamados dialécticos se olvidan de los fundamentos de la dialéctica. Se repite la célebre frase del filósofo materialista griego que hace saber que nadie se baña dos veces en el mismo río. Pero a la vez se piensa que la superación del capitalismo permitirá entrar a un mundo utópico, especie

de nirvana o cielo, sin contradicciones ni luchas. Lo cual significa no querer entender la realidad de las diferencias ideológicas entre los países socialistas, o negar la misma dialéctica. Es innegable que cada nueva organización social, desde el esclavismo para acá, ha significado un avance en el progreso material y las relaciones sociales del hombre, como lo significa el socialismo en relación con el capitalismo, pero sólo la lucha contra los obstáculos en los anhelos de perfección, puede permitir el avance.

Pero volvamos a lo suyo. Ahora a usted se le aprecia como un teórico de la economía que se inició en el derecho. Tal vez así sucedió con todos los de su generación. Para entonces las escuelas de economía eran prácticamente desconocidas. Antonio García, que fue en Colombia maestro y guía de una generación de economistas, estudió primero derecho, y hasta incursionó en la literatura de imaginación, como poeta y cuentista.

**C. F.** Algo parecido sucedió en mí. Desde mi infancia estuve cerca de los literatos clásicos. Leía con frecuencia a Swift, Defoe y Stevenson. La historia y la literatura fueron mis primeras pasiones. Para esto aprovechaba la buena biblioteca de mi padre, un burócrata por tradición. Fruto de esa formación fue mi primer libro, a los 25 años, que recogía varios cuentos. Yo pensaba, hasta la edad de treinta años, que mi vocación era la del periodismo y la literatura. Y siguiendo la costumbre de mi padre, ingresé al servicio público.

**J. C.** ¿Y qué cargos alcanzó a desempeñar?

**C. F.** Entre los principales, puedo decirle que fui Director del Banco de Desarrollo Económico, Superintendente para el Desarrollo del Nordeste y Ministro de Planificación. Después, privado de mis derechos políticos por la dictadura militar, y obligado a vivir en el exilio, desempeñé el cargo de director de la División de Desarrollo Económico de la Cepal; en el período anterior a mi exilio, de 1949-1956, he estado al frente de la cátedra universitaria en varios países, hasta llegar a la posición actual, de director de Investigaciones en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de la Universidad de París.

**J. C.** En la formación intelectual, ¿qué influencias tuvo antes de dedicarse por entero, y con su propio criterio, al estudio de los problemas económicos de su país y de América Latina?

**C. F.** Entre los influjos que recibí distingo tres corrientes principales: primero, la positivista. Un pariente había dejado a mi alcance una colección de obras positivistas, que comencé a leer a los quince años. La primacía de la razón, la idea de que todo conocimiento halla su forma superior en un conocimiento científico; la convicción de que conocimiento y progreso van a la par, se grabaron en mi espíritu como otras evidencias. Interesado, como estaba por la historia me acerqué también al marxismo. **La historia del socialismo y de las luchas sociales**, de Max Beer, me mostró, con su lectura, y por primera vez, que buscar sentido a la historia era una actitud perfectamente válida en el plano intelectual. Para mí, que vivía en una sociedad estratificada, la idea de que las formas sociales son producto de la historia, y que, por tanto, es posible superarlas, me permitía mirar el mundo con otros ojos. Esta idea, unida a la convicción positivista que ya le he mencionado, de que el conocimiento es un factor de progreso, servía para que mirara, con una luz distinta, la posición del hombre respecto a la historia: era posible escapar a ese universo fatalista y absurdo de mis coterráneos campesinos, para acceder a la responsabilidad moral. En síntesis, pienso que he sido influido por la sociología americana, por el positivismo y el marxismo.

**J. C.** ¿Y sus profesores tuvieron algo que ver con esas influencias y con su formación?

**C. F.** Muy poco. En mi tiempo el estudiante vivía en una comunidad intelectual donde el papel del profesor era menos que existente, pero donde circulaban libros e ideas.

**J. C.** En nuestros días no se han superado esas limitaciones. Todavía el nivel de los profesores deja mucho que desear. Y si el estudiante quiere romper el círculo, pongamos el caso de los manuales, y la dependencia cultural, para comprometerse con el estudio de la historia, la economía y los recursos de sus países, tiene que hacer esfuerzos propios, acercándose a librerías y bibliotecas. Este es un hecho que yo he tenido muy en cuenta en la dirección de universidades, preocupándome, con todo el entusiasmo, por la organización de librerías y bibliotecas bien dotadas.

**C. F.** Eso es correcto. Porque cuando un estudiante se entusiasma con un libro abre el camino para descubrir otros. Esto explica que algunos estudiantes puedan tener una vida rica, aun en los lugares donde se dan esas fallas que usted anota. Lo que importa es que los estudiantes accedan a la información, se aprovechen de lo que puedan encontrar a la mano en bibliotecas y librerías, y vivan en un medio abierto al diálogo.

**J. C.** Y de manera más concreta, ¿cómo incidió en su pensamiento posterior este encuentro, desde la juventud, con estas corrientes diversas del pensamiento universal?

**C. F.** Las tres corrientes de ideas que he mencionado, la verdad es, siguieron influyéndome en mis estudios de Economía en Inglaterra y Francia. El influjo directo de Marx se reforzó con la lectura de Karl Mannheim. La sociología del conocimiento me permitió establecer un vínculo entre el hombre y la historia. A la larga, el deseo de ligar creación intelectual e historia, me serviría de punto de partida en mi interés por las ciencias sociales. Entonces pase a leer los libros de economía, sociología, etc., para encontrar en ellos un medio de acción. Sin embargo, esto no cambió en nada mis convicciones positivistas, según las cuales el comportamiento tanto individual como social del hombre, pueden ser en gran medida objeto de conocimiento científico con igual razón que el mundo exterior. He sido siempre muy consciente de la ruptura entre el conocimiento científico y la ideología. La óptica de la sociología americana me facilitaba el paso de las grandes construcciones teóricas de los problemas concretos, además de que me permitía liquidar las ideas preconcebidas sobre la raza, el clima y la superpoblación, que aprisionan en un fatalismo paralizante.

**J. C.** Ha mencionado usted un tema muy discutido en la década del sesenta. Los jóvenes envalentonados de esos días confundían toda acción revolucionaria con la búsqueda del monte, con la toma de un fusil en las manos. Para entonces yo coloqué, en uno de mis libros donde defendía una teoría propia sobre las causas de la inflación, frases de Wilde y de Lenin, que me sirvieron más como escudo protector que de epígrafe, para dejar en claro que pensar es actuar, y que sin teoría revolucionaria no podía haber acción revolucionaria.

**C. F.** Yo lo leí, y comprendí su intención. En mi caso, desde el propio Brasil, entendí que mi papel de intelectual era de compromiso. Y no de compromiso con interés de grupo sino con la sociedad.

**J. C.** Pero a usted se le ha criticado, por lo menos en su etapa burocrática, un apego y confianza en las modalidades técnicas, por ejemplo, a la planificación en sí.

**C. F.** Debo aclararle esos criterios. Es cierto que el estudio de la organización me llevó a enfocar a la planificación desde un punto de vista estrictamente técnico. Pero eso fue una época en que no contaba con el conocimiento de la teoría de las decisiones, cuando llegaba a veces a confundir programa con estrategia. Sin embargo, con lecturas posteriores entendí la planificación como una técnica social de importancia capital, propia para elevar el nivel de racionalidad de las decisiones que dirigen los procesos sociales complejos que pueden evitar procesos cumulativos e irreversibles en direcciones desfavorables.

**J. C.** Yo viví, por allá en el año sesenta, una experiencia similar. Como funcionario de la Planeación Nacional de Colombia estuve en desacuerdo con las definiciones de su amigo Jorge Ahumada, y con la postura de la Cepal, representada en Matner, Ciboti, y otros que hablaban del carácter neutral de la planificación. Entonces escribí un libro para señalar que la planificación estaba al servicio de algo, y era un instrumento que podía utilizarse para mantener en estatus, o facilitar los cambios. Planificar es intervenir, y el sólo hecho de la intervención descarta el papel neutro.

**C. F.** Por mi parte yo he relevado la importancia de la planificación, y el valor que le concedo, moldea muchas de mis inquietudes e idearios. Desde tiempo atrás se arraigó en mí la idea de que el hombre puede actuar de manera racional sobre el curso de la historia. Más aún, pienso que el hombre será dueño de su destino el día en que viva en una sociedad cuyas estructuras hayan sido concebidas para ese fin. Y cuando se llega a este punto, esto es, que el hombre puede dirigir el curso de la historia, casi siempre se está listo a dar el paso siguiente, es decir, a pensar que el hombre debe hacerlo.

**J. C.** Hemos llegado, doctor Furtado, a un momento decisivo de su vida. Usted le descubre posibilidades a la planificación. Pero ella es tan sólo una herramienta de la política económica, materia de la economía política en general...

**C. F.** Así es. Yo no me quedé allí. Del estudio de la planificación, fui, entusiasmado, al estudio de la economía. Y no fue nada fácil. Cuando estaba en el Brasil asistí a unos cursillos de economía. Pero su enseñanza era algo tan trivial, que me llevaron a pensar, incluso, que se trataba de una ciencia menor. Los trucos verbales a que recurría el profesor para tratar de explicar la noción de utilidad marginal (el último pedazo de pan, el último vaso de agua) me dejaron una vaga impresión de juego de espíritus pueriles.

**J. C.** Lamentablemente tengo que confesarle, esto sigue dándose en forma parecida en algunas cátedras universitarias, donde aún la economía mantiene ese carácter de especulación, sometida a concepciones estrechas, hasta el punto de que muchos de sus voceros son más que todo ecuacionistas elementales, o repetidores de un marginalismo vulgar, divorciados de la historia, y de la dinámica de los acontecimientos. Pero cuénteme, ¿cómo pudo usted superar esta impresión negativa de la economía?

**C. F.** Por mi cuenta y riesgo, como le decía anteriormente. En la biblioteca encontré libros de autores como Max Weber, Henri Pirenne, Sombart y See.

**J. C.** Lo interrumpo para dejar constancia del papel que jugó para mí también, en esa época, la labor adelantada por el Fondo de Cultura Económica y las Ediciones Fuente Cultural, de México, entre otras casas editoras de América Latina, que se dieron a la tarea de divulgar el pensamiento de estos autores extranjeros progresistas, y de iniciar, además, la publicación de los primeros trabajos de Mariátegui, Ponce, Ingenieros, Prebisch, Antonio García, Silva Herzog, y otros autores nuestros.

**C. F.** Estos autores, como Marx, me hicieron meditar, como le decía, en la necesidad de estudiar la economía para la adecuada comprensión

de la historia. Pero debo hacerle una confesión: aunque a mí se me cataloga como un economista y un pensador económico, la verdad es que la economía ha tenido poca responsabilidad en la formación de mi espíritu. Jamás he podido concebir la existencia de un problema estrictamente económico. Por ejemplo, si he sido influido por la teoría de Marx sobre la historia, he sido menos receptivo de sus ideas económicas.

**J. C.** Y ya que habla de Marx, ¿cuándo inició usted la lectura de **El Capital**?

**C. F.** Creo que lo hice, desde un punto de vista cronológico, con un poco de acierto: después de conocer bien la economía clásica, especialmente en la versión ricardiana.

La lectura cuidadosa de **El Capital**, en la Universidad de París, me permitió rechazar el mito de la inmovilidad del Estado, tal como se desprende de las enseñanzas clásica y neoclásica.

**J. C.** En su época de estudiante de economía en Europa, ya reinaba Keynes...

**C. F.** Así es. Y no puedo negar que también me considero, hasta cierto punto, influido por algunas de sus apreciaciones. Pero antes que Keynes ya Marx me había hecho comprender que toda decisión económica implica el ejercicio de cierta forma de poder. Gracias a él he permanecido impermeable del todo a la concepción neoclásica que considera la economía como un conjunto de automatismos. Es esta una idea verdaderamente esterilizante para todo economista, especialmente del tercer mundo, que se interese por los problemas del subdesarrollo.

**J. C.** Sin embargo, los postulados neoclásicos han resucitado con entusiasmo en nuestros países, y el señor Friedman, con su liberalismo trasnochado, aparece como profeta de un nuevo despertar...

**C. F.** Esto es fácil de interpretar, pero en nada contradice mi afirmación, porque, como usted lo sabe, me refiero a los economistas compro-

metidos con el destino independiente de nuestros países. Hace apenas unos pocos meses, y ya usted lo ha mencionado, participé en un coloquio en España, y sostuve la tesis de que el retorno de la ortodoxia en varios países de América Latina no es sólo consecuencia de la penetración en la periferia de ideologías elaboradas en los centros, sino también, una manifestación de los cambios estructurales que se están produciendo en el conjunto del sistema capitalista mundial. Entre esos cambios sobresale el proceso de transnacionalización, mediante el cual una parte importante de la estructura económica de aquellos países, tanto en el sector productivo como en el financiero y monetario, se integra en sistemas internacionalizados dirigidos desde los centros, perdiendo así en buena medida su capacidad de orientación y decisión autónomas.

**J. C.** Pero usted hasta ahora sólo ha hablado de lecturas de autores, muy importantes, pero al fin y al cabo extranjeros, con ideas deducidas del análisis de economías desarrolladas europeas o norteamericanas. ¿Cuándo entra usted en contacto con nuestra realidad?

**C. F.** Bueno, es que hasta ahora no había podido hablarle de mis actividades de trabajo sobre los problemas latinoamericanos. Como usted sabe yo trabajé tres años con la **Cepal**, lo que me permitió tomar contacto directo con la realidad del subdesarrollo de la mayoría de los países de América Latina. Después estuve varios años en el nordeste del Brasil, donde ejercí las funciones de planificador y responsable de la política de desarrollo de esta región, bajo los gobiernos civiles y progresistas de Kubischeb, Quadros y Goulard. En verdad, el fenómeno brasileño, que ha sido el punto de partida de mis reflexiones, se ha mantenido en el centro de mis reflexiones.

**J. C.** Yo pienso también que en el estudio de la historia de nuestros pueblos es fuente inagotable. Y le digo lo anterior porque creo que es necesario conocer cada vez más de cerca el legado de nuestros antepasados. Por ejemplo, ya me he referido al enfoque que usted le da en sus apuntes sobre la historia económica de la América Latina, al proceso de nuestro desenvolvimiento. Pero en su estudio encuentro menciones que exigen explicación. En dicho libro, digamos por caso, ubica económicamente al Libertador Simón Bolívar, como un liberal europeizante, cuando era todo lo contrario. En mi reciente libro **Las Ideas Económica de**

**Simón Bolívar**, hago valer la autenticidad de su doctrina y acción, y lo señalo como el precursor de la ideología social de nuestro subcontinente, genial visionario antiimperialista y padre del integracionismo. Bolívar fue proteccionista, planificador y revolucionario. Las medidas que decretó en favor del indígena, como el pago de salario en dinero y distribución de la tierra para su cultivo, no intentaban romper o dañar las viejas formas de propiedad comunal, como usted insinúa, sino entregar a los desposeídos parcelas mínimas para sus labores. Así lo entendieron los voceros de la oligarquía latifundista de Lima, que jamás, como lo anotan muy bien los historiadores, entre ellos Liévano Aguirre, le perdonaron su osadía.

**C. F.** Eso no se puede discutir. Nuestra historia es fuente inagotable. En el pasaje de mi libro que usted comenta, que es una simple cita, yo acojo unos conceptos del mexicano Arturo Urquidi Morales. Pero ya cuento con un ejemplar de su libro, y me propongo leerlo, para aclarar conceptos, si fuese necesario. Entre más estudiamos nuestra realidad, más claro podemos ver el horizonte. Fue tratando de interpretar el retardo del Brasil como llegué a la idea de la especificidad del subdesarrollo. En 1958, en una tesis que presenté, pero que no llegué a defender, en la Universidad del Brasil, formulé la idea de que el desarrollo y el subdesarrollo son dos fenómenos solidarios, que aparecen simultáneamente en el curso de la evolución del capitalismo industrial. Hoy sigo persuadido de que el subdesarrollo resulta de un fenómeno de dependencia que no puede comprenderse sino estudiando la evolución histórica de todo el sistema para analizar su estructura y hallar sus constantes. Pero mi primer objetivo era entender las razones del atraso en un país tan rico en recursos como mi país.

**J. C.** En este caso usted llevaba una gran ventaja. Porque el Brasil es de por sí un continente, con regiones tan extensas y variadas que el estudio de una, o de alguna de ellas, es tanto como estudiar varios países de América Central, o de la misma América del Sur. Usted ya me ha recordado que nació y se crió en una región dependiente y tributaria de otras regiones, lo que influyó en su formación y espíritu...

**C. F.** Al volver usted a mencionar este tema obliga a preguntarme si ese deseo insaciable de entonces, que aún perdura, de penetrar en la realidad de todo mi país, no oculta otro más profundo: el de conocerme

a mí mismo. ¿Acaso estamos condenados a permanecer prisioneros de estructuras psicológicas mientras no se hayan captado las condiciones culturales y sociales? ¿En qué medida, pienso ahora, mi interés por el nordeste se explica por una simpatía profunda por el universo que me es más familiar: el de mi infancia y mi adolescencia? ¿En qué dimensión no es más que el reflejo de la conciencia que tengo de ser prisionero de las estructuras sociales, en el marco de las cuales me formé, aun cuando me rebelo contra ellas? ¿Cómo desalienarse sin llegar al nivel de lucidez suficiente para tener una visión imparcial de todas estas estructuras que constituyen nuestro segundo código genético?

**J. C.** No puedo responder a su curiosidad, porque yo me involucro en ella. Yo nunca he podido separar el compromiso del estudio regional de lo nacional y continental. El centralismo deformador que genera colonialismo interno es tan obligante a su denuncia y análisis, para determinar causas históricas en el proceso del subdesarrollo, como el diagnóstico macro espacial. Con la misma voluntad como estudio los problemas de América Latina, formulo tesis y divulgo en mi Revista los aportes de colegas de otros países, estoy con los pies puestos en mi aldea, en mi departamento y mi región costeña, sumándome a la denuncia de todo ese conjunto de injusticias que viví y soporté en el pasado, y sigo mirando, como testigo impotente, apenas con el recurso del grito y la pluma.

**C. F.** Bueno, pero eso es bastante. En mi caso, las reflexiones sobre problemas reales han sido siempre un medio para preparar la acción, ya sea la mía o la de otros. Comprender mejor el mundo para actuar sobre él con el máximo de eficacia significa que el espíritu no debe perder nunca el objetivo último.

**J. C.** ¿Y desde cuándo puede decirse que tomaron forma sus conceptos económicos?

**C. F.** Sin vacilar puedo responderle: Mi concepción de los fenómenos económicos tomó forma definitiva cuando han cristalizado en mi espíritu dos ideas: la de estructura y la de centro de decisión.

**J. C.** ¿Puede referirse a estos dos conceptos?

**C. F.** Con mucho gusto. A través de mis estudios y observaciones alcancé a comprender, que en ciertas circunstancias, las estructuras pueden modificarse sin cambio previo de las instituciones. Era más o menos lo que observó Marx cuando admitió implícitamente que las fuerzas productivas pueden desarrollarse sin la modificación previa de la superestructura. Como recordará, según Marx, el remodelamiento de la superestructura es consecutivo al desarrollo de las fuerzas productivas, y no puede provenir sino de rupturas violentas. Pero en mi análisis no se trata de fuerzas productivas. Yo parto del supuesto de que todas las estructuras pueden modificarse en un cuadro institucional: si se orientan estas modificaciones, el remodelamiento institucional puede operarse sin mayor resistencia. Si es un solo elemento de las estructuras el que se modifica, por ejemplo, la acumulación, es posible, y aun probable, que la adaptación de las instituciones tome el aspecto de un cataclismo. Pero si es el conjunto de las estructuras el que evoluciona, es muy posible que las instituciones se adapten sin mayor conmoción.

**J. C.** Yo no participo de su optimismo, porque el fracaso de la planificación latinoamericana así lo demuestra. Pero, a la luz de su modelo, ¿piensa, realmente, que se puede planear la modificación de las estructuras, sin que anteceda una ruptura revolucionaria de ellas? ¿En qué condiciones podría lograrse eso?

**C. F.** Bueno, en mi experiencia personal plantear el problema en esos términos me ayudó a aceptar la responsabilidad de dirigir la política económica del nordeste del Brasil, región, como ya le comenté, donde la multiplicidad de los problemas económicos y sociales sobrepasa la imaginación.

**J. C.** En mi concepto, y perdone mi franqueza, desde esa óptica la planificación ofrece el peligro de convertirse en alcahueta de lo prevaliente, o de su propio descrédito. Pero pasemos a conocer su concepto sobre el papel posible de los centros de decisiones.

**C. F.** Mi noción de centro de decisión me ha evitado hacer intervenir en mi análisis los mecanismos económicos, concepto ilusorio que ha impedido a tantos economistas ubicar los fenómenos económicos en el mar-

co de la realidad social. Decidir es actuar en función de objetivos y ejercer cierta forma de poder. Considerar los procesos económicos como encañamiento de decisiones, y éstas como estructuras de poder, permite evitar los conceptos de mecanismo económico y de equilibrio, que constituyen la clave del arco del neoclasicismo. Aun antes de estudiar economía sabía que no existe organización sin coordinación y sin control, dos funciones que implican la existencia de centros de dirección capaces de definir los objetivos.

**J. C.** Sin embargo, en la etapa presente del capitalismo estatal, la intervención se yergue como instrumento para afianzar la concentración de la riqueza, la participación del capital foráneo, la inflación, etc., en fin, todo ese mundo complejo del sistema que agudiza la situación social, de opulencia para unos y miseria para otros. Ahora estamos ante un tipo particular de intervencionismo dependiente.

**C. F.** Yo sigo pensando que cuando se habla de planificación hay que entender objetivos explícitos o implícitos, lo que disipa el mito del **laissez faire**, que ha servido en las economías subdesarrolladas para defender y reforzar la dependencia. Y la presión que se ejerce en nuestros días para un retorno a la ortodoxia neoclásica, obliga a valorar estos conceptos.

**J. C.** En un reciente estudio que hace Adolfo Gurrieri, secretario técnico de la **Revista de la CEPAL**, sobre el pensamiento de Prebisch, considera que éste entiende el desarrollo como una decisión tomada en el marco de una fatalidad. “Es, dice, la búsqueda de una mejoría de las condiciones de vida, de la equidad social y de la democracia política en el marco de condiciones que se refieren a la situación periférica y a los principios básicos de distribución y acumulación, y dentro de límites relativos a la disponibilidad y uso de los recursos”. Por su parte, su compatriota Teothonio Dos Santos, que es un académico como usted y como yo, expresa que “el desarrollo es una aventura de los pueblos, de la humanidad, que debe definirse y estudiarse con una amplitud de vista y de enfoque que rebase los límites de los técnicos, burócratas y académicos”.

**C. F.** En mi libro **Dialéctica del Desarrollo**, digo que, en un sentido estricto, el desarrollo económico es el proceso de expansión del sistema

productivo que sirve de fundamento a una determinada sociedad. Esa expansión sólo se hace factible cuando actúa algún mecanismo de autolimitación, que la propia sociedad se impone, con respecto a la utilización del producto social. Esa autolimitación es condición necesaria para la acumulación de nueva capacidad productiva. Además, la ocupación de la nueva capacidad productiva exige introducir modificaciones en la forma en que la sociedad utiliza el producto social. Por otra parte pienso que lo fundamental es el compromiso con el estudio de la realidad y la formulación de conceptos propios. Estoy convencido de que nuestra debilidad principal está en la insuficiencia de nuestros análisis teóricos y de nuestras ideas directrices. Esta es la gran laguna en el dominio de la actividad política que tiende a inspirarse en fórmulas extranjeras muy disímiles. Como es difícil tener una vista sintética en la perspectiva de un subsistema dependiente, la imitación ideológica, es una línea de mayor resistencia.

\*\*\*

Me alegraría mucho si pude lograr, con el anterior diálogo imaginario con Celso Furtado, explicarle al lector el alcance de su obra, y de su vida consagrada al ejercicio intelectual, a los más estrictos cánones de moral y fidelidad a unos idearios, y a la causa democrática y social de su pueblo. Pero si no es así y fuese indispensable rematar con un esbozo de su trabajo y pensamiento, vendría bien la carta que me escribió, desde París, el 9 de marzo del presente año de 1982:

Al profesor José Consuegra  
Barranquilla, Colombia

Estimado amigo:

Le cuento algo de mi vida de escritor, aunque ya usted se ha referido a ella en distintas ocasiones, cuando escribe las notas de presentación de mis ensayos en su revista **Desarrollo Indoamericano**.

Mi libro **Obstacles to Development in Latin America**, fue también publicado en España en 1979 por la casa editora "Cuadernos para el

Diálogo”, bajo el título **La Hegemonía de los Estados Unidos y América Latina**. El libro **Subdesarrollo y Estancamiento en América Latina**, lo publicó Eudeba en 1966. En ese libro ya están mis ideas sobre desarrollo dependiente. Pero lo que yo considero como la primera formulación teórica ordenada sobre ese tema, la ofrezco en el artículo **Dependencia Externa y Teoría Económica**, que publicó la revista mexicana **Trimestre Económico**, en el mes de julio de 1970. Sin embargo, la presentación más clara de mis ideas sobre la dependencia, me parece que está en el ensayo **Subdesarrollo y Dependencia: las Conexiones Fundamentales**, publicado en su revista **Desarrollo Indoamericano**, y después incluido en mi libro **El Desarrollo Económico: un Mito**, impreso por la editorial Siglo XXI en 1975. La idea central es simple: la inserción en el sistema de división internacional del trabajo como exportador de productos primarios engendra una dependencia cultural, que se traduce en la modernización de las formas de consumo. La evolución subsiguiente de las fuerzas productivas será modelada entonces por ese tipo de demanda demasiado diversificada para el nivel de acumulación que se alcanza. De ahí que la concentración del ingreso y el mimetismo cultural se desprendan directamente de ese cuadro estructural.

Reciba un abrazo cordial de,

CELSO FURTADO

\*\*\*

El presente volumen –el número cinco de la Colección **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina**– que lleva por título **Obras Escogidas**, de Celso Furtado, comprende una selección de los aportes más significativos de este famoso economista y escritor científico brasileño. El mismo se encargó de escoger el material que consideró más apropiado y de hacer una división correlativa de tres partes que comprenden la teoría, la crítica y la política, cada una con cinco ensayos.

Podría decirse que estas **Obras Escogidas** son un muestrario elocuente del trabajo creador de Celso Furtado, que se inicia con el análisis

del papel que le ha correspondido al excedente en la historia del crecimiento económico capitalista, hasta llegar a los supuestos de un nuevo orden internacional, capaz de permitir que los pueblos ejerzan sus funciones sin indebidas presiones externas.

Para algunos investigadores, como el norteamericano Albert O. Hirschman, “la economía del desarrollo, que es un campo de la investigación relativamente joven, y que nació apenas hace una generación como una disciplina de la ciencia económica, mientras varias otras ciencias sociales la observaban a distancia con escepticismo y envidia”, parece haber entrado en un estancamiento. Contrario a ese parecer, Celso Furtado opina que los economistas latinoamericanos que participan de esa corriente siguen trabajando con los mismos bríos de las décadas de los cuarenta y cincuenta. En mi caso particular, ha declarado, “paralelamente a mis actividades de profesor he seguido en los esfuerzos por descifrar el enigma del subdesarrollo, emitiendo, de tiempo en tiempo, tesis nuevas con la esperanza de que ellas animen a otros investigadores a llevar más adelante el esfuerzo de reflexión y de hallazgo. Durante los siete años que he enseñado en París he redactado un libro sobre la teoría del subdesarrollo, dos libros sobre la América Latina, y dos sobre el Brasil. Mi tarea, pues, no ha sido vana, ya que en este período los latinoamericanos han comprado más de doscientos mil ejemplares de mis obras. Y aunque esta cifra no tenga importancia alguna por sí misma, me ha mostrado que no estaba equivocado al suponer de antemano que existía en América Latina una inmensa sed de ideas”.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, septiembre de 1982



# DIALOGOS CON ALONSO AGUILAR

## LOS ORIGENES DEL SUBDESARROLLO

Siempre he creído que el grupo de economistas mexicanos que trabajó en la preparación del Congreso de Economistas de América Latina, celebrado en las instalaciones de la ciudad universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México, en junio de 1965, nunca llegó a tener un concepto exacto del significado de ese acontecimiento histórico. Y digo eso porque raras veces en sus escritos hacen mención de su valor, como hecho que marcó una ruta definida en el compromiso de la investigación social original, el análisis de nuestros problemas, y la formulación de las teorías apropiadas para la estrategia de un desarrollo independiente. Fue cierto que sus organizadores, Alonso Aguilar, Fernando Camona, Jesús Silva Herzog, Horacio Flórez de la Peña, Arturo Bonilla, Ifigenia Navarrete, Víctor Manuel Barceló, Gilberto Loyo, etc., tenían redactadas importantes ponencias, claras y afirmativas, dentro de ese contexto, y en el seno de las comisiones y las sesiones plenarias al lado de delegados como André Gunder Frank, Gastón Parra, José Consuegra, Marcio Mejía Ricart, Samuel Gorban, Eduardo Navas Morales, Alvaro Daza Roa, Enrique Low, Saúl Osorio Paz, Carlos Capuñay Mimbela, Humberto Espinosa Uriarte, Manuel Pernaut, José Luis Ceceña, y muchos otros, llevaron la vocería para defender el espíritu y contenido de las declaraciones finales. Pero algunos detalles, como la exclusión de latinoamericanos de la nómina de conferencistas especiales, permiten deducir que los complejos

extranjerizantes aún pesaban mucho. No de otra manera podría interpretarse el hecho de que los amigos mexicanos nos llevasen, como orientadores, a prestigiosos economistas de esos días, tal la economista Robinson, de Inglaterra; Perroux, de Francia; Kalenski, de Polonia; Sweezy, de los Estados Unidos. Y podría argumentarse que todos ellos eran científicos sociales, con una posición progresista, ajenos a la tradición neoclásica de la ideología capitalista dominante, pero, al fin y al cabo, un tanto extraños en una reunión de rebeldía, donde habría de aprobarse un documento radical que hizo saber que la interpretación de los fenómenos que aquejan la economía de nuestros países, como el enunciamiento de su conducta defensiva, corresponde, única y exclusivamente, a los investigadores latinoamericanos comprometidos con el destino de sus pueblos.

Tal vez los resultados del Congreso fueron mucho más allá de lo previsto. Tanto es así que en su discurso inaugural el doctor Flórez de la Peña, propuso volver a mirar con buenos ojos los postulados de la economía política clásica, especie de retorno al legado ricardiano. Sin embargo, esa insinuación fue desbordada, para ceder el paso a algo así como un grito de independencia de la economía política latinoamericana.

Porque no de otra manera puede calificarse el contenido de los documentos aprobados al final de las sesiones, muestrario elocuente de compromiso con la originalidad y la creación auténtica. Años después, los congresos posteriores, de Maracaibo y Lima, continuaron esa línea de conducta, y hasta dieron muestras de superación de los detalles comentados: por ejemplo, a esas reuniones, los conferencistas especiales, entre ellos Alonso Aguilar, llegaron del propio México, de Chile, Venezuela y Colombia.

En muchos de mis libros he tenido el cuidado de resaltar la trascendencia de los pronunciamientos del Congreso de México de 1965. Pero no he sido yo sólo su exégeta. El erudito Oreste Popescu también dijo en el prólogo de uno de sus libros, al referirse a la Revista **Desarrollo Indoamericano** –creada con el propósito de divulgar los trabajos de los estudios latinoamericanos– que la historia del pensamiento económico vernáculo encontraba, en los tiempos modernos, un punto divisorio en esos acontecimientos.

Y podría alegarse que para entonces ya existía un legado de la Cepal, y revistas de la importancia de **Trimestre Económico**. Pero la verdad es que el mensaje cepalino, pese a su importancia, y a los aportes de sus más esclarecidos exponentes, participaba en un comienzo de los esquemas y modelos de autores extranjeros, como el australiano Collin Clark y el inglés Keynes. El mismo Prebisch lo reconocería más tarde, y su discípulo Adolfo Gurrieri, al describir su pensamiento y su estrategia, haría caer en cuenta que esos rasgos de sometimiento impidieron presagiar la crisis de la industrialización sustitutiva, y condicionaron los resultados inesperados, de la insuficiencia dinámica y la desigualdad social, en un patrón de desarrollo hacia adentro, a la larga aprovechado por los de afuera. En cuanto a las revistas, la mayor parte de su material era redactado por los economistas no latinoamericanos, que divulgaban las nuevas corrientes de deducción de los fenómenos económicos, pero desde el tranquilo mirador de la otra orilla.

Recuerdo que para entonces, al terminar la década de los años cincuenta, casi por instinto y de manera solitaria rechacé, con el entusiasmo de la juventud, las prédicas de los funcionarios de la Cepal, que, con manuales mimeografiados en las manos, confundían el desarrollo social con el crecimiento económico, y de manera subjetiva hacían uso de cuadros estadísticos para clasificar las diferencias de estructuras según el nivel de ingresos de los habitantes de un país. Todas las tesis y autores citados en esas **conferencias**, eran extranjeros: Myrdal, Kuznets, Singer, Fellner, etc. Naturalmente, esa simplicidad les permitía no sólo acoger como deslumbrante y original -a pesar de que List, y los propios clásicos lo habían pregonado así- la definición de desarrollo de Clark, que hablaba del “desplazamiento relativo de la ocupación desde las actividades primarias a las terciarias”, sino, además, los redivivos supuestos de Malthus sobre el crecimiento de la población y la producción.

Es cierto también que ideólogos como Mariátegui, en el Perú; Ingenieros, en la Argentina; Noyola, en México; García, en Colombia, etc., habían clamado por la necesidad de un razonar y de un compromiso propios, pero sus insurgencias y posiciones eran fruto de decisiones personales, dadas a conocer en la cátedra y los libros.

Ahora, por primera vez, más de cien catedráticos que representaban las universidades de América Latina, confundieron sus voces para dejar

constancia de que la “teoría del desarrollo formulada en los países industriales de Occidente, no explica satisfactoriamente los problemas de desarrollo latinoamericano, ni puede, en consecuencia, servir de base a una política capaz de atacar con éxito esos problemas”. Y más aún, se toma conciencia, y así se dice, que “son los economistas de los países subdesarrollados los que tienen la obligación de formular un cuerpo de conocimiento que sea resultado de la observación y la experiencia, sometiendo estos hechos a un orden lógico que permita obtener conclusiones de validez general”.

\*\*\*

En ese Congreso de economistas latinoamericanos, al cual yo le concedo tanta importancia en la insurgencia de una generación, se destacaba la figura de Alonso Aguilar Monteverde. Su ponencia, escrita para refutar las interpretaciones que sobre los orígenes del subdesarrollo venían ofreciendo economistas y políticos de los Estados Unidos y Europa, sirvió de material adecuado a los asistentes para comprender mejor el alcance y la veracidad de la actitud de rebeldía asumida. Un año después la publicó, por primera vez, la Revista **Desarrollo Indoamericano**, y su difusión y conocimiento sirvió en los claustros universitarios para frenar la cándida acogida que se daba al mecanicismo histórico de Rostow; a las tendenciosas conclusiones de los círculos viciosos que se generan en la aparente falta de ahorro, inversión e ingreso, de Nurkse, Myrdal, Barré, Galbraith, y tantos otros; al dualismo social y sus salidas desarrollistas; a las imperfecciones del mercado que, al decir de Meier y Baldwin, no permiten aprovechar el óptimo de los recursos por la inmovilidad de los factores, inelasticidad de los precios y la carencia de especialización, etc.

Más tarde, ese trabajo resumido en dos decenas de cuartillas, tomó forma de libro, para pasar a convertirse en una de las obras representativas de nuestro pensamiento económico.

\*\*\*

Hace unas semanas trabajo en la preparación de este volumen, el sexto de la Colección **Antología del Pensamiento Económico y**

**Social de América Latina.** Su editor, crítico literario e intelectual, don Virgilio Cuesta, gerente en Colombia de Plaza & Janés, reclama originales. Repaso los libros y ensayos publicados por Alonso Aguilar, y rememoro nuestras conversaciones. Cuando he iniciado la redacción de estas notas, suena el teléfono. Es mi amigo y compañero de inquietudes, Benjamín Sarta. Antes del saludo, me dice: “Acabo de leer, de un solo tirón, la presentación que hizo a las **Obras Selectas**, de Furtado. El empleo del diálogo no desentona con la seriedad del tema. Por el contrario, lo hace agradable. Pienso que usted lo ha utilizado como una manera sagaz para poder polemizar con el autor sin desvirtuar su condición de apologista, y para hacer responsable a cada cual de sus criterios e ideas. Y, además, para estimular, con la amenidad del coloquio, la lectura de la aridez de los temas económicos, no todas las veces favoritos para los no especialistas”.

Las palabras de este cultor del idioma y estudioso de la ciencia social, me animan a intentar de nuevo, con ese mismo estilo, la presentación de la obra de una personalidad del mundo de la investigación científica de México y América Latina, que desde mucho tiempo atrás, se ha ganado, por parte de sus paisanos, el merecido epíteto de maestro, con el cual se distingue a los que, por su relevante mérito, se han hecho acreedores a la admiración.

El diálogo imaginario, empieza:

**J.C.** Han pasado dieciocho años después de nuestro encuentro en esa deslumbrante ciudad de México, que por su gente y altitud, tanto se parece a nuestra centralista e insensible Bogotá.

**A.A.** Así es. Pero después de esa fecha varias han sido las veces en que juntos nos hemos acercado a algún sitio a conversar sobre eso que usted menciona, y sobre tantos compromisos que nos son comunes. Es verdad que mi ciudad es un poco indolente, tal vez por su exagerada expansión y el poder acumulado. Ya le comentaba alguna vez que Carlos Rafael Rodríguez, en tono de chanza, nos decía que cuando toda América Latina fuera socialista, la ciudad de México permanecería impasible, como isla solitaria. ¿Y usted cómo nos ve?

**J.C.** Bueno, a su pueblo, igual que al nuestro y al latinoamericano. Como auténtica reserva de nuestro destino. A sus intelectuales, comprometidos y creadores; a veces un poco soberbios e individualistas.

Pero dejemos para después esos comentarios. Ahora más bien hablemos de su trabajo intelectual...

**A.A.** Es bastante difícil hablar de uno mismo. Sin embargo, como usted me argumenta en sus cartas, nadie más autorizado para informar de su mensaje que el propio autor.

**J.C.** Yo se lo he comentado por experiencia propia. En nuestro medio son escasos los críticos. La dependencia obliga a tener en cuenta sólo a los extranjeros. Pocos se acuerdan del pensamiento social de Bolívar, o de Juárez, para apenas mencionar dos libertadores. Pero muchos recitan las ideas de los foráneos. La alineación es subyugante. Le cuento que en años pasados, en una manifestación de universitarios en la Plaza de Bolívar, de Bogotá, a un joven se le ocurrió darle un viva al nombre del Libertador, y, de inmediato, otro replicó, diciéndole que ese **man** no había sido marxista. Y todo quedó así, porque nadie allí sabía que Bolívar no podía ser marxista, ya que apenas Carlos Marx para esa época nació cuando él escribía la Carta de Jamaica y posteriormente liberaba a cinco naciones. Lo contrario es lo difícil de entender: que ese coloso del pensamiento social y de la ideología revolucionaria hubiese escrito un panfleto, equivocado y absurdo, contra el genio de América.

Cuénteme ahora, ¿cuándo se inicia su vocación de escritor científico?

**A.A.** Mi vida de economista comienza en 1943, o sea en plena guerra mundial. En el primer quinquenio, digamos del 44 al 48, dedico mi interés al estudio de la banca y los mercados financieros, y, en un sentido más amplio, el financiamiento del desarrollo económico me ofrece perspectivas.

**J.C.** ¿Y qué resulta de esa primera experiencia?

**A.A.** Con tal motivo publico, por primera vez, un estudio sobre la banca mexicana, y numerosos breves artículos, que de hecho forman parte de otra investigación sobre el mercado de valores y capitales en mi país, en las que sostengo que sin una adecuada organización financiera es imposible obtener recursos para financiar el desarrollo.

**J.C.** ¿Y después qué viene?

**A.A.** Para el período del 49 al 52, cambio un poco de objetivos. Podríamos decir que supero los límites de la materia financiera: para entonces, por un lado, el tema del desarrollo económico de México me compromete, y, por el otro, la teoría y los fenómenos del capitalismo, en general, y de la economía norteamericana, en particular, ocupa la mayor parte de mi trabajo.

**J.C.** ¿Y por qué razón combina usted dos inquietudes aparentemente contrarias?

**A.A.** Respecto al primer tema hay una razón casi obligatoria: participé en la dirección y supervisión del ambicioso estudio que tomó el nombre de **Estructura Económica y Social de México**, que redacté, en la parte de la metodología y la introducción, en compañía de Raúl Ortiz Mena. En cuanto al segundo, una estada en ese país, en calidad de estudiante, hizo posible esa experiencia.

**J.C.** Tengo entendido que por allá, en la década del cincuenta, estuvo usted al frente del Círculo de Estudios Mexicanos...

**A.A.** Así es. Oportunidad, por cierto, que me sirvió para ahondar en el estudio de la economía de mi país, con resultados benéficos a través de trabajos sobre aspectos industriales, financieros y regionales.

**J.C.** Recuerdo muy bien que una noche compartimos al lado de Lázaro Cárdenas en casa de su hijo Cuauhtemoc, actual Gobernador del Estado de Michoacán y Presidente de la Sociedad Interamericana de Planificación. En esa inolvidable velada yo siempre lo vi al lado del gran General de la Revolución, y pude apreciar la amistad que los unía...

**A. A.** Eso es correcto. Mi admiración por el expresidente se acrecienta con el pasar del tiempo. Fue el mandatario fiel a los postulados más genuinos de la revolución mexicana. Por cierto, con motivo de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que Lázaro Cárdenas presidió en 1961, me correspondió preparar un estudio sobre los problemas del desarrollo y la lucha antiimperialista en América Latina, incluida después como capítulo de mi libro **El Panamericanismo**, editado en 1965.

**J. C.** Usted ha mencionado trabajos no didácticos, y como entiendo que la mayor parte del tiempo lo ha pasado en las aulas universitarias, ¿qué puede mencionar en este terreno?

**A. A.** En cuanto al trabajo académico es en la década de los sesenta donde doy forma a mis incursiones en el análisis de las causas del subdesarrollo. Fue la época cuando nos conocimos, y que ya usted ha recordado. En 1964 publiqué mi libro **El Marco Histórico del Subdesarrollo Latinoamericano**, y el año siguiente, en 1966, **Obstáculos al desarrollo Latinoamericano**. Estos dos ensayos marcan el inicio de una nueva fase en mi vida de investigador, en la cual la temática central gira alrededor de la explicación teórica del subdesarrollo.

**J. C.** Respondía usted así a la expectativa del momento. En todos nuestros países se había acogido el compromiso. Lo que se ha llamado economía del desarrollo exigía interpretaciones diferentes a la de los economistas de los países industrializados que trabajaron con entusiasmo y fecundidad en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Se dio en este período una especie de despertar, de reacción de la investigación social latinoamericana, hasta el punto de que me atrevo a conceptuar que los trabajos de entonces agrupan la mayor parte de la doctrina económica moderna del Continente.

**A. A.** Puede ser correcto su juicio. Porque era una posición de crítica y aporte. Yo, por ejemplo, en mis libros **Teoría y Política del Desarrollo Latinoamericano** y **Problemas Estructurales del Subdesarrollo**, evalúo críticamente la teoría económica capitalista sobre el desarrollo y el subdesarrollo.

**J.C.** Sería interesante detenerse un poco para hablar de esa época de oro. Por lo menos para mí fue definitiva. Y pienso que a todos nos sirvieron los desafíos y pronunciamientos, como los que quedaron inscritos en los anales del Congreso que he mencionado en estas notas. Dijimos en esa ocasión: “El análisis de los problemas del desarrollo latinoamericano requiere de una teoría propia, que sin perjuicio de los aportes constructivos que recoja de otros países, surja esencialmente de la observación y el análisis sistemático de los problemas latinoamericanos”.

**A.A.** Tiene usted razón, por cuanto se hacía indispensable radicalizarse para no caer en la trampa de deducciones aparentemente neutrales y objetivas de analistas extranjeros, que en el fondo eran la forma acomodada de una óptica comprometida con las convivencias de las grandes potencias. De ahí que yo tenga mucho cuidado en desmenuzar cada una de esas interpretaciones falaces, incluso las acogidas por organismos de la respetabilidad de la Cepal.

**J.C.** A propósito de la Cepal, ¿cuáles serían sus observaciones en temas específicos como la razón del subdesarrollo y el papel que le corresponde a la planeación en la estrategia del desarrollo?

**A.A.** Primeramente debo decirle, como lo observaba en la década del sesenta, que los planteamientos de la Cepal y de los economistas ligados estrechamente a ella, son, sin duda, mucho más serios y dignos de examen que todo lo expuesto por la indagación foránea. Sin embargo, en el contenido de sus tesis encuentro contradicciones. Prebisch, por ejemplo, ha dicho que la estructura social prevaleciente en América Latina opone un serio obstáculo al desarrollo. Y desde luego parece innegable que los hechos mencionados por la Cepal en sus informes son atascos que es preciso vencer. Nadie puede negar que la defectuosa distribución de la propiedad y del ingreso, el régimen de tenencia de la tierra y las prácticas restrictivas monopolísticas en la producción, son escollos internos derivados de la estructura socio-económica imperante en nuestros países. De la misma manera hay que aceptar que el insuficiente crecimiento de las exportaciones, la escasa diversificación de las mismas y el deterioro de la relación de intercambio, son igualmente trabas al desenvolvimiento económico. Y la Cepal no sólo denuncia algunos de los obstáculos al desarrollo latinoamericano, sino que muestra clara conciencia de que

cualquier intento serio tendiente a superarlos, tropezará con la enconada resistencia de los sectores afectados por los cambios. Pero a la vez, sus planteamientos adolecen de limitaciones que no es difícil advertir. A menudo, después de sostenerse que el mal está en la estructura económica social, se sugieren medidas que, en el mejor de los casos, de llevarse a cabo sólo modificarían unas veces a la “superestructura”, y otras a la “infraestructura” de nuestros países. Así, en ocasiones, se pone el mayor énfasis en la necesidad de lograr ciertos cambios meramente institucionales del tipo de los que en su tiempo sugirió la Alianza para el Progreso, y otras veces se subrayan las ventajas de la planificación o de la integración, como si tales elementos fuesen sustitutivos de las transformaciones propiamente estructurales. En general, pienso, no se establecen con precisión las relaciones entre las estructuras económicas propiamente dichas y los obstáculos que de ellas se derivan.

**J.C.** ¿Y no considera que esas limitaciones, o contradicciones, como usted las califica, encuentran su razón de ser en el hecho de que la Cepal, al fin y al cabo, en un organismo de las Naciones Unidas, ubicado en los predios del sistema capitalista?

**A.A.** Sin lugar a dudas esto no puede ignorarse. Tal vez por eso no pueden sugerirse medidas de gran alcance para modificar, digamos, el cuadro desfavorable que rodea el proceso de acumulación de capital, y se tiende a poner demasiado cuidado a los obstáculos externos ligados al comercio exterior, aceptando la posibilidad de que las clases dominantes, que son beneficiarias de la actual situación, puedan permitir o facilitar cambios aún en perjuicio de sus intereses.

**J.C.** En mi ensayo sobre el pensamiento económico de Simón Bolívar, de reciente publicación, traigo a cuenta los resultados de la falsa integración plasmada en la ALALC, el Mercado Común Centroamericano, el Pacto Andino, etc. Todas esas estrategias, por carecer de profundas reformas en las estructuras y de una conducta eminentemente defensiva, como lo añoraba el Libertador, vinieron a convertirse en nuevos instrumentos para provecho de la expansión y dominio del capital extranjero. Lo mismo podría decirse, en el ámbito nacional, del papel jugado por una planeación al servicio de lo establecido.

**A.A.** Y ahí radica la gran falla, en considerar el medio como fin. Yo me he encargado de enumerar una serie de fenómenos que integran la modalidad estructural de un país dependiente y subdesarrollado. Entre ellos, valdría la pena traer a cuenta el papel que le corresponde, en su génesis, al colonialismo y al imperialismo, y, en los momentos actuales, a la dependencia estructural, con sus variantes económica, financiera, tecnológica, cultural y política. Los obstáculos estructurales se entrelazan con fallas institucionales de todo tipo, que afectan el funcionamiento de la administración pública, la banca, el sistema impositivo, la educación, los sindicatos, las cooperativas y el sistema electoral. En la situación presente de América Latina es indudable que esas fallas están en acción y que es necesario superarlas. Pero como las formas institucionales derivan de rasgos a veces fundamentales de la estructura socio-económica misma, y están íntimamente ligadas, además, a los intereses de los sectores privilegiados de nacionales y extranjeros, sería un error deducir que los obstáculos fundamentales del desarrollo latinoamericano podrían ser vencidos con simples recomendaciones de gabinete, o reglamentos administrativos rutinarios. De ahí que piense que sólo una planificación económica medianamente racional y una integración defensiva, hará posible que en nuestros países se utilicen mejor los recursos para librar a sus habitantes de la miseria y el desamparo. Pero, como lo he indicado, para lograr esos objetivos es preciso, a la vez, transformar la estructura socio-económica actual y emprender a fondo una lucha contra los poderosos sectores nacionales y extranjeros que con tanto empeño la defienden.

**J.C.** Nos hemos apartado un poco de su cronológica información intelectual. ¿Puede decirme qué hizo en la década del setenta?

**A.A.** En ese lapso traté de cambiar tres líneas de trabajo fundamentales. Por una parte ahondé en el estudio del proceso capitalista mexicano; por otra, hice los esfuerzos indispensables para enriquecer el análisis del desarrollo latinoamericano, y, por último, sistematicé el estudio teórico del capitalismo, y, sobre todo, del imperialismo, como una condición para la más adecuada comprensión de la problemática del subdesarrollo, reparando cada vez más en las realidades históricas concretas, y contando con una guía teórica científicamente válida. En esta etapa mi trabajo lo adelanté compartido con amigos suyos y míos, entre ellos el gran Fernando Carmona, y Jorge Carrión. Fruto de esa labor son los libros **Problemas**

## **del Capitalismo Mexicano y Capitalismo, Mercado Interno y Acumulación de Capital.**

**J.C.** A propósito de sus indagaciones sobre el proceso del capitalismo mexicano, siempre acepté que su análisis histórico para demostrar la presencia de un tipo particular de desarrollo capitalista que usted ofrece en su libro **Dialéctica de la Economía Mexicana**, es valedero para toda América Latina. Allí, en el capítulo titulado, “¿Feudalismo o capitalismo?” aclara, con abundante documentación y citas de los autores más autorizados que han tratado el tema, que no puede hablarse de una economía feudalista colonial, ni de la preexistencia de una modalidad híbrida, por ser ese un error que dio motivo a una larga polémica, aunque fue muy importante, por cierto, para el enriquecimiento del pensamiento latinoamericano.

**A.A.** En verdad tuve el cuidado de esclarecer, entre otras cosas, que ni la hacienda surgió de la encomienda, ni los grandes latifundios coloniales fueron de carácter feudal. Porque el desarrollo del latifundismo no fue, como a primera vista podría suponerse, la expresión de una economía estacionaria, improductiva, feudal, cuyo producto social sólo fuese suficiente para proveer a la población de los medios más elementales de subsistencia. Surgió más bien en respuesta a la necesidad de aumentar la producción y de emplear formas de explotación del trabajo más eficiente que las encomiendas y los repartimientos. Tanto la hacienda agrícola como los ranchos ganaderos, las empresa mineras y la existentes en otros campos de actividad, fueron unidades comerciales, no simples escaparates de lujo y ostentación de señores a quienes no interesara la ganancia, la explotación del trabajo ajeno, y la acumulación de dinero, y aun de capital.

**J.C.** Ese análisis acertado, conceptúo yo, habría de servirle también para comprender mejor el origen del subdesarrollo y la dependencia...

**A.A.** Es correcto. La dependencia es un hecho histórico que acompaña al desarrollo de nuestros países desde el momento mismo en que son conquistados en el siglo XVI. La economía colonial de nuestra América Latina fue una economía tributaria, siempre subordinada a los intereses

extranjeros. El fenómeno de la dependencia es complejo. Por ejemplo, sería un error creer que el destino de nuestros países se resolvió en su totalidad en la etapa colonial. Aunque no puede olvidarse sin regatearle ni un milímetro de su responsabilidad, que esa fue, en todo caso, una etapa, hasta si se quiere, larga y sombría, que desde luego ejerció una profunda influencia en la fisonomía que hoy muestran nuestros países. Pero sería un error apropiarle toda la culpa. Y, a la inversa, el grupo de investigadores, especialmente de sociólogos, preocupados en descubrir las formas que en estos tiempos adopta la dependencia, acaso den la impresión de descubrir lo que es más característico en nuestros días, sin tomar en cuenta lo acontecido en fases previas.

**J.C.** El tema de la dependencia es inagotable. Se ha discutido bastante, pero aún hay confusión. El apego rígido a los esquemas perturba su análisis. En las discusiones el dogmatismo hace mucho daño, y permite acercarse a extremos estériles...

**A.A.** Comparto su observación. Por eso es importante, en mi concepto, no limitarse a considerar los cambios recientes en el desarrollo del imperialismo. Algunos autores, haciendo caso omiso de la dinámica central del proceso capitalista y sus contradicciones más importantes, se limitan a contrastar lo que suponen más característico del llamado “modelo de crecimiento hacia afuera” con el de “crecimiento hacia dentro”, que según ellos adquiere cuerpo en el proceso de industrialización sustitutiva de importaciones. Y lo grave no es sólo que se tome prestado un herramental analítico inadecuado, del tipo del que, por ejemplo, se han valido la CEPAL y la OEA en ciertos estudios, sino que se le emplee acríticamente, sin reparar en sus más graves limitaciones, bajo el efecto alienante del tecnocratismo burgués, al margen casi siempre de los problemas fundamentales y como si se quisiera acomodar la realidad a esquemas prefabricados.

**J.C.** Esa esquematización puede originarse en la ignorancia o desconocimiento de toda una larga historia, desde la Conquista misma hasta nuestros días, de descripciones y críticas a la dependencia. Como observaba en el prólogo que escribí a las **Obras Selectas** de Celso Furtado, un grupo de investigadores, especialmente sociólogos, parece que se ha apropiado del descubrimiento de la dependencia, y gusta consumir pági-

nas criticando, unas veces a favor, otras en contra, sus aportes y conclusiones...

**A.A.** En verdad el estudio del subdesarrollo, y en particular de la dependencia, se ha enriquecido apreciablemente en los dos últimos decenios con las contribuciones de múltiples autores a quienes, por cierto, por descuido o inadvertencia, no mencionan esos sociólogos e investigadores a que usted alude. Con todo, sería desacertado y aún tonto y vanidoso que, quienes nos hemos ocupado de tales problemas, digamos en los quince o veinte años, pensáramos -como suelen hacerlo ciertos autores siempre dispuestos a descubrir el Mediterráneo- que antes de nosotros nadie lo hizo. El problema de dependencia, concretamente en la fase monopolista, ha sido objeto de constante inquietud en América Latina.

**J.C.** Es tan cierto lo anterior, que con motivo de las primeras cincuenta ediciones de **Desarrollo Indoamericano**, adelanté la tarea de compilar los ensayos que en sus páginas se habían publicado sobre los temas del subdesarrollo y la dependencia, y salieron seis volúmenes, de los cuales ya se han publicado dos. Y es eso lo divulgado en una sola de las numerosas publicaciones especializadas en esos temas en nuestro subcontinente, en el cual ahora se editan revistas de la categoría de **Problemas del Desarrollo**, de su Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México; **Foro Internacional**, Revista **Paraguaya de Sociología**, **Desarrollo Económico**, **Trimestre Económico**, **Economía y Sociedad**, **Comercio Exterior**, **Economía** (publicadas con el mismo nombre en Ecuador, Perú y Guatemala), **Integración Latinoamericana**, **Revista de la Cépál**, **Revista Interamericana de Planificación**, **Crítica**, **Diálogo Social**, **Revista Mexicana de Sociología**, **Tareas**, **Nueva Sociedad**, **Investigaciones Económicas**, y su propia **Estrategia**, para citar nada más a los que me son familiares.

**A.A.** Es oportuna su mención. Porque los centenares de ensayos que allí se recogen, amén de los libros publicados que ya llenan estantes, es cierto que están los que se han apropiado la llamada **teoría de la dependencia**, pero ellos sólo aparecen al lado, y sólo al lado, de los muchos, muchísimos, observadores de las características y efectos de ese fenómeno. Por ejemplo, al margen de las interesantes apreciaciones de los auto-

res que se les cataloga como clásicos del imperialismo, con Lenin, Luxemburgo y Bujarin a la cabeza, el tema está presente en las figuras más destacadas de nuestro pensamiento social. Recuerdo ahora que en su libro **Lenin y América Latina** se valora al conductor soviético como precursor de las modernas concepciones de la dependencia, y Francisco Pividal y usted han estudiado la ideología bolivariana como rica en estas materias. El problema de la dependencia está presente en Martí, quien especialmente en la etapa en que vive en “las entrañas del monstruo”, escribe páginas clásicas al respecto. Lo está también en el historiador chileno Francisco Encina y en el vibrante alegato nacionalista de Ugalde; lo hallamos en Ingenieros y en Mariátegui, en Mella y Sandino, en Luis Carlos Prestes y Jorge Eliécer Gaitán, en el pensamiento de Bassols y de Lázaro Cárdenas, en Salvador de la Plaza, Josué de Castro, en la poesía de Neruda, Guillén y Artel y, en general, en la plataforma de la izquierda latinoamericana de los años treinta y cuarenta, Y en la realidad socialista, reaparece, enriquecido por la práctica revolucionaria, en la obra de Fidel Castro y del Che Guevara, de Carlos Rafael Rodríguez y Raúl Roa, y se reitera, una y otra vez, en las Declaraciones de La Habana, en los mensajes de Allende, etc. E incluso, en aquellas formulaciones que hoy pudiéramos considerar más endebles, más insuficientes o unilaterales y menos analíticas, hay sin duda avances, contribuciones y aciertos que sería injusto y erróneo menospreciar. Hay un caudal de información y, visto en su conjunto, un esfuerzo que se desenvuelve con cierta continuidad a lo largo de decenios, y que si bien no tiene refinamiento o la precisión de algunos estudios posteriores, aporta valiosos elementos para comprender una realidad que aún no conocemos suficientemente y que es preciso comprender mejor.

**J.C.** En el informe de un Seminario sobre la Teoría del Desarrollo que se llevó a cabo en su Instituto, al final de la polémica sostenida con varios sociólogos y economistas de América Latina, usted define con precisión y claridad al subdesarrollo, y presenta algo así como un resumen de sus conceptos alrededor de este tema. Entonces responde también a su propio interrogante sobre las cuestiones que deben tenerse en cuenta, especialmente, para avanzar en el trabajo de la investigación. ¿Podría repetir esos juicios?

**A.A.** En esa ocasión dije que entre esas cuestiones una primera sería la convicción de que los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo

son estructurales, que afectan las relaciones mismas de producción y se desenvuelven más allá de las fronteras de la ciencia social propia del capitalismo, específicamente, del cuerpo del análisis micro y macroestático de la economía neoclásica y keynesiana, todavía en boga en las universidades latinoamericanas. El vasto y complejo marco en que tales problemas se plantean ayuda a comprender por qué, desde luego, los mismos no pueden ser debidamente examinados en planos puramente empíricos, sino necesariamente integrados en un análisis teórico riguroso que sustituya los viejos conceptos formales de la ciencia convencional por categorías históricas que expresen y ayuden a situar los fenómenos reales de mayor importancia.

**J.C.** ¿En qué momento, piensa usted, un investigador se encuentra en condiciones de liberarse de esa dependencia intelectual y puede comprometerse con un tipo de investigación más auténtica?

**A.A.** A partir del momento en que conciba al desarrollo y al subdesarrollo dialécticamente, o sea, como dos caras contrapuestas de un mismo proceso histórico. Cuando esto sucede, el estudioso de los problemas de nuestros países estará en condiciones de comprender el papel contradictorio que el capitalismo ha jugado en la historia moderna y, muy específicamente, en los factores que originan y mantienen el subdesarrollo. Desde luego, para que pueda lograr esa posición es menester que prescindiera de los modelos y esquemas convencionales, que le permita introducir nuevas y más significativas variables al incorporar al centro del análisis los factores propiamente estructurales.

**J.C.** ¿Con eso bastaría?

**A.A.** A mi juicio sólo en esa perspectiva es posible descubrir los hilos conductores del proceso económico y, por consiguiente, las relaciones y contradicciones fundamentales que explican por qué nuestros países son lo que son. En la práctica, por desgracia, aún en la propia izquierda caemos a veces en posiciones endebles y unidimensionales. Es decir, si bien se habla de contradicciones en todo orden y a menudo se sugieren en forma un tanto mecánica que tienden a agudizarse, lo cierto es que con frecuencia no se sabe con precisión en qué consisten ni por qué se

intensifican o agravan. De nuevo cabría decir que sólo conociendo a fondo la realidad podremos saber de qué contradicciones se trata, cuáles sus orígenes y alcances, cuáles son realmente antagónicas y cuáles no, y cuáles, en fin, aun siendo secundarias, bajo ciertos momentos de la lucha de clases pueden adquirir enorme importancia y determinar cambios profundos e inesperados.

**J.C.** Tomando sus propias palabras e interrogantes, le preguntaría: ¿Cómo puede auxiliarse el investigador para trabajar sobre esas contradicciones, sea a partir de ciertas hipótesis o en otros casos prescindiendo de ellas, para tratar de descubrir del examen directo de determinados aspectos del proceso, elementos que permitan llegar a conclusiones iniciales, aunque fuesen más o menos burdas, pero susceptibles, claro está, de modificarse y enriquecerse más adelante?

**A.A.** Yo diría que debiéramos tener presente la conveniencia de utilizar al máximo la información disponible, no sólo la información estadística –como ocurre en muchas monografías– sino toda aquella que incluso pueda ayudar a ponderar mejor, a reagrupar y aún a corregir datos numéricos existentes. En nuestra época se tiende a menudo a exagerar el valor de los números. Bajo la influencia de los avances de la matemática y, en general, de las ciencias exactas, y en nuestro campo profesional de la economía neoclásica y los modelos econométricos, ha aflorado una tendencia al cuantitativismo que, en posiciones tan rígidas –y para la ciencia social inaceptables– como aquellas que Marx y Engels criticaban hace un siglo, aún en mayor medida que entonces, pretenden dar a los datos estadísticos un valor casi mágico, llegando incluso a postularse que lo que no puede medirse no interesa a la ciencia económica. No puede caerse en actitudes fetichistas, sobre todo en países en que como todos sabemos las cifras suelen adulterarse, en donde a veces no sólo intentan reflejar la realidad sino tergiversarla, y cuando a menudo están más cargadas de contenido ideológico que las palabras.

**J.C.** Sobre la verdad de las estadísticas nuestro pueblo sabe cómo aceptarlas. En Colombia, por ejemplo, la gente se ríe de los datos del DANE sobre el aumento del costo de la vida, que apenas si informan de mínimos porcentajes de aumentos de los precios, cuando la realidad de la inflación la soporta en la visita diaria a los supermercados. Recuerdo que

una vez me tocó dirigir un estudio del Chocó (la región de la Costa del Pacífico), y encontré que en la estadística colombiana no se registraba la exportación de un kilo de madera. Sin embargo, en el anuario de comercio exterior de los Estados Unidos, las importaciones de madera de Colombia eran de miles de toneladas. Al visitar ese territorio y navegar por el río Atrato, la verdad fue sorprendente: grandes barcos esperaban en su desembocadura, en el Mar Caribe, para cargar una riqueza explotada de manera irracional, con la complicidad de las autoridades, sin dejar ningún beneficio a sus habitantes.

**A.A.** A mí me sucedió algo parecido. Hace unos veinte años me tocó vivir la experiencia de un estudio sobre la estructura agraria del noreste de México. Según las cifras oficiales disponibles, en las zonas agrícolas de riego sólo había ejidatarios y pequeños propietarios, cuyos predios se explotaban en las condiciones previstas por la ley. Yo sabía que tal imagen no correspondía a la realidad y, convencido de ello, en vez de convenir apologeticamente con las autoridades en que no existían latifundios, me di a la búsqueda de ellos, y con base en centenares de fuentes consultadas en una investigación directa, en el curso de unos meses fue posible comprobar que el grueso de la tierra estaba en manos de un millar de terratenientes, y más aún, unas cincuenta familias eran dueñas de las mejores tierras.

**J.C.** Hasta ahora casi hemos dedicado el diálogo al tema del desarrollo, tratando de responder así al signo de la época. Los economistas se han ocupado de describir e intentar la interpretación de los fenómenos del subdesarrollo y la dependencia. Y a mí me parece que se ha descuidado bastante la formulación de la teoría de las diferentes materias propias de la economía política, digamos el interés, la inflación, la crisis, el valor, etc. En este campo se sigue repitiendo el legado de la teoría esbozada en las economías desarrolladas. Por ejemplo, se habla de inflación y se enjuician sus efectos, pero se sigue repitiendo como interpretación de sus causas, las razones cuantitativas de los mercantilistas (con sus vertientes Keynesianas, cepalinas, o de la Escuela de Chicago) o monetarista-marxista de los manuales soviéticos...

**A.A.** Conozco muy bien su trabajo sobre el tema de la inflación, porque yo mismo fui objeto de sus comentarios críticos. Pero debo decirle

que no me he olvidado de ese compromiso, que considero ineludible. Mi libro **Economía Política y Lucha Social**, se orienta en ese sentido. Allí trato materias como las del mercado, la planificación, etc., intentando refutar los argumentos de los economistas de los países dominantes. Y en los últimos he dedicado la mayor parte de mi tiempo al estudio de la crisis. En su revista se publicó recientemente uno de esos trabajos. En 1979 publiqué el libro **La Crisis del capitalismo**, en el cual recojo un amplio ensayo sobre la teoría de la crisis general, que complementé después con análisis concretos sobre América Latina. En el Segundo Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, en La Habana, mi ponencia se refirió al impacto de la crisis actual en las economías subdesarrolladas.

\*\*\*

Hablar, a manera de diálogo, como hemos intentado hacerlo, sobre el aporte de Alonso Aguilar en el estudio del subdesarrollo, es misión interminable. Aguilar ha respondido al reto de su tiempo con entrega y compromiso. El pensamiento social del hombre es reflejo de la estructura económica imperante, ya para servir de soporte a las instituciones, o para el juicio crítico a lo prevaleciente. La base estructural determina el mensaje del análisis. Ese discurrir ha sido siempre, en el transcurso de la historia, para defender y justificar lo establecido, o para enjuiciar contradicciones e injusticias. Desde este punto de vista, bien puede opinarse que el pensamiento de Alonso Aguilar es la deducción de un examen cuidadoso a la situación de desventaja del subdesarrollo y la dependencia, especie de radiografía de unas estructuras.

En su fecundo trabajo Aguilar responde al legado de sus antecesores. México es un país que ofrece un rico patrimonio en el campo del pensamiento social. Desde el período pre-hispánico sus grandes culturas indígenas dejaron la huella de conductas y modalidades ejemplares. En sus cinco tomos de la **Historia y Pensamiento Económico de México**, Diego López Rosado dedica buena parte de su monumental obra a divulgar las costumbres de la vida social de los naturales. Y resulta más que interesante comprobar que entonces los cultivos eran intensivos y existía una organización para el intercambio, con precios controlados por jueces

con facultades hasta de imponer la pena de muerte en los casos de especulación o engaños por parte de los comerciantes. Cortés describe con sorpresa la disposición de los mercados que encontró en las urbes. En la sola ciudad de México había una plaza de mercado tan grande, al decir de Roman Piña, que en ella podían caber dos ciudades como Salamanca. Y sus galerías estaban racionalmente distribuidas, para atender con prontitud las demandas de sesenta mil personas que diariamente se movían en los ajetreos de las compras y ventas. Todo este orden tenía que ser la consecuencia de una orientación previa, de una reflexión. En la hacienda pública también los aztecas daban muestra de madurez: contaban con un sistema tributario adecuado para los objetivos de la clase dominante, que facilitaba la obtención de impuestos en especie de acuerdo con las mercancías producidas en cada región.

Como en todos los virreinos, pero con mayor razón en el de la Nueva España -por su importancia económica y demográfica-, las observaciones y conceptos que se dan a conocer en los informes oficiales, son profusos. Muchos son los personajes que estudian la realidad del México de entonces, cuyos juicios motivan al examen por parte de historiadores y analistas: Revillagigedo, en el siglo XVIII, denuncia ante la metrópoli el problema de la tierra: “La mala distribución de la tierra, afirma, es un obstáculo para los progresos de la agricultura y el comercio... las tierras realengas sufren notables usurpaciones y las de privado dominio están distribuidas en grandes haciendas que abrazan centenares de leguas, correspondientes a casas religiosas, clérigos y mayorazgos”. En términos parecidos se pronuncia Manuel Abad Queipo, oponiéndose, en su condición de sacerdote, a su propio grupo social.

En los últimos ciento cincuenta años el cultivo de la ciencia social es más que aceptable: en su libro **El Pensamiento Económico en México**, Jesús Silva Herzog examina las ideas económicas de treinta y ocho autores, y en las 748 páginas de sus minuciosa historia del **Pensamiento Económico, Social y Político de México, 1810-1964**, son cincuenta y cuatro, incluyendo sociólogos, políticos y filósofos, los personajes estudiados, sin llegar a ocuparse de los científicos sociales vivos.

Al calificar el contenido de los estudiosos de los problemas de su país, Silva Herzog, ha dicho: “Considero de significación hacer notar que hay

algo así como un hilo conductor del pensamiento mexicano desde la Independencia hasta nuestros días. De los 54 autores que he estudiado hay por los menos 34 preocupados por el problema de la tierra; 26 temerosos de la penetración norteamericana en México o francamente antiimperialistas; 20 que desde distintos ángulos critican la política del clero, y 16 defensores del indígena, secularmente olvidado o explotado”.

La razón de la lucha de la independencia la explican los dos grandes libertadores, Hidalgo y Morelos, en términos económicos y políticos. En 1810 Hidalgo decreta la libertad de los esclavos y la distribución de la tierra. Sus proclamas dejan al descubierto el objeto de la presencia de los extranjeros en los suelos de América Latina. “Ellos, decía en Valladolid, no han venido sino para despojarnos de nuestros bienes, por quitamos nuestras tierras, por tenemos siempre avasallados bajo sus pies”. Por su parte Morelos se muestra como un revolucionario radical. En su famoso bando expedido en noviembre de 1810, ordena: “Nadie pagará tributo y no habrá esclavos en lo sucesivo. Los amos que tengan esclavos serán castigados”. Y en el Congreso de Chilpancingo, desprecia los criterios aristocráticos imperantes, para insinuar que debe consagrarse la igualdad de los hombres en la nueva república. “Quiero que hagamos la declaración, aconsejaba el gran patriota, de que no haya otra nobleza que la de la virtud, el saber... que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no haya privilegios ni abolengos, que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos...”. Y siguiendo la tradición de sus antepasados, y no los de Roma o Bizancio, como piensa el maestro Silva Herzog, fija los precios de los artículos de primera necesidad –manteca, maíz, arroz, pescado, tabaco, etc.– para evitar los efectos de la inflación de guerra. En este campo Morelos es acertado al hacer uso del instrumento de control directo, prioritario en la estrategia de la política monetaria. Cuarenta años después, el Benemérito Benito Juárez, tercero de la gran trilogía de los liberales, al lado de sus grandes reformas políticas, tiene espacio para ocuparse en la solución de los problemas económicos. Juárez es poblacionista, porque considera que “la falta de población produce la falta de consumo”. En el campo del desarrollo valora el papel que le corresponde a la industria, a la educación y a la tierra, Y, además, prevé el papel de una adecuada infraestructura, mostrándose siempre preocupado por la construcción de caminos que faciliten la movilidad interna de los productos; libres de las alcabalas coloniales.

No es mi propósito intentar resumir en estas páginas el contenido de los razonamientos de los economistas y pensadores sociales de México, tarea adelantada ya por tantos historiadores autorizados. Apenas si he hecho mención de antecedentes, para valorar, como ya dije, una tradición que en nuestros días continúa con entusiasmo, en manos de Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Pablo González Casanova, Arturo Bonilla, Angel Bassols Batalla, Ramón Martínez Escamilla, Arturo Guillén, Jesús Silva Herzog, Edmundo Flórez, Leopoldo Solís, Leopoldo Zea, Oscar Soberón, Francisco Zamora, Diego López, Rodolfo Satavenhagen, Jorge Carrión, José Luis Ceceña, Víctor Urquidi, José Luis Sampedro, Ifigenia de Navarrete, Irma Manrique y tantos otros. Todos ellos, como en el ayer lo hicieron Francisco Severo Maldonado, Tadel Ortiz, Lorenzo de Zavala, Mariano Otero, Ricardo Flórez Magón, Narciso Bassols, Lázaro Cárdenas, etc., han entrado, por el derecho de su esfuerzo, a la galería de exponentes del pensamiento social de México y América Latina.

\*\*\*

El presente volumen, el sexto de la Colección **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina**, que tiene por título ORIGENES DEL SUBDESARROLLO, recoge lo más significativo del aporte intelectual del doctor Alonso Aguilar. El mismo autor se encargó de seleccionar el material, teniendo en cuenta una correlación de los temas tratados que pudiese responder al propósito de presentar, en un solo libro, los aspectos más sobresalientes de su trabajo de investigador y crítico de los fenómenos propios del subdesarrollo y la dependencia.

El primer capítulo es lo que podríamos llamar el compromiso: la posición afirmativa en el deber de intentar formular la teoría del desarrollo que explique satisfactoriamente lo que sucede en nuestro subcontinente latinoamericano. En este campo han trabajado los más sobresalientes economistas de nuestros países, pero sin lugar a dudas, el aporte de Aguilar se encuentra en primera fila. El conocimiento de la literatura social extranjera, con sus aciertos y falacias, le ha permitido enjuiciar lo conocido para defender tesis meritorias que permitirán, en un futuro independiente, condicionar estrategias en favor del desarrollo.

La formulación de hipótesis sobre la realidad que nos circunda, no es nada fácil. El propio Aguilar así lo reconoce en las primeras líneas de este libro. Porque al lado de la disciplina y el esfuerzo de hundirse en el pasado para indagar causas y sopesar efectos, en nuestros días pesa la incompreensión de la mayor parte de los estudiosos, catédricos y divulgadores en general, doblegados por el sometimiento a las exposiciones de los analistas de los países dominantes. “Avanzar en la elaboración de una teoría en el complejo campo de las ciencias sociales, dice Aguilar, sobre todo en momentos en que las fuerzas en conflicto se polarizan, las fricciones se ahondan y los desacuerdos se multiplican, reclama un gran esfuerzo de sistematización y de síntesis así como escapar a las presiones políticas y aún a las meramente emocionales que a menudo vuelven imposible distinguir la realidad de su apariencia”.

El origen del subdesarrollo lo desentraña Aguilar desde la etapa colonial, para seguir al librecambismo y la fase imperialista, hasta llegar a la situación actual, de actividad de las multinacionales. La dependencia estructural, y las tendencias hacia la concentración, son, también, motivo de su observación analítica.

El segundo capítulo, sobre el estudio de las teorías generales del desarrollo, viene a servir de complemento: en él se refutan las recomendaciones desarrollistas, y se ponen al descubierto pretendidas recetas propias del establecimiento. Aguilar recuerda que debe tenerse mucho cuidado con la aparente neutralidad y objetivismo de las especulaciones teóricas emanadas de universidades extranjeras, que en el fondo hacen del desarrollo de la sociedad un proceso uniforme, terso, unilateral, “que se desenvuelve en línea recta, en el trayecto que va de la economía **tradicional** a la **moderna** conforme a una teoría del **continuum** en la que el desarrollo es el punto final de una ruta corta y sin mayores accidentes ni largas esperas intermedias, en tanto que el subdesarrollo es una fase inicial que precede al desarrollo y siempre culmina en éste”.

Los otros capítulos ofrecen una continuidad: son versiones ampliadas de los primeros enunciados. A medida que se avanza en la lectura del pensamiento de Aguilar, puede gozarse de su vigor y de su penetración científica. Aguilar no ofrece tregua: refuta y despeja caminos. Parece que escribiera de prisa, con deseos de aclarar horizontes. Pero, en verdad,

más que la rapidez por decir lo que debe decirse, es el afán de contribuir a poner fin a todo un mundo de obnubilación que se desprende de la dependencia estructural, sus instituciones y sus ideologías.

Aguilar forma parte de una generación de científicos sociales cuyo legado habrá de valorarse en un futuro más apropiado, libre de complejos extranjerizantes. Desde la postguerra la autenticidad y el empeño creador, como mencioné al comienzo de estas anotaciones, ha sido bandera de trabajo de una pléyade de economistas y sociólogos. Ya decía con razón un gran visionario norteamericano: "Pocas partes hay en el mundo donde pueda verse con mayor claridad cómo la abundancia de recursos humanos y materiales no ha podido convertirse en base de un rápido progreso económico y social... pero también hay pocas regiones en el mundo en que, como América Latina, tantas personas dediquen toda su energía, todo su talento y todo su valor, a la lucha por un futuro mejor".

Y qué satisfactorio resulta para mí, que he tenido la oportunidad de presentar la obra intelectual del Maestro Alonso Aguilar, saber que él forma parte, en condición de meritorio exponente, de esas personas que con un entusiasmo que contagia, laboran sin tregua convencidos del advenimiento de un mañana más independiente y justo para nuestros pueblos.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, noviembre de 1982

# **DIALOGOS CON ORESTE POPESCU**

## **LA CIENCIA ECONOMICA CONTEMPORANEA**

Oreste Popescu nació en Rumania y desde hace 32 años adquirió la nacionalidad argentina, pero su obra la ha escrito en Colombia, Bolivia, Argentina, Perú, Paraguay. Por eso se le tiene, y así es en verdad, como economista latinoamericano. Y no se trata de un profesional cualquiera, sino de uno de los más grandes eruditos del mundo en el campo de la ciencia económica.

La vida y obra de Oreste Popescu son sencillamente ejemplares. Popescu es un devoto de la ciencia y no desperdicia un segundo en oficios ajenos a la investigación, conocimiento y análisis de las ideas y fenómenos sociales. Nadie como él goza de la autoridad que concede la disciplina del estudio para enjuiciar el aporte original, o para valorar el mérito de la tesis expuesta. Pero, además de eso, Oreste Popescu sobresale como expositor de ideas, científico social y educador de juventudes.

Profesor de varias universidades de América Latina, sigue en su empeño de maestro en la Universidad Católica Argentina, en donde acaba de demostrar que la teoría cuantitativa de la moneda tiene un origen americano, ya que fue expuesta en este Continente desde el siglo XVII.

Su estudio sobre Juan de Matienzo, como economista hispanoamericano que intuyó con claridad la relación que se daba entre la abundancia de metales-dinero extraídos de las entrañas de la tierra americana y los precios de las mercancías, es su más reciente pesquisa, pero no la única. Por el contrario, en la América Latina nadie le aventaja en la loable labor de indagar el planteamiento original y prístino, para reclamarlo, en el contexto del patrimonio científico-social de la humanidad, como legado de nuestros investigadores.

Popescu siempre se ha empeñado en valorar la riqueza del aporte de estas tierras en el inventario de la ciencia económica universal. Es un enamorado de la historia que poco se conoce, y la mayor parte de su tiempo la pasa entre archivos e incunables. Cuando ambos vivíamos en Bogotá disfrutábamos las tardes de los sábados recorriendo librerías de libros viejos de las carreras Sexta y Décima. En ellas a veces se encontraban verdaderas joyas dejadas allí por herederos encartados que vendían bibliotecas por camionadas.

Como fruto de su admirable vocación ya puede saberse que Keynes tuvo en el argentino Gesell su antecesor en las teorías subjetivas sobre el consumo, el ahorro y la inversión; que el colombiano Torres Mariño expuso una teoría de los juegos antes que Morgenstern y Neumann, a quienes se tiene en los textos de doctrinas económicas como primeros analistas de esas tesis. Más aún, en su libro *Sistema Económico en Misiones Jesuíticas*, aprecia en las experiencias de los misioneros del sur del Continente un primer ensayo de sistema propio, más allá del individualismo mercantil europeo y de la casi espontaneidad de la organización guaraní. Al referirse a los estudios de Sombart y Weber, hace que “la economía jesuítica de las misiones constituye una forma independiente al lado de la oicoica y señorial, y por consiguiente, completa la esquemática sombartiana con un tercer sistema”.

En sus nuevos ensayos Popescu demuestra que la teoría monetaria más conocida y antigua, la cuantitativa, tuvo sus primeros exponentes en tierra americana. Y nadie más autorizado para hablar de esas cosas que él. Popescu observa que su principal intérprete, antes que los europeos, es Juan de Matienzo, aunque otros cronistas y autoridades de la América del Sur tratan también el tema en la descripción de los fenómenos propios

de la época. Las minas de Potosí fueron la fuente y el motivo del análisis. Y hasta se puede hablar de una escuela, que Popescu llama de Chiquisaca, de la cual formaron parte los flamantes miembros de la Audiencia de Charcas. Mucho antes que Bodin, el economista francés que aparece como padre del cuantitativismo, en Perú, Bolivia, Panamá, Colombia y México, se explicaban los precios en razón de la cantidad de dinero. Más aún, Bodin habla de metales preciosos mientras los observadores americanos se refieren al dinero, concepto amplio y económico. “A do ay más dineros, decían el Presidente y los Oidores de Charcas en 1562, valen siempre las cosas más caras”.

En las páginas de los cronistas, como recuerda Popescu, se hacen referencias de sabor cuantitativo. El propio Las Casas, en sus conocidas denuncias a la Corte en favor de los indígenas, señala, tal si tratase de un crítico social de nuestros días, los efectos de la inflación como azote de los desposeídos. En sus “Tratados” le dice a su Rey que por causa del tanto oro que se apropian los españoles “las cosas valen tres doblados precio que valer solían, y por esta causa la gente pobre padece grandes miserias y necesidades”. De igual manera Cieza de León, López de Jérez, Pedro de la Gazca y otros, exponen dichos conceptos, pero sin el rigor, los propósitos y el examen de los magistrados de Charcas.

El origen empírico de la Teoría Cuantitativa, declara Popescu en su estudio, es, en última instancia, americano. “En el Perú, la historia de la teoría Cuantitativa crece parejamente con la historia de la revolución de los precios ocasionada por la explotación de las minas del cerro del Potosí”. Además, tanto Matienzo como sus antecesores aplican sus deducciones americanas para el caso de Europa, al suponer las alzas de los precios de las mercancías en España como fruto del flujo de metales-dinero oriundos de estas tierras, “... porque cuanto más plata se lleve a Castilla, y más mercadería se saquen para esta tierra, más valdrá todo en España”, afirmaba en su célebre libro *Commentaria*.

Lo curioso de estas investigaciones de Popescu es que en el mundo de la dependencia intelectual latinoamericana nuestros economistas tengan que viajar a los Estados Unidos a aprender la teoría cuantitativa de los precios, que sigue siendo la misma que expuso Matienzo, aunque ahora se la adorne y enrede con fórmulas matemáticas y toda clase de especulaciones.

El estudio de Popescu en esos dos ensayos –uno de los cuales publicó la Revista **Desarrollo Indoamericano**– es amplio y minucioso. Tanto que rectifican sus propios criterios expuestos en el presente libro (escrito en 1963), en lo que tiene que ver con el papel pionero de Bodin.

Oréste Popescu parece llevar a cabo sus indagaciones con microscopio electrónico: no se le escapa ni el más mínimo detalle, y se pasea con soltura por los caminos de la historia del pensamiento económico. Para él, por ejemplo, el peruano-boliviano Juan de Matienzo es no sólo el más acertado exponente de la teoría cuantitativa de la moneda –apenas antecedido, pero no con la fuerza de su análisis, por López de Gómara, Copémico y San Antonio de Florencia– sino, además, un brillante analista de las tesis del justo precio. De igual manera las deducciones de Matienzo sobre oferta, demanda y precio, complementan su enfoque monetario para enriquecer su aporte.

“Matienzo figura entre los primeros pensadores hispanoamericanos que desarrollaron en forma sistemática y profunda la doctrina del justo precio”. Por cierto que en algunos casos va más allá que **Santo Tomás** y otros doctos de la Iglesia. Como antes lo hiciera Aristóteles, sabe distinguir entre el precio justo natural y el precio justo legal, para inclinarse en favor de la intervención estatal en el aspecto del control del interés del dinero y los precios de las mercancías.

En lo referente a la oferta y la demanda, Popescu reclama una mención especial para este precursor científico-social latinoamericano. Las indagaciones más lejanas apenas habían llegado hasta Luis de Molina, quien en su libro “Sobre la Justicia y el Derecho”, publicado en 1593, dejó dicho que “un concurso de compradores más considerable en un momento que en otro, y su mayor disposición a comprar, elevarán los precios, mientras la escasez de compradores los rebajará”. Pero años antes ya Matienzo había deducido que “el precio aumenta o disminuye en razón de compradores y la multitud de mercancías y vendedores, y si es el vendedor el que busca al comprador el precio tendrá que descender”.

Aunque el razonamiento de Matienzo peca de incompleto, por cuanto se limita a la baja de los precios, resulta interesante observar que los autores modemos, en su idilica concepción del mercado, suelen hacer

uso de esta figura para revestir de simplicidad el hipotético mundo de fuerzas ocultas. Ahora se cree que el precio sube cuando dos compradores corren detrás de un vendedor, y bajan cuando dos vendedores van detrás de un comprador. Y hasta se llega a conceptualizar, de manera dogmática, como lo hace Henderson en su libro *Las Leyes de la Oferta y la Demanda*, que estos supuestos “constituyen la piedra angular de la teoría económica”.

\*\*\*

En un período de cinco lustros las ciencias sociales se enriquecen notablemente. Especialmente la economía que es una ciencia relativamente joven, y sometida al rigor de la historia, el espacio y la política. Y en verdad las cosas han cambiado mucho, con particularidad en el Tercer Mundo. Hasta podría decirse que desde la última guerra mundial para acá se adquiere la responsabilidad consciente por parte de sus investigadores sociales de enunciar los fundamentos teóricos interpretativos de sus problemas. Por eso podría suponerse, y con mucho fundamento, que un texto de economía política escrito hace algún tiempo necesitaría en el presente de revisión y complemento. Así se lo sugerí a Antonio García en relación con sus **Bases de Economía Contemporánea** (volumen cuarto de esta Colección), y lo mismo hice con Popescu. Sin embargo, ellos me pidieron que sus libros se publicaran de acuerdo con el contenido de sus primeras ediciones. Y pienso ahora que tenían razón, porque comparto esa costumbre. Especialmente cuando se trata, como en el caso de los libros de García y Popescu, de obras maestras que resisten el paso del tiempo y conservan la vigencia de un trabajo serio, científico y universal.

La **Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea** es un libro necesario para el estudioso de la economía. El análisis histórico, la rica bibliografía y el examen exhaustivo del acervo teórico de todos los pensadores sociales del mundo, le permite cumplir también la misión de texto de las doctrinas económicas. Porque quien desee saber lo que se ha dicho desde las épocas remotas para interpretar los complejos fenómenos del hombre en razón de la producción, distribución y consumo de las mercancías, pueden indagar confiado en las páginas de este libro. Naturalmente, no se trata de una simple descripción, a la manera del historia-

dor neutro, sino de un análisis vital que ilustra al consultante y facilita al autor la exposición de su propio criterio, como también el poder recomendar programas de estudios para la mejor conveniencia de un profesional-economista latinoamericano.

\*\*\*

El dominio de los temas que trata Popescu se desprende de una larga vida de compromisos intelectuales. En 1949 la Universidad Nacional de Innsbruck (Austria) le otorga el título de Doctor Rerum Politicarum. Fue el estudio de la política su primera inquietud. Pero al llegar a tierras latinoamericanas se compromete con la ciencia económica. Como resultado de sus nuevas inquietudes, la Universidad Nacional de La Plata lo doctora en 1953 en dicha disciplina. De ahí en adelante entra de lleno al compromiso con la investigación económica, ya como profesor, ensayista o editor. Su obra es reconocida en diferentes países, y algunas universidades, como la de San Marcos, en el Perú; del Atlántico, y Escuela Superior de Administración Pública, en Colombia, lo reconocen como profesor honorario.

Son muchas las instituciones donde Popescu se ha desempeñado como maestro de profesores y juventudes. Entre ellas aparecen las universidades, Nacional del Sur; Nacional de La Plata y Santa María de Buenos Aires; J.W. Goethe, de Frankfurt, Alemania; Esap, de Colombia; San Marcos, del Perú, etc. Como experto, varios organismos internacionales han ocupado sus servicios. Naciones Unidas, Unesco, Cepal, Fao y Oit, se valen de sus conocimientos en sus estudios sobre planeación gubernamental, planeación de recursos humanos y administración financiera. Eso lo obliga a convivir los problemas de países europeos, africanos y latinoamericanos.

Desde su condición de editor Popescu dirige colecciones de libros y revistas especializadas. En la Argentina funda y orienta las bibliotecas de Desarrollo Económico y de Ciencias Económicas. Esta última, que editaba y distribuía El Ateneo, cumple un papel similar a la del Fondo de Cultura Económica, de México, y Aguilar, de España. En los años cincuenta son ellas las tres editoriales que difunden en castellano la bibliografía económica más conocida hasta ese momento. Los prólogos y pre-

sentaciones de Popescu, especialmente de autores alemanes, facilitan el amplio conocimiento del aporte de los científicos sociales extranjeros. En 1953 funda en Bucaramanga, Colombia, la Revista de Ingeniería Industrial, y en la Universidad de La Plata, la Revista Económica, órgano de expresión de la Facultad de Economía.

Como escritor Oreste Popescu trabaja en distintas áreas de la ciencia social. Hasta ahora ha escrito decenas de ensayos para las revistas científicas del Mundo. Su primer libro lo consagra al estudio del compromiso intelectual de un latinoamericano. Lleva por título, **El Pensamiento Social y Económico de Esteban Echeverría**. Puede decirse que aquí arranca el propósito de Popescu de valorar la originalidad del pensador latinoamericano en el campo de la economía. Y este hecho es muy significativo, porque en verdad los divulgadores y catedráticos dedican todas sus inquietudes a comentar las ideas económicas europeas. De la indagación histórica pasa al análisis crítico de la economía industrial y del comercio. Un año después publica su **Economía de la Producción y del Comercio**. Para seguir de modo inmediato con los **Ensayos de Economía de Empresas**. En 1962 regresa al examen de las ideas en su estudio sobre las **Tendencias Actuales del Pensamiento Económico**, para continuar esta línea de conducta a través de la **Historia de las Doctrinas Económicas: Antigüedad-Mercantilismo** (que publica, para su distribución interna, la Escuela Superior de Administración Pública de Colombia); los **Ensayos de Doctrinas Económicas Argentinas**, de la editorial Depalma; el **Sistema Económico de las Misiones Jesuíticas-Un vasto experimento de Desarrollo Indoamericano**, de editores Ariel; **Un tratado de Economía Política en Santa Fe de Bogotá-El enigma de Fray Diego Padilla**, el cual ofrece al público con el respaldo de la Academia Colombiana de Historia; **Desarrollo y Planeamiento en el Pensamiento Económico Colombiano**, que distribuye Temis, hasta culminar con los trabajos sobre Matienzo y los observadores cronistas que expusieron juicios e hipótesis acerca del justo precio y el poder adquisitivo del dinero.

Dé esos libros merece destacarse, desde el punto de vista de la valoración y significado del patrimonio cultural de América Latina, como ya lo anoté, el de las Misiones, por la interpretación que hace de ese experimento económico como sistema con características propias, pese al

hibridismo de lo natural o indígena y lo importado o señorial. Lo mismo puede decirse de las tesis acerca del lugar primordial que le corresponde a las deducciones cuantitativas de los análisis del lejano ayer.

\*\*\*

Para hablar del mundo maravilloso de los hallazgos e hipótesis científicas que se describen en la multitud de libros y ensayos de Öreste Popescu, las cuartillas necesarias serían muchas. Desde el primer encuentro con su obra seduce su totalidad y la abundancia de sus conocimientos. Popescu trajina con soltura por los vericuetos del conocimiento universal. Y tal vez resultaría más interesante escucharlo a él mismo. En tal sentido, y como ya es costumbre en los prólogos de esta Colección, hago esfuerzos para reconstruir las conversaciones de tantos encuentros inolvidables en Bogotá, Barranquilla y Buenos Aires, acudo al contenido de sus cartas y escritos e intento la tarea del diálogo imaginario:

**J.C.H.** Me veré en la necesidad, profesor y amigo, de dedicar buena parte de esta presentación al reconocimiento público de su trabajo sobre el origen americano de la teoría cuantitativa de la moneda. Usted sabe que yo he escrito un libro para refutarla e intento formular un nuevo enfoque acerca de las causas de la inflación, que invierte la hipótesis, por cuanto encuentro en la masa monetaria no la causa sino el efecto de la subida de los precios. Pero dada la aceptación universal (en el mundo capitalista como socialista) de esos argumentos, su hallazgo merece ser divulgado en la forma más expresiva posible. Por eso le insistí en la solicitud de publicarlo, aunque fuese como anexo en la presente edición de su tratado.

**O.P.** Ya le expliqué, y usted al final me concedió razón, que pasado algún tiempo de su publicación, es mejor dejar a los libros tal como fueron conocidos y valorados por las personas autorizadas para hacerlo. Es cierto que en mi **Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea** concedo primacía a los autores europeos, al estilo de Bodin, en la exposición del análisis cuantitativo. Pero, cuando escribí ese libro, no tenía referencias de Matienzo ni de sus compañeros. Tenga en cuenta usted que el libro de ese autor fue escrito en latín y permanecía en los archivos

de Buenos Aires y España, lo mismo que los escritos oficiales de los magistrados de Charcas. Yo le dediqué diez años a la acumulación de materiales. Y puedo decirle que ese tipo de trabajo más que el esfuerzo fatigante requiere de paciencia y de suerte. Y pese a lo que usted ha expresado en sus comentarios, todavía hay mucho que lograr. Mi propósito es el de continuar valorando el contenido de los argumentos expuestos por iberoamericanos en la centuria que sigue a la conquista. Hasta ahora he recibido el estímulo de los propios españoles, como es el caso de los participantes al Seminario sobre el Pensamiento Económico Iberoamericano, que tuvo lugar en La Granada, Ávilés, España, bajo el patrocinio del Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Escuela Asturiana de Economía.

**J.C.H.** Sobre el particular, usted me decía, además, doctor Popescu, que no deseaba una nueva publicación de ese trabajo antes de recibir la debida autorización del Programa Bibleh y de sus anfitriones españoles. Sin embargo, yo le he replicado que un documento tan importante pertenece al patrimonio de la ciencia social latinoamericana, y debe ser divulgado con toda amplitud para conocimiento y utilización de los estudios de nuestros países. Me atrevo a pensar que nadie se valdría de preceptos legales egoístas para impedir la difusión pública de acontecimientos históricos de interés científico. Por eso en medio broma y en medio serio le he respondido que acepto el riesgo de publicarlo en la Revista **Desarrollo Indoamericano**, cuyo patrimonio, desde su fundación, sigue siendo el mismo, o sea una vieja máquina de escribir y un pequeño escritorio.

**O.P.** Conozco muy bien las intimidades y la historia de su Revista, pues estuve a su lado, con mi apoyo moral e intelectual, en la edad de sus primeros pasos. Nunca se me olvida que en el número 2, del mes de marzo de 1966, se publicó mi ensayo **Introducción a la Técnica Input-output**, y cuatro meses después, en la edición número 4, de septiembre del mismo año, le dio cabida a mi trabajo, **La Planificación de los Recursos Humanos**. Para entonces estaba en Bolivia. Pero no obstante, el peso de sus argumentos, conservo mi tónica, y me dirigiré a las entidades aludidas en busca de autorización. Por lo demás, como usted comenta, nadie hallaría gracioso encontrarse con inmuebles de ese tipo para hacer frente a indemnizaciones. Aunque estoy seguro de que eso nunca sucedería.

**J.C.H.** Usted acaba de mencionar un hecho que tiene que ver con este libro. Recuerdo que en una carta que me envió desde La Paz con su primera colaboración para **Desarrollo Indoamericano**, se refería a uno de sus capítulos en relación con el material remitido.

**O.P.** Sería interesante conocer qué le dije entonces. ¿Tiene esa carta a la mano?

**J.C.H.** Aquí está, y dice así: “Acabo de terminar ese ensayo que le envió sobre la técnica de Leontief, como instrumento de análisis y política de desarrollo económico. Quiero confesarle que no me gustaron las dos o tres páginas que incorporé sobre el asunto de mi libro *Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea*, que usted muy gentilmente presenta en la sección “Bibliografía Latinoamericana” del primer número de su Revista. Me he dado cuenta que los estudiantes tienen enormes dificultades en comprender el mecanismo. Por eso he tratado de ir hasta el fondo del tema, utilizando simples ejemplos aritméticos. Este trabajo estaba destinado para agregarlo a la segunda edición de mi libro, que estoy preparando. Pero si a usted le parece bien lo puedo incorporar como primicia en **Desarrollo Indoamericano**”.

**O.P.** No me atrevo a pensar si su memoria tiene una doble intención. Pero le revelo que fue cierto que introduje correcciones y complementos hasta la tercera edición de mi **Introducción**, publicada por Ariel en 1968. Desde entonces abandoné a su destino ese hijo amado, como suele llamarse a los libros, para que corriera su suerte y soportara el rigor del tiempo y de la crítica.

**J.C.H.** No era ese mi propósito, porque a la larga comparto su juicio y proceder. Lo invito a pasar a otros temas. Qué bueno sería, por ejemplo, oírlo hablar de la razón de sus libros...

**O.P.** Usted mencionó algunos trabajos míos que son de su preferencia. Digamos por caso el dedicado a las misiones. Ese libro surgió de una conferencia que hice en Bahía Blanca cuando era joven profesor de la Universidad Nacional del Sur, en la Argentina. El tema en sí tiene una importancia capital para los estudiosos interesados en el desarrollo

económico latinoamericano. Y yo me sentí estimulado, primero, por la inquietud que despertó entre los jóvenes asistentes a mi charla y los europeos que leyeron la versión recogida en un folletico, y segundo, como bien lo expresé en el prólogo en la edición de Ariel, por el gran despertar e insurgencia de la década de los años sesenta, que tuvo como máxima constancia, la **Declaración de Principios**, en la Tercera Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, realizada en México en el mes de junio de 1965. En ese evento hubo armonía consciente en la necesidad de formular las teorías de una estrategia propia, en defensa y conveniencia de nuestro desarrollo. Claro está que para el alcance de esas loables metas era indispensable comenzar por el estudio de la realidad latinoamericana en el espacio y en el tiempo, a fin de lograr la mejor comprensión de problemas y experiencias. Y en este aspecto consideré que el sistema aplicado por los misioneros jesuíticos en América Latina constituye uno de los capítulos más interesantes en la historia del desarrollo económico de este Continente. Este criterio lo comparte el historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre, bolivariano como usted, quien observa en su libro **Los Grandes Conflictos Sociales y Económicos de Nuestra Historia**, que los jesuitas lograron “descubrir y aplicar, en los siglos XVII y XVIII, los principios de desarrollo económico de los pueblos atrasados, y en sus misiones en América consiguieron el resultado admirable de hacer coincidir la propagación de la fe con un sorprendente proceso de crecimiento, que permitía a los pueblos aborígenes superar los estadios de la pobreza”. Si eso era cierto el esfuerzo se justificaba, puesto que a los estudiantes de Economía Política sólo se les dan a conocer los métodos de desarrollo del capitalismo y del socialismo aplicados en Europa, Norteamérica o Asia, y nunca lo existente en las organizaciones anteriores a la Conquista, o lo que se dio en la etapa colonial.

**J.C.H.** Lo interrumpo para decirle que eso es muy cierto, por la sencilla razón de que en la mayoría de los casos se enseña exclusivamente con el manual escrito en Estados Unidos, Europa o la Unión Soviética, según la formación (estudios en las universidades extranjeras, y en las naciones que operan bajo los efectos de la dependencia cultural) o alineamiento ideológico del profesor. Y esos libros, como se sabe, nunca hacen mención de nuestro legado histórico.

**O.P.** Es tan necesaria la labor investigativa del pasado que ella debe llevarse a cabo en todos los campos para poder encaminarse con

confianza y seguridad. En Bolivia los expertos de las Naciones Unidas concluyeron, que los principios y métodos de la pedagogía jesuítica se anticiparon en tres siglos a la doctrina de la educación fundamental formulada por la Unesco. Por supuesto que a la luz de determinadas concepciones sociales e ideológicas, algunos aspectos de la empresa misional podrían ser discutibles. Pero aún así, la autorizada opinión de un marxista de la talla de José Carlos Mariátegui, podrían constituir un aliciente al estudio de este tema. En efecto, Mariátegui en su libro más famoso y conocido, los **7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana**, expresa: “Sólo los jesuitas, con su orgánico positivismo, mostraron acaso, en el Perú como en otras tierras de América, aptitud de creación económica. Los latifundios que les fueron asignados prosperaron. Los vestigios de su organización están como una huella duradera. Quien recuerde el vasto experimento de los jesuitas en el Paraguay, donde tan hábilmente aprovecharon y explotaron la tendencia natural de los indígenas al comunismo, no puede sorprenderse absolutamente de que esta congregación de hijos de San Iñigo de Loyola, como los llama Unamuno, fuese capaz de crear en el suelo peruano, los centros de trabajo y producción que los nobles doctores y clérigos, entregados en Lima a una vida muelle y sensual, no se ocuparon nunca de formar”.

**J.C.H.** Perdone, doctor Popescu, que mencione mucho a **Desarrollo Indoamericano**. Pero como cumpla también la agradable tarea de corrector de pruebas, y resumo a manera de presentación de los autores los ensayos que recogen sus páginas, recuerdo muy bien que en el número 6, de noviembre de 1967, publiqué su estudio **A los Orígenes de la Doctrina Americana de Desarrollo**, que complementa, de manera feliz desde el punto de vista de las ideas, el contenido del libro sobre las misiones.

**O.P.** Ese trabajo era necesario, por lo que usted menciona, y porque ya antes había escrito sobre doctrina económica argentina, y estaba por delante el compromiso de remontar hasta los primeros días de la etapa colonial. Ya había dicho en el prólogo de uno de esos libros que los estudiantes latinoamericanos de ciencias económicas conocen muy a fondo la vida y obra del Marqués de Mirabeau, Tomás Moro, Roberto Owen, Luis Blanc, Henri George, Benjamín Franklin, Federico Bastiat, Pedro Josef Proudhon, Adam Smith, David Ricardo, Carlos Marx y Miguel Bakunin y muchos otros pensadores europeos y norteamericanos aun de menor

importancia en la historia de nuestra ciencia, pero muy contado es el número de los que han tenido la oportunidad de estudiar detenidamente las doctrinas económicas de Manuel Belgrano, Bernardillo Rivadavia, Francisco José de Caldas, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Rafael Uribe Uribe, Miguel Antonio Caro, Silvio Gessel, Alejandro Korn y muchísimos otros, menores y aún mayores que estos. Y es que, además, como en muchos otros aspectos de nuestra vida cultural, hay un círculo vicioso que es menester romper si se quiere poner las bases de una cultura económica auténticamente latinoamericana. Es cierto que en los últimos años la estrechez del pasado parece ampliarse, pero todavía es mucho lo que debe hacerse en ese sentido.

**J.C.H.** Tiene usted sobrada razón. Podría decirle que el problema se mantiene con bastante rigor. Bastaría con mencionarle una anécdota reciente de la Universidad Simón Bolívar, casa de estudios superiores donde no se ahorra esfuerzos para valorar el legado de los investigadores sociales del subcontinente y se hace gala de una orientación eminentemente latinoamericanista. Hace poco dos graduandos presentaron como tesis de grado un fichero antológico del pensamiento económico colombiano desde la Colonia hasta fines del siglo XIX, y en un comienzo hubo dificultades para que los jurados evaluadores apreciaran su importancia. Y si esto sucede en una universidad que publica una revista de casi exclusiva difusión del aporte original latinoamericano, y en donde cada mes se edita un libro de los más destacados científicos sociales, entre ellos los escritos por usted y otros investigadores sobre las ideas económicas de los colombianos De Pombo, De Narvaéz, De Vargas, Bolívar, Castillo y Rada, Núñez, etc., los cuales se distribuyen gratuitamente entre todos sus profesores y estudiantes, ¿qué podrá pensarse de lo que sucede en aquellas universidades donde son otras las inquietudes y los objetivos?

**O.P.** Comparto su juicio, y de ahí el compromiso del investigador. Creo, y así lo sostengo en el presente libro, que el científico social es una especie de sacerdote de la verdad. Sin embargo, la actitud sectaria menoscaba el papel que le corresponde al investigador. Mejor dicho, limita y opaca su misión. Ortega y Gasset solía recordar que no basta con creer que se profesa la verdad sino reconocerla donde sea y sostenerla con independencia, incluso cuando la aseveración redunde en menoscabo de los propios intereses. Por eso el hombre cabalmente penetrado de espíri-

tu científico es capaz de derecha hasta en el mundo en que reina el amaño, el sometimiento cómodo y la mentira. Ahora, en el caso de América Latina, territorio fecundo para la imitación, la repetidora y el alineamiento sectario, el deber del investigador es mucho más exigente.

**J.C.H.** A propósito del dogmatismo, no me parece muy apropiada la clasificación que usted hace, profesor Popescu, en el estudio de las ideas económicas, al clasificarlas en dos grandes escuelas: la del **enfoque histórico** y la del **enfoque dogmático**. Entre nosotros lo dogmático es más o menos antítesis de lo científico, con sabor a lo religioso e intolerable. Ya decía Marx, sin que por ello se le tenga filosóficamente como escéptico, que su primera cualidad como científico social era la de dudar. Además, las acepciones del Diccionario de la Lengua Española son variadas, ya que definen a **dogmático** como “perteneciente a los dogmas de la religión”, y a **dogmatismo** como “conjunto de todo lo que es dogmático en religión”. Sólo en la segunda acepción le concede a dicho vocablo el sentido de “conjunto de las proposiciones que se tienen innegables en un ciencia”...

**O.P.** Ya recuerdo que usted protestó alguna vez porque lo incluyo en mi libro en la clasificación dogmática. Pero se trata de un enfoque interpretativo distinto. Y sepa que no fui yo el primero en usar esta terminología. Augusto Comte solía afirmar que toda ciencia se puede exponer de dos maneras distintas: la dogmática y la histórica. De esta manera, cuando contemplamos el desarrollo sucesivo de los conocimientos básicos de una ciencia en el transcurso del tiempo, entonces se puede hablar de un enfoque histórico; por el contrario, cuando la mira se reduce al estado actual con el uso de sus principios básicos a la luz de una coherencia lógica y de su interrelación causal y funcional, hay que aceptar que se actúa en los predios del enfoque dogmático. Como puede apreciar, es simple cuestión de ordenamiento para distinguir dos grandes métodos de trabajo.

**J.C.H.** Desde ese punto de vista un autor puede participar de los dos enfoques, aunque en términos generales en el campo de la teoría del desarrollo o, para ser más exacto, del análisis de las causas del subdesarrollo, ningún científico-social de América Latina que se respete puede ubicarse fuera del histórico. Y en verdad así se ha hecho.

arte. Es necesario distinguir los predios de cada disciplina intelectual. Saber, por ejemplo, dónde termina la novela o el cuento, y dónde comienza el panfleto de agitación política. Marx admiraba más a Balzac que a Zola. El primero describía mejor la sociedad de su tiempo, tal como era, resguardando los límites propios de la literatura. Incluso en la obra de Marx hay que distinguir entre el científico social de **El Capital** o de la **Historia Crítica de la Plusvalía**, y el libelista y agitador. Es cierto que todas las disciplinas de la ciencia social son políticas, históricas y espaciales, pero no hay que olvidar que la política también ofrece su base científica, con sus leyes deducidas de la realidad social, distintas al juego de tácticas o conveniencias personales y partidistas.

**E.A.E.** ¿Y por qué te preocupa este asunto?

**J.C.H.** Pienso que sin disminuir un milímetro a sus características y compromisos, disciplinas como el Trabajo Social o la Sociología, deben tener cuidado en el cumplimiento de sus funciones, para evitar la charlatanería o el facilismo demagógico. Ya los sociólogos se encuentran en vías de superar la imagen pintoresca de la década de los hippies, con mochila al hombro, luenga barba, exagerada descomplicación en el vestir e ínfulas de rebeldía y sapiencia. He visto cierto tipo de trabajos de representación, montados y orientados por los catedráticos del Trabajo Social, y me surgen dudas sobre sus beneficios y seriedad. Porque el trabajador social, como tú bien lo señalas, debe estar presente en la realización de proyectos –y esto es valedero también para el economista, el sociólogo, el político, etc., –en favor de los cambios que faciliten al pueblo su plena participación en los destinos de un país, y en la búsqueda de un nuevo modo de ser del hombre, que le garantice su libertad y justicia social. Pero otra cosa es hacer el juego, con miras parciales en la denuncia. En estos campos de desvirtuación del arte y la literatura, la dogmática China de la era maoísta va quedando atrás, y sus nuevos dirigentes rectifican el pasado. Si una pieza teatral, una interpretación de danzas folclóricas, una película, una novela, un cuento, o una pintura, tienen que explicarse, pueden perder su mérito y depreciarse sus mensajes. Y el asunto se agrava aún más cuando se agrega una dosis con sabor de perorata a manera de apéndice.

**E.A.E.** Eso es correcto. Ante todo hay que tomar plena conciencia y claridad de lo que se busca. Yo he aceptado las críticas que me haces

-u observaciones, como te gusta llamarlas- sobre la dispersidad de mi obra. Y creo que es el fruto de mi vivir de prisa. Porque para mirar el camino hay que detener la marcha. Por eso, en la promesa que te he hecho, de ocuparme aún más de lo latinoamericano para la próxima edición del **Diccionario**, comenzaré por asentarme en estos territorios, para recibir de nuevo el influjo de su exuberante realidad.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, agosto de 1986.

Querido amigo

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Acabo de recibir tu carta de fecha 8 de agosto... ¡He gozado mucho con la lectura del prólogo! Me parece muy interesante la técnica, o el recurso del diálogo, que usas. Estoy plenamente de acuerdo con su contenido. Sólo me asalta la duda sobre algo que mencionas al comienzo, porque no recuerdo que, pese a las tentaciones, rompiera mi régimen, al comer carne o beber licores, en el transcurso de las inolvidables horas que compartimos a la orilla del Caribe. Pero eso es secundario y le da chispa al relato.

Comparto tu opinión sobre los argentinos. En cuanto a mí, te diré que me asumo como latinoamericano (lo que no es frecuente entre los argentinos). Más aún, uno de los temas sobre los que he reflexionado y escrito en los últimos meses, es el problema de la identidad cultural latinoamericana. Y así lo desarrollo en un libro de pronta aparición, **Cultura y Liberación**, que dedico a tu compatriota y maestro latinoamericano, Antonio García.

Recibe un abrazo de,

EZEQUIEL ANDER-EGG  
Buenos Aires, 14 de agosto de 1986

La dependencia es rico ramillete de incidencias que se desprende de un proceso histórico y estructural en los marcos del desarrollo desigual del capitalismo. Pero debe decirse, porque la realidad y las contradicciones ya lo exigen, que esas leyes, aunque en un terreno de relaciones distintas, también puede manifestarse en el contexto de países socialistas, con diferentes grados de desarrollo.

La dialéctica es valedera y operante en todos los tiempos. Cada pueblo pensará y actuará en razón de las estructuras económicas, las relaciones sociales de producción y el grado particular de su desarrollo y fuerzas productivas en un momento histórico y en un espacio geográfico. Utópico sería imaginar que las formas socialistas de producción anulan divergencias entre los países. La realidad ha demostrado lo contrario: a un nivel de desarrollo corresponde una estrategia y una conducta. Ya desde la década del sesenta el partido comunista chino se encargó de oficializar su rechazo a las simpatías soviéticas en favor de una división internacional del trabajo en el área socialista; y en los actuales momentos, en los créditos que se otorgan con pago de intereses por parte de países socialistas prestamistas, se succiona parte de la plusvalía del pueblo prestatario. Y más significativo es esto último, si se tiene en cuenta que dichos créditos se protocolizan como intercambios de mercancías, al tomarse a la moneda patrón (rublo o dólar) como simple medida de los productos cambiables.

Una insurgencia contra la dependencia supone, por tanto, una actitud defensiva, con estrategia propia, cualquiera que sea el sistema (capitalista o socialista) prevaleciente. En este sentido, los países subdesarrollados necesitan de su propia teoría y de su economía política de defensa, enunciada en razón de sus problemas, experiencias y caminos. El fenómeno de la dependencia, sea el caso, afecta a los pueblos latinoamericanos, y, por tanto, sus investigadores y clases comprometidos con el cambio son los llamados a deducir teorías para su interpretación y para la lucha.

El análisis teórico de la dependencia no invalida las doctrinas de la lucha de clases o de la liberación. Por el contrario, las enriquece y complementa. Por cierto, éste es un complemento particular en la dinámica histórica del subdesarrollo, que puede utilizarse como herramienta en una organización social distinta para evitar situaciones parecidas con etapas anteriores.

## **La dependencia y los sistemas**

Podría decirse, de una manera radical, que la dependencia como categoría generada en el desarrollo desigual del capitalismo no puede superarse en las entrañas mismas del capitalismo con las herramientas teóricas enunciadas en los centros de poder. Más aún, las nuevas formas del imperialismo la agudizan, tal como acontece con el desarrollo del subdesarrollo. Las estadísticas señalan ahora una mayor penetración del capital extranjero en las economías dependientes, más carga financiera adeudada, menor participación relativa en el comercio exterior, intercambio desigual en aumento y marcada polaridad de las potencias militares en sus zonas de influencia. Sin embargo, la insurgencia de los pueblos así mismo se manifiesta, y en todas partes la actividad revolucionaria aflora.

También podría conceptuarse que el camino de la no dependencia y el desarrollo supone el socialismo democrático. En verdad, el socialismo democrático es una etapa superior en el desarrollo social, por cierto, necesaria y justa. Pero iluso sería pensar que su advenimiento en un país determinado, abolire por encanto las relaciones de dependencia en su conjunto. Un país subdesarrollado puede nacionalizar la propiedad extranjera, someter el comercio a los lineamientos del plan del Estado y socializar la producción, pero si sus relaciones comerciales y crediticias se mantienen influidas por cánones del capitalismo, es indispensable, además, llevar a cabo una conducta de definido sabor de salvaguardia contra la dependencia. Este supuesto se olvida a veces en la refriega contra el enemigo imperialista y el alborozo de internacionalismos ideológicos. En el caso del comercio internacional, la regla expresa que las estructuras monoproductoras y monoexportadoras, débiles en su esencia, facilitan la dependencia. Más aún, si la mayor parte del comercio se adelanta en más alto porcentaje con una potencia.

### **La dependencia en la colonia**

El estudio de las formas y procesos de la dependencia en Colombia es tema adecuado para volúmenes. En análisis como el presente, bastaría un solo aspecto y, a manera de síntesis, podría ser el más indagado, el del comercio.

**O.P.** Eso es correcto, y hasta se da el caso de un tercer enfoque ecléctico, que comprende a los dos. Yo elegí ese tercer camino, que es precisamente el que predomina en este libro. En general los estudiosos latinos tienen simpatía por el enfoque histórico, mientras los anglosajones propenden por el enfoque dogmático. Uno y otro proceder ofrecen sus encantos y sinsabores, sus ventajas y desventajas. Pero, si me permite, agregaría que el estudioso que desea penetrar en la teoría económica por el camino histórico tendrá a la larga la insuperable ventaja de adquirir sus conocimientos en forma orgánica y progresiva...

**J.C.H.** Con su venia, tendría que agregar que para el economista de un país económicamente sometido, dependiente o subdesarrollado, el conocimiento de temas que aparentemente puedan presentarse como abstractos o dogmáticos, hay que analizarlos a la luz del acontecer histórico. Las teorías del valor, del precio, oferta y demanda, inflación, etc., no pueden aceptarse como leyes o principios valederos en todo espacio y tiempo, sino que deben responder al examen del por qué fueron expuestas en determinado momento así, y a quiénes convenían entonces, o convienen en el presente. La economía es ciencia social, vale decir, histórica, política y espacial, y aunque a los autores se les enmarque en razón del manejo de una metodología particular, es necesario aclarar que sus enunciados se desprenden de posiciones ideológicas, intereses de clases o conveniencias de preponderancia en un momento del desarrollo de un país, o de una economía nacional o regional. Algunos países en el transcurso de su historia han tenido brillantes exponentes, sea por caso, de las teorías librecambistas y proteccionistas. Las tesis ricardianas sobre costos comparativos que tanto contribuyeron, con su práctica, al crecimiento industrial de Inglaterra y Europa, al trasladarse a la América Latina en la modalidad de la estrategia de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, ALALC, no produjeron los mismos resultados y, por el contrario, sirvieron para ampliar la libertad en el actuar de las transnacionales, con provecho de ellas, y a costa de una nueva frustración en los anhelos integracionistas. Claro está que estos supuestos no eximen al investigador del compromiso del estudio de la realidad presente, para sopesar causales y deducir hipótesis.

**O.P.** Bueno, profesor y amigo, es ese un tema para una fructífera discusión. Permítame, desde mi ángulo y en la parte que me corres-

ponde como apasionado del indagar histórico, recordar la sentencia de Goethe: "¡Quien no sabe darse cuenta de lo ocurrido desde hace tres mil años, permanece preso en la noche de la ignorancia, aunque viva día tras día".

**J.C.H.** Correcto. Volvamos entonces, doctor Popescu, al tema de su estudio sobre el origen de la doctrina americana del desarrollo.

**O.P.** Está bien. Mi intención fue buscar sus raíces más lejanas, digamos por caso, desde los mismos inicios del siglo XVI, con la vigorosa protesta contra la explotación de los indios de Fray Antonio Montesinos en su célebre sermón de la catedral de Santo Domingo, en 1511, cuyo texto reproduce Bartolomé de Las Casas, como testigo ocular, en su **Historia de las Indias**. En ese período híbrido de conquista y coloniaje, Las Casas es el más notable precursor. Se había iniciado como vulgar conquistador, compartiendo en Cuba la reprochable conducta de sus compañeros de rapiña. Pero pronto reaccionó para convertirse en paladín de la cuestión social en las Indias. Desde 1514 inicia la batalla, que duraría toda la vida, contra el régimen de la encomienda y las demás formas de vasallaje y explotación indígena. Y no se reduce a la crítica, sino que propone cierto tipo de organización religiosa para suavizar los efectos de la conquista, y en favor de la evangelización pacífica. Sin embargo, su plan de desarrollo desembocó en un fracaso rotundo. Con todo, esta experiencia y el vigor de sus denuncias, obligaron a los monarcas a expedir leyes de protección a los nativos. Después de Las Casas sigue Vasco de Quiroga y sus "pueblos-hospitales", hasta culminar con los jesuitas.

**J.C.H.** En referencia que hice alguna vez a sus escritos le sugería que la indagación había que llevarla mucho más lejos. Por ejemplo, las simientes de nuestra economía defensiva se desprenden de la protesta, elemental y lógica, pero también rica en contenido doctrinario, de los simples caciques y de los grandes gobernantes que rechazaron con dignidad la presencia bárbara del genocida conquistador. Se cuenta que uno de los jefes de una tribu en la costa norte de Colombia, cuando el extraño conquistador le hizo saber que en nombre de su rey y por autorización del Papa venía a tomar posesión de sus tierras y a someterlos al único y verdadero Dios, le contestó que su rey y su papa debían estar locos por dar lo que no les pertenecía, y que ya su pueblo tenía un rey y un dios, y

# **DIALOGOS CON EZEQUIEL ANDER-EGG**

## **UN DICCIONARIO DE TRABAJO SOCIAL PARA COMPRENDER LO ESCRITO Y ENTENDER LO ESCUCHADO**

La presencia de Ezequiel Ander-Egg en la Universidad Simón Bolívar fue un acontecimiento. Yo apenas lo conocía a través de la lectura de algunos de sus libros. Pero estaba enterado de la admiración que le tenían los profesores y estudiantes de la Facultad de Trabajo Social. O, para ser exacto, las profesoras y alumnas, pues en dicha Unidad Académica, de unas aproximadas mil quinientas personas que la integran, pocas, que pueden contarse con los dedos de las manos, pertenecen al sexo masculino.

El doctor Ander-Egg vino a Barranquilla a dictar unos cursillos sobre la materia que trajina con tanta autoridad. Es eso lo que hace y ha hecho casi toda su vida de nómada incorregible. Después de los compromisos académicos, lo trajeron a mi refugio de Pradomar. Pero allí también los oyentes querían seguir aprovechando su presencia, para conocer de viva voz sus deducciones teóricas y sus puntos de vista sobre las nuevas responsabilidades de la ciencia social.

En las horas de la tarde hubo una pausa con arroz de chipichipi en el restaurante de Buendía, y los cantos de la profesora Elizabeth Caraballo,

siempre graciosa para imitar a la inocente muchacha que no adivinaba lo que quería el negro. Fue un rato agradable, de esa mistura que sólo el Caribe puede prodigar: alegría de vivir, con jolgorio de canciones, bromas y relatos de anécdotas en medio del ambiente académico.

En un comienzo, el latinoamericano formado a la europea, pretendió conservar sus complicaciones: a pesar de los olores de la fritanga criolla y la refrescante espuma de la cerveza, alegaba su condición de vegetariano y abstemio. Pero, a la larga, sucumbió ante el embrujo de la gracia y el alborozo de sus colegas. Creo que ese día hubo cambios en las costumbres del doctor Ander-Egg, que supo del deshielo del rigor científico en medio del compromiso y la investigación. Yo también aproveché aquella experiencia para valorar aún más la mística y la entrega de los profesionales del trabajo social. Con redoblado interés, desde ese momento salí en procura del resto de la extensa bibliografía, publicada por diferentes casas editoras, que comprende la obra de Ezequiel Ander-Egg.

La lectura de la tesis de Ander-Egg me hizo pensar en la importancia de incluir un volumen en la Colección **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina**, dedicado al Trabajo Social. Ya antes la Universidad Simón Bolívar había publicado el libro **La Historia del Trabajo Social**, del Decano de la facultad, doctor Jorge Torres. La bibliografía latinoamericana sobre trabajo social es más bien limitada. Se trata de una disciplina relativamente joven. Sin embargo, su importancia y categoría necesitan de una amplia labor libresca que armonice con la exigencias de sus estudiosos y practicantes.

En estos propósitos nada más oportuno que contribuir a su divulgación. El doctor Ander-Egg escribió un Diccionario de Trabajo Social, de repetidas ediciones. Entonces le sugerí que ampliara su contenido y que tuviese en cuenta el aporte latinoamericano en el examen de los temas y conceptos.

Un diccionario es digno de ocupar un lugar especial en el esfuerzo intelectual. Involucra en su realización la autoridad de su autor. Porque supone un conocimiento universal de la materia definida. Para redactar

estaban muy contentos con ellos. Otro aspecto hasta ahora poco explorado es el que tiene que ver con el ideario económico de los indígenas, ya que la mayor parte de los estudios se refieren a la organización social en sí, digamos por caso las formas de producción y relaciones sociales en la distribución del producto de los Incas, Aztecas, o Mayas, y poco al razonar de sus economistas, sacerdotes y gobernantes.

**O.P.** Algún día incursionaremos en esa materia, tan interesante como necesaria...

**J.C.H. Y,** ¿quién podría hacerlo mejor que usted, doctor Popescu?

\*\*\*

Caso curioso el de la Argentina. Es tal vez el país de América Latina que más ha soportado las tendencias extranjerizantes de su clase dirigente, empeñada en vivir a espaldas de América Latina y con la mirada fija en Europa. Pero, como réplica aclaratoria, su pueblo disfruta orgulloso de su paisaje, sus raíces y lo propio. De la misma manera, y para el caso de la ciencia económica, dos de los más destacados exponentes del compromiso con el pensamiento y la indagación latinoamericanas, Raúl Prebisch y Oreste Popescu, son argentinos.

Y ocurrencia sugestiva la de Popescu: mientras muchos argentinos envidian lo ajeno y quisieran, como sucede con un poeta y escritor famoso, expresarse en otro idioma y no en el suyo, él, que viene de Europa como profesional notable (nació en Rumania en 1913, y se educó en su país y en Austria), se hace argentino en el contexto del acervo científico-social del mundo.

Popescu cumplió ya setenta y dos años, pero mantiene su juventud y entusiasmo. Hace apenas un par de meses me escribió una carta, de contagiosa vitalidad. En ella me dice que quiere retomar el hilo de nuestro diálogo epistolar, iniciado en 1963, sobre el tema del pensamiento económico latinoamericano, para propiciar el encuentro de los interesados en escribir el libro de la historia de nuestras doctrinas sociales. En verdad que es esta una tarea que no puede seguir postergándose. Hasta

ahora se han escrito libros acerca de la historia de las ideas económicas en la Argentina, México, Colombia, Perú, etc. Pero no se cuenta con textos auxiliares en la materia de la historia de las doctrinas del mundo que involucren el aporte de nuestros pensadores. Los textos extranjeros –europeos, norteamericanos o soviéticos– nos ignoran. Y en la cátedra de las doctrinas económicas latinoamericanas existe un vacío. Ojalá el erudito profesor Oreste Popescu encuentre la feliz coyuntura para la realización de ese proyecto, que vendría a cerrar con broche de oro el fecundo ciclo de sus trabajos, y a complementar el valioso contenido de su libro, la **Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea**, que se presenta como el Volumen Noveno de la Colección **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina**, APESAL.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, septiembre de 1985

una guía explicada de dicciones, o catalogar criterios, la constancia y la entrega son requisitos indispensables. Sobre todo en la ciencia social, de tan ricos matices ideológicos y juicios encontrados. Por eso, quien define aporta el legado de su sapiencia.

Para el consultante y el aprendiz el diccionario es un auxiliar valioso. Sobre todo si en sus explicaciones prima la holgura en los conceptos, más allá de la descripción dogmática que limita y excluye. Además, un diccionario cumple un objetivo didáctico, capaz de facilitar la respuesta adecuada y estimular la amplitud del estudio.

Aunque se presenten similitudes en los métodos, digamos por caso, orden alfabético, o esclarecimiento del significado de las palabras y su origen etimológico, siempre es necesario distinguir entre diccionarios de un idioma y los de fines científicos y técnicos. Tanto los unos como los otros están al servicio de la semántica, pero los primeros cumplen mejor el papel de guardianes, mientras los segundos, ante todo, difunden y orientan. Sin embargo, todos ellos, facilitan el conocimiento y la enseñanza. Manuel Seco, en su **Diccionario de Dudas de la Lengua Española**, justifica su empeño en la defensa de esas metas, aunque reconoce que el lenguaje no está sometido a leyes ciegas, sino a la voluntad humana. En la primera edición del **Diccionario de la Lengua Española**, que forma parte, al igual que las siguientes, del inventario de la Biblioteca de Humanidades de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, se explicaban sus fines, para que “se viese la grandeza y poder de la lengua, la hermosura y fecundidad de sus voces, compendiosas y expresivas”.

El profesor Ander-Egg, por su parte, tiene el cuidado de enunciar el manejo de su **Diccionario del Trabajo Social**, así: las diversas acepciones van colocadas en razón de su etimología y de la relación que tenga el concepto de la ciencia social y el habla castellana; “luego la palabra o palabras que se usan como equivalentes y sinónimos, y, por último, hay una ponderación –subjetiva, por supuesto–, acerca de la importancia relativa de cada palabra, en cuanto a su significación para el Trabajo Social y las Ciencias Sociales”.

\*\*\*

Plaza & Janés había editado ya para la Colección APESAL el volumen 8, que corresponde al **Diccionario de Economía**, del economista salvadoreño Salvador Osvaldo Brand. Fue ese el primer trabajo en esa materia escrito por un latinoamericano, con autoridad para hacerlo. Y tal hecho me pareció relevante. Porque los diccionarios juegan un papel significativo en las exigencias del trabajo cerebral y en la instrucción del educando. A ellos se acude con confianza, y se les tiene como especie de libros sagrados. Y se da el caso, como también sucede en los textos de historia de las doctrinas sociales, que los diccionarios sobre economía, sociología, trabajo social, etc., escritos por norteamericanos, soviéticos o europeos, jamás tienen en cuenta los aportes del subcontinente latinoamericano, y mucho menos mencionan a sus científicos sociales. Amén de que en algunos de ellos el enfoque poco imparcial se pone de presente en sus criterios.

Ahora, también estoy de plácemes, pues el **Diccionario del Trabajo Social** de Ander-Egg, es el único escrito en América Latina.

\*\*\*

Me he referido a los científicos sociales de América Latina, en cuya lista ocupa su lugar Ezequiel Ander-Egg. Y debe entenderse como científico social al hombre que investiga y crea para ofrecer su cuota original. Crear es deducir algo nuevo. En la ciencia social se facilita la rebeldía innovadora. Porque ella depende de cada marco espacial y del momento histórico, bajo el imperativo de la conducta política. Ya decía Einstein, en su afán de diferenciar al científico del que simplemente aplica o divulga:... “para mí no es hombre de ciencia todo el que ha aprendido a utilizar instrumentos y métodos que directa o indirectamente aparecen como “científicos”. Me refiero únicamente a aquellos en quienes el espíritu científico está realmente vivo”.

En cada uno de sus libros, y de la misma manera, en su **Diccionario del Trabajo Social**, el doctor Ander-Egg rompe los límites de la pasiva

difusión, para dejar constancia de su razonamiento. Es un hombre comprometido en el espacio sin límites de la libertad. Lo que puede explicarse de otra manera si se piensa en términos del deber hacia el trabajo sin tregua y la devoción a la ciencia, pero por encima de la dependencia de los ismos.

El trabajo intelectual en la redacción de un diccionario de una materia social involucra riesgos ineludibles. Porque las diferentes disciplinas que integran la Ciencia Social en su conjunto se compenetran de tal manera que en ocasiones resulta difícil asignarlas a cada una en especial. Más aún, aunque todas ellas ofrezcan sus particularidades y responda a unos objetivos, también se auxilian entre sí, lo cual exige a sus cultores un mínimo de conocimiento de las múltiples asignaturas. Por eso es difícil imaginar que el autor de un diccionario pueda ser un profesional especializado, con marcos estrechos, de los que sólo saben de una cosa.

Desde este punto de vista el fenómeno adquiere aires de cierta complejidad. Lo que quiere decir que la condición de erudito que supone la tarea, en nada descarta los rasgos ideológicos del artífice. El problema, o lo que puede ofrecer esos caracteres, habría que decantarlo en el juico dogmático, que ignora o excluye.

\*\*\*

En síntesis, vale la pena recordar que un diccionario de Trabajo Social, de Economía, de Sociología, de Política, etc., debe ser el esfuerzo de uno o varios investigadores con una formación mínima en la ciencia social totalizadora, sin que la ilustración excluya el juicio particular. Por el contrario, el compendio previo se beneficia con el aporte original y razonado.

Es este el sello que distingue el trabajo intelectual de Ezequiel Ander-Egg. No significa lo anterior que su obra repose bajo el escudo de la infalibilidad estática. Todo lo contrario, en aras de la dialéctica que involucra el quehacer social, Ander-Egg se suele confesar en las entrevistas públicas, para aceptar con la cordura del científico, su permanente mutación, siempre dispuesta a recibir el influjo de la realidad social.

\*\*\*

Y, porque sé de su receptibilidad y tolerancia, me atrevo a invitarlo al diálogo imaginario que permite la controversia, no para el abuso hacia el ausente, sino para amenizar en procura de objetivos pedagógicos. Tengo delante de mí el recuerdo de las lecturas de los muchos libros de Ezequiel Ander-Egg, y de sus cartas, que me envía de todos los rincones del mundo, y creo que puede ser suficiente acopio para la discusión:

**J.C.H.** Alguna vez leí un reportaje donde hablabas de una especie de nacionalidad múltiple. ¿Cómo pueden interpretarse tus confesiones?

**E.A.E.** He dicho que soy argentino por nacimiento, latinoamericano por opción, suizo por mi padre, italiano por mi madre y español por elección. Creo que mi vida y mi trabajo por diferentes países me han dado sensibilidad y una conciencia planetaria, pero hasta cierto punto me han convertido en un desarraigado.

**J.C.H.** Esta declaración es lo que me preocupa. Porque no es un caso aislado en la conducta de algunos argentinos. Precisamente en el prólogo que escribí para el Volumen 9 de la presente Colección APESAL, que corresponde al libro **Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea**, de Oreste Popescu, hice mención de la actitud del poeta Jorge Luis Borges, para señalar el contraste. Mientras Popescu, nacido en Rumania, siente orgullo de su patria por adopción, la Argentina, y dedica su vida a valorar el aporte del pensamiento social latinoamericano, Borges menosprecia su paisaje natal, y hasta lo abandona en la víspera de su muerte, para buscar sepultura en otras tierras. Y estos hechos, que tienen que ver con la identidad, merecen analizarse en el contexto de la historia y de la sicología, para intentar interpretaciones.

**E.A.E.** ¿Y qué pretendes? Me gustaría que te explicaras.

**J.C.H.** Argentina es un caso particular. Parece que su exagerada mirada hacia Europa genera valores más acentuados en la decadencia extranjerizante de algunos grupos sociales, sean por caso, la burguesía o los intelectuales dependientes.

**E.A.E.** Es un tema delicado que exige mucha meditación. Para mí, lo que deseo significar es el propósito de vivir a plenitud la condición humana. En este sentido no me defino, ni quiero tener identidad de referencia mediante la simple forma de adhesión a una teoría, doctrina, ideología o partido político. Y eso no significa que juegue el papel cómodo de neutro. En mis manos mantengo unas banderas: los principios en favor de la ecología, la paz, el socialismo y la igualdad de la mujer en los derechos políticos y sociales.

**J.C.H.** Quiero insistir, porque deseo comprometerte públicamente en algo que mucho me importa: el mayor énfasis de lo latinoamericano en el tratamiento de los fenómenos o hipótesis que son motivo de juicios en tu **Diccionario**. En este caso me refiero a cuestiones propias de la economía, aunque el argumento es valedero para las otras ramas de la ciencia social. Por ejemplo, temas como subdesarrollo, inflación, dependencia económica, deuda externa, estructuralismo cepalino, etc., que forman parte del quehacer de los investigadores de América Latina, sería mejor definirlos con respaldo de las deducciones de los nuestros.

**E.A.E.** ¿Cómo así?

**J.C.H.** Para explicar el subdesarrollo, sea por caso, te fundamentas en concepciones europeas. Y hasta te atreves a decir que esta palabreja tuvo su origen en la escuela austríaca, cuando es bien sabido que fue Josué de Castro el primero en usarla. Sin embargo, esos detalles episódicos serían lo de menos. Lo que interesa es que ese fenómeno histórico del desarrollo desigual del capitalismo, es, tal vez, el que ha sido estudiado con más esmero y saciedad por parte de los economistas del tercer mundo. Y, además de eso, lo que importa es que corresponde a nosotros, que lo padecemos, la obligación de estudiarlo e interpretarlo en el compromiso del enunciamiento de la teoría y la estrategia para su superación futura. Lo mismo podría aquí mencionar buena parte de los asuntos que conciernen a la economía de los países dependientes. Y en este punto lo que me preocupa no es la mención de tal o cuál autor, sino el hecho de que se expongan criterios unilaterales que puedan desorientar al consultante.

**E.A.E.** Soy consciente y responsable de mis limitaciones. Por eso acepto complacido la observación estimulante y la crítica constructiva. Ya he dicho en repetidas ocasiones que todos los días sigo trabajando en el **Diccionario**. No puedes imaginar cuántas horas, días, semanas y meses he dedicado y sigo dedicando a este libro. Aún trabajando en otros libros, o simplemente leyendo, he tenido el **radar** atento para tomar notas que considero de conveniencia para el **Diccionario**. Y acepto que todavía le falta bastante para acercarse a lo que he concebido. Espero seguir reelaborándolo hasta el año 2000. Mi decisión, como ya te lo he hecho saber en repetidas cartas, es tener una coyuntura latinoamericana, por ejemplo, de asentamiento por un tiempo en cualquiera de sus rincones, para cumplir el objetivo que señalas. Tú sabes que he vivido fuera de mi país, no porque lo deseara, sino como consecuencia de un largo y doloroso exilio.

**J.C.H.** Yo sé que será así. Precisamente ayer recibí una carta tuya –después de tener armada la presente edición del **Diccionario**–, y con ella envías nuevos conceptos sobre el tema del **desarrollo social**.

**E.A.E.** Resulta muy oportuno lo que mencionas. Y eso me sucede a cada momento. Son siete páginas más que redacté para complementar esa expresión tan trajinada en la literatura de distintas disciplinas. Yo encuentro que se le da un uso vago, tanto por autores como por organismos internacionales, y ya es hora de inventariar criterios en busca de un acuerdo sobre su real alcance. Podría seguir hablándote de este afán mío de estar en la brega, en esta inquietud sin tregua que guía mis pasos desde el temprano amanecer hasta el crepúsculo. Soy consciente de las deficiencias de lo elaborado, aunque ante ellas esgrimo la obsesión de aplicar la ciencia social en beneficio de la humanidad.

**J.C.H.** Noto que quieres hablarme de intimidades. ¿Cómo te definirías?

**E.A.E.** Si me permites revelar algunos aspectos íntimos de mi personalidad valiéndome de figuras de la literatura universal, bien podría decirte que soy una mezcla del **Lobo Estepario**, de Hermann Hesse, y **El idiota**, de Dostoievski. Sin embargo, te aclaro que esta imagen de mi carácter sólo pueden entenderla los que están a mi lado y atisban mi soledad e ingenuidad casi adolescente.

**J.C.H.** Yo te encontré un poco complicado en los hábitos de vida...

**E.A.E.** Dirías mejor, metódico. Soy estricto hasta en el sueño. Mi jornada normal de trabajo nunca es menor de diez horas. Nunca estoy aburrido u ocioso. Llevo dieta vegetariana o, para decirlo a tu manera burlona, como hierbas al estilo de tío conejo, y mis curaciones las hago con ajo, cebolla, limón y ayunos cada mes y medio.

**J.C.H.** Cosa extraña y contradictoria con tus excesos en la producción intelectual...

**E.A.E.** Hasta cierto punto. Porque a la vez soy bastante atropellado y hasta actúo de manera atolondrada ante el deseo de hacer más cosas. Por eso se me tiene, y así es, como un generalista demasiado inquieto por demasiados problemas, que evita caer en la barbarie de la especialización. Sin embargo, me esfuerzo por no separar mi profesión de mi vida personal.

**J.C.H.** ¿Y cómo podrías definir tu preocupación profesional?

**E.A.E.** La resumiría en tres cuestiones: a) el deseo de que la ciencia social sea instrumento de la liberación del hombre; b) que los conocimientos científicos tengan una aplicación práctica y sirvan para la acción concreta y la solución de los problemas sociales, y c) que el mayor número posible de personas se apropie de ese saber y de esos instrumentos como medios para su propia autorrealización, a nivel individual y comunitario.

**J.C.H.** Hablemos algo de tu obra, y en particular de tu **Diccionario**...

**E.A.E.** La redacción del **Diccionario del Trabajo Social**, la inicié hace veinte años. Desde el primer momento sopesé la responsabilidad del proyecto: se trataba de una labor de aliento que exigía un esfuerzo paciente y sistemático a largo plazo. Lo presumí al comenzar y lo sé muy bien ahora: reunir información, leer libros, escribir, consultar, estar atento a los términos que usan los profesionales... todo eso resulta un poco monótono y agobiador.

**J.C.H.** ¿Y cómo valoras los objetivos de tu trabajo?

**E.A.E.** Decía Julio Cáceres que un diccionario es un libro que nos enseña a comprender lo escrito y entender lo escuchado. Y es ese el objetivo que me he propuesto en relación con los trabajadores sociales.

**J.C.H.** ¿Nada más los trabajadores sociales?

**E.A.E.** Tomo al profesional del Trabajo Social como referencia, pero entendidos en el sentido más amplio. Porque, como bien lo anotas, un diccionario de una de las materias de la ciencia social puede servir a un número variado de consultantes, ya que es receptor de los aportes conceptuales de diversas disciplinas. De ahí que estés en lo cierto cuando me reclamas cuidado en la definición de temas que podrían llamarse ajenos. Por lo demás, hay que tener en cuenta que la palabra no es sólo etimología sino algo vivo que cambia de sentido y de matiz según las épocas y los lugares. Mi propósito, pues, es que el **Diccionario** tenga un uso amplio entre profesionales, estudiantes, organizaciones de base, obreros y animadores socio-culturales.

**J.C.H.** Sobre el tema del Trabajo Social, recuerdo que la polémica sigue entre ustedes, para saber si se trata de una ciencia o de una técnica de trabajo.

**E.A.E.** Como lo explico en el **Diccionario**, la expresión **Trabajo Social** reemplaza ya en la América Latina a los antiguos conceptos de **Asistencia Social** y **Servicio Social**. Para algunos se trata de un modo de acción social que supera los enfoques anteriores con una óptica eminentemente latinoamericana, que jamás puede confundirse con el **Social Work** de los estadounidenses. Lo que quiere decir, que nuestro **Trabajo Social** pretende ser la respuesta latinoamericana a los problemas latinoamericanos que le corresponde estudiar. De ahí que se le atribuyan funciones concientizadoras y organizativas de la base popular. Función que es compartida, naturalmente, con otras profesiones y esferas de actuación.

**J.C.H.** A mí me parece de mucha trascendencia la claridad de las funciones de la ciencia social, tal como sucede en la literatura y el

# DEPENDENCIA Y DEUDA EXTERNA

*“Nada quieren admitir que no traiga el pase del oriente o del norte. ¡Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo! Piensen los americanos en su revolución y recojan los materiales de su pensamiento. El interés general está clamando por una reforma. ¿A dónde iremos a buscar modelos? América no debe imitar servilmente sino ser original”.*

SIMÓN RODRÍGUEZ, Maestro de Simón Bolívar

## **Introducción**

*“Primero sabemos de Rusia que de Caracas; los partes de Junín nos han llegado primero de Inglaterra que de Caracas; y algunas veces recibimos con la misma fecha papeles de Londres y de Bogotá”.*

SIMÓN BOLÍVAR

(Carta a Santander desde Lima, el 23 de marzo de 1825.)

## **La polémica sobre la dependencia**

En el dilentantismo de la alineación partidaria y la dependencia intelectual misma, en ciertas ocasiones se nos da por dudar de la presencia

de los hechos que más inciden en nuestra vida cotidiana. En nombre de ideologías revolucionarias, algunos investigadores latinoamericanos se traban en discusiones bizantinas sobre la teoría de la dependencia. Y hasta pretenden negar su vigencia, tal vez, como yo lo anotaba en el prólogo que publiqué en las *Obras escogidas* de Celso Furtado, para soslayar la inevitable conclusión que ella está, o puede estar, presente en los países socialistas no industrializados, en sus relaciones comerciales y políticas con las potencias socialistas. Por otra parte algunos sociólogos apenas sí la aceptan en las etapas modernas del capitalismo financiero y de las transnacionales.

La verdad es que la dependencia empieza a manifestarse desde los tiempos finales de la conquista, para tomar formas inequívocas en el definido mundo colonial. Otra cosa es, como lo anota Salvador Brand, que en la etapa imperialista del capitalismo la fenomenología estructural patentiza la dependencia, para entrelazarla simbióticamente al subdesarrollo. Porque no sólo se configura desde entonces un estado dependiente, sino que se denuncia y exponen estrategias para esquivar sus efectos.

“Quien presta manda e impone condiciones”, decía Martí. En el dominio colonial no había necesidad del préstamo para lograr objetivos, por cuanto se trataba de territorios invadidos y administrados en forma directa. Los créditos ingleses adecuan el libre cambio y la especialización internacional del trabajo en la continuidad –por conducto y con la ayuda de la dependencia ideológica– de países productores de manufacturas y de continentes productores de materias primas. Las tesis modernas de la financiación del desarrollo con recursos externos, y su realidad misma –a través de la deudas, la importación de capitales y el predominio de los monopolios foráneos– son caldo de cultivo para acomodar las facilidades. Es tanto el peso de la dependencia intelectual (no espontánea ni gratuita, sino cuidadosamente preparada por los agentes del sistema, como es el caso de los grupos de economistas cuya formación patrocinan las agencias de crédito en el exterior para luego servirse de su alianza), que pese a señalarse todos los días que el más alto porcentaje de los egresos en la balanza de pagos corresponde a pago de intereses y repatriación de utilidades, se sigue divulgando en la cátedra, en la tribuna pública o en los medios de comunicación, las trasnochadas teorías sobre los círculos viciosos, la carencia de ahorros y recursos internos, como causales del subdesarrollo.

Sin proponérselo, el economista cartagenero Antonio de Narváez y la Torre, explicaba, en 1805, los alcances de la dependencia de la región costeña, que se extendía desde la Guajira hasta Panamá. Mientras los precios de los productos provenientes de España subieron en esos tiempos en doscientos y trescientos por ciento, los de los naturales se redujeron a la mitad y menos. “Por ejemplo –dice en uno de sus informes– el vino se vendía menudeado en las pulperías en un real y hoy a cinco reales; el aguardiente de España se vendía de 18 a 20 pesos el barril y hoy a 50; el aceite corría a 18 reales la botijuela y hoy a 4 y 4 y 1/2 pesos; el papel de 18 y 20 reales ha subido hasta 8 pesos... el fierro y el acero... de 12 pesos a 36 el primero y 20 a 60 el segundo. Las hachas, azadas y palas de Vizcaya han subido más de 50%... y así lo demás. Por el contrario, el valor de nuestros frutos ha decaído con la misma rapidez y proporción... El algodón que es uno de los principales de esta provincia, que iba tomando un incremento visible (de cuyos trabajos de sembrarlo, cogerlo, despepitarlo, acarrearlo, aprensarlo... se empleaban y subsistían muchos hombres, mujeres y niños, y para los que algunos comerciantes habilitaban y anticipaban fondos a los labradores) se vendía a 22 y 24 el quintal, hoy están rogando con él los cosecheros a 10 pesos a los exportadores. El cacao que se vendía a 11 pesos el millar de 4 libras, hoy se da a 7 ...la azúcar se vendía a 4 y 4 y 1/2 pesos y hoy a 17 reales... la quina a 8 y 9 pesos arroba y hoy a 5 y 1/2 y así los demás frutos...”.

Nítida radiografía del deterioro en los términos del intercambio de la época, valedera también para toda la Nueva Granada y las demás colonias españolas. Como se sabe, la doctrina mercantilista europea fundamentaba la estrategia del crecimiento en el comercio internacional: los saldos favorables, fruto del fomento a las exportaciones y restricciones a las importaciones, engrosaban el fondo de capitales para el incremento. Pero a las colonias se les impuso una modalidad diferente, en provecho exclusivo de la metrópoli: libre importación de un mercado bilateral excluyente y discriminación de las exportaciones, al permitir, nada más, la de los metales y la de determinadas materias primas no competitivas con las del centro dominante. La dependencia en la colonia es absoluta. Cualquier medida más allá de los linderos de lo establecido necesita de la autorización previa de la Corona. La economía, la administración, la política, la cultura, etc., responden a moldes rígidos de vasallaje y beneficio para Europa.

Sin embargo, muchas son las insinuaciones que reposan en las relaciones de mando encaminadas a propender por una manufactura propia, por la libertad de comercio o por la sustitución de importaciones. En los siglos XVI y XVII el oro y la plata cubrían en casi su totalidad el valor de las importaciones. En los primeros años del siglo XVIII ya los otros productos representaban la tercera parte. En los tres años que van de 1802 a 1804, inclusive, los 96 buques que entran al puerto de Cartagena se llevan \$4.752.239 en oro y plata, y \$2.353.552 en productos tropicales. Más o menos esa misma relación se da en el puerto de Veracruz, donde se exporta, en el mismo período, oro y plata por valor de \$47.338.753, y en otros géneros \$16.577.909. Para entonces, entre nosotros, se había fundado ya en Mompós la primera Sociedad Económica de Amigos del País de América Latina, con sugerentes pretensiones de fomento agrícola, manufacturero y tecnológico. Eran los tiempos de descomposición del andamiaje colonial y de preludio de insurgencia independentista. Recuérdese que aquellos visionarios momposinos programaron premios en favor de los inventores de máquinas para procesar el algodón. Y para entonces, también, el cartagenero-payanés José Ignacio de Pombo, opina al estilo de Smith, que “la riqueza de un país depende sólo de su trabajo productivo”. De Pombo eleva críticas al sistema tributario colonial, como injustos y bárbaros. Sigue así la línea de conducta de los Comuneros de Galán al rechazar las alcabalas y los gravosos impuestos indirectos.

## **La dependencia en la república**

En la república, el predominio de la ideología comercial europea es liberal. Responde a la etapa industrial del capitalismo.

Precisamente, la simpatía de los ingleses con la insurrección tiene como trasfondo el libre acceso a los mercados. Porque en los últimos años de la etapa colonial su presencia en estas tierras se hacía, apenas, a través de los mercaderes de Cádiz –modalidad muy peculiar del espíritu mercantilista, que comercia con lo propio y lo foráneo– o del contrabando. Las doctrinas del librecambio y de la especialización internacional en producciones adecuadas, se esparcían como verdades irrefutables, apenas con los recelos de analistas objetivos al estilo de Hamilton, en los Estados Unidos, y de List, en Alemania.

En Colombia, los comerciantes cuentan con voceros influyentes en los nuevos partidos y en la administración pública. Tal vez el más apasionado de ellos es Florentino González, educado en Inglaterra, y vocero intransigente de los nuevos credos. Para él no había alternativa: Europa, por *inteligente y educada en las manufacturas* le correspondía la misión industrial en el mundo. La nuestra, por gracia de la Providencia, era la de ofrecer materias primas. “Proteger los artefactos que la Europa y la América del Norte pueden enviar a precios baratísimos, remataba, sería un contrasentido imperdonable... en favor de ciertos industriales que en nada contribuyen al fomento de la riqueza nacional”.

Con estos planteamientos, y sus ejecuciones, se frustran las posibilidades: la industria y la artesanía se arruinan, y la contingencia de una intervención estatal racional se aplaza.

Corresponde unos años más tarde a otro cartagenero, Rafael Núñez, volver por los fueros de la objetividad conveniente: en su discurso para tomar posesión de la primera presidencia, justiprecia el proteccionismo y la intervención estatal; funda más tarde un banco emisor, y le hace saber a los comerciantes que el momento es para el “trabajo industrial, creación de valores y distribución equitativa del ingreso entre la masa de los ciudadanos”.

## **El papel de las exportaciones**

Curiosamente en todo el siglo pasado, no obstante la casi exclusiva exportación de materias primas, se puede observar el fenómeno de que un sólo producto no llega a lograr los marcados porcentajes que más tarde, en el presente siglo, ocuparía el café. Hasta se da el caso que en el período que va de 1867 a 1884, tres productos agrícolas coparon más de la mitad del valor de las exportaciones: el tabaco, con 29%; la quina, con 10% y el café con 18%. “La historia del comercio exterior colombiano, dice Armando Samper, ha sido la de la expansión y crisis de cuatro artículos tropicales de carácter agrícola y forestal. Con el café han sido cinco los artículos que han ocupado el primer lugar como renglones de exportación en catorce quinquenios: algodón, 1834-1839; cueros, 1840-1844; tabaco, 1854-1874; café, 1905 hasta la fecha”. A estos productos se sumó el oro, especialmente de 1839-1844, cuando copó el 60% del

valor de la balanza comercial. El café configura un grado mayor de dependencia desde 1905, al lograr, hasta la mitad del siglo, más o menos un ochenta por ciento. A lo anterior, en la estructura de la dependencia, se agregaría un cambio de mercado de influencia: los Estados Unidos rempazan a Inglaterra y Europa, y para 1930 ya consumía el 70% del café, para llegar hasta la increíble cifra de 99% en el período de la guerra.

En el campo de la teoría, los analistas otorgan un papel sintomático, tanto a la monoexportación como a las relaciones con un país poderoso en particular, para sopesar la dependencia y vulnerabilidad de una economía. Así, en la estrategia anticíclica el ideal es mantener el peso de la balanza con varios productos y servicios que, además de aportar más divisas, puedan sortear los efectos de las crisis y las contingencias de un solo producto. Los países latinoamericanos son débiles en cuanto su comercio exterior depende de un producto: el café, de Colombia o Brasil; el petróleo, de Venezuela; el azúcar, de Cuba; el cobre, de Chile, etc. Esta situación anormal se complementa de manera negativa cuando el intercambio se lleva a cabo en su mayor parte con una gran potencia. Desde 1963, en mis *Apuntes de economía política*, decía: si una nación poderosa mantiene transacciones importantes con un país subdesarrollado, el análisis de las cifras nos demuestra que el porcentaje en la primera, en el volumen total de su comercio, resulta mínimo, mientras que para la segunda se eleva al máximo. Tal situación permite, irremediamente, el dominio de la gran potencia y la dependencia económica de la otra. “En el mundo real de muchos estados soberanos, comenta el norteamericano Hirschman, será, por tanto, un principio elemental de su política económica desviar su comercio de los grandes a los pequeños estados”.

A las reglas anteriores se agrega el trueque como elemento defensivo y de viabilidad por encima de los obstáculos del mercado de divisas. En las zonas de influencia de sistemas cambiarios internacionales, las monedas que sirven de patrón son símbolo y herramienta de dominio y obstáculo. Por ejemplo, muchas veces dos países limítrofes no pueden llevar a cabo intercambio de mercancías por carecer de la divisa dominante, aunque ambos cuenten con las mercancías sobrantes y las necesidades de cambio.

La integración, de igual manera, en regiones con países similares, involucra la táctica de acuerdos comunes en la oferta ante el mundo exte-

rior, para sacar ventajas de la especialización por recursos naturales y del respaldo de varios productos.

En los últimos años en Colombia y en otros países de América Latina se han hecho intentos que tienen que ver con lo descrito, pero en algunos casos las medidas se vician o se adelantan sin continuidad consciente. Podría conceptuarse que la política del comercio exterior se practica bajo el peso de lo circunstancial. En los períodos de relativa abundancia de divisas –caso de la postguerra, pactos petroleros, bonanza cafetera, etc.– las puertas del comercio se abren, se derrochan los saldos acumulados, se coquetea al librecombio; en la escasez, se vuelve a las medidas restrictivas, al abuso de crédito externo, o como en el caso presente, a puertas abiertas al capital extranjero.

## **La dependencia en el siglo XX**

El siglo XX es rico en contradicciones. A la larga perdura la ausencia de una conducta definida. Los hechos coyunturales, o más bien circunstanciales, predominan. No hay continuidad en la estrategia defensiva.

En los años de la guerra mundial se inicia un afán de industrialización forzada por la ausencia de importaciones. En la teoría se acogen las tesis de la sustitución de importaciones, y se practican reformas arancelarias protectoras. Pero se trata de un proteccionismo unilateral, mecánico e incondicionado. Así lo llamó Antonio García en sus *Bases de economía política*. Y todo esto sin reformas estructurales previas que pudiesen conducir a situaciones autónomas en el desarrollo. A la larga, el crecimiento del sector manufacturero primario devino en una nueva dependencia de géneros intermedios, y hasta de materias primas. El carácter parcial del intervencionismo descuidó los sectores agrícolas y mineros, la búsqueda de tecnología propia y la utilización de los recursos. Como consecuencia, las empresas manufactureras que crecieron al amparo de privilegios –que les permitía vender mercancías de inferior calidad a precios altos, pagar bajos salarios y gozar de elevadas cuotas de acumulación– fueron dominadas por los intereses foráneos.

## **La dependencia y la importación de capitales**

En la etapa financiera o monopolista del capitalismo, la característica predominante, como tanto se ha estudiado, es la exportación de capitales. Ella se cumple en el país y en América Latina a través de las empresas productoras de petróleo, cobre, bananos, estaño, etc. En las últimas décadas, las transnacionales dominan todas las actividades, y pasan a operar desde los territorios doblegados. Ya lo prioritario no es la exportación de manufacturas primarias, ni de capitales para la explotación de recursos mineros o agrícolas. Ahora se aprovechan todos los hilos de la dependencia para las maniobras: mano de obra barata, equipo instalado, venta de tecnología, ahorro interno, mercado nacional o regional. En los predios de la ideología se difunden acomodaticias interpretaciones sobre las razones del subdesarrollo y la dependencia, para liberar al sistema y al imperialismo de responsabilidades. El crecimiento de la población, la supuesta falta de ahorro, o las subjetivas modalidades étnicas, religiosas o geográficas, cargan con la culpa. Como corolario, el endeudamiento externo, la importación de capitales, la entrega de los recursos, etc., configuran el momento histórico.

## **La dependencia y la integración**

Lo que podríamos llamar estrategia defensiva postrera tiene que ver con la integración. Son los tiempos del mercado común europeo, y entre nosotros se pacta la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. Pero sus moldes carecen de reservas apropiadas: con base en las teorías de los costos comparativos de Ricardo, el objetivo es el ensanchamiento de mercados, pero sin reformas estructurales, ni garantías que asegurasen el propio provecho de los resultados. El intento, pues, fue de exclusivo beneficio para las transnacionales, con zonas más extensas y protegidas, y sin limitantes en sus operaciones. Las estadísticas se encargaron de revelar el fenómeno: más o menos el 90% de las empresas organizadas en la nueva modalidad integracionista fueron extranjeras.

## **El estatuto de capitales**

El estatuto de capitales del Pacto Andino es, sin lugar a dudas, el intento doctrinario defensivo más audaz de la historia latinoamericana,

después del frustrado Congreso Anfictiónico de Bolívar. El estatuto de capitales, lejos de toda pretensión socializante, como bien lo observa Isidro Parra Peña, propende por el carácter nacional de la empresa, el condicionamiento del capital extranjero y la búsqueda de una tecnología apropiada. El solo intento de cuestionar la inversión extranjera directa en los campos ya incursionados por la iniciativa criolla, la limitación de las reinversiones de sus utilidades, el control a sus bancos y a los créditos otorgados a sus firmas, con particularidad a los de largo plazo, y las ventajas concedidas a las empresas nacionales, avalaba el pronunciamiento.

Y como prueba inequívoca de la morbosidad dependiente interna y la prepotencia imperialista, debe recordarse, por un lado, la poca simpatía a la doctrina del estatuto por parte de los mismos gremios de los industriales y banqueros de Colombia y Venezuela, y por el otro, la participación directa de las transnacionales y el gobierno de los Estados Unidos en Chile, para poner fin a un régimen democrático e integracionista, y facilitar una dictadura militar, que, apenas instaurada, se apartó del pacto y recogió los lineamientos de la Escuela de Chicago. En nuestros días, los gobiernos del área del Pacto Andino patrocinan la estocada final al estatuto de capitales.

## **Dependencia y Desarrollo**

Otro aspecto indefinido de las estrategias es el atinente a la dicotomía del desarrollo hacia adentro o hacia afuera. Aunque en las conductas comerciales e integradoras se involucran estos criterios, la verdad es que lo coyuntural ha primado sobre la decisión a largo plazo. En los actuales momentos, por ejemplo, vuelve a prevalecer el ideario exportador en sí, para cubrir el déficit estructural de la balanza. La política económica evidencia esa triste realidad; se pretende abrir aún más las puertas al capital extranjero, incluso dejando a un lado la *decisión 24*, bajo la aparente ilusión del ingreso de divisas para cubrir los desniveles generados en la deuda, otros servicios y la importación de mercancías y materias primas de posible producción nacional. Los propósitos son de ampliar mercados en los países poderosos. Se descarta el comercio de trueque y la integración defensiva, hasta el punto de que se siguen sosteniendo saldos favorables con los países socialistas y capitalistas con los cuales se mantienen tratados de compensación. En otras palabras: por un lado se mendigan nuevos créditos, y por el otro se dejan de utilizar reservas disponibles que

no exigen divisas en las transacciones. No se intenta corregir el déficit amortiguando los efectos de su causa, como es el caso de los intereses por deudas, repatriación de utilidades, importación de alimentos y materias primas, sino que se acude a panaceas momentáneas, sin sopesar la acumulación negativa para el mañana.

En lo que atañe a las importaciones, la crisis actual de América Latina y Colombia, obliga a la intervención restrictiva. Pero no se trata de un proteccionismo económico o nacionalista en definida defensa de los recursos, del trabajo o de la industrialización. Porque en la distribución de los mercados y de los centros productivos, las transnacionales gozan de una protección natural que les otorga el nivel de los salarios y la localización estratégica que ahorra transportes. Si se descartan consideraciones en favor de una industria nacional, como podría suceder con normas como las del estatuto de capitales o la socialización, la protección arancelaria se adelanta, en buena parte, para las empresas extranjeras que a la larga repatrian beneficios y se valen de todo el andamiaje que alimenta un proceso acumulativo de dependencia.

## **Dependencia y deuda externa**

La denuncia de los créditos externos como causa de la dependencia financiera y el subdesarrollo ha sido motivo de estudio por parte de los hombres de Estado y los economistas desde hace mucho tiempo. El Libertador Simón Bolívar, en plena guerra de independencia, vaticinaba sus peligros. Desde el Perú le escribió a Santander para decirle que le temía más a los empréstitos que a los españoles. Sus palabras lapidarias son: “Es asombroso lo que usted me informa de los pagamentos que se han hecho en Colombia, y de los que todavía debemos. No sé cómo pagaremos los réditos anuales. Aborrezco más las deudas que a los españoles...”. Más aún, varias naciones, entre ellas Colombia, han sufrido la presencia amenazante de las flotas extranjeras, que llegaron a exigir por la fuerza la cancelación de compromisos. Es, pues, un problema viejo que toma ahora nuevas proporciones.

## **La deuda actual de América Latina**

El tema del día en el campo económico es el problema de la deuda externa de América Latina, que a finales de 1986 alcanzó la cifra de

trescientos ochenta y dos mil millones de dólares. Sobre su cancelación se ha discutido hasta la saciedad, y algunos países han adoptado posiciones que son clara expresión de la crisis y augurios de actuaciones futuras. Por ejemplo, el Perú mantiene la línea de conducta de dedicar sólo un diez por ciento del valor de sus exportaciones para atender el pago de la deuda, y el Brasil acaba de congelar el pago de intereses.

La verdad es que la no cancelación de la deuda externa tiene que ver con lo económico y lo moral. En lo primero, porque cualquiera opción de las consideraciones hasta ahora doblegaría las posibilidades presentes y futuras de desarrollo de los países latinoamericanos. Los cálculos matemáticos señalan que el pago de intereses, capital e intereses acumulados copa, en la mayor parte de los países, el valor total de sus exportaciones. En lo segundo, por cuanto los pueblos de las naciones prestatarias no se han beneficiado en nada de dichas operaciones financieras. En las dictaduras militares, parte de esos créditos fueron para adquirir armas de represión popular; y en las democracias, al estilo de Colombia, Venezuela o México, para importaciones suntuarias y de productos que ya se fabrican en sus territorios, y pago de intereses.

Por lo demás, el sesenta por ciento de los totales de los dineros de la deuda salieron de los países de manera fraudulenta. O, para ser más exacto, nunca ingresaron, pues permanecen en bancos extranjeros. Y si a eso se agrega el monto de los depósitos anteriores que figuran en el prontuario de la fuga de capitales, bastaría que los bancos de los países acreedores levantaran la reserva bancaria, y sus gobiernos permitieran la recuperación de esos fondos, para hacer frente al problema. Esta tesis la volvió a mencionar Raúl Prebisch, quien conocía de sobra los guarismos que le suministraba la Cepal.

## **La deuda y el comercio**

Pero el asunto no se reduce a la cancelación de una deuda, aunque todo el mundo sabe que jamás podrá pagarse como lo pretenden los prestamistas. La inquietud e insurgencia de los pueblos de América Latina tiene que ver con la estrategia del devenir. Y en este campo el comercio internacional y el sistema monetario están al orden del día. Ni el uno

ni el otro pueden seguir operando bajo la dinámica injusta del presente, que sólo favorece a las grandes potencias y a los países desarrollados.

El intercambio desigual aparece como la fuente principal de la expoliación moderna. Mientras las mercancías no se intercambien en razón de su valor-trabajo, las llamadas fuerzas del mercado servirán de agente de la pobreza de los pueblos productores de materias primas y mercancías primarias.

## **La reunión de La Habana**

En el seno de la reunión de La Habana de 1985, que trató sobre la deuda externa de América Latina y el Caribe, fue motivo de gratos comentarios el significado del diálogo abierto y pluralista en las futuras relaciones de Cuba con los otros países de la región. Unos hablaron del acercamiento de América Latina a Cuba, y otros de Cuba a América Latina. Pero algo quedó en claro: la necesidad de la integración y la búsqueda de soluciones por nuestra propia cuenta. En el campo ideológico, por ejemplo, ninguno de los casi doscientos oradores, hizo mención de teóricos o políticos europeos asiáticos o estadounidenses, sino de Bolívar, San Martín, Artigas, Juárez, Martí, Sandino, Cárdenas, Torrijos.

Para el enjuiciamiento de la deuda externa y la adopción de estrategias en favor de un desarrollo autónomo, los economistas latinoamericanos han cumplido en buena parte con el compromiso que les corresponde.

## **Economía y política**

A veces se confunde a la ciencia económica con una técnica. Más o menos ese fue el criterio que prevaleció en la reunión de La Habana. Por eso muchos de los oradores insistieron en considerar el problema actual como exclusivamente político. Y, en verdad, se trata de un hecho económico con implicaciones políticas, que necesita del aporte en su tratamiento de las dos disciplinas. La política, como tal, es indispensable en la conducta y entendimiento de los gobiernos para hacer frente a la situación. La política es agente decisorio. Es el compromiso. Pero antes

de la política la teoría económica, o mejor dicho, la teoría de la política económica, debe señalar el camino, enunciar los supuestos y conductas necesarios para lograr objetivos. Si se carece de una adecuada política económica o de una estrategia defensiva para el desarrollo económico y social, la acción política no cumple a cabalidad su función en el campo económico.

Para el caso de los créditos internacionales, con absoluta claridad los economistas han sostenido siempre el punto de vista de que tal como se llevan a cabo son causales de subdesarrollo y dependencia. El modelo de desarrollo hacia afuera que han impuesto las agencias internacionales de crédito condiciona la necesidad de la financiación externa del crecimiento, para beneficio exclusivo de los prestamistas y de los capitales foráneos.

Por eso el problema no es sólo del pago o no pago de la deuda actual. Se sabe que la cancelación de la deuda, que está acercándose a los cuatrocientos mil millones de dólares, significaría el más grande sacrificio en la historia de estos pueblos, con más miseria, explotación, hambre y muerte. Pero si no se paga, las cosas siguen igual, vale decir, con subdesarrollo, desigualdad social, dependencia, en fin, necesidades sumas. De ahí que a la decisión del no pago de la deuda deba acompañarse la de la adopción inmediata de una estrategia defensiva en las relaciones comerciales y financieras con los poderosos.

En este sentido, como ya observé, el comercio internacional desempeña papel prioritario al lado de los créditos y la importación de capital en el fenómeno de la descapitalización interna de las economías sometidas. Desigualdad de intercambio, intereses y beneficios expatriados. A través de estos tres agentes, los países del Tercer Mundo pierden su riqueza. Hay otras fuentes de desangre, como es el caso de la fuga de capitales, pero su control tiene que ver sobre todo con las medidas policivas.

## **La neutralidad del mercado**

La aparente neutralidad de las fuerzas del mercado (oferta y demanda) es un instrumento positivo en manos de los dominantes. Con su poder

monopolista, las empresas transnacionales imponen precios de venta de sus manufacturas y precios de compra de las materias primas. El deterioro en la relación de estos precios crea una situación de desbarajuste crónico que induce al crédito para cubrir los déficit de las balanzas comerciales. Y en el caso de la balanza de pago, las llamadas partidas de servicio por concepto de intereses y regalías, agravan en tal forma el problema que lo convierten en círculo vicioso: no hay desarrollo porque los recursos se ocupan en pago de intereses y ganancias, y hay que prestar y facilitar la presencia de capitales extranjeros, para solventar los saldos negativos.

### **¿Qué hacer?**

Estos temas propios de la literatura económica tercermundista forman parte del legado analítico de los economistas latinoamericanos. Y fueron expuestos con cifras y detalles en la reunión de La Habana. Lo que quiere decir que existe la denuncia del problema, pero apenas se inicia el debate para la conducta futura. En este sentido se hace necesario la aprobación de un gran acuerdo, al igual que en los tratados o pactos de integración, que señale los fundamentos ideológicos de los intercambios y las deudas. Así, para el caso de América Latina entre sí, el comercio debe adelantarse a través de una modalidad de intercambio distinta a la del mercado tradicional. No importa que se trate de trueque, compensación, protocolizaciones de intercambios, como los que acostumbran las economías socialistas. El valor-trabajo de producción sería lo aconsejable, aunque no existe experiencia conocida. En cuanto a los compromisos de deudas, el estatuto involucraría normas de control que impidieran que los gobiernos contrajeran compromisos que no estuviesen respaldados por planes industriales, y bajo el rigor de doctrinas apropiadas, sea el caso de los intereses, que jamás deben pagarse mientras haya posibilidad de intercambiar mercancías.

### **Estrategia defensiva**

Poco hay que decir ya, porque en la reunión de La Habana se dijo con argumentos irrefutables, lo correcto y acertado que sería para los países de América Latina el negarse a pagar su deuda externa. Lo que más importa ahora es enunciar los fundamentos teóricos de una estrategia

defensiva encaminada a un nuevo orden económico internacional. En este sentido la inquietud debe contemplar tres grandes campos de comportamiento: el que tendría que ver con el mundo del capitalismo dominante (transnacionales, gobiernos y organismos de créditos al estilo del Fondo Monetario Internacional); el relacionado con los países socialistas, y el de los países latinoamericanos entre sí.

Se parte del supuesto de que los países latinoamericanos, tal como sucede en el Estatuto de Capitales del Pacto Andino, sea el caso, se comprometieran a acatar unas normas mínimas para sus intercambios de mercancías, compromisos crediticios, e importación de capitales y tecnología. Estas pautas podrían enumerarse así:

**1.** Reglamento uniforme para un común tratamiento a los capitales extranjeros y a la tecnología. En este caso el texto original del Estatuto de Capitales es fuente riquísima de doctrina propia para economías capitalistas o socialistas dependientes, y por eso fue acatado en sus inicios tanto por Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, como por el Chile socialista del presidente Allende. Ya se sabe de sobra que las altas utilidades que sacan los capitales extranjeros instalados en estos países sin ningún control ni conveniencia, son unas de las causas de los déficit en las balanzas de pago, que obligan a pactar créditos.

**2.** Creación de organismos de defensa de los precios de las mercancías exportadas que impidan el manipuleo del mercado y de los precios por parte de los gobiernos y empresas monopolistas de las potencias dominantes. Es necesario rechazar las engañosas teorías de la regulación automática del mercado por el *libre* juego de ofertas y demandas. Tales hipótesis que se enseñan en las universidades extranjeras son, como se sabe, herramientas de vasallaje que utilizan los dominadores para imponer sus modelos y sus conveniencias.

**3.** Para el caso de los intercambios regionales hay necesidad de crear organismos que se dediquen a calcular precios de las mercancías en razón de su valor o costo-trabajo, dejando a un lado los indicativos de los precios del mercado de las economías capitalistas dominantes. Hasta ahora en teoría no se conoce ninguna otra posibilidad de medida que asegure un intercambio equitativo. Las mercancías se cambian unas por otras

porque tienen un valor intrínseco, que es el trabajo que se necesit6 para producirlas. Los padres de la economía política, con Smith, Ricardo y Marx a la cabeza, lo explicaron así con sobrada lucidez, y las posteriores posturas de los hedonistas y marginalistas carecieron de seriedad científica, y no pasaron de especulaciones en favor del establecimiento. La única manera, pues, de superar el deterioro de los precios en la relación de intercambio es a través del divorcio de las reglas del mercado tradicional, y de la adopción de este nuevo sistema.

4. Todo nuevo crédito internacional que adquieran o permitan los gobiernos de los países latinoamericanos debe hacerse a largo plazo y para fines productivos; esto es, para adquirir equipos, especialmente para la producción de maquinarias. Los pagos de dichos créditos han de atenderse con mercancías y respaldarse con contratos comerciales que estipulen precios de los bienes exportables, los cuales se reajustarán en proporción a los cambios de las mercancías importadas de los países prestamistas, o de las naciones donde tienen sede los organismos de crédito. Los países prestamistas, o países sedes de los bancos prestamistas, se obligan a adquirir, sea el caso del carbón de la Guajira, en Colombia, parte de la producción de las fábricas o minas donde se ha hecho inversión con los recursos de los préstamos. Ningún país debe hacer uso de créditos para cubrir déficit de balanzas de pago, o para importar mercancías de consumo, programas de vivienda o servicios públicos que no exijan equipos no producidos internamente, o no puedan atenderse con los ingresos corrientes de la balanza comercial.

5. Ningún país capitalista o socialista de América Latina debe contratar *deudas*, ni mucho menos pagos de intereses con países socialistas de otros continentes. El interés, en la teoría socialista, es parte de la plusvalía, vale decir, apropiación de trabajo ajeno. Cuando un país socialista cobra interés a otro país, simplemente se está apropiando de parte de su trabajo. Y esto es mucho más injustificable si se trata, como en realidad así sucede en la modalidad del comercio socialista, de convenios de intercambios de mercancías. El argumento de tasas menores de intereses en comparación con la del mercado capitalista es pueril y no invalida el fenómeno. Con las economías socialistas, para corresponder a su doctrina económica y moral, sólo podrán firmarse convenios de intercambio de mercancía a corto y largo plazo, más allá de la modalidad capitalista de la deuda con su agente expoliador: el interés.

6. En el campo del derecho internacional hay que propender por normas internacionales que impidan la fuga fraudulenta de capitales. Reformas en las legislaciones bancarias internacionales, que permitan la abolición de las reservas bancarias, limitarían las actividades delictuosas de los que extraen parte de la riqueza nacional, de sus capitales, para esconderlo en los bancos extranjeros.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, marzo de 1987



# LA MINERIA DEL HAMBRE, DE ESCALANTE

En sus libros de análisis de las causas del subdesarrollo, los economistas latinoamericanos coinciden en señalar la presencia del capital extranjero como un fenómeno de devastación, de sometimiento y de efectos negativos múltiples. Incluso los mismos autores oriundos de los países imperialistas suelen reconocer dichos efectos: S. V. Ciriacy Wantrup, en su libro *CONSERVACION DE LOS RECURSOS*, considera que es muy difícil que en las zonas de los territorios dominados por las empresas extranjeras puedan recuperarse los recursos.

Esta verdad que se puede apreciar en todos los países latinoamericanos explotados desde la época de la Colonia, también en Colombia mantiene su doloroso muestrario. Bastaría, por ejemplo, mencionar las “bananeras”, historia salpicada de sangre proletaria y enlutada con el dolor de esposas y madres que escucharon en días de terror los disparos de fusiles oficiales empuñados por soldados colombianos que defendían los intereses del explotador extranjero. Pero, además de la masacre humana, la United Fruit dejó ahí años más tarde unas tierras cansadas, ligadas a la miseria de la gente de la zona.

Sin embargo, en la región de Colombia donde con más elocuencia puede palparse el fruto de la operancia de las compañías forasteras es en la zona minera del Chocó. Allí habita todo un pueblo extendido en miles de kilómetros cuadrados sometido a la más inclemente explotación, humillado y abandonado.

Los habitantes del Chocó fueron traídos desde el África por los colonizadores españoles para que explotaran las minas de oro. En esa época, sólo la fortaleza del negro podía soportar la inclemencia y la humedad de uno de los territorios más lluviosos del mundo. Y desde entonces su situación ha cambiado muy poco. En nuestros días, explotados sus subsuelos por una empresa norteamericana, los chocoanos mantienen los porcentajes de analfabetismo y subalimentación más altos de Colombia.

La llamada Chocó-Pacífico explota libre y arbitrariamente la riqueza chocoana para su exclusivo provecho. En Andagoya, una ciudadela con las comodidades de la civilización en la mitad de la selva, donde viven los funcionarios de la empresa imperialista, se empaca el platino y el oro que sale al exterior dejando sólo desolación y aridez; las dragas monstruosas que excavan las orillas de los ríos y los valles truecan la fecundidad de los aluviones en pedregales. Y, más aún, a cada momento, hasta las mismas aldeas son devoradas por las máquinas y sus habitantes tienen que emigrar a sitios más inhóspitos.

Los economistas han calculado la riqueza extraída por la Chocó-Pacífico. Y se ha llegado a pensar que si las utilidades por ella obtenidas se hubiesen reinvertido allí mismo para provecho del pueblo que la ha trabajado, hoy esa región sería la más desarrollada del país. Muchos de miles de millones de dólares han tomado el camino irreversible de la metrópoli para dejar sólo el más desolador espectáculo de rapiña. La historia cuenta que en años pasados la empresa minera regaló a Nueva York, su ciudad sede, un parque que le costó varios millones de dólares, para esquivar de esta manera los impuestos sobre excesos de utilidades. Y, mientras tanto, en Istmina y Condoto los chocoanos que intentan con la impotencia de sus manos mazamorrear las migajas que dejan las dragas para subsistir, agonizan en una existencia infrahumana.

Toda esta realidad casi increíble que yo conocí y viví cuando en 1960 recorrí el Chocó con un grupo de expertos de la Planeación Nacional –y que, por cierto, me costó la salida de ese Organismo por haberme atrevido a solicitar la nacionalización de la Chocó-Pacífico– es la que estudia, con su seriedad científica acostumbrada de sociólogo, antropólogo y eminente investigador, el profesor Aquiles Escalante.

En su estudio sobre Condoto el doctor Escalante hace gala de su condición de narrador, de científico y de geógrafo. El agrega a la frialdad de la información económica y social la amenidad del relato etnográfico y folclórico. Pero, además de todo eso, en cada una de las páginas de su libro, se descubre el sentimiento de su autor, que comparte la tragedia de sus compatriotas.

Escalante ha dedicado su vida silenciosamente a la investigación científica y a la divulgación creadora. Ha sabido comprender la más elevada misión del profesor.

El no ha seguido la costumbre cómoda de limitarse a explicar lecciones de textos extraños en la cátedra sino que, con responsabilidad envidiable, la mejor parte de su actividad intelectual la ha dedicado a estudiar los problemas de las diferentes regiones de Colombia y, particularmente, la situación en que viven sus habitantes marginados.

Los libros que ha escrito el profesor Escalante sobre los negros colombianos son en nuestros días medios de consulta obligatoria en las universidades de otros países. Y su consagración a la investigación social es tanto más auténtica cuanto la adelanta en un medio casi indiferente a esta clase de inquietudes. Por lo general en los países subdesarrollados, por razones de los altos porcentajes de analfabetismo y por la dependencia cultural e ideológica, la literatura científica, particularmente la que se refiere a los fenómenos propios de la nacionalidad, se difunde en mercados reducidos. La demanda de libros entre nosotros, distinta de los textos extranjerizantes que se utilizan en las universidades, casi está representada, como conviene a los intereses de las estructuras prevalecientes, por literatura de imaginación -novelas, novelones, tiras cómicas, etc.- ampliamente comentada por la prensa escrita y difundida por la radio.

Pero el profesor Escalante, consciente de su responsabilidad de intelectual y de cientista social, mantiene un índice de laboriosidad digno de su condición de hombre comprometido con el destino de su país. Para él, como para todos los que se inquietan por la problemática de nuestra sociedad, lo que importa en su compromiso adquirido con un momento histórico que reclama toda clase de esfuerzos y aportaciones a los que han escogido el camino del servicio a la comunidad.



# **LAS MEMORIAS DEL MESTIZAJE, DE OTTO MORALES BENITEZ**

Más que a Otto Morales Benítez conocí, por primera vez, su sonora carcajada. Yo hacía, como siempre lo he hecho, de rebelde. Y él, como es su costumbre, de pacifista y unificador del partido liberal. Fue en el año de 1958, después de la dictadura militar. Para entonces, un grupo de jóvenes recién salidos de las aulas universitarias, pretendíamos, en el Atlántico, mantener vivo el recuerdo de Gaitán, agitando banderas contra las oligarquías políticas de nuestro departamento.

Las circunstancias eran propicias para la insurgencia de los nuevos. Los antiguos jefes apenas se asomaban a la escena, después de permanecer buen tiempo en receso. Pero el doctor Alberto Lleras Camargo no quería divisiones, y por eso envió a Barranquilla a su hombre de confianza, con el encargo de promover una sola lista de candidatos al Congreso.

Y recuerdo todavía las carcajadas de Otto Morales Benítez, pues era lo único que podíamos escuchar los que, desde cierta distancia, permanecíamos en los jardines del Hotel del Prado, pendientes de su diálogo con los voceros de los dos bandos en discordia.

La misión de entendimiento se cumplió satisfactoriamente, mientras yo perdía mi precandidatura a la Cámara de Representantes, pues

no quise aceptar que se incluyera mi nombre en la lista unificada. Lo que quiere decir: salí mal librado de aquella experiencia.

Después seguí de cerca a Otto Morales Benítez a través de sus libros. De manera regular los leía para obtener el doble provecho que ofrece la pulcritud de su prosa y el contenido de sus juicios. Interesante conjunción, por cierto, este maridaje de la redacción poetizada con el rigor del análisis, que aflora siempre en sus ensayos.

Hace poco escribí un artículo en El Heraldó sobre los dos volúmenes que recogen la "Obra Escogida" de Otto Morales Benítez, y no pude menos que abrir las puertas al sentimiento estimulado para dejar constancia del favor que se recibe cuando se lee por primera vez, o se vuelve a leer, una obra hecha con el rigor del humanismo y la entrega. Porque es la suya una creación intelectual abierta, libre del sectarismo o el prejuicio que excluye y limita, y dispuesta siempre a valorar el aporte ajeno, y a descubrir el color del paisaje y la savia de nuestra tierra.

Ahora tengo en mis manos unos originales sobre el mestizaje de América Latina, que editará Plaza & Janés, bajo el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar. Se trata de una compilación de notas inéditas y ensayos ya publicados, puestos en orden con el propósito de resaltar el valor de lo mestizo, como una realidad histórica que irrumpe en América Latina para moldear el destino de nuestros pueblos.

**Memorias del Mestizaje** es un canto a la latinoamericanidad. Nuestra historia, recuerda el autor, ha sido también madre fecunda en el avance de la ciencia y el arte. Es este un hecho que debe divulgarse con la voz en alto, para aplastar complejos y poner fin a los criterios minimizantes de los dominadores extranjeros. Y en las páginas de este libro abundan los testimonios y conceptos en forma de alegato, que son mezcla feliz de erudición irrefutable y denuncia afirmativa.

El estudio del mestizaje es, también, en Otto Morales Benítez, un poema de optimismo al devenir. Por cierto que nuestros mejores hombres lo fueron en tanto supieron comprender la importancia de la cultura triétnica, fruto exclusivo de la tierra latinoamericana. Bolívar, por

ejemplo, entendió y pudo valorar el destino del hombre mestizo. En la Carta de Jamaica hace saber que ya no somos indios, pero tampoco europeos, sino un mundo aparte, lleno de posibilidades y esperanzas.

El mestizaje es bandera de lucha, para identificar y esclarecer en el compromiso. Sin embargo, es bueno que se tengan en cuenta fenómenos propios de otros grupos raciales que exigen tolerancia y albedrío para su patrimonio cultural, y que, en ocasiones, sienten el atropello de “blancos” y mestizos dominadores. En este sentido, por razón de un mestizaje pre-valeciente –categoría que pesa como realidad identificadora e instrumento defensivo– no puede descuidarse el respeto a la libertad y al derecho que tiene cada región y cada grupo humano en la preservación de sus valores étnicos.

Y es bueno que esto se mencione, pues en la América Latina poco cuidado se le tiene a un problema que en nuestros días conmueve al mundo. En un ensayo que escribió para la Revista **Desarrollo Indoamericano** el sociólogo Rodolfo Stavenhagen, trata este tema, para dejar constancia de cierta desidia, en este campo, de los investigadores sociales de América Latina. La cuestión étnica, que viene a ser el conjunto de dificultades que se plantean cuando un grupo humano, en determinada región, defiende su raza, lengua, religión, arte, economía o costumbres, poco se analiza en el contexto de los fenómenos propios del subdesarrollo y la dependencia. Y es bueno que se diga, y establezca como meta y compromiso, que al lado de la valoración del mestizaje, hay que elevar a programa de trabajo político inaplazable, el respaldo y estímulo a la autonomía de los grupos indios y negros que en Colombia y América Latina sienten cada día el peso de la discriminación. Es este un apartamiento que se manifiesta en el descuido de los poderes centrales, la distribución de los gastos administrativos, la carencia de oportunidades, la negación de recursos para un desarrollo propio, y la complacencia con colonos, terratenientes, misiones religiosas y empresas nacionales o extranjeras, que llegan a sus territorios a deteriorar sus culturas, apoderarse de sus tierras, recursos naturales y mineros.

A través de su obra de tantos años y desvelos, Otto Morales Benitez es soldado de la autenticidad. Para él la cultura es lo que se hace con las propias manos. No es la imitación, o la copia. Es la respuesta a lo extraño con el compromiso creador.

Siempre los pueblos dominantes se han encargado de menospreciar la cultura de los dominados. Es esta una táctica que se utiliza como herramienta de dominio. Más aún, se tiene el cuidado de aplastar o distorsionar esa cultura para que se facilite el vasallaje. Ante esa realidad histórica, la valoración de lo propio equivale a una toma de conciencia en la búsqueda de la autonomía vernácula que libera. Sin un pensamiento original, una cultura genuina y un aprovechamiento racional y conveniente de los recursos, la independencia se encuentra hipotecada. Esto lo saben muy bien los dominadores, y de ahí su empeño en el desdén por lo autóctono, y el afán por imponer, con todos los medios a su alcance, sus modelos y estrategias.

A veces los dominadores toleran y aceptan ciertas expresiones culturales de los países sometidos y dependientes. Es el caso de lo que sucede con la música, la literatura o la pintura. Y hasta se otorgan premios (Nobel, por ejemplo) a los novelistas y poetas. Pero jamás se valora el razonar económico o político, ni mucho menos se tolera que se establezcan regímenes con orientaciones y conductas distintas a las de sus intereses. Naturalmente, la deducción económica y política apropiada y de conveniencia exclusiva de quien la expone, involucra para ellos muchos riesgos. La economía es la fuente de lo prevaleciente. Una organización social bajo el signo de la dependencia, se verá representada por una superestructura dependiente. El hecho económico, como estructura o base, refleja el pensamiento, el arte, las manifestaciones anímicas, para, a su vez, valerse de ellas, en sus contradicciones y su aporte de posibilidades dinámicas. La estructura económica dependiente facilita el dominio del supuesto interesado y extraño. Por eso donde se ha dado con mayor dificultad el encuentro con lo auténtico, es en el análisis social y en la teoría económica. Y es por eso, también, por lo que, como lo anota Otto Morales Benítez, en algunos periodos el arte ha venido a cumplir –como en la Colonia– un papel revolucionario.

Y el mismo encargo puede y debe llevarlo a cabo el mestizaje, como medio auxiliar en la tarea integradora de los pueblos latinoamericanos. El mestizaje es un denominador común, como el idioma y la religión. Pero la integración exige un cuerpo de doctrina económica y política que cuide de sus resultados. Hasta ahora la integración latinoamericana se ha valido de la teoría extranjera –costos comparativos,

ampliación del mercado, presencia del capital foráneo, endeudamiento exterior, etc.– y de ahí que sus beneficios hayan sido para provecho de los extraños. La ausencia de una Economía Política propia, invalida en buena parte la misión del mestizaje. Y hasta su peculiaridad positiva revierte en descrédito, porque la audacia del dominador –colonialista o imperialista– llega hasta la infamia de inculpar al mestizaje como causal de subdesarrollo.

\*\*\*

El presente libro se inicia con observaciones que toman la dimensión de tesis: en la propia Colonia el mestizo se vale de la pintura para emitir rebeldía. Con un barroco que utiliza las flores y las frutas de su trópico, rompe con los moldes traídos desde Europa. Es un gesto que incuba un estilo, pero también un proceso independiente. Al mestizaje de la raza sigue el del espíritu, en compañía de la inquietud creadora y del rasgo rebelde. Es esta una simbiosis que opera bajo el influjo de lo dialéctico y dinámico. No fue, pues, la Colonia una época de mansedumbre y quietud. Por el contrario, a medida que aflora el mestizaje se continúa la lucha de los pueblos indígenas asolados.

En el papel prioritario que yo le otorgo al crecimiento y densidad de la población en la historia y desarrollo de los pueblos, encuentro que en la América Latina la gesta de la independencia es posible gracias a los nuevos recursos humanos –vale decir, el mestizaje– que surgen en las centurias siguientes al genocidio de la Conquista y de los primeros tiempos de la Colonia. Los colonialistas tienen cuidado en destruir los pueblos y sus culturas, para asegurar mejor el dominio en los territorios invadidos. Para la América no hubo alternativa: o vasallaje absoluto o muerte. Culturas y tribus que no aceptaron el yugo dejaron de existir: en Colombia, por ejemplo, de los sesenta mil quimbayas sólo quedaron, un siglo después, sesenta y nueve; de los tres millones de indios de la Isla Española, en 1535 apenas se contaban doscientos. Cosa parecida sucedió en la mayor parte de América. El hombre mestizo, que es el nuevo fruto de esta tierra, suple a la raza vencida en la resistencia y en el compromiso con la libertad.

\*\*\*

En su canto al carnaval de Riosucio, Otto Morales Benítez deja correr su inspiración. En la vehemencia descriptiva la belleza de la prosa marcha de la mano con el ritual a lo castizo. El autor se embriaga en el recuerdo para darle validez folclórica al regocijo bullicioso. El carnaval es la fiesta de la cultura del pueblo, y el jolgorio que rompe por instantes las barreras de la sociedad clasista para facilitar el goce de una alegría igualitaria y compartida.

Para un hombre de la Costa como yo resulta fácil comprender el examen de la conducta carnavalesca. Aquí, en Barranquilla, en Santa Marta, o en cualquier sitio de la región, por encima de la urdimbre de clisés que estampa la dependencia propia del sistema, en los cuatro días del carnaval el pueblo se sacude y saca a relucir a las calles, al son del tambor y la flauta de millo, los valores autóctonos que empapan el aire y el paisaje con el legado del ancestro. El carnaval no es la borrachera ni las casetas, sino el mundo mágico de los danzarines, el pregón de las comparsas y la sátira del disfraz. En ningún otro momento, ni con tanta fuerza expresiva, el pueblo, en su conjunto, ofrece lo mejor y lo más puro de su arte elemental. Allí está él, en esas horas de algarabía, rompiendo barreras y emulando libertades con el viento.

Para Otto Morales Benítez el diablo, símbolo de su carnaval riosuceño, es un demiurgo con amplios recursos para conducir las complacencias del cuerpo y el corazón, la esperanza, la gracia y el intelecto. Distinto al diablo religioso que asusta y quema, el del carnaval de su pueblo es mensajero del gozo, como “la onda que ilumina y refresca el espacio y los ánimos”. Y ese diablo es así, porque es mestizo y nuestro. Contrario, por cierto, al europeo que nos trajeron como arma de amenaza y sumisión.

El diablo mestizo, el de Riosucio, libera y democratiza: abre los brazos a la creación del espíritu y de lo sublime. Es un ser sobrenatural humanizado por la imaginación del trópico, que es desprevenida, holgoriosa y exuberante.

para aprender del pueblo y acariciar esperanzas. Las tesis de grado del área del trabajo social se distinguen por esos detalles, pues casi todas recogen vivencias compartidas, investigaciones directas, deducciones de la realidad. Aunque no se descuida un mínimo el compromiso de la bibliografía y la formación teórica, son estas herramientas válidas para acercarse a la comunidad a conocer sus problemas, detectar sus inquietudes e interpretar sus anhelos.

Naturalmente que buena parte de la credulidad y confianza de la gente humilde y sufrida se deriva del altruismo de profesores y estudiantes, pero, también, del respaldo que da la Universidad en su labor creadora. Muchas son las escuelas, bibliotecas y museos que se han organizado en barrios y poblaciones donde aún no llega la acción oficial. Y esas escuelitas y colegios operan bajo la dirección de profesores y estudiantes. A lo anterior se suman las conferencias, encuentros, seminarios y cursillos de capacitación, que todas las semanas se llevan a cabo en los predios de la Sede Académica con la participación y presencia de dirigentes comunales, sindicales y cooperativistas.

El papel del trabajador social es múltiple. El ejercicio de su profesión lo obliga a la variedad de desempeños. Y esto hace aún más interesante su razón de ser. Como ha de responder a diversos aspectos en el manejo del comportamiento del individuo o del grupo, debe acomodarse a situaciones para ganar valimiento.

Por ser una profesión nueva en el trabajo social es todavía motivo de discusiones en sus alcances y propósitos. Para unos es ciencia en la gran familia de las ciencias sociales; para otros técnica al servicio de otras ciencias, y no falta quien le agregue una categoría de trascendencia. Incluso en los que respecta a nombre y apellido, unas veces se les tiene como servicio social, asistencia social o, simplemente, trabajo social. Norberto Alayón, recoge en su libro *Defendiendo el Trabajo Social* noventa definiciones de distintos autores, códigos de ética profesional y organismos como las Naciones Unidas.

Sin embargo, el cientista social Ezequiel Ander-Egg aclara conceptos de su *Diccionario del Trabajo Social*. Para el reputado tratadista debe distinguirse entre **Asistencia Social**, que “hace referencia al con-

junto de actividades gubernamentales o particulares con la finalidad de prestar ayuda a grupos o individuos necesitados”, **Servicio Social**, “forma social superadora de la asistencia social, que organiza de manera más sistemática los procedimientos técnicos para la ayuda a individuos o grupos”, y el **Trabajo Social**, propiamente dicho, que es un “modo de acción social que supera a la Asistencia Social y al Servicio Social”, por su clara “función de concientización, movilización y organización del pueblo”, para que participe en forma activa en la vida económica, política y social.

\*\*\*

Una vez alcanzados los objetivos de organización y adecuado rendimiento académico, los profesores de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Simón Bolívar pasan a comprometerse con la delicada misión editorial. Dos años atrás su decano Jorge Torres Díaz publicó el primer número de la revista *Enlace Universitario* y una serie de cuadernos de carácter didáctico, y hace poco su vicedecano Carlos Osorio expuso en un folleto sus puntos de vista sobre metodologías. Ahora se inicia un ciclo bibliográfico con la *Colección Básica de Trabajo Social*, programada para divulgar los estudios de los Trabajadores Sociales de la Universidad Simón Bolívar, y de otras universidades de Colombia y América Latina.

El primer volumen de la Colección está a cargo del profesor Jorge Torres Díaz. Se trata de una historia del trabajo social que tiene el propósito de servir de texto de consulta en la cátedra, y de fuente informativa para los interesados en conocer el proceso y desarrollo mínimo de este ejercicio, que al decir de Manuel Zavala, puede llegar a instaurarse al más alto nivel de la ciencia del hombre.

\*\*\*

En los últimos ocho años, desde que el doctor Jorge Torres Díaz se encargó de la dirección de la Facultad de Trabajo Social, casi todas las semanas suelo conversar con él sobre temas relacionados con la actividad académica y el mundo de los libros. Por eso no es indispensable su pre-

sencia para llevar a cabo un diálogo. Y así lo hago, porque pienso que dicho género literario facilita al lector y puede contribuir en algo a introducirlo en las páginas de su primer libro.

**J.C.H.** En Bogotá viven docenas de miles de costeños, por cierto muchos de ellos con una especie de mochila al hombro repleta de nostalgias por su tierra caliente y bulliciosa. Tal vez su estado de ánimo encuentra su causa en el tipo de emigración obligada: ante los variados recursos para ocupar la mano de obra que ofrece el poder centralista, en este caso como fuente principal de la burocracia, la necesidad obliga a alejarse del terruño y del paisaje ancestral...

**J.T.D.** Ya me imagino lo que quiere preguntarme. Sobre todo porque sé que el bogotano es muy apegado a su clima y a su sabana. Pero yo estoy echando raíces en Curramba, como se llama a Barranquilla en el argot folclórico y festivo. No se trata de ninguna galantería, sino de un diáfano mundo de realizaciones.

**J.C.H.** Comprendo bien. Unamuno para referirse al fenómeno patriotero escribió un par de páginas de hermoso humanismo. Cuenta que unos soldados, después de una guerra, reclamaban con tono de repudio a sus antiguos compañeros que fueron hechos prisioneros, y al pasar el tiempo no regresaban a su antigua patria. Entonces ellos con humildad ejemplar respondieron que su patria era el surco donde caía su semen...

**J.T.D.** En mi caso también germinó mi cosecha y, además, lo mejor, hasta ahora, del denuedo profesional. Llegué acá de novato, y como usted suele repetir, amo la obra porque se hizo con nuestras propias manos. Sin pretensiones, ni mucho menos desear ir más allá de lo prudente, bien puede suponerse que la Universidad Simón Bolívar, y en particular su Facultad de Trabajo Social, se empeñan en crear escuela. Pero, volviendo al tema, a usted mismo le he oído decir que quien quiere a su aldea o a su ciudad quiere a su región, y quien quiere a su región quiere a su país. En este caso yo reparto sentimientos y gratitudes.

**J.C.H.** Me interesa eso de formar escuela...

**J.T.D.** Bueno, la Universidad Simón Bolívar, para sólo citar una de sus características, pese a sus limitaciones económicas, se da el lujo de obsequiar un libro cada mes a sus profesores y estudiantes. Son los libros que se editan bajo su patrocinio y con el definido propósito de divulgar el pensamiento social latinoamericano y la literatura nuestra. Lo mismo se hace con la Revista *Desarrollo Indoeamericano*. La orientación de sus enseñanzas es eminentemente latinoamericanista. Ya de por sí esta intención es meritoria en el ambiente de dependencia hacia los grandes centros de poder que sirven de guía en los métodos ideológicos. Claro está que no es nada fácil, y la respuesta al afán la perturban los obstáculos. Es difícil, por ejemplo, lograr que los profesores utilicen los libros de nuestros investigadores de la misma manera que lo hacen con los europeos, soviéticos o norteamericanos.

**J.C.H.** Eso que usted critica puede darse en la economía o la sociología, porque en derecho todos los libros, o casi todos, son de autores colombianos, argentinos o chilenos. En cuanto al trabajo social, usted puede hablar...

**J.T.D.** La bibliografía del trabajo social no es tan rica como la de otras ciencias sociales, pero en América Latina ya se ha escrito algo. Sin embargo, es preciso comprometerse aún más en este campo.

**J.C.H.** ¿Por eso escribió usted su libro?

**J.T.D.** Por eso y porque creo que en la historia del trabajo social es bueno describir y valorar lo que corresponde a la América Latina y a Colombia en particular.

**J.C.H.** Y como el trabajo social es una disciplina social, le agregaría yo, sería interesante que sus personeros y teóricos apreciaran también los enunciados de los investigadores de otras ciencias cuando se refieren a ellas o las utilizan como materias auxiliares.

**J.T.D.** ¿Y por qué dice eso?

\*\*\*

Los personajes de nuestra América Latina que se estudian en este libro, responden en su obra al mestizaje.

Lo mestizo identifica, facilita y compromete.

Quien no ha leído a los autores que presenta Otto Morales Benítez, adquiere el compromiso ineludible para hacerlo. Porque su juicio, que es siempre certero, descubre el mensaje y endulza la intención. Su manera de decir lo que le agrada de sus autores favoritos, es como una especie de arco iris que se empeña en conducir hacia el tesoro. En ciertos pasajes su propio relato adquiere tanta fuerza doctrinaria –o tal vez más– como el de la página ponderada. Allí aflora su pasión por el paisaje y la riqueza de la historia indoamericana. Por eso se inclina reverente y fraterno ante el Neruda del **Canto General**, el Asturias de las **Leyendas Mayas**, el Haya de la Torre del **Espacio Tiempo Histórico**, el Prebisch de la denuncia estructural, el Eduardo Santos, guardián del idioma, o el Lipschutz, que aunque viene de lejos, se enraíza para enrolarse en la indoamericanidad. Todos ellos tratan de descubrir, no de inventar, y mucho menos intentan interpretaciones bajo el peso de la rigidez de esquemas enunciados a la luz de otras realidades. El destino de nuestra América Latina dependerá siempre de nuestra creación intelectual y nuestras realizaciones. No hay cabida en el compromiso para el préstamo o la imitación. Cada geografía, momento y conveniencia política, exige su expresión y su deber.

\*\*\*

En el campo de la economía la Colonia no permitió ninguna reforma apropiada para el desarrollo interno. Toda la estrategia de la política económica estaba al servicio de la metrópoli. Algunos teóricos esbozaron puntos de vista defensivos, dignos de recordarse. Pero jamás fueron acogidos como conducta oficial. Por el contrario, prácticas feudales, relaciones esclavistas y modalidades ya superadas por el capitalismo europeo, se impusieron en estos territorios. El desarrollo natural fue distorsionado para imponer un sistema de conveniencia exclusiva para Europa.

Cuando Otto Morales Benítez estudia los problemas del agro y las formas de tenencia de la propiedad territorial, observa que las fallas del presente responden a la herencia colonial. Y se vale de los propios investigadores españoles, como el profesor Ots Capdequi, para dejar en claro que jamás existió, por parte de los gobernantes españoles, una verdadera política agraria o ganadera.

\*\*\*

La historia de la Universidad colombiana fue, en el pasado, historia de la discriminación y el elitismo. Apenas en el presente, con el surgimiento de decenas de centros de educación superior en todas las ciudades, y la modalidad de la enseñanza masiva, se facilita el acceso al pueblo. Sin embargo, la dependencia intelectual e ideológica de algunos educadores —alineados y sometidos a los manuales extranjeros, norteamericanos o europeos—, y el tradicionalismo legalista y reaccionario de otros, obstaculizan las posibilidades de la formación de profesionales idóneos que puedan responder a las exigencias de un desarrollo nacional, o regional, con señales de autonomía.

Para Otto Morales la Universidad no puede vivir a espaldas del país. Está obligada con la necesidades e inquietudes del pueblo. En nuestros días el desarrollo y la justicia social constituyen metas apremiantes. Significa lo anterior choque con lo establecido en la ruptura de las trabas que alimentan el atascamiento. En el sector agrícola, por ejemplo, el campesino mestizo requiere de la tierra inculta que reposa en manos de latifundistas ausentes. Pero las reformas no son fáciles de aceptar. Las fuerzas reaccionarias y las oligarquías se oponen a los cambios. De ahí la importancia del concurso de la Universidad como organismo de crítica, creación y cooperación.

Este libro, que corresponde al origen y la formación del autor, está dedicado, en buena parte, a los problemas del campo, y específicamente a la reforma agraria. Con estilo didáctico Otto Morales Benítez distingue entre la verdadera reforma —de redistribución de la tierra a la masa campesina, y apoyo planificado para su racional explotación— y otras conductas engañosas.

En Colombia, desde la lucha misma de la independencia se inician los intentos de superar el legado colonial del dominio de pocos sobre la tierra. Bolívar entendió el problema y a través de decretos firmados en la Nueva Granada y el Perú, entrega una y dos hectáreas laborables a cada uno de los indios y campesinos desposeídos. Treinta años después seguirían su ejemplo José Hilario López y Manuel Murillo Toro. En este siglo, la leyes de 1936 y 1961 son nuevas tentativas. Pero los resultados han sido insuficientes, y ahí está el fenómeno de la concentración desafiando la actitud futura del pueblo, de sus partidos políticos y de la universidad participante.

La viabilidad de la Reforma Agraria, como bien lo observa Otto Morales Benítez, depende, prioritariamente, de la organización campesina. Así se lo recomendaba a los campesinos en un discurso pronunciado en 1959, que conserva su vigencia.

\*\*\*

Muchos otros son los temas que trata Otto Morales Benítez en sus **Memorias del Mestizaje**. Documento, por lo demás, necesario en estos días en que el análisis doctrinario es poco frecuente en los predios de la política partidista. Porque Otto Morales Benítez es un escritor, pero también un político. Y nunca como ahora su partido precisa de contenidos ideológicos y de claridad en la conducción.

Este libro de Otto Morales Benítez, puede servir, al lado de otros documentos que se encargan del análisis de los problemas de Colombia y América Latina, de guía y consulta para la mejor comprensión de los fenómenos propios del subdesarrollo. Pero ante todo, permite valorar la formación ideológica y la angustia vital de un hombre que quiere servir a su pueblo por el camino de la democracia y la justicia social.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, junio de 1984



# DIALOGOS CON JORGE TORRES

## EL TRABAJO SOCIAL EN LA HISTORIA DE AMERICA LATINA

Cuando se creó la Facultad de Trabajo Social en la Universidad Simón Bolívar en verdad poco sabía yo de esa disciplina. Recuerdo que en mi época de profesor de la Universidad de Cartagena me enteré de su ejercicio, porque en esa ilustre Alma Mater existía una escuela, pero las muchas ocupaciones de entonces me impidieron conocer, con mejor provecho y amplitud, de sus funciones y objetivos. Sin embargo, en los momentos de euforia, cuando más por entusiasmo y propósito de servicio que por el análisis y la programación racional, me reuní con un grupo de catedráticos víctimas de la disposiciones oficiales represivas que acababan de separarnos de la Universidad del Atlántico, con el fin de seleccionar las unidades académicas con las cuales contaría la nueva Universidad Simón Bolívar, recomendé la de Trabajo Social.

El hecho de que en Barranquilla no hubiese antecedentes en la enseñanza de dichos estudios, obligó a traer sus profesores de otras ciudades y a comprometerse con su buen funcionamiento. A mí en particular esta especie de aventura me sirvió de mucho, pues comencé a enterarme de la importancia de esa disciplina en el área de la ciencia social. Lamentablemente, para entonces la bibliografía era escasa, y fue necesario solicitarla a empresas editoras de Buenos Aires.

Si ahora hago referencia de esos sucesos es para poder valorar mejor esfuerzos y resultados. Porque el papel que desempeña la Facultad de Trabajo Social en el servicio a la comunidad es algo digno de mencionarse. Unos mil quinientos estudiantes de nuestra Universidad Simón Bolívar bajo la asesoría directa de profesoras formadas en su propio seno, se distribuyen dos o tres veces en la semana por barrios, factorías, hospitales, etc., para convertir sus prácticas académicas en aprendizaje y enseñanza. Particularmente en las barriadas periféricas y en los tugurios, la presencia de la juventud estudiosa juega un papel de trascendencia en la organización del pueblo en la búsqueda de soluciones a sus problemas colectivos.

En apenas 12 años de labores de la Facultad de Trabajo Social su prestigio y acogida se extiende a toda la región costeña y al país. En ese poco tiempo compartido con las facultades de otras universidades, la profesión ha adquirido respetabilidad, y cumple una misión merecedora de confianza: el trabajador social, o la trabajadora social, para ser exacto, pues más del noventa por ciento, tanto en el profesorado como en el número de estudiantes, son mujeres, se ha hecho indispensable en el manejo del sector que comprende los vínculos de las empresas con la comunidad, o de la orientación y comportamiento del propio trabajador y de su familia.

Ya para mí es asunto rutinario recibir el saludo de una trabajadora social egresada de nuestra Universidad cuando suelo visitar instalaciones de recreación, hospitales o fábricas. Y lo que complace es que tales ascendencias y créditos han sido el fruto exclusivo de la confianza que genera la seriedad en el comportamiento y el oficio. Porque no se ha necesitado de una ley especial que obligue –aunque entiendo que ya existe– a ocupar a estos profesionales, sino que, como consecuencia de su ejemplar comportamiento, cada vez más se abren las puertas de las dependencias públicas y privadas para aprovechar sus conocimientos teóricos y sus experiencias.

Si en nuestros días hay una profesión que se acerca al nivel de apostolado, es el trabajo social. La mística de profesores y estudiantes, y la entrega en las actividades de la práctica llena de encanto el sacrificio del estudio: vale la pena compartir el entusiasmo que derrochan los grupos de jóvenes que recorren las calles polvorientas de un asentamiento,

**J.C.H.** He leído manuales y diccionarios de trabajo social en donde se mencionan asuntos como el subdesarrollo pero se citan sólo, digamos el caso de los de mi amigo Ander-Egg, conceptos de autores extranjeros, cuando el aporte de los escritores latinoamericanos es rico y además correcto en la interpretación histórica de ese fenómeno. Lo mismo podría decirse de otros temas con diversos enfoques, entre ellos los que se deducen de nuestra realidad –como el de la inflación–, y no obstante apenas se hace uso de la concepción teórica que utilizan para su provecho en los países dominantes.

**J.T.D.** Comparto su criterio, pero entiendo que es este un problema que tiene que ver con la generalidad de las ciencias sociales. A lo mejor yo también cometo mis deslices, pero lo que importa es que se tenga conciencia al respecto, y se haga lo posible para superar fallas.

**J.C.H.** Yo leí sus dos primeros cuadernos, y pese a los argumentos que pueda ofrecerme en favor de la didáctica, los encontré un tanto esquemáticos, al estilo de las cartillas que dogmatizan y estrechan.

**J.T.D.** Puede ser, pero se trataba de herramientas mínimas para el uso de estudiantes. En la facultad de Trabajo Social, por el contrario, se rechaza el manualismo y se estimula la lectura y la consulta múltiple. Aunque existe una orientación y un propósito, los libros se toman como instrumentos de consulta, siempre bajo el criterio de que corresponde a los investigadores formular las hipótesis del estudio de una realidad social, geográfica y política. Como recordará, en el campo de la gestión profesional yo me refería entonces a la importancia que debe otorgársele a la reconceptualización de las teorías y estrategias surgidas de otras realidades que se nos imponen a manera de mitos. Por el contrario, reclamaba una creatividad emanada de nuestras propias experiencias, ya regionales, nacionales o latinoamericanas. Esta línea de conducta la reafirmo en mi libro.

**J.C.H.** Yo sé que es así. Aunque aparentemente la originalidad podría ser lo más fácil, pues su mayor virtud estaría en la interpretación de la realidad, el fenómeno de la dependencia obstaculiza y dobliga.

**J.T.D.** Además, para el caso de la historia, la dificultad emerge de la bibliografía. Es cierto que en Colombia se vienen publicando muchos libros, y hasta hay una casa editora que reimprime lo que podríamos llamar clásicos en el pensamiento social del siglo pasado, especie de incunables, pero para el caso del trabajo social apenas se empieza. Yo pienso que no se debe ahorrar ningún esfuerzo en la inquietud de facilitar al profesor y al estudiante el conocimiento del aporte nacional y latinoamericano en todas las ramas del saber. En buena hora la Universidad Simón Bolívar mantiene sus dos bibliotecas, la José Martí, especializada en Ciencias Sociales, y la de Humanidades. Allí no sólo están los libros que pueden adquirirse en librerías, sino también los fotocopiados en las bibliotecas de otras ciudades, como la Luis Angel Arango y la Nacional, de Bogotá. Y hace poco la Facultad de Economía, a través de dos de sus graduandas, preparó un fichero antológico del pensamiento económico colombiano. Este trabajo ejemplar que viene a constituirse en antesala obligada para el uso de las bibliotecas, se programa ahora en la Facultad de Trabajo Social. De esta manera al investigador, al profesor y al estudiante se les facilita el trabajo cuando quieran enterarse del razonar colombiano en un momento de la historia de las ideas nacionales en las áreas de la economía, la sociología, el trabajo social, etc. En mi libro señalo que en los textos conocidos sobre historia del trabajo social no se menciona para nada el legado original de los hispanoamericanos. Sea el caso del padre De Las Casas cuyos planteamientos resultan más correctos que los de su contemporáneo Juan Luis Vives. Sin embargo, en las escuelas de trabajo social se sigue estudiando la obra de Vives como única mientras se desconoce la de De Las Casas, o la de San Pedro Claver. Los jesuitas, como lo recordó el profesor Oreste Popescu en uno de sus libros, orientaron un tipo de organización social particular en sus misiones del Paraguay. Y Bolívar y su maestro Rodríguez propendieron por un tipo de asistencia social más allá de la caridad o la filantropía de su tiempo. Pienso yo cuánto ganaremos cuando empecemos a saber más de nosotros mismos. Hace apenas unos días usted publicó y comentó los dos últimos ensayos del erudito Oreste Popescu que demuestran que la teoría cuantitativa de la moneda fue expuesta, de manera más cabal, en la América Latina mucho antes que se hiciera en Europa. Lo que permite deducir que la mayor parte del análisis teórico de dicha materia ha encontrado en nuestras tierras su explicación, pues acá también se ha gestado el examen estructural y el de los precios como causas de los cambios en el poder adquisitivo del dinero.

**J.C.H.** Hablando de historia, doctor Torres Díaz, hay dos puntos de vista de su libro que necesitan de un poco más de claridad. Por ejemplo, usted considera que el Trabajo Social nace como disciplina profesional y científica en la etapa industrial del capitalismo, y da a entender que su razón de ser se identifica con la existencia de dicho sistema. Más aún, en la primera parte de su libro no menciona nada sobre el papel que debe jugar el Trabajo Social en el socialismo. Tal vez esto responde al criterio utópico de imaginar al socialismo como un nirvana o paraíso donde todos los problemas del hombre y de la sociedad desaparecen. Y eso no es así. El sindicalismo nace con el capitalismo y se mantiene en el socialismo. La dependencia, fenómeno estudiado hasta hace un par de décadas como fruto de las relaciones entre países imperialistas y regiones coloniales y subdesarrolladas, es motivo de mucha atención en las relaciones actuales entre países socialistas industrializados y países emergentes. Desde un examen teórico del comercio exterior, es mucho más dependiente un país socialista de otro, si el análisis de las cifras señala un porcentaje de las exportaciones e importaciones mayor que el de un país capitalista en relación con otro de igual sistema. Esto lo saben muy bien los científicos sociales de los países socialistas y capitalistas. Lo que quiere decir que en las ciencias sociales se hace indispensable un enfoque particular y propio, sea cual fuere el sistema, para que responda a las estrategias y conveniencias de cada región o país.

**J.T.D.** Usted se refiere al material de la introducción, y eso es correcto, pues en la parte final supero esas limitaciones. Sería infantilismo confundir un período superior en la historia del desarrollo social con la gloria. Aunque, bueno es traerlo a cuento, así ha sucedido. Los cristianos, que amaban la hermandad, jamás sopesaron las consecuencias de su época de dominio, la feudal, sinónimo de intolerancia, oscurantismo dogmático, siervos, y señores. Los ideólogos del capitalismo pensaban en el Siglo XVIII que las guerras desaparecerían con el libre cambio; y los personeros del internacionalismo proletario nunca se imaginaron los conflictos armados y las profundas diferencias entre naciones socialistas. Todas esas posiciones utópicas se alejan de la concepción dialéctica y de la norma elemental, propia de las ciencias sociales, que explican el pensamiento y el actuar en función de un marco histórico, político y espacial, rico, por cierto, en valores objetivos y subjetivos.

**J.C.H.** De manera radical usted descarta agentes distintos a la lucha de clases en la historia del trabajo social, y en su existencia. Esta concep-

ción monística de la problemática social también invalidaría al Trabajo Social, como profesión o ciencia, en una región o país que pretendiera considerarse libre de la pluralidad de clases sociales. Estas interpretaciones unilaterales no son valederas en los tiempos presentes de jornadas de liberación. Dos investigadores mexicanos, los sociólogos González Casanova y Stavenhagen, escribieron en números pasados de nuestra Revista Desarrollo Indoamericano, dos ensayos para observar hechos elocuentes como la estrategia defensiva de los dirigentes de Nicaragua –que saben utilizar a Cristo, Marx, Bolívar, Morazán y Sandino para defender su revolución– y el problema étnico. Nadie, de manera sensata, puede discutir el papel prioritario que le corresponde a la lucha de clases en la generación de fenómenos sociales, pero no pueden descuidarse otros determinantes, tanto para su conocimiento como para la búsqueda de soluciones. Por ejemplo, en los fenómenos propios de la etnia, que son los que se plantean cuando un grupo humano defiende la identidad de su cultura, lengua, religión, raza y costumbres, se sigue pecando de ignorancia. La ciencia social capitalista le ha dado la espalda y supone que el progreso o el crecimiento económico minimiza el problema. Y en el marxismo ortodoxo, como bien comenta Stavenhagen, se ha caído en descuido y dogmatismo. El concepto omnimodo de la lucha de clases no permite otros supuestos. Por eso se llega a creer que con el sólo advenimiento del socialismo –y de preceptos introducidos en las constituciones– el problema desaparece. Y no es así. En los países del tercer mundo, por efecto de la dependencia ideológica y la cultura de manuales, temas como los de la dependencia, el centralismo, la etnia, son menospreciados por los que alardean de revolucionarios.

**J.T.D.** Mea culpa, mea culpa. ¿Y quién puede levantar la mano libre de pecado? En la América Latina, la parte que nos corresponde de la herencia dogmática colonial hispana con frecuencia retoña. Somos dados a aceptar sin beneficio de inventario el planteamiento excluyente.

**J.C.H.** Su libro se distingue por su carácter didáctico...

**J.T.D.** Cierto. Esa ha sido mi preocupación. Y para facilitar su lectura introduzco tres grandes divisiones que comprenden la prehistoria, el origen y el desarrollo del Trabajo Social. Para el caso de la prehistoria pretendo demostrar cómo las condiciones de un espacio geográfi-

co –y dadas unas relaciones sociales de producción– definen los tipos de asistencia social y estructuran un quehacer profesional determinado. En cuanto al origen de la actividad profesional intento interpretar la racionalidad y tecnificación en el amplio campo del bienestar social. Y, para su desarrollo, pongo cuidado en el registro cronológico de los hechos más notables que se han dado en la América Latina, para evaluarlos como cimientos de los componentes metodológicos, teóricos y prácticos de la profesión.

**J.C.H.** Desde este enfoque pedagógico que usted toma como elemento prioritario hay algo que viene a responder a la curiosidad de todos los admiradores de esta disciplina. Me refiero al proceso de cambios que se han operado entre lo que podría llamarse la asistencia social espontánea o natural del pasado y la de nuestros días...

**J.T.D.** Hago el esfuerzo en mi libro de distinguir –e interpretar las causas de los cambios– entre la asistencia social natural, que nace en el mutualismo, la protección y la sociogestión, y que viene a ser como un principio propio a la naturaleza del hombre. Principio que se deteriora con la descomposición del colectivismo primitivo y el avance de la sociedad de clases. El reemplazo de la propiedad comunal por la propiedad privada de los medios de producción (tierra, capital) conduce a la *asistencia social selectiva*, con el objeto de atender a las penurias de los desposeídos de alimentos, viviendas, o simplemente, del trabajo. En nuestro medio, bueno es recordar, esta clase de asistencia se manifiesta a través de la caridad y el socorro que los colonialistas españoles trajeron de sus prácticas medievales. En la época contemporánea, ante el avance de la pauperización, el Estado moderno e intervencionista se compromete con la tecnificación racional de la prestación de servicios asistenciales. Es entonces cuando se instaura la *asistencia social tecnificada*, que exige de especialistas, vale decir, del profesional del Trabajo Social.

**J.C.H.** En este sentido al trabajo social hay que entenderlo como una disciplina científica que se vale de una técnica o de metodologías para el mejor desempeño del papel que le corresponde. Sin embargo, como ya lo observé antes, no existe un criterio unánime entre sus apologistas y practicantes.

**J.T.D.** Probablemente por el marcado empirismo en el aspecto asistencial, y también por la limitada difusión de sus enunciados y de sus investigaciones científicas. Pero se vive un proceso dinámico que encuentra en la praxis la materia prima adecuada para la hipótesis y la formulación teórica. Más aún, lo que ahora puede entenderse como negativo mañana resultará positivo. Porque a diferencia de otras ciencias sociales, digamos el caso de la economía y la sociología, con un bagaje de leyes y principios teóricos de orígenes europeos, nuestra esplendorosa realidad alimenta unas deducciones auténticas que habrán de responder a las conveniencias de nuestros pueblos. Se habla mucho de la necesidad de una economía política, o una sociología latinoamericanas. Y, de la misma manera, hay que pensar en términos de un Trabajo Social Latinoamericano.

**J.C.H.** ¿Y en estas aspiraciones e insurgencias ya el Trabajo Social cuenta con una delimitación de sus funciones en las áreas teóricas y prácticas?

**J.T.D.** Es ese un punto muy importante. El juicio que se tenga sobre la interdependencia del hombre, el Estado y los recursos, la marginalidad y la estructura, la participación y los beneficios, etc., servirá de apoyo en la adopción de estrategias y demarcación de objetivos. De todas maneras hay que tener en cuenta que el Trabajo Social no puede ser ajeno al compromiso en lo que atañe a la política social, la planificación del desarrollo y los programas y proyectos del bienestar institucionales.

**J.C.H.** Usted al referirse al compromiso dice que el trabajo social viene a ser algo así como su creación social en lo real...

**J.T.D.** Porque todo trabajador social debe ser auténtico y creativo. Ya se ha dicho que la creatividad es una ley de la naturaleza. Ella hace posible el desarrollo de la ciencia, la técnica y el arte: en resumen, de la cultura. Y un pueblo sin cultura propia es un pueblo que carece de poder y de identidad. De ahí que todo lo que propenda por la creatividad sea un paso en firme en favor de la liberación. Y en el mundo actual de esquematizaciones y dependencias, la creatividad surge como el genio de los pueblos en busca de su destino. La creatividad facilita la revisión y producción intelectual sin dogmas ni tutelajes; la creatividad permite valorar y defender lo nuestro. Cuando un profesor, sea el caso, reduce su

tarea a la simple divulgación de un manual escrito en otros países sin tomarse el trabajo de examinar sus enunciados a la luz de la realidad que lo rodea, doblega su capacidad creadora y atrofia la formación de sus alumnos. Lo mismo sucede a nivel de la comunidad cuando se desvirtúa su capacidad creadora con medios de comunicación enajenantes. En buena hora el pueblo conserva sus reservas. Y es por eso por lo que el Trabajo Social debe ocupar el puesto de agente multiplicador de lo creativo en busca de procesos sociogestionarios.

**J.C.H.** Ya este diálogo, doctor Torres Díaz, me lleva a terrenos extraños. La gente tiene una tendencia a hablar de lo que no sabe. En las reuniones cada quien le gusta conversar sobre temas distintos a los de su profesión, oficio o disciplina intelectual. Y yo estoy cayendo en esa extravagancia. Mejor dejo las cosas así. Sobre todo porque usted es ajeno, en la presencia física, a este coloquio. Déjeme apenas terminar diciéndole, que en nombre de la Universidad Simón Bolívar, siento complacencia por la publicación de su libro.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, junio de 1985



# DIALOGOS CON JUAN ZAPATA OLIVELLA

## LOS MULATOS EN LA REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA

Juan Zapata Olivella es la dinámica convertida en hombre. Nunca puede estar quieto. Ni en el sueño. Su esposa me decía alguna vez que duerme con sus debidas precauciones: suele tener a mano motas de algodón que se coloca en las orejas cuando empieza a oír las carcajadas de su compañero. Juan es la creación y el deseo de vivir. Parece que compitiera con el tiempo para no dejarle escapar un segundo sin su provecho adecuado. Médico, poeta, escritor y diplomático, ni esta última actividad tan propia en nuestro medio para no hacer nada, ha podido domarlo. Me lo imagino en los cocteles en pleno movimiento relatando aventuras y anécdotas para romper la rutina de la conversación insípida. De seguro que aprovecha cada instante para programar muestras artísticas o encuentros culturales. En fin, algo que justifique su ausencia de Cartagena.

Acabo de recibir los textos de conferencias suyas dictadas en universidades norteamericanas. Tal vez ya Puerto Príncipe es poco para su inquietud, y se fue al Norte a hablar de Bolívar y de Petión, sus héroes favoritos. Interesante y novedoso, por cierto, el ensayo que valora el aporte de Haití en la gesta libertadora.

Juan se queja de que los historiadores le conceden pocas líneas en sus libros a la estadia de Bolívar en Haití, y al respaldo solidario de Alejandro

Petión a la causa de la independencia de las colonias españolas. Su juicio se enmarca, además, en la presencia del hombre negro en las filas de los ejércitos patriotas, un tanto ignorada como tal. Y en esto tiene algo de razón, aunque en verdad, cronistas como O'Leary y Restrepo hacen menciones del hecho, aunque este último apenas se refiere al apoyo de Sutherland, comerciante inglés.

Si se hiciese un parangón entre la acogida de dos islas en la desgracia del exilio, habría que decir que Jamaica fue hostil y Haití fraterna. En esta tierra hospitalaria, recuerda O'Leary, se les hizo recibimiento lisonjero a los expatriados por parte de todos los habitantes y de las autoridades. Bolívar ya sabía del aprecio que gozaba en la nueva república independiente, y apenas estuvo en el puerto de Los Cayos buscó el camino de la capital para entrevistarse con el jefe del Gobierno. En Puerto Príncipe solicita audiencia, y le hace saber a Brion que espera mucho de Petión por su amor a la libertad y a la justicia.

Según Juan Zapata Olivella, Haití constituye para el Libertador algo más que una esperanza y aún mucho más que un sueño. Porque en ningún momento hay rasgos de desengaños. Por el contrario: Petión no sólo lo recibe con los brazos abiertos, sino que ordena al general Marión que se ocupe de los desventurados inmigrantes e impida la exportación de alimentos que puedan servir a las tropas invasoras de Morillo en Cartagena. El oficio que hace llegar a su lugarteniente es una valiosa joya de la historia latinoamericana, que complementa, con la realidad y los hechos, las tesis expuestas unos meses antes por Bolívar en la célebre Carta de Jamaica. "La ciudad de Cartagena, le informa Petión a Marión el 4 de enero de 1816, acaba de caer en poder de los realistas; por eso debéis suspender toda exportación de granos u otros comestibles a través de este puerto. Deseo que saquéis de los Almacenes del Estado para cada uno de los refugiados una ración diaria de pan, arroz y pescado ahumado. Es un acto de humanidad digno de la República". Veintidós días después dispone que se entreguen a Bolívar seis mil fusiles, pólvora, municiones, una imprenta y cuatrocientos dólares.

Bolívar recupera ánimos en Haití, y propicia el encuentro de los jefes militares y políticos de Venezuela y la Nueva Granada en Puerto Príncipe. Su gratitud es tanta que antes de partir se dirige a Petión en solicitud de

permiso para mencionar su nombre como “autor de nuestra libertad”. Y Petión, en su respuesta, se limita a ratificarle el único deseo, que ya le había puesto de presente en conversaciones anteriores: que en cada territorio libertado se proclamase la abolición de la esclavitud. En carta al General Marión, Bolívar le dice: “Si los favores atan a los hombres, no dude usted general, que mis compatriotas y yo amaremos siempre al pueblo haitiano como a los dignos jefes que lo hacen feliz”. Y ya en Venezuela, otra vez acariciando la victoria, le escribí a Petión para darle cuenta de la palabra empeñada. “La libertad de los esclavos fue proclamada sin restricción alguna y en todas partes donde han penetrado nuestras armas se han roto las cadenas y la humanidad ha recobrado sus derechos”.

Juan Zapata Olivella hace bien en aprovechar su permanencia en Haití para indagar al máximo sobre el gesto amistoso de su pueblo y de sus gobernantes en momentos cruciales de la historia libertadora. Ojalá muy pronto sus apuntes de ahora puedan convertirse en un libro que tanta falta le hace a la bibliografía bolivariana.

Pocos días después de escribir la nota anterior, que fue publicada en “El Heraldo”, Juan Zapata Olivella me mandó desde Puerto Príncipe los originales de su ensayo sobre Piar, Petión y Padilla, con el pedido obligante de un prólogo. De inmediato me entregó a su lectura, para pensar, a medida que paso las páginas, en lo difícil del encargo.

Participo de los juicios de Martí sobre los héroes americanos. El solía decir, refiriéndose a los malquerientes de Bolívar, que hay hombres que sólo ven en el sol sus manchas a pesar de ser la fuente de la vida. No es hora, todavía, del examen crítico que puede convenir al enemigo. Hasta hace poco en Colombia, Venezuela o Argentina las pasiones políticas servían de pretexto para desmerecer la obra del Libertador. Y esos escauceos prevalecen en mentes reaccionarias temerosas de la vigencia de su pensamiento. Apenas hace unos meses, Germán Arciniegas publicó un libro, redactado a la ligera y a distancia del rigor científico, para decir que Bolívar fue sólo un guerrero. Esos conceptos, como lo escribí oportunamente, no eran gratuitos, ya que resulta fácil descubrir, en las horas actuales de crisis del panamericanismo (Malvinas, deuda externa, intervención en Centroamérica), la conveniencia de invalidar su doctrina integracionista de los pueblos latinoamericanos y el sueño de su unidad para enfrentarse a los poderosos.

Con sus defectos y virtudes todos los soldados de la libertad merecen el reconocimiento. Es cierto, apenas natural en la condición humana, que se dieron diferencias, y más tarde, la lucha por el poder determinó separaciones en razón de las ideas particulares de cada uno sobre la nacionalidad, el Estado, el manejo de la economía, las finanzas y la política. Pero, en su conjunto, en los momentos decisivos de la lucha por la libertad y la independencia, todos fueron dignos y grandes, especie de centauros que desafiaban espesuras y obstáculos para acosar al enemigo común.

Complicada tarea la de prologar un libro que intenta encontrar causas racistas en desventurados desenlaces de la vida de próceres de nuestra independencia. Y no es que no pudieran existir en un conglomerado heredero de una organización social clasista, discriminatoria e inhumana que mantenía a los propios hombres en la condición de bestias o esclavos por el simple color de su piel sino porque se involucra a un personaje como Bolívar, víctima más bien, en este aspecto, de sus detractores.

El ensayo de Juan Zapata Olivella no se limita a cantar las proezas de sus héroes favoritos. También pretende descubrir en sus infortunios un origen discriminatorio. Estas conclusiones arriesgadas no son nuevas. Sin embargo, hasta ahora sólo los antibolivarianos se habían atrevido a pisar esos terrenos. Cosa distinta en Zapata Olivella, inteligencia divorciada de los prejuicios y las nimiedades lugareñas.

Juan Zapata Olivella relata la historia con soltura, como si se tratara de sucesos convividos. Sus personajes aparecen de manera espontánea, libres del rigor de los ficheros. A medida que la revolución camina salen a la escena como si estuvieran esperando turno. Yo estaba, por ejemplo, en plena batalla en Cap Francais, al lado de Dessalines y de sus soldados negros, y no supe en que momento volvió a aparecer el indómito Piar. Zapata Olivella cuenta el pasado de los suyos con tanto arrobo que contagia el entusiasmo e impregna fantasía. En su prosa la epopeya ensancha horizontes y los idearios rebasan a los sueños. Su libro es un testimonio escrito con cojones, para decirlo a la manera costeña, aunque la visión se empaña a veces por el dolor de la raza.

Yo no puedo decir que la versión de Juan Zapata Olivella sea incorrecta, ni tampoco guardo silencio lisonjero. Por eso pienso que lo mejor sería

mantener un diálogo de amigos, como tantas veces lo hemos hecho, aunque esta vez sea imaginario. Y como lo inician los decimeros de su tierra, pongo el pie forzado:

**J.C.H.** No puedo resistir la tentación de provocarte, Juan, para decir que pecas de ligereza y candidez en tu juicio sobre Bolívar en los casos de Piar y Padilla. Te enredas en apreciaciones de autores poco simpatizantes de Bolívar, y le sacas el cuerpo a la objetividad histórica. En nuestros días la grandeza de Piar y de Padilla en sus momentos estelares, desafía el tiempo. Y si Bolívar fue extremo en sus sentencias hay que volver a su instante para saberlo interpretar. Cuántas veces, yo que cargo con la fama de bonachón, le he reprochado a Bolívar su tolerancia con los desintegradores de la Colombia unida de Angostura...

**J.Z.O.** No se trata de ligereza sino de una prueba que va más allá de la coincidencia. ¿Cómo puedes explicar que los tres colosos untados de sangre africana, después de estampar en los cielos de América sus hazañas concluyeran dramáticamente sus vidas sin poder superar el abismo de la desolación?

**J.C.H.** También tengo mi pregunta: ¿Acaso el Coronel José Bolívar, el campesino y llanero de pura cepa que hacía de guardián de Padilla en la noche septembrina, no fue asesinado alevosamente por el grupo de señoritos conspiradores “blancos”? ¿Y quién puede decir que fue un crimen racista?

**J.Z.O.** Se trata de sucesos distintos. Ya he conceptuado que no es fácil escribir la historia si los hechos no se ponen en su orden. Muchas veces en el misterioso mundo de las pasiones algunos culpables se exoneran mientras los inocentes cargan con las culpas. A Piar, por ejemplo, no se le mira bien por su condición de bastardo y por su obstinación desesperada de triunfar y de ser el primero entre todos.

**J.C.H.** Bueno, pero O'Higgins, Dessalines y Obando fueron bastardos, y ¿quién duda de los afanes de Bolívar por ser siempre la cabeza y cuidar de su gloria?

**J.Z.O.** Realidades imaginarias, o testimonios ciertos, no cabe duda para mí, que la condición parda de Piar le creó resistencia, malquerencias, y hasta alternativas difíciles a su liderazgo insuperable. Y no sólo lo digo yo, sino muchos historiadores.

**J.C.H.** Es eso lo que me preocupa. Porque tus citas son de Juan Bosch, autor reincidente, poco simpatizante de Bolívar y apologista de Boves. Y digo reincidente porque el ilustre expresidente dominicano y amigo de la Revolución Cubana parece no haber apreciado la admiración y culto que se profesaba en Cuba por el mensaje revolucionario y antiimperialista de la obra y el pensamiento bolivarianos.

**J.Z.O.** Explica eso mejor...

**J.C.H.** Tengo en mi poder los dos libros de Bosch, en los cuales expone su tesis: “Bolívar y la guerra social”, editado, como corresponde en estos casos de desafecto bolivariano, en Buenos Aires, y “De Cristóbal Colón a Fidel Castro –El Caribe Frontera Imperial”, publicado por la Casa de las Américas, de La Habana. Resulta interesante observar que el autor por lo menos tiene el cuidado de informarle al lector, en el primero de sus libros, que escribió de prisa y sin contar a la mano con bibliografía apropiada; y, en el segundo, la bibliografía, para el caso de Colombia, se reduce a la **Historia** de José Manuel Restrepo. Los demás libros compilados en la bibliografía, son de autores europeos o norteamericanos. En sus dos ensayos el personaje favorito de Bosch es el tristemente célebre Boves. Apenas si Bolívar se puede comparar con él. Ni Piar, Montilla, Bermúdez, Soubllette, Páez o Santander tienen esa importancia. Recuerda sus palabras: “Boves, guerrero impasible y extraordinario, y jefe superior de las fuerzas militares del rey en la hora de su liquidación en el Caribe» (pág. 267) “...dos jefes de Venezuela: Boves, el jefe de la masa popular, y Bolívar, el de un ejército eficiente, pero sin pueblo...”. Para él nada más los soldados de Boves eran pueblo.

**J.Z.O.** Debo aclararte, antes de que continúes, que no comparto los conceptos de Bosch sobre Boves. Nadie como yo, oriundo de la tierra en donde se inició la Campaña Admirable, puede dudar del origen social de los soldados de las riberas del Magdalena. Bolívar salió de Cartagena con

doscientos hombres, y entra a Venezuela con miles. Y esos miles no eran mantuanos, porque los mantuanos vivían en Caracas. Fueron los campesinos negros, mulatos, mestizos y triétnicos de la llanura costeña. Bolívar era su pueblo. O, como dijera Martí, la América Latina, al estremecerse al principio del Siglo XIX, se hizo hombre, y fue Bolívar... y no es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. Comparto, en este sentido tu punto de vista.

**J.C.H.** Para ponernos de acuerdo, hagamos el resumen de la tesis de Bosch: Boves no fue el jefe de tropas vandálicas que pretendían mantener el estatus colonial, sino el glorioso caudillo de una guerra social de negros, mulatos, indios y pobres contra mantuanos, ricos y blancos que pretendían la independencia. Por ser español, digamos europeo, según él, era valiente y esforzado. Este planteamiento dogmático de Bosch invalida la importancia revolucionaria de la independencia, y su significado en el avance social de nuestros pueblos.

**J.Z.O.** Lo que quieres decir es que hay una confusión en la tesis de Bosch.

**J.C.H.** Naturalmente, porque los ideales de la independencia eran los revolucionarios en su momento histórico. Digamos, para ser más exacto, que lo han sido siempre. No importa en manos de quienes estuvieran. Lo que interesa no es el origen social de cada quien, sino la bandera que enarbolaba. Como Bolívar, Fidel Castro, sea el caso, era hijo de hacendado. Pero ambos abrazan la doctrina de la revolución, cada uno en su tiempo y con objetivos particulares. Boves y sus secuaces sanguinarios defendían al rey de España. Vale decir, al colonialismo y al vasallaje expoliador del establecimiento. La aversión de Boves por los insurgentes criollos no puede entenderse en razón de su clase social, sino por la simpatía y adhesión de estos a la causa de la independencia. Boves no degollaba a los españoles, que eran la encarnación del poder y los privilegios, sino a los independentistas.

**J.Z.O.** Pero lo que has querido discutir conmigo no es la tesis de Bosch sino la mía sobre el problema racial en los juicios de Piar y Padilla...

**J.C.H.** Es que para mí, y de acuerdo con tus citas, tienen un mismo origen. Bosch, en su último libro resume así la muerte de Piar: “En octubre de 1817 había fusilado (Bolívar) al general Piar porque éste amenazó iniciar otra vez la guerra social”. Y más adelante interpreta el paso de los Andes, la gran marcha a la Nueva Granada que todos los historiadores atribuyen, como así fue, a la insistencia de Santander, como una simple maniobra fríamente calculada por Bolívar para sacar a los soldados de la Guerra Social de su territorio y ponerlos en desventajas en un país extraño (pág. 257). El criterio de Bosch sobre la muerte de Piar se desprende de su tesis central, hasta el punto de imaginarlo como posible continuador de la obra de Boves.

**J.Z.O.** Yo no dudo de Bolívar como un revolucionario, visionario del destino de nuestra América e intérprete de su pueblo. Precisamente, en su Carta de Jamaica habló de una nueva raza americana distinta a la europea, y apenas regresó de Haití cumplió con su palabra al decretar la libertad de los esclavos negros. Y más tarde en la Nueva Granada y el Perú le entregó la tierra a los indios. El propio Bosch reconoce en su primer libro que ni Lenin fue tan lejos al declarar todas la tierras de propiedad del Estado como lo hizo Bolívar en 1814.

**J.C.H.** Es bueno que hayas recordado ese concepto, y aprovecho para citarlo textualmente del libro “Bolívar y la Guerra Social”, (pág. 85); “No podría darse una legislación más revolucionaria e igualadora. Ni siquiera Lenin, cien años después, se atrevió a declarar al tomar el poder, que toda propiedad pertenece al Estado”. Sin embargo, y de inmediato, Bosch invalida toda la importancia de la medida porque Bolívar era hijo de ricos. Por otra parte, Bosch ignora olímpicamente al Bolívar político, precursor del antiimperialismo y padre de los ideales integracionistas. No sé qué piensa el doctor Bosch de Engels, rico e hijo de rico. De Engels se cuenta esta anécdota. Alguna vez le reprocharon su manera de vestir y lo llamaron “dandy”. Y replicó: “El mismo cuidado que pongo en mi vestir es el que derrocho para defender los proletarios del mundo”.

La verdad es que Bolívar nos pertenece. Pertenece a la América Latina revolucionaria. Y mucho daño le hacen a Bolívar, como a nuestros pueblos, los que desfiguran su imagen de revolucionario. En este caso hay que involucrar a nuestras burguesías como a los escritores al estilo

del doctor Juan Bosch. Hay que arrebatarse a la clase económicamente dominante, dice el historiador cubano Francisco Pividal, el Bolívar guerrero sin contenido social para entregarle al pueblo el Bolívar revolucionario que lleva en su corazón; aquel que legisló sobre el derecho de los indios, la libertad de los negros, la educación popular y que consagró el Congreso de Panamá a defender las masas empobrecidas de nuestra América, frente a las pretensiones expansionistas del monroísmo y el panamericanismo.

**J.Z.O.** Correcto. La calentura no está en la sábana. Pero insisto en volver a mi problema.

**J.C.H.** Está bien. Y te recuerdo que en tu alegato sólo ofreces indicios y supuestos subjetivos. Pero no hay ninguna mención de que en el proceso contra Piar se tuviera en cuenta su condición de mulato. Por el contrario, tú tienes que defenderlo de las acusaciones que le hacían de renegar de su origen.

**J.Z.O.** Es cierto que a Piar se le acusa del delito de insubordinación, de conspirar contra la jerarquía, de alterar la tranquilidad pública y hasta de sedición y desertión. Era un momento difícil en el campo de la disciplina. Y alguien tenía que ser sacrificado en ese ajedrez de intrigas, ambiciones y manipulaciones secretas. Muchos eran culpables, como lo fueron después, en la desintegración de Colombia. El caudillismo regional se ofrecía como instrumento de discordia, y alguno debía expiar culpas. ¿Y por qué recae el designio en el General Piar?

**J.C.H.** Todo tu reclamo es correcto, pero ¿por qué acudes a las gratuitas deducciones de Juan Bosch, si en el párrafo siguiente mencionas al norteamericano Juan Irvien, con versión distinta, de tipo eminentemente política?

**J.Z.O.** ¿Entonces no debemos enjuiciar los sucesos raciales de nuestra historia?

**J.C.H.** Claro que sí, pero creo que en el análisis histórico debe anteponer el cerebro al corazón. Y en este caso lo que me preocupa es la

implicación de Bolívar. Porque tus sugerencias, en lo del juicio a Piar dejan dudas y se contraponen a tus conceptos en el capítulo que le dedicas a Petión.

**J.Z.O.** ¿Puedes explicarte mejor?

**J.C.H.** En la cita que haces del historiador venezolano Paul Vera hablas del Bolívar anti-esclavista y anti-racista, que toma forma definitiva e irreversible, desde su salida de Haití en 1816. Allí te olvidas de las temerarias suposiciones de Bosch, para atenerte al testimonio histórico. Hasta recuerdas la segunda expedición, de la cual forman parte mil voluntarios negros haitianos, los decretos de liberación y los discursos sobre la igualdad ciudadana.

**J.Z.O.** No puedo negarlo. Aunque toda la gesta de la independencia me apasiona, este período desborda mi gratitud. A veces regreso en el tiempo para estar cerca de Petión y compartir su alegría. Me lo imagino embriagado de júbilo leyendo las cartas de Bolívar que le hablan de los decretos en favor de sus hermanos de raza. Es que más allá de mi herencia étnica, toda supresión de diferencia racial es para mí un triunfo de la civilización.

**J.C.H.** El racismo es lacra de la humanidad, su más horrible mancha. Todo lo que se haga para poner fin al racismo es valedero. Pero hay que tener cuidado en distinguir donde termina la posición defensiva. El hombre es uno solo. La organización social determina los prejuicios para su conveniencia. Eso no quiere decir que la cuestión deba reducirse al monismo de la lucha de clases. Porque hay luchas reivindicativas que también tienen que ver con las etnias...

**J.Z.O.** Conozco las observaciones de los sociólogos latinoamericanos porque las leo en tu Revista Desarrollo Indoamericano. Además la realidad es palpitante y sobrepasa los esquemas rígidos. Cada vez más los pueblos se movilizan para defender su cultura, sus religiones, sus costumbres y su idiosincrasia. En esta está incluida la cuestión racial.

**J.C.H.** Insisto en que el racismo hay que denunciarlo en donde aparezca, pero sin hacer racismo.

**J.Z.O.** No discuto lo anterior, porque estoy de acuerdo. Mi lucha es contra el racismo, y en esa jornada todos debemos estar unidos. En este sentido cada día es necesario aclarar las cosas para evitar las confusiones...

**J.C.H.** Eso está bien. Por eso no entiendo mucho que cites complacido a Bosch cuando comparas las atrocidades de Boves con las hazañas de los revolucionarios haitianos. Por el contrario, eres correcto y acertado cuando, sin justificar los extremos de Dessalines, pones al descubierto la hipocresía del mundo blanco que se horrorizaba por desatinos muy propios de las convulsiones revolucionarias, pero siempre supo callar durante siglos de genocidios, humillaciones y sufrimientos de cientos de miles de esclavos negros.

**J.Z.O.** Es que siempre se han dado esas actitudes falsas, y se hace indispensable aclarar las cosas...

**J.C.H.** El estudio sobre Petión es un bello canto a un gran latinoamericano y caribeño...

**J.Z.O.** Es que Petión es un hombre de proyección continental. No sólo se muestra como el auténtico fundador de la República haitiana, sino como benefactor de la revolución latinoamericana. Porque, además del respaldo reiterado que le presta a Bolívar y a la independencia suramericana, hay que tener en cuenta que estuvo dispuesto a ayudar a Santo Domingo, país que consideraba hermano.

**J.C.H.** He gozado mucho leyendo tu semblanza de Petión. Aunque, para ser exacto, lo mismo me sucedió con los otros estudios. Mas, después de terminar la lectura de los originales, y pese a las observaciones mencionadas, pienso que el libro debería llamarse, Bolívar, Piar, Petión y Padilla. Porque en tus relatos el Libertador está presente en cada una de las historias, de brazo de los protagonistas, en los instantes dignos del recuerdo patrio. En los momentos estelares de tus personajes, colocas a sus lados al genial Bolívar, si bien tu entusiasmo rebosa cuando le sigues la pista en Haití en procura de la amistad y respaldo de Petión. Eso deja en claro tu bolivarianismo ligeramente perturbado por las gafas ahumadas que te presta el doctor Bosch.

**J.Z.O.** Más que los elogios me gustaría seguir escuchando tus críticas. Bolívar decía que la verdadera amistad no puede buscarse en la adulación sino en la crítica constructiva y consejo apropiado...

**J.C.H.** Bueno, entonces debo agregarte, no obstante no tener nada que ver tú con los historiadores de bragueta, que tantas páginas han escrito sobre las andanzas donjuanescas del Libertador, que no había necesidad de mencionar las hipótesis sobre las desgracias amorosas de Petión, o las rivalidades mujeriegas entre Padilla y Montilla.

**J.Z.O.** No te olvides que detrás de cada hombre famoso hay una mujer. Y, además, eran hombres.

**J.C.H.** Es cierto, pero hay tanta realidad ejemplar en el pensamiento y obra de esos libertadores... Además, y para el caso de Padilla, me temo que puedes entrar en la lista **negra** de los movimientos feministas...

**J.Z.O.** ¿Y eso por qué? ¿Por el color de mi piel?

**J.C.H.** No, por lo machista: mientras te deleítas con sus conquistas amorosas y ponderas su figura apolínea, compartes su despecho por la supuesta infidelidad de su esposa.

**J.Z.O.** Costumbres de la época...

**J.C.H.** Y lastres hereditarios del presente... Pero, en realidad, lo que me preocupa es que, como en el caso de Piar, tus fuentes bibliográficas sobre Padilla han sido, precisamente, de antibolivarianos recalcitrantes. Tengo a mi lado media docena de libros escritos sobre Padilla, pero tú apenas citas a los alineados en la discordia de la lucha por el poder.

**J.Z.O.** ¿Puedes explicarte mejor?

**J.C.H.** Digamos, el historiador momposino Carlos Delgado Nieto. Este autor es pro septembrino. Justifica la conspiración y el premeditado

y fallido asesinato. No sólo llama a Bolívar déspota y medroso, sino que recoge versiones falsas sobre su escondite en la noche amarga con un definido propósito de ridiculizarlo (pág. 175 y ss. de su libro *Maza y Padilla*). Una línea de conducta parecida sigue José M. de Mier, en su libro *Padilla*.

**J.Z.O.** Pero no pueden esconderse los errores de Bolívar, ni mucho menos los desaciertos en esos días...

**J.C.H.** Naturalmente, si hasta el mismo Libertador los reconoció, antes de su muerte. Por cierto algunos de ellos mencionados en su estadía en Barranquilla. Pero hay que ser objetivo y dejar a un lado las pasiones. Claro está que no pretendo despreciar el esfuerzo intelectual de estos investigadores. Sea el caso del propio académico José M. de Mier, con su muy completa compilación de todos los documentos relacionados con la *Acción Granadina en la Batalla de Maracaibo*, publicada por el Banco Popular en un volumen titulado *El Almirante Padilla*.

**J.Z.O.** ¿Y tú, como político, cómo puedes pedir desapasionamiento?

**J.C.H.** En esto tienes razón. En la actividad política surgen entre sus protagonistas efectos parecidos a los de los aficionados del fútbol. Llega un momento en que los ojos se ciegan y sólo se ven los defectos del contendor, nunca sus virtudes. Por ejemplo, aquí tengo también el libro *El Almirante Padilla*, del santandereano Jesús Torres Almeyda, propiciada por “El Tiempo”. Se trata de un estudio bien documentado, pero instigador de rivalidades y temerario en los juicios. Según dicho autor (pág. 162) Bolívar propiciaba y quería la desintegración de la Gran Colombia. Es algo paradójico: los historiadores piensan que Bolívar y Santander nacieron para entenderse, y fueron separados por los aduladores, atizadores y chismosos. Sin embargo, ellos siguen echándole leña al fuego.

\*\*\*

Para ser correcto debo decir que en el trabajo de Juan Zapata Olivella ante todo prevalece la narración poética, el homenaje sentido, más que el texto riguroso. Piar, Petión y Padilla son sus **chachos**, como dicen con gracia sus coterráneos. Al cantar sus glorias aflora el sentimiento ancestral.

Además de libertadores, como fueron, los ve también morenos, como eran. Y eso está bien. Porque así como agrada e identifica el paisanaje, el color de la piel determina valores solidarios. Mas aún cuando los que sobresalen provienen de grupos raciales discriminados. Si me he permitido el diálogo imaginario ha sido para intentar aclarar, a la luz de la verdad histórica, el verdadero sentir de Bolívar.

Conocidas son las expresiones del Libertador sobre tantos errores propios de la condición humana. Tal vez la frase más elocuente de revisión de un pasado de pasiones y equívocos, es la escrita en Barranquilla, en una de sus cartas: “El no habernos entendido con Santander nos perdió a todos”.

Pero al dejar a un lado esos tristes episodios brota el legado de vidas y acciones al servicio de la más valiosa de las causas: la de la libertad de los pueblos y la independencia de la patria.

Piar fue el soldado intrépido, el luchador incansable. Petión, el organizador de una patria libre, con mirada extendida en el amplio horizonte americano. Justo, revolucionario y estadista, amaba a su pueblo más que a sí mismo.

Padilla es el héroe de los mares. Después de sus jornadas gloriosas quiere mantener a su gente en vigilia, para cuidar las costas de la patria americana. Es la bondad y la confianza. No entiende mucho de los enredos de la política. Por eso dedica lo mejor de su tiempo a propiciar la amistad entre Bolívar y Santander. A la larga lo arrastra el turbión. Y tal vez, sin quererlo, queda en uno de los bandos. El mundillo de los antagonismos localistas lo aprisionaba. Sus rivalidades con Montilla lo colocan en situación desventajosa. Y una noche de desdicha aparece con una espada que no le pertenece.

Muchas pueden ser las interpretaciones que se le de a los insucesos. Pero, por encima de todo, y para conveniencia de la Patria, siempre deben estar presentes los conceptos de sus protagonistas en los momentos dignos de recordarse: para Bolívar, Padilla era el “hombre más importante de Colombia”, y para Padilla, Bolívar es el “grande en la política, en la ciencia del gobierno, en la guerra. Su nombre lo encierra todo”

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, enero de 1986

Puerto Príncipe, Enero 23/86

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Barranquilla

Me acaban de llegar los originales del prólogo con tu carta donde me dices que tengo libertad para enmendar o corregir, especialmente lo que tiene que ver con lo que me corresponde del diálogo imaginario.

Sobre el particular te hago saber que no tengo nada que quitar o agregar porque tu prodigiosa imaginación desborda cualquier límite dentro el rigor de las exigencias de la disciplina histórica. Sé que mi libro es polémico y poético.

El prólogo es magnífico pese a tus tremendas arremetidas contra el expresidente Bosh, de frente, y sin ninguna misericordia, como debén ser los enfrentamientos por las verdades históricas.

Te olvidaste de Martín Luther King. Lástima que esté ausente de nuestro diálogo.

Un fuerte abrazo,

JUAN ZAPATA OLIVELLA  
Embajador de Colombia



# LA GESTIÓN MUNICIPAL

Con el sugestivo nombre de La Gestión Municipal, los investigadores Orión Alvarez y Aristides Meneses han escrito un nuevo ensayo sobre una materia que ellos dominan, y sobre la cual publicaron libros en años pasados: la administración pública.

La descentralización municipal con participación democrática de la comunidad es el tema del día en Colombia. En un país de estructuras rígidas y poco dado a los cambios fundamentales en sus instituciones tradicionales, normas jurídicas y sistemas de gobierno que hace tiempo se practican en países vecinos, se reciben con temor y exagerada expectativa por los que detentan el poder económico y se oponen a las innovaciones.

Mucho se habla de la Constitución centralista que rige al país desde hace ya más de un siglo, pero en los momentos en que se intentan modificaciones, el conservadurismo ofrece ramilletes de gratuitos comentarios para estorbar las reformas, aunque en realidad ellas sean tímidas. Incluso, como sucede en el caso presente, en la propia periferia maltratada por el rigor del poder central, las voces discordantes de los que presumen recortes de sus privilegios individuales se unen al coro de los intérpretes de la inmovilidad.

Para los doctores Alvarez y Meneses –y tal vez con bastante optimismo– en Colombia se inicia una era distinta a la que ha prevalecido desde 1886. Nada puede decirse a ciencia cierta sobre resultados, pero el sólo hecho de abrir posibilidades a la autonomía regional es de por sí un acontecimiento digno de confianza. Por los campos de la interpretación del atraso, el centralismo se enjuicia como causa y efecto del subdesarrollo y

la dependencia. En el marco de la historia de los pueblos latinoamericanos, la metrópoli dominante tuvo el cuidado, desde la época colonial, de localizar sus centros estratégicos de distribución de mercancías o de exportación de productos primarios. Las capitales y ciudades importantes respondieron a una red de acomodados con mirada fija hacia Europa, ajenas a las conveniencias continental, nacional o local. Esta modalidad se extendió en el tiempo republicano y sigue inmersa en la estrategia del modelo de desarrollo hacia afuera que, con tanto entusiasmo, defienden las agencias internacionales de crédito y sus partidarios internos. No ha sido, pues, gratuito el centralismo, ni mucho menos espontáneos sus resultados: como se explica en los manuales sobre desarrollo, los países subdesarrollados se caracterizan por la carencia de integración, situaciones macrocéfalas, "polos" de crecimiento en medio del abandono y restringida participación popular.

La autonomía municipal se pregona desde mucho tiempo atrás. Hace treinta y cinco años, el Cuarto Congreso Interamericano de Municipios, reunido en Montevideo, aprobó una resolución sobre la necesidad de que la autonomía municipal estuviese consagrada por las Constituciones de todos los Estados. Los países latinoamericanos, dice Carlos Ruiz, han avanzado mucho por la vía del reconocimiento de la personalidad municipal. Lo novedoso en el caso colombiano es la elección popular de los alcaldes y la amplitud en la gestión administrativa. "El Municipio es una de esas instituciones que resultan inexplicables sin el empalme de lo administrativo con lo social". Hasta ahora, puede decirse, dichos supuestos no se cumplían. La vida municipal ha sido raquítica y menesterosa. Es a la condición que la somete el crudo centralismo, que maneja su existencia desde fuera y en forma caprichosa. Por eso, con sobrada razón, los autores del libro pueden darse el lujo de afirmar que la no subordinación del alcalde a un superior jerárquico y su elección por el voto de los ciudadanos, aunque pueda fomentar tiranías locales, ellas deben ser preferibles a la jerarquización estéril prevaleciente.

Ese punto de vista es de suma trascendencia para evitar decepciones prematuras. Ciertamente nadie puede esperar milagros. Lamentablemente la elección de alcaldes se llevará a cabo bajo el predominio y el patrocinio de costumbres que no son muestrarios de virtudes democráticas. Tal vez en la mayoría de los municipios serán los mismos grupos, que antes recomendaban a los gobernadores los nombramientos de alcaldes,

los que impondrán a su antojo y al dedo –como se acostumbra a decir en el argot electoral– los candidatos. Pero de todas maneras, existirá, por lo menos, la posibilidad del recurso de la comunidad para ejercer su voluntad en cualquier momento de insurgencia. Ya se sabe de algunos casos en que la ciudadanía ha reaccionado y se propone ejercer sus derechos. Con el tiempo, y a medida que prosperen reformas económicas, políticas y administrativas que liberen al elector de la miseria –que obliga a la venta del voto– o, del nombramiento engañoso en el puesto público, los resultados de la nueva legislación, de seguro, serán provechosos. La crisis institucional de la América Latina, comenta Fernando Albi, es simplemente la consecuencia de la falta de armonía entre el ambiente y la realidad jurídica, entre la ley y el medio en que la misma debe aplicarse.

Si en el pasado la autonomía municipal fue un reclamo valedero, en nuestros días hay que apreciarlo como imperativo ineludible en la búsqueda del desarrollo armónico geográfico. El Estado moderno, observa Maxime Leroy, es demasiado vasto, demasiado pesado, demasiado alejado de las necesidades inmediatas que requieren “de un organismo jurídico más próximo, más en contacto con los problemas locales, en condiciones adecuadas para atender debidamente todos aquellos que son consecuencia del contacto vecinal”. Podría tomarse como ejemplo el descuido y deterioro de los acueductos, que fueron manejados por organismos centralistas localizados en las capitales de los departamentos, y a su vez dependientes de un Instituto con sede en Bogotá. Naturalmente ese manejo a distancia esquivo el rigor de la vigilancia y de las exigencias de los vecinos. Por el contrario, la directa administración por agentes que necesitan del respaldo electoral, presupone mayor atención e interés de servicio.

Tal vez el aspecto más interesante de las reformas municipales es el papel definido que le corresponde a la política. Siempre se ha dado una interpretación un tanto nebulosa al encargo de los municipios, e incluso de los concejos, a quienes se les atribuyen funciones más administrativas que políticas. La elección de alcaldes introduce claridad y otorga preponderancia al quehacer político. Lo que permite suponer, que en la nueva vida municipal habrá “conducta de gobierno –aspecto político– y acción de gobierno”, vale decir, función administrativa.

Sobre la participación política y administrativa, la planeación, el control, la fiscalización y la descentralización en general, trata este nuevo libro.

Está escrito en un estilo eminentemente pedagógico y bajo el respaldo de un correcto razonar sobre materias que tanto importan al país: la descentralización y la participación democrática.

No es un trabajo más en la abundante literatura sobre el tema; es una síntesis afortunada enriquecida con comentarios doctrinarios. Las recientes medidas que fortalecen el área municipal han servido de estímulo a tratadistas y críticos. Periódicamente la prensa publica análisis y opiniones, y varios son los volúmenes que circulan, cuyos autores explican los alcances de las leyes. No obstante, después de leer el opúsculo de los doctores Alvarez y Meneses, se hace necesario conceptuar que su carácter didáctico lo convierte en una especie de cartilla de uso obligatorio para los agentes responsables de la administración municipal, si es que en verdad a ellos les anima el propósito de utilizar las herramientas jurídicas que les ha concedido el legislador en sus territorios, en la gran apertura revolucionaria, descentralizadora y democrática que se presume y anhela.

La elección popular de alcaldes que, por cierto, llega con retraso a Colombia, sigue siendo motivo de polémicas: por un lado, los sectores progresistas que la patrocinan; por el otro, los adeptos al anquilosamiento, que temen a la consulta popular.

Hay que lamentar, sin embargo, que los decretos reglamentarios introdujeron conceptos que pueden entorpecer o limitar el mandato popular. No puede haber más o menos autonomía, así como no hay esas modalidades en el derecho de personalidad... Se tiene o no se tiene personalidad, conceptúa Francisco Carrera Justiz. Podría resumirse como lo hacen los tratadistas de la autonomía municipal, que su esencia descansa sobre el trípode de la elección popular del legislativo y ejecutivo, la capacidad presupuestal para atender las inversiones y gastos, y la facultad para la administración de los servicios públicos y actividades económicas productivas, o de interés de los vecinos.

Por eso sería incomprensible que se dieran pasos atrás en las loables conquistas de la democracia y la descentralización. Por el contrario, y como ya es motivo de preocupación por parte de dirigentes municipales, lo que más debe importar ahora es la búsqueda de mayores amplitudes en la célula municipal, con el objeto de evitar que las nuevas conquistas se circunscriban a la cabecera municipal, con descuido y perjuicio de los

corregimientos, caseríos y veredas, vale decir, del área rural del municipio. Es éste un tema de singular importancia que debe involucrarse, con más vigor, en las normas municipales, e incluso en leyes y decretos. Porque si es cierto que la ley establece porcentaje en la distribución de ingresos de algunos impuestos, también lo es la existencia de un tradicional centralismo en el propio municipio que opera desde el núcleo urbano en contra de la periferia rural. De ahí que se haga necesario propiciar la organización defensiva de los corregimientos y caseríos. Por ejemplo, la distribución de los recursos propios municipales, los auxilios especiales y los aportes que fija la Ley, deben distribuirse en los programas de desarrollo social —acueductos, alcantarillados, parques, colegios, etc.— bajo una rigurosa racionalidad que garantice el provecho equitativo en los ámbitos urbano y rural.

Otro aspecto complementario en la expectativa municipal serían los planes descentralistas de la autoridad departamental. Hasta ahora la actividad económica se lleva a cabo, en la mayoría de los departamentos, en las capitales. Hay casos, como el del Departamento del Atlántico, donde la industria y el comercio establecidos en Barranquilla alcanza hasta el noventa y ocho por ciento del total de los negocios. El resto de las ciudades y pueblos cumple apenas el triste papel de centros dormitorio de una población que tiene que salir a trabajar a Barranquilla. Este fenómeno es aún más grave si se tiene en cuenta que los campesinos carecen de tierra pues ésta reposa en manos de propietarios ausentistas, sólo interesados en la ganadería extensiva.

En el área departamental, como sucede en lo nacional se ignoran los preceptos de la localización de la actividad económica: los productos que se cultivan en los municipios se llevan a la capital para ser procesados, aunque muchos de ellos regresan en forma de manufacturas a esos mismos sitios para su consumo. De gran beneficio sería que el Departamento, en sus programas de fomento industrial, se empeñara en facilitar la descentralización.

De todo esto, como ya se ha mencionado, trata este ensayo sobre La Gestión Municipal, escrito por dos estudiosos de los problemas regionales de Colombia, tal vez, y justo es reconocerlo, de los más autorizados.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, octubre de 1987



# EL PARLAMENTO POR DENTRO

Pradomar, Febrero de 1989

Dilecto amigo  
JORGE BISWELL COTES  
Bogotá

Me han hecho saber que estás escribiendo un libro sobre intimidaciones del Capitolio Nacional. Dicha información me complace sobremanera, porque nadie más que tú puede manejar la gracia y el detalle significativo para dar a conocer a los de afuera intimidaciones dicientes que ilustren y permitan valorar la importancia de la más representativa de las instituciones democráticas: el Congreso.

Hablo de tu ingenio y soltura, ya que en muchas ocasiones en la Universidad Simón Bolívar se ha recordado tu presencia y palabra en la cátedra pública, cuando en el esparcimiento de la inteligencia, deleitas a los oyentes, a través del relato oral, sobre las leyendas y costumbres del pueblo costeño.

Para el buen logro del proyecto te acolita la experiencia de periodista, la seriedad del crítico y el donaire en una prosa castiza.

No te imaginas, Jorge Biswell, el aporte que ofrecerás al país, en estos momentos de confusiones, con tu monografía.

A veces, como fruto de esta inversión de valores que se vive en el mundo de hoy, los medios periodísticos –la radio, la televisión y la prensa– se han descuidado un poco con los órganos legislativos, y apenas si dan a conocer ciertos sucesos, mientras la mayor parte de las noticias tienen que ver con la violencia, el sexo o las calamidades. Claro está que este mismo tratamiento restringido lo reciben también la cultura u otras manifestaciones del espíritu que en épocas pasadas eran merecedoras de una divulgación noticiosa más profusa.

Al concluir las sesiones del Concejo Municipal de Barranquilla en el mes de julio del presente año de 1988, me referí al tema de la desconfianza y apatía que algunas personas mantienen por los órganos legislativos, y dije que ellos no podían esquivar los efectos del deterioro que afecta a Colombia. Pero, contrario a lo que pueda pensarse, mi experiencia me permite opinar algo distinto: con más incidencia negativa, el desmedro de las costumbres, la moral y tantas otras cosas que tienen que ver con la conducta humana, parece afectar a otros organismos que antes fueron muestrario de cordura, creación intelectual, y honestidad y grandeza. En mi improvisación, que publicó en resumen El Heraldó, comenté: “A veces en los medios intelectuales, o indiferentes por la política, se juzga de manera exagerada y despectiva a algunas instituciones, digamos por caso, los concejos, las asambleas o el Congreso. No obstante, las cosas son distintas a lo que se piensa. Yo termino mi actividad en el Concejo como una experiencia alentadora, si la comparo con deslustres que merodean en los claustros universitarios en los últimos tiempos. Cuando estuve en desacuerdo, se respetó mi opinión, y se me refutó de frente, sin acudir al pasquín, o a la amenaza terrorista anónima, ni mucho menos al cartel público difamante, como se hace en las universidades, por parte de unos pocos profesores y estudiantes que abusivamente toman su vocería. Nadie respondió a mis favores con odios gratuitos, ni tampoco supe que persona alguna de los que se sirven de la institución intentaran dañarla o procurar su cierre. Son experiencias reveladoras en estos días de confusiones”.

Hombres como tú, Jorge Biswell, que han hecho del Capitolio una especie de segundo hogar en el desempeño de las funciones periodísticas, pueden convertir las anécdotas –que es la forma más apetecida de contar la historia– y la descripción sencilla y didáctica, en una cartilla cívica para nuestros niños que, como se suele comentar, a lo mejor cono-

cen a fondo el poder destructivo del átomo y a Superman, pero ni siquiera sospechan cómo funciona el Congreso. Periódicamente la televisión, que es la más responsable de la crisis, suele hacer reportajes entre los jóvenes con preguntas acerca de Bolívar, Santander o las fechas patrias, y casi no saben responder nada. Qué interesante sería que explicaras el funcionamiento de las comisiones, donde verdaderamente se trabaja, y el papel que le corresponde a las sesiones plenarias.

Todo intento que se haga, a mi parecer, para contrarrestar la desinformación de la cultura dependiente que nos agobia, es digna de reconocimiento.

Ante los propósitos del gobierno del Presidente Virgilio Barco, de reformar la Constitución Nacional en busca de basamentos jurídicos que propicien y respalden las profundas transformaciones políticas, económicas y sociales que el país necesita, se discute también, la reforma del Congreso.

Entre los asuntos propuestos por algunos parlamentarios, está el de la unificación de la Cámara y el Senado, y la reducción de sus miembros. Es esta, como otras, materia que debe analizarse con suma lucidez, si se tiene en cuenta la tradición democrática y los logros históricos: porque toda menor cantidad, aunque presuma de cualitativa, es elitista; mientras lo pródigo, sin pecar de exceso, asegura la pluralidad y la justeza representativa.

El tema de las dos Cámaras es antiguo. Por el origen de ellas, en épocas de la monarquía, en la Revolución Francesa se le pone fin, al decir de sus ideologías, puesto que la ley debe ser la voluntad del pueblo unificado. Eran los tiempos en que se iniciaba el ocaso de cámaras privilegiadas, escogidas por voluntad del soberano, por herencia o rangos especiales y aristocráticos que legislaban al lado de la de naturaleza popular. Pero, cuando es únicamente el pueblo el que escoge a través del voto, ambas cámaras gozan del mismo fundamento. Por el contrario, ante una sola cámara se corre el riesgo que a veces involucra la condición unípede. Para el caso colombiano la verdad es que nadie se atrevería a sostener que en una de las dos cámaras, el Senado o la Cámara de Representantes, sus miembros no sean el resultado de la representación del país con

sus distintas tendencias partidistas: liberales, conservadores, socialistas o comunistas.

Sin embargo, lo que más importa es que en medio del ambiente de transformaciones, se piense en realizar los cambios indispensables para otorgarle al Congreso un significado y una condición que responda plenamente a su responsabilidad de máxima institución democrática. Y nada más oportuno, Jorge Biswell, que divulgar, como te propones hacerlo, sus virtudes y defectos, sus limitaciones y grandezas.

Éxitos y adelante. Amigo,

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, febrero de 1989

# POR UNA RAZA Y UN PUEBLO

Carlos Calderón Mosquera es mi personaje inolvidable. Y no porque buena parte de la vida la hemos pasado juntos en toda clase de actividades, sino por su personalidad múltiple que obliga al recuerdo.

Desde la juventud universitaria compartimos ilusiones bajo el aliciente de los idearios de justicia social que pregonaban, Gaitán en la tribuna pública, y Antonio García en la cátedra. Casi todas las noches, cuando no estábamos en la Plaza de Bolívar al lado del pueblo delirante que aplaudía al mártir del 9 de abril, los cafés bogotanos—que entonces eran sitio obligado de estudio— nos albergaron, mientras leíamos los tratados de Economía y Derecho, con agradables pausas para discutir las tesis de Bolívar, Marx o Lasky. Naturalmente, el espíritu super dinámico de mi amigo no se contentaba con papeles pasivos, digamos por caso, de simple espectador o escucha. Siempre, en la primera oportunidad aprovechable, buscaba el sitio adecuado para encaramarse y también decir su discurso, inevitable arenga contra la oligarquía y el imperialismo, con final feliz de vivas a Gaitán y a Diego Luis Córdoba, este último vocero de los negros chocoanos en el Senado de la República. Esa era una faceta. Porque, ¡quién lo pensara!, más tarde, en el reposo de la mesa del café, cuando la lectura de las teorías económicas y las doctrinas jurídicas fatigaban, su prodigiosa memoria nos permitía escaparnos a la nostalgia y a los sueños, mientras recitaba versos de los poetas románticos.

Y ya en la madurez su polifacética expresión siguió presente en sus actos. Como se especializó en Londres, de allá trajo esposa y costum-

bres. Por eso, cariñosamente, sus amigos le llaman Lord. Nunca olvido su figura de explorador inglés, vestido de blanco, imperturbable, recorriendo en canoa las selvas chocoanas, con un paraguas en la mano izquierda y un libro abierto en la mano derecha, mientras sus compañeros planificadores abrimos los ojos para ver mejor el verde interminable del paisaje tropical. Sin embargo, apenas se arribaba a cualquier parte donde hubiese paisanos, allí estaba el orador redamando el derecho de su pueblo de disfrutar las riquezas minerales de sus suelos y elogiando la belleza de los ríos y de los montes tupidos, que nosotros habíamos contemplado mientras él leía a Keynes. Tal vez quien mejor retrataba su personalidad era doña Bárbara Mary Brown, la paciente compañera que encontró en Londres y le dio dos hijos en un hogar repleto de armonía, pese a las diferencias idiosincráticas. Una tarde en Bogotá, cuando los visitaba en compañía de Doña Anita –también, mi muy tolerante esposa–, doña Bárbara comentaba: “Yo no entiendo a Carlos. El se la pasa todo el día diciendo que quiere ir a Cuba a cortar caña como voluntario al lado de los seguidores de la revolución y de Fidel, pero aquí en la casa, cuando le solicito que recoja algún papel que deja caer al suelo, me contesta que le duele la espalda”.

\*\*\*

Ahora el abogado, economista y politólogo Carlos Calderón Mosquera quiere publicar su libro que lleva por título *Investigaciones Históricas y Temas Económicos*. Eso no resulta nada sorprendente para un hombre que ha trajinado por la historia colombiana de los últimos cincuenta años, y ha pasado buena parte de su existencia como fiel visitante de bibliotecas. Erudito, investigador, servidor público, catedrático, diplomático y tribuno, ofrece una hoja de vida fructífera. Ha sido Director de Censos, Contralor y diputado en el Chocó; asesor jurídico y económico del Ministerio de Fomento y de la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL; Gerente de la Zona Franca de Buenaventura, Cónsul General en Guyana y Director del Centro de Estudios Jorge Eliécer Gaitán del Ministerio de Educación. En la actividad docente tuvo a su cargo las cátedras de Economía y Derecho en las Universidades de Cartagena, Atlántico, Diego Luis Córdoba, Cauca, Libre, América y Santo Tomás. Como escritor y publicista es coautor de los Códigos Fiscales del Chocó y de la Contraloría General de la República y del volumen *Historia del*

*negro en Colombia. Publicó su libro Política Económica e Histórica de la Colombia y el Chocó de hoy y próximamente editará la Historia de la Economía Colombiana.*

\*\*\*

Tal debe actuar un negro que vive en un país con resabios excluyentes, el doctor Carlos Calderón Mosquera inicia este libro con un alegato en contra del racismo. Nos recuerda como los pueblos que ahora se consideran superiores fueron en el pasado víctima de discriminación por parte de los dominadores. Los romanos tildaban a los ingleses de esclavos perezosos; y estos, siglos después, sometieron a civilizaciones y culturas (China, India, Egipto, etc.), prepotentes del pasado. Ahora los científicos han demostrado que el hombre tuvo su origen en el África, precisamente el continente que más ha soportado humillaciones y atropellos por parte de sus descendientes europeos.

Y, como corresponde a su profundo humanismo, no hay en su prosa amargura ni despecho. Apenas recuerda el análisis correcto o la observación sabia y veraz de los grandes del pensamiento universal. O, como él acertadamente repite, no intenta romper, ni mucho menos imponer nada: tan solo expone. Lo que más importa es el presente y el futuro. Y en ellos tiene confianza. Parece repetir con el poeta: ya llegará el día en que la gota cristalina y pura se desprenda del lodo para alzarse nube en las alturas. Porque el autor cree en el destino de la humanidad, libre de prejuicios y de odios. Sobre todo en América Latina, donde la mezcla del indio, el negro y el europeo, habrá de producir el hombre cósmico, que soñará el argentino Ruiz Amado.

\*\*\*

En este libro Calderón Mosquera se muestra en la exuberancia de su genio y figura: optimista, soñador, polémico, bien informado. No obstante, por encima de todo prevalece el sentimiento del hijo fidelísimo enamorado de su tierra natal. Más aún, podría decirse que todo el discurso tiene como objeto la valoración de la tierra chocoana, y no sólo para inventa-

riar su prodigioso patrimonio natural sino en el más definido compromiso de defensa.

Lo dicho en el párrafo anterior lo resume el autor en una frase: Sólo quien estudia, investiga y piensa puede crear, construir y soñar. Aunque en verdad, el doctor Calderón Mosquera invierte el orden, ya que ante todo, es un soñador..

En su estilo de predicador y profeta el doctor Carlos Calderón Mosquera dice verdades. Entre ellas, una de gran actualidad: Sin justicia social, cultura y educación, la libertad económica es una mentira más de una élite usufructuadora exclusiva de beneficios. En nuestros días de apertura, neoliberalismo o librecambio, la tal libertad de mercado agudiza las diferencias sociales, facilita la concentración de la propiedad, entrega los recursos naturales a la voracidad de las multinacionales extranjeras y aleja al Estado de sus responsabilidades con la comunidad. Nuevamente el Estado es un estorbo para los privilegiados que detentan el poder. Pero, tal vez, donde más lejos se ha ido es en la entrega de los recursos a los extranjeros. Un episodio triste en la historia de la dependencia acaba de darse hoy 9 de agosto de 1993, cuando escribo estas notas. El presidente de Cuba, doctor Fidel Castro Ruz, ha llegado a Cartagena invitado por el Presidente de Colombia, doctor César Gaviria. Nada más natural, en la soberanía de un país y el respeto al derecho internacional, que un mandatario goce de autonomía para invitar a cualquiera otro gobernante, especialmente si considera oportuno ventilar asuntos de conveniencias para sus naciones. Sin embargo, las compañías que manejan la venta en Colombia de la gasolina declararon públicamente que no suministrarían combustible al avión que transportaba al Presidente cubano. Lo que quiere decir: una empresa extranjera humilla al Presidente de Colombia, el anfitrión, negándose a vender un producto colombiano, procesado por trabajadores colombianos, cuya materia prima, el petróleo, se saca de las entrañas colombianas.

Pero el autor de este libro no se queda en el simple análisis y en las críticas. También propone reformas y conductas que permitan superar la situación actual: entrega de la tierra a los habitantes del campo; participación del pueblo en actividades de los distintos sectores económicos; redistribución adecuada de las distintas zonas geográficas del país; control a las inversiones extranjeras; democratización de la educación, etc.

La versatilidad de Carlos Calderón Mosquera le permite pasearse con holgura y dominio por la historia del pensamiento económico y por la historia colombiana.

Temas de actualidad para todos los tiempos pueden leerse en su vibrante prosa. La Revolución Industrial, los problemas del desarrollo, la política crediticia y bancaria, los análisis regionales y universitarios, conforman el universo intelectual del autor.

Sin embargo, por más que pretenda mantenerse en vericuetos teóricos, a la larga el compromiso con la tierra lo rescata, y ahí está, para rematar la cruzada, el mensaje, lejos en la distancia y cerca en el sentimiento, que recoge *Cartas Chocoanas*, muestrario elocuente del vínculo, deber, afecto y gratitud con sus hermanos de siempre.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, agosto de 1993



# DIALOGOS CON LEONELLO MARTHE

## LOS ASPECTOS MEDICO JURIDICOS DEL ABORTO

Cuando Juan Zapata Olivella escribió la obra *Piar, Petión y Padilla, tres mulatos de la Revolución*, me mandó los originales para que hiciera el prólogo. Después de leer su apasionante relato redacté una página con tesis distintas a las del autor. En su libro Juan encuentra en el proceder de Bolívar, Urdaneta y otros próceres algo de racismo en lo relacionado con los juicios a Piar y Padilla. Hasta llega a compartir los conceptos de Juan Bosch que glorifican a Boves.

En una carta le insinué a Juan que buscara otro prologista, porque lo escrito por mí, cuya copia le adjuntaba, estaba en desacuerdo con sus puntos de vista. Entonces, el genial médico y escritor, que en esos días se desempeñaba como Embajador de Colombia en Haití, llamó por teléfono desde Puerto Príncipe, y me dijo: "Eso debe publicarse así, entre otras cosas, porque será la primera vez en la historia de los libros que el prologista contradice al autor".

Hace pocos días se festejó en la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, en Bogotá, la aparición de mi libro *Las Sorpresas de Tiempo*. La presentación estuvo a cargo del gerente de la Editorial Grijalbo, doctor Jorge Pérez. Como se acostumbra en estos casos, el discurso fue un examen laudatorio del contenido literario y del análisis económico que hago, franco rechazo a la estrategia librecambista o neoliberal.

Después de las mesuradas palabras del doctor Pérez a mí se me ocurrió solicitarle a don Roberto Carbonell, patriarca barranquillero residente en Bogotá y Presidente Honorario de la Asociación de Pequeños y Medianos Industriales, ACOPI, que expresara su opinión.

Don Roberto, hombre que habla como piensa, levantó la voz para calificar de insensato a todo el que estuviese en desacuerdo con la apertura y la estrategia llamada neoliberal.

Isidro Parra-Peña, Presidente de la Academia, que estaba a mi lado, me comentó al oído: “¡Hoy ha sido el día de la venganza de Juan Zapata Olivella!”.

Recuerdo estas dos anécdotas porque nada menos que el doctor Leonello Marthe Zapata, Vice Rector de la Universidad Simón Bolívar y compañero de trajines académicos e intelectuales en los últimos veinte años, cada vez que encuentra la oportunidad se refiere a mi libro *El Control de la Natalidad como Arma del Imperialismo* en términos poco solidarios. El doctor Marthe -sobresaliente conductor de la masonería barranquillera- no me perdona que el Jeraarca de la Iglesia Católica de entonces, Papa Pablo VI, promulgador de la encíclica *Humanae Vitae*, me enviara un mensaje-bendición después de leer la tesis que expuse yo en dicha obra. Y ahora, como para que no queden dudas de esa manera de ser del hombre del Caribe (desprevenido y mamador de gallo), me entrega los originales de su libro *El Aborto*, con la solicitud de darle concepto e incluirlo en la Colección que dirijo en la Editorial Grijalbo.

Lo interesante del asunto es que el autor se alinea del lado de los defensores del aborto, en coincidencia con voceros de las agencias internacionales de control familiar, e incluso buena parte de los argumentos los respalda con citas de autores neomaltusianos que fueron objeto de mis críticas.

Sin embargo, debo reconocer y distinguir: primero, que los razonamientos del doctor Marthe Zapata son eminentemente médicos, respaldados por valores respetuosos de la vida de las madres y de los más riguro-

# AVALUOS, MORAL Y ETICA

Cuando inicié la lectura de los originales de este libro pensé que me esperaban dificultades por lo poco familiar del tema. La complejidad de una materia eminentemente especializada y técnica ajena a mis disciplinas intelectuales, resultaba poco atractiva. Pero, bastante equivocado estaba. Apenas comencé a hojear **Avalúos de Bienes Urbanos**, pude comprobar que la experiencia era distinta: tenía en mis manos un estudio con un tema de fondo de palpitante actualidad, el de la ética profesional.

Porque nada más necesario en su máxima valoración que el conocimiento y el ejercicio de la moral. Y en todas las páginas de su magnífico ensayo, Elberto González Rubio mantiene presente el compromiso del evaluador con una conducta que responda a sagrados preceptos de corrección y veracidad.

Balmes solía sentenciar que la mejor guía del entendimiento práctico es la moral. Porque ella no puede entenderse, al decir de Durkheim, como un sistema de verdades abstractas que se puedan derivar de alguna noción fundamental sentada como evidente, puesto que pertenece al orden de la vida. Para González Rubio, por encima de los conocimientos profesionales –por cierto, muy indispensables en varias disciplinas del saber (economía, sociología, derecho, arquitectura, ingeniería, etc.)– en el peritazgo debe predominar el espíritu de un conjunto de normas consagradas en el Código de Etica del Avaluador. Sus palabras aleccionadoras, son: "Aunque el ejercicio avaluatorio pueden ejercerlo profesionales de diferentes disciplinas académicas, al participar en un género común de ellas debe, desde los ángulos ético y jurídico, ajustarse

a normas mínimas de conducta”. Lo que obliga a pensar que todo valuador ha de estar por encima de las tentaciones del favoritismo o de la parcialidad.

Recuerda el autor que en la Primera Convención Panamericana de Avaluadores, en 1949, en Lima, se aprobó el siguiente principio: El valor de todo inmueble, en un momento dado, es único, cualesquiera sean los fines para lo que es avaluado.

El precepto anterior es tan necesario, digamos por caso, en la Colombia de nuestros días, cuanto el uso y el abuso de lo contrario, es más bien lo común. En el territorio nacional las cárceles están llenas de alcaldes, concejales y otros funcionarios que han comprado y siguen comprando predios con dineros del erario público por muchas veces más de su valor real. De ahí la importancia –si se actúa correctamente– de acudir al profesional valuador, puesto que su misión no es la de fijar precio, sino la de calcularlo con fundamento de la evidencia y del análisis de la información obtenida. Porque nada más indigno, como lo enjuicia con énfasis el arquitecto e ingeniero civil González Rubio, que la colusión, al pactar o prestarse un perito para hacer daño a tercero.

En el asunto del precio del bien, o propiedad que se avalúa, meto un poco la cuchara, en mi condición de economista, para precisar definiciones. El autor, por ejemplo, hace saber que no pueden existir diferentes valores para una misma propiedad. Y esto es sensato. El valor es una cualidad inherente del objeto que le permite cambiarse por otro, de manera directa, o a través del símbolo dinerario. El precio, por su parte, representa la expresión monetaria o nominal del valor. Los precios pueden cambiar (inflación, especulación, efectos de la oferta y la demanda, etc.) pero el valor o cualidad intrínseca de la mercancía, siempre responderá a dicha especificación, aunque en el análisis interpretativo de su causa sean muchas las teorías expuestas, unas eminentemente objetivas como las del valor trabajo de los economistas clásicos ingleses y del marxismo alemán, y otras subjetivas y marginalistas, hasta la conciliación ecléctica. Por eso resulta equivocado hablar de avalúos (catastral, para remate, para expropiación, etc.) puesto que sólo puede existir uno, el que refleja el valor.

esos principios morales y, segundo, que se trata de un estudio completo, muestra de erudición y responsabilidad investigativa, de una máxima necesidad en los claustros universitarios.

La lectura del presente libro obliga al diálogo imaginario, tal como lo he hecho en otras ocasiones. Como entonces, pienso ahora que es el camino más adecuado para aclarar criterios.

Empiezo:

**J.C.H.** En el caso del aborto, como en el del control natal, debo dejar en claro la razón de los cuestionamientos. En la refutación al neomaltusianismo, sobre todo, me importaban dos asuntos: Uno, poner al descubierto la falacia difundida por las economías dominantes sobre las causas del subdesarrollo, al pretender trasladar la responsabilidad a las familias del mundo subdesarrollado por la ausencia del control natal; y otra, valorar en toda su importancia histórica el papel positivo que ha jugado en el despertar económico de los pueblos y en sus gestas emancipadoras, el adecuado crecimiento de la población. Ni más faltaba que yo me fuese a meter en la individualidad de cada uno, ni mucho menos en asuntos ético-religiosos.

**L.M.Z.** Siempre lo entendí así. El mensaje de su libro era eminentemente político con respaldo económico y social. Mis comentarios personales son, casi siempre, para gozar a costa de su disgusto. Porque yo sé muy bien que toda tesis tiene adeptos y adversarios.

**J.C.H.** Y hasta en algunos casos, las simpatías o las discrepancias pueden provenir de personas o instituciones doctrinariamente en desacuerdo. Por ejemplo, yo recibí la bendición papal, pero también reconocimientos de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

**L.M.Z.** Puedo decir lo mismo de mi libro. Sólo pretendo seguir la huella de la legislación mundial que, por encima del enfoque religioso, fundamenta el argumento de la defensa a la vida de la madre y del sagrado derecho de decidir en momentos muy particulares.

**J.C.H.** Esa aclaración es necesaria y correcta en momentos en que el libertinaje, la pérdida de valores ancestrales, la descomposición social, la violencia y la opresora influencia de los patrones culturales foráneos, se ponen de presente de manera tan exagerada, bajo el patrocinio oficial de los medios de comunicación. Ya, como lo dice la propaganda del condón, nada importa que la adolescente fornique con compañeros de parrandas y orgías, si tiene en los bolsillos los preservativos.

**L.M.Z.** Comparto su crítica. Y puedo agregar lo mismo en lo del sida. Para el caso, se pretende deducir que todo el problema radica en el no uso del condón, sin tener en cuenta la naturaleza de la enfermedad, fruto de una prostitución generada en la miseria, en la insalubridad, en los vicios, en fin, en la organización social y sus fallas.

**J.C.H.** Luego es necesario, como intentamos hacerlo en su momento oportuno, dejar en claro la posición que se adopte para no hacer el papel de idiota útil, o de alcahuete de hechos que se desprenden de la dinámica del sistema.

**L.M.Z.** Así es. Y aunque en las páginas de mi libro aclaro y señalo con énfasis la razón de mi posición doctrinaria y moral, no está demás que la recalque. Ni más faltaba que fuese a caer en el triste papel de los gobiernos que pretenden reducir los problemas del aborto y del sida a campañas en favor del uso del condón.

**J.C.H.** Esa aclaración es oportuna, porque se está llegando a situaciones deplorables. En las emisoras de radio, por ejemplo, a cada momento puede escucharse una canción, con música pegajosa de baile popular, que pregona el libertinaje sexual siempre y cuando el cónyuge o compañero de ocasión utilice el con-sombrero. La vulgaridad en este caso, está a la orden del día. No hay límites ni principios.

**L.M.Z.** Es cierto. La humanidad atraviesa períodos de descomposición preocupantes. La quiebra del socialismo y el predominio del llamado capitalismo salvaje facilitan la crisis. Los pueblos actúan como víctimas de un desbocamiento.

Elberto González Rubio ha escrito un manual que de seguro será bien recibido por los profesionales del avalúo, las empresas que necesitan de la peritación (bancos, oficinas de bienes raíces, etc.) y los organismos del Estado. Es una guía didáctica, pero ajustada al rigor de las exigencias técnicas y jurídicas. Y, sobre todo, y es esta la cualidad que más aprecio, una especie de catecismo sobre el correcto proceder y las virtudes que se desprenden de la moral y la ética.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Pradomar, mayo de 1994



Como no hay contraparte, los valores éticos del pasado ceden el paso a la búsqueda de dinero por toda clase de medios. La lujuria, la corrupción administrativa pública y privada, el afán de enriquecimiento, la violencia, en fin, el desgaste de las sanas costumbres, soplan con fuerza de vendavales. A un lado, atropelladas, van quedando virtudes y comportamientos correctos. Usted, en un discurso en la Universidad Rafael Urdaneta, de Maracaibo, trató el tema de la amistad como virtud sagrada del ayer, ahora en menoscabo. Recordando el viejo refrán que involucraba el amor, puede decirse: La amistad y el interés se fueron al campo un día: más pudo el interés que la amistad que le tenía.

**J.C.H.** Todo homenaje que se rinda a la amistad es poco. Si ella es una de las más preciadas virtudes, en estos tiempos de deterioro moral que pretende reducir la razón de la existencia a una conducta enmarcada en un comportamiento por puro interés, como ahora pregona la televisión colombiana en un mensaje del sector financiero, sus límites se estrechan. Tanto, que en vez de servir para avalar sentimientos que enorgullecen a sus practicantes, más bien se toma como motivo para menospreciar atributos.

Es bien conocida la costumbre de ciertos personajes que cuando un tercero pondera cualidades de otro, replican plenos de convicción que carece de méritos, y lo saben bien, porque son amigos...

**L.M.Z.** Esa ocurrencia suya es una radiografía de estos tiempos. Por cierto que el absurdo mencionado es común en nuestro medio. Naturalmente, sin sospechar jamás el crítico, que él mismo se está juzgando, por cuanto la amistad supone alguna dimensión que identifica y hasta cierto punto iguala a sus cultores. Ya lo decía usted al hablar de la amistad de Bolívar y Urdaneta: Como la amistad se identifica con lo propio, un amigo siempre ve en el otro su propia imagen, su exacta medida. Naturalmente me refiero a verdaderos amigos y entre gente de bien.

**J.C.H.** Volviendo al tema del signo de estos tiempos, debo decirle que me preocupa tanto el presente como el futuro. La historia es muestrario de ciclos en las costumbres y en la conducta humana. A una etapa de libertinaje y deterioro puede seguirle otra, nefasta como esa, de puritanismo dogmático e inquisitorial.

**L.M.Z.** Comparto ese temor. Ya en Europa los nazis vuelven a pregonar sus idearios y en los Estados Unidos las sectas religiosas se multiplican y hasta comienzan a expresarse en arrebatos de suicidio colectivo. No hay que olvidar que después del desenfreno griego y romano vino la oscura Edad Media...

**J.C.H.** Sin embargo, también se abre el camino de las rectificaciones. Desde este punto de vista soy optimista. La humanidad, a la larga, hace uso de sus reservas morales. Ahora nos asombra, por ejemplo, lo sucedido en el área socialista. Allí, en vez de superar dificultades y corregir fallas, abandonaron el camino. Ya las consecuencias pueden apreciarse.

Muy pronto comenzarán a añorar lo perdido. Incluso los victoriosos, como es el caso de los Estados Unidos, echarán de menos la contraparte que obliga al equilibrio, a la emulación, al buen ejemplo, al respeto ajeno. Pero mejor dejemos esos temas para otra oportunidad. Más bien sigamos conversando sobre su libro. Por ejemplo, me agrada, su espontánea largueza. Usted deja que sus contradictores expresen libremente sus argumentos. Sea el caso de la publicación de las ponencias de algunos congresistas. Transcribe plenamente esos informes, bueno es decirlo, bien documentados e ilustrativos, sin regatear un concepto, a pesar de que no comparte sus conclusiones.

**L.M.Z.** Me agrada mucho esa observación, porque en verdad debo reconocer la calidad de las exposiciones de los congresistas, aunque en algunos casos las conclusiones parecen no armonizar con la enjuiciación del análisis. Pero, de todas maneras, se trata de estudios dignos de admiración. Tenga en cuenta usted que una de las ponencias registra más de cien citas, lo cual permite apreciar la seriedad del autor y de sus asesores –si los tuvo– al consultar docenas de tratadistas y autoridades en la materia.

**J.C.H.** Oportuna la mención de ese detalle. Porque, precisamente, gozo mucho con su entusiasmo. Usted es un enamorado de su nuevo libro. Y esto es correcto. Ya se ha dicho que los libros son hijos que se paren con dolor y después se dejan libres para que se amparen por su cuenta y riesgo. Sin embargo, en este caso, como médico moderno de parturientas que es usted, cambia el dolor por la alegría.

**L.M.Z.** ¿Y acaso no es usted, doctor Consuegra, el padre o padrino de los festejos? Para sus amigos, ya es algo natural asistir todos los meses a las fiestas culturales que prepara la Universidad Simón Bolívar en el Patio de Actos de la Casa de la Cultura o en el Teatro Municipal Amira de la Rosa. ¿Y qué pensar de las presentaciones en otras ciudades de Colombia y en otros países de América Latina? Con cuánta satisfacción lo acompañamos los veinte directivos de nuestra Universidad.

**J.C.H.** Lo que quiere decir que vivimos el presente con mucha fe en el futuro.

**L.M.Z.** Cosa distinta, por cierto, al estado de ánimo que observan los psicólogos en el mundo de hoy, un tanto perplejo y nostálgico.

**J.C.H.** Así es. Ahora se recuerdan con agrado los años cincuenta y sesenta. Fueron tiempos de expectativas y esperanzas. La Revolución cubana, las conquistas del espacio, la emulación científica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, el intervencionismo estatal, el predominio de la Economía Política y el análisis macroeconómico, la defensa de los recursos naturales y el rescate de riquezas mineras y petroleras en países subdesarrollados, y tantas cosas más que entusiasmaban y permitían mirar el mañana con optimismo.

**L.M.Z.** Interesante esa reflexión. Bastaría hoy con mencionar el caso de los niños o, mejor dicho, de la orientación de los niños por parte de los que manejan sus diversiones. Antes los personajes eran los extraterrestres y cosmonautas, ahora lo son los dinosaurios. Vale decir, un retorno a la prehistoria.

**J.C.H.** Lo importante es que no caigamos en el pesimismo. Que sepamos interpretar los acontecimientos. Usted, por ejemplo, coquetea con el espectro sombrío de los antinatalistas.

Por el contrario, en mi libro *El Control de la Natalidad como Arma del Imperialismo*, que usted enjuicia sin mencionarlo, todo es esperanza. Y no se trata de exagerada confianza. Los argumentos allí expuestos se

fundamentan en las deducciones de los científicos, entre ellos Einstein y Openheimer, acerca de los avances de la ciencia y la solución de los problemas alimentarios de la humanidad.

**L.M.Z.** Bueno, la discusión sobre este tema daría motivo para escribir un nuevo libro en un diálogo de muchas páginas.

**J.C.H.** No obstante, permítame decirle –y que sea ésta mi última opinión amistosa–: el tema del aborto, tal como usted lo trata desde un enfoque eminentemente médico, social y, por qué no decirlo, moral, no necesita, para su defensa, del respaldo del neomaltusianismo.

La verdad es, y debo reconocerlo sin ambages: ha escrito usted un libro que responde al ideal y compromiso de un educador: serio, maduro, repleto de reflexiones concienzudas.

Déjelo, doctor Leonello Marthe Zapata, libre, como los hijos mayores de edad, para que se defienda en los predios de la polémica. Por mi parte le auguro el éxito que a la larga reciben de la opinión pública las tesis correctas, ajenas a los prejuicios y dogmas, que responden al avance social de la humanidad.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, diciembre de 1993.

# EL ABORTO Y LA MORAL

Para presentar el libro *El Aborto en Colombia*, del doctor Leonello Marthe Zapata, Vice-rector Administrativo de la Universidad Simón Bolívar, en el Patio de Actos de la Casa de la Cultura, dije las siguientes palabras:

Un día de estos pasados me atreví a decir que en cierta forma yo escribía libros para presentarlos, y los presentaba con el fin de tener la oportunidad de encontrarme con amigos.

Y ahora puedo agregar también: en esta Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar se patrocina el festejo, lo que los venezolanos llaman con gracia y acierto, bautismo del pensar impreso, entre otras cosas, al lado del homenaje que se le tributa al autor, en procura del encuentro, del diálogo y de la conversación adecuada sobre el acontecimiento.

Porque, triste es aceptarlo, cada vez más se siente el dominio de la cultura del ruido y de la charla intrascendente.

La otra mañana, el periodista Jaime Jiménez reunió en las instalaciones de la emisora Onda Nueva a un grupo de servidores de Barranquilla. Y entonces, cuando el generoso anfitrión invitaba a los presentes a convertir la reunión en una tertulia, comenté, con ánimo complacido, que aquello era digno de imitar. Porque, nada menos que en los mismos pre-

dios de uno de los sitios originarios de la distracción contraria, se valoraba la importancia de la comunicación entre personas, que supone el manejo oral de ideas y conceptos.

Ahora resulta difícil el arte de la conversación. En las fiestas sociales o familiares el predominio de los equipos de sonido, con decenas de decibeles rompe tímpanos, no se puede escuchar cosa distinta al estruendo de los altoparlantes. Hasta el caso se da de parroquianos alegrotos que gustan de abarcar las calles con la exhibición sonora de sus amplificadores, sin dejarle oportunidad a los vecinos para la meditación, la lectura o el coloquio familiar.

La conversación es, en verdad, una especie de don divino. Por cierto, exigente y difícil. La Rochefoucauld observaba que una de las causas de que se encuentren tan pocas personas que parezcan razonables en la conversación, es que no hay casi nadie que no piense más en lo que quiere decir que en responder con justeza a lo que le dicen. El hombre barranquillero ofrece una modalidad muy particular, tal vez propia de su espíritu apresurado, que estropea el parlamento: Siempre quiere adivinar lo que el otro va a decir, como si no tuviera tiempo para la espera. Alguna vez, después de un largo viaje con doña Anita, me encontré con un amigo, y le comenté:

–Acabo de llegar de...

–“Isabel López, Galapa, Soledad...”, interrumpió el vivaracho barranquillero.

–No, de un poquito más lejos, me permití aclararle. De Tokio, que queda al otro lado de la bolita del mundo.

La conversación en algunos casos involucra el análisis crítico. Y nada más oportuno esta noche que conversar y, ojalá sea sobre *El Aborto en Colombia*, el nuevo libro del doctor Leonello Marthe Zapata, que ya se encuentra en circulación y con tanta solidaridad estamos presentando.

La materia de que trata el libro del doctor Marthe es muy apropiada para el juicio. Y es esto lo que quiere el autor. Así lo hago yo en el prólogo, a manera de diálogo. Porque la crítica involucra el elogio y la identidad compartida como también la correcta observación que refuta o distingue. Ya se ha dicho que es más desalentador el silencio o la indiferencia que la propia crítica adversa.

A veces, como opinaba un crítico, hay críticas y censuras que honran más que los elogios, porque ellas “renuevan el pensamiento, excitan su ejercicio reflexivo y descubren a toda hora y momento nuevos horizontes dónde ejercitar la insaciable curiosidad de la inteligencia humana”.

El tema del aborto está en el orden del día. Por un lado, la posición de la Iglesia que lo rechaza de plano. Precisamente los voceros del Vaticano anuncian una encíclica sobre el asunto. Por el otro, los neomaltusianos que lo acolitan entusiasmados en la embriaguez simbólica de estos tiempos de falacias y condones antinatalistas. Y en la posición intermedia, ajustada al mandato de la salud, y con respeto a sagrados valores de la ética y la moral, se encuentra el criterio de los apóstoles de la vida, los médicos como Marthe Zapata, que están al servicio de aquellas mujeres que, cuando la existencia pelagra, reclaman el derecho de seguir viviendo, o la libertad de decidir su destino. Con experiencia profesional y conocimiento teórico, el doctor Leonello Marthe Zapata defiende en su libro los casos de aborto que son dignos de defenderse. Su obra es un estudio médico, social y moral. Lo que quiere decir: los razonamientos se respaldan en valores respetuosos de la mujer, avalados por una erudita investigación de muchos años, en la cual está presente la madurez del educador y la reflexión concienzuda del buen ciudadano.



# LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA

Nada nuevo tengo que agregar a lo expresado desde hace unos veinte años sobre el papel que corresponde a la Universidad en el campo de la promoción cultural.

La Universidad puede cumplir un encargo más importante que la de simple productora de profesionales. Así, al hacer buen uso de la autonomía, parte de sus inquietudes debe reposar en un trípode: misión receptora, compromiso de análisis e irradiación de enunciados para el estudio de la realidad social.

Lo anterior supone sobrepasar el antiguo concepto que de ella se tenía como conciencia crítica de la sociedad, al otorgarle, también, cierta función responsable y creadora, capaz de aportar sugerencias insinuantes en favor de un arte, una técnica y una ciencia al servicio de nuestro desarrollo.

Estos criterios los consideramos con alguna validez si se tiene en cuenta que en los medios universitarios se abusa de la rigidez esquemática para propagar interpretaciones de sabor sectario o justificar la inacción.

En el compromiso de la Universidad con la cultura, también, desde tiempo atrás, expresé opiniones particulares. Por ejemplo, las Universidades se han hecho responsables de buena parte de la promoción cultu-

ral. Sin embargo, en muchos casos apenas ellas se manifiestan como simples conductos y expresiones de la dependencia cultural. La cultura, a mi parecer, no puede medirse con la capacidad de imitar, copiar o repetir lo ajeno. Ni tampoco la erudición y el conocimiento de otras culturas es suficiente para evaluar la verdadera cultura. Por el contrario, en ciertas ocasiones cuando se hace gala de conocimientos del legado cultural foráneo y se desprecia lo vernáculo, sólo se disimula una ignorancia pedante.

La cultura, define el Diccionario de la Lengua, es el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o de un grupo social. Vale decir, la manera como se manifiesta la vida tradicional y la capacidad creadora de un pueblo.

No puede suponerse de lo anterior que se desconozca el concepto de la cultura como patrimonio universal, ni mucho menos que se menosprecien o ignoren las distintas culturas. La historia de la humanidad, razonaba Eugenio D'Ors, es un congreso. Todo está dicho a medias y hay que continuar la deliberación. En ese congreso, habría que agregar, se exige el deber del legado propio. Cuando Arguedas saboreaba la cultura de sus antepasados incas, solía exclamar: "Imitar desde aquí a alguien resulta algo escandaloso. En técnica nos superarán y dominarán, no sabemos hasta qué tiempo, pero en arte podemos ya obligarlos a que aprendan de nosotros".

El compromiso con la cultura, pues, obliga a la creación. No basta el conocimiento si este no se utiliza para moldear autenticidades. Antes yo solía repetir cuando clamaba -como sigo haciéndolo todavía- por la formulación de una teoría nuestra para el desarrollo económico y social de nuestra América Latina, que uno puede dudar de lo que oye, y hasta puede dudar de lo que ve, pero jamás dudará de lo que hace con sus propias manos.

En un libro que escribió David Sánchez Juliao y otros amigos se cuenta que alguna vez yo visitaba a Atenas y una tarde asistí a la Academia de Platón. Entonces, con la ayuda de un intérprete conversé con sus miembros sobre el mensaje de La Política, La República, y las obras de Heráclito y Demócrito, estos dos últimos mis favoritos por aquello de la

dialéctica y el materialismo. Entonces uno de los académicos, un tanto sorprendido, me dijo: “Es usted un erudito”. Y de inmediato le repliqué: -Erudito no, subdesarrollado.

Porque una de las manifestaciones del subdesarrollado, en lo que atañe a la dependencia cultural, es saber más de lo ajeno que de lo propio.

Doctor Ernesto Samper y doña Jacquin de Samper: El proyecto de la creación del Ministerio de la Cultura, complace y cautiva las expectativas. En el refugio sagrado de la Universidad las puertas están abiertas para acoger y respaldar tan loable iniciativa. ¡Muchas gracias!

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Discurso leído en la Escuela de Bellas Artes con motivo del Foro de la Cultura, Barranquilla, abril 29 de 1994.



# Defensa del Ministerio de la Cultura

Resulta sospechosa la crítica que se hace al proyecto de la creación del Ministerio de la Cultura. En los muy superficiales argumentos que exponen sus adversarios es fácil notar la antipatía por la Costa, como sede que fue del Foro de la Cultura.

Por ejemplo, en un programa periodístico de Telecaribe, un señor y una señora que se consideran personajes de la cultura, minimizaban el encuentro dirigido por doña Jacquin de Samper, al llamarlo reunión de farándula en Baranquilla, tal vez porque no se realizó en la capital de la República.

El foro de la cultura tuvo como sedes a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad del Atlántico y a la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar. En estas dos casas de Estudios Superiores actuaron sus grupos folclóricos y de teatro. El folclor es la máxima expresión de la cultura del pueblo. Despreciar el folclor y confundirlo con profesión de farsantes o charlatanes trapaceros, es dar muestra de una ignorancia pedante. Lo mismo puede decirse de la división que se pretende hacer entre educación y cultura. La cultura involucra educación y genera civilización, tecnología, arte, en fin, es creación general de valores. Como bien ya ha sido definida, ella es el resultado “de cultivar los conocimientos humanos y de afianzarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre”.

También se han escuchado algunas voces que se refieren al peligro de la burocratización en un Ministerio de la Cultura. Sin embargo, debe

suponerse que los funcionarios del nuevo Ministerio será gente comprometida con el quehacer cultural (escritores, artistas, folcloristas, etc.). Y no deja de señalar cierto egoísmo el cuestionar la oportunidad de trabajo a los servidores de la cultura.

En Barranquilla se reunieron los más destacados escritores, educadores, pintores y artistas del cine y la televisión del país, para expresar responsables conceptos en ponencias serias y dignas de consideración. El ahora Presidente Ernesto Samper Pizano, doctor Ernesto Samper Pizano, expuso entonces de manera clara el propósito que lo animaba, de convertir en realidad en su mandato el fomento de la cultura en todas sus manifestaciones creadoras. En carta que nos había dirigido días antes del evento, sentó su criterio: "No sólo en la actual campaña presidencial, sino a lo largo de mi carrera pública, he sostenido que la cultura es el ingrediente fundamental en la identidad de los pueblos. Eso hace que esa identidad esté vinculada al concepto de desarrollo, ya que sin saber quiénes somos y en qué nos diferenciamos, resulta imposible que nos tracemos derroteros claros para el porvenir. No es entonces gratuito que el fomento de la cultura forme parte primordial de las propuestas cuya puesta en marcha considero insoslayable para desarrollar la agenda que Colombia necesita de cara al Siglo XXI".

A su vez, doña Jacquin de Samper, Primera Dama de la Nación, transmitió a la concurrencia en la Escuela de Bellas Artes, la razón del proyecto del Ministerio de la Cultura, que tanta expectativa ha despertado. En su discurso, de grata recordación, dijo lo siguiente:

"Barranquilla ha sido, a lo largo de la historia no sólo uno de los ejes claves del desarrollo económico de Colombia, sino también referencia decisiva en la evolución cultural... Barranquilla, contrario de esa Colombia ensimismada entre altas montañas y a la cual el expresidente López llamo el Tíbet de Suramérica, amplió nuestros horizontes, y permitió que a través del río de la Patria, como Marco Fidel Suárez llamaba al Magdalena, fueran entrando al interior y se diseminaran por todo el territorio, las novedades fecundas, que a partir del siglo XIX, caracterizarían la paulatina inserción de Colombia en el ámbito mundial".

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

(Publicado en El Heraldo, el 9 de agosto de 1994)

# IDIOMA Y PERIODISMO

Como periodista a Luis Felipe Palencia Caratt le preocupa el buen uso que sus colegas deben hacer del idioma. Sobre el periodismo reposa la mayor responsabilidad en la comunicación social en nuestros días. En sus diferentes expresiones, escrita, radial y televisada, el periodismo influye en todas las capas de la sociedad. Ya no es como antes cuando el periodismo se limitaba a la prensa escrita, con ediciones para élites. Ahora la revolución del transistor y la popularización de la televisión, permiten que el más lejano campesino pueda recibir la influencia periodista. Por eso el presente libro, “**Periodismo Idiomático**”, está particularmente dedicado a servir a los periodistas en su trabajo diario.

Pero también el ilustre educador y estilista es un escritor comprometido con el destino de nuestros pueblos dependientes. Sabe él que la defensa del idioma es una posición afirmativa y revolucionaria. En la lucha contra la dependencia cultural, toda actitud encaminada a rechazar la deformación de nuestra lengua es correcta. La invasión de extranjerismos y jergas de sabor **lumpistas** responden a situaciones negativas contra el patrimonio idiomático. Precisamente América Latina mantiene latente, como uno de sus factores positivos para su integración futura, su lengua común. Y todo lo que se haga para salvaguardar ese patrimonio merece el respeto y la admiración. De ahí que las Ediciones Universidad y Pueblo, que patrocinan las Universidades Simón Bolívar, Libre de Pereira y Medellín, se complazcan en editar esta obra de una brillante figura de las nuevas generaciones intelectuales de Colombia.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Barranquilla, febrero de 1979



# DIALOGOS CON JORGE ARTEL

## TAMBORES EN LA NOCHE

A Jorge Artel se le tenía como la mejor expresión de la poesía negra colombiana, no obstante que algunos de sus críticos lo colocaban al lado de Castañeda Aragón para compartir la exquisita misión de mensajeros de la belleza marina. Ahora Artel es el Poeta Nacional de Colombia. Esto quiere decir, que al lado de su canto al ancestro, que tanto le llega y enorgullece, se valora, en su exacta dimensión, el mensaje universal del hombre que vive en plenitud la sugerencia del paisaje y el destino solidario de su pueblo.

Lo que se ha llamado poesía negra, negrista o mulata, dice Luis Pavón al recordar las propuestas de Nicolás Guillén en el prólogo de su *Sóngoro Cosongo*, ha sido, en las mejores expresiones, la búsqueda de la nacionalidad, que nunca podría ser auténtica si olvidara la proclama lírica de un mestizaje esencial. Este concepto es valioso en las extensas regiones costaneras de Colombia, y en la fuerza de la poesía arteliana: reverencia casi mística a un legado de gracias y embrujos, proclamas de protestas que denuncian injusticias y buscan la luz en el mañana.

Artel es compromiso en el ropaje de una bondad casi infantil. No sabe de los odios ni del complejo que desvirtúa la dignidad. A cada instante, como bien lo reconoce, oye galopar en los vientos “los temblores de cade-

na y rebelión”, mientras hunde los remos de su angustia en la tibieza de la noche. Son los momentos en que quiere descubrir, en la ruta interminable de las olas, las huellas de las naves que trajeron a sus abuelos. Y, no sólo para compartir con ellos amarguras y dejar constancia del rechazo al yugo y a la infamia del ayer, sino, además, para gritar engreído que recoge la herencia del dolor y el sonido de los tambores como poeta de su raza.

A medida que transcurre su existencia creadora y se nutre de realidades palpitantes, el horizonte de Artel se amplía para incursionar otros caminos, aunque siempre permanece la constante del alma popular. Entonces le canta a los ríos y a los caudillos, y se convierte en eco de las insurgencias de las masas. Le coquetea a la prosa, pero distinto al *Azul* del gran Rubén Darío, se entremete en el gris de estos tiempos convulsivos. También se calza las botas y enarbola banderas para acompañar a los de abajo en sus anhelos y esperanzas.

El primer libro de Jorge Artel es *Tambores en la Noche*. Lo escribe en plena juventud, con el vigor de la sangre que le emula al espíritu. Son poemas escritos en los primeros años de la década del treinta, pero se publican en 1940. Ya en Cartagena se le conocía y admiraba, porque en las tardes de bohemia los rostros morenos de sus amigos de barriada, expresaban complacencia al escuchar su voz arrogante y varonil. Artel se asoma confiado a desafiarle terrenos a Luis Carlos López, distinto en color de la piel, pero cercano en el gusto de lo propio y de su gente. Ellos dos se cobijan en los valiosos aleros de la autenticidad para darle al entorno solariego un carácter universal.

La cumbia, el velorio del boga adolescente, gaitas y bullerengues son los temas que seducen a la inspiración. No hay necesidad de camellos exóticos, ni princesas tristes. En las cosas sencillas que rodean al poeta está la razón y la alegría de la vida. Sus sentidos los conmueve el llanto de las gaitas que estremecen el rumor de las brisas para acariciar las playas en penumbra. Siente los pasos de los tambores, y hasta descubre sus secretos cuando anuncian en los montes cercanos “un caprichoso recorte de mañana”. Las voces de las gaitas no le son extrañas, pues sabe que las lleva “en los repliegues del alma”. Y en medio de esa embriaguez de la percusión africana, ahora en maridaje con los nostálgicos sonidos de las

flautas indias y las polleras hispánicas, se llena de tristeza ante el temblor de las estrellas que alumbran la sonrisa muerta del remero que cantaba en el fandango en las parrandas marbellanas.

Pero al mar lo tiene en sus pupilas para la ensoñación y la vivencia. Es el Caribe que encanta y subyuga con su verdeazul y sus espumas blancas que hacen de encajes en el vestido de esa novia vanidosa. Los poetas de la Costa aman tanto a su mar que se desposan con él para tomar su nombre y entregarse en pertenencia: Meira, la de la *Secreta Isla y El Sitio del Amor*, le dice sus palabras en su bahía develada, para contarle en confidencia que, por tanto quererlo, su corazón se ha vuelto marinero.

Artel, siempre sumido en el recuerdo, espera el mensaje de las aguas sin límites. Necesita de los vientos que vaciarán “sus cántaros sobre el silencio verde de las palmas”. Y tiene un anhelo: volver a contemplar, “junto a las horas cálidas”, “cien rutas abiertas”, para conocerse de nuevo con el mar.

Asidos a sus manos, como compañeros inseparables, están el mar y las gaitas. Por eso cree que su canción la debe a las gaitas vagabundas y a su hermano mayor, un pedazo de mar, que le enseñó a ser rebelde. Piensa entonces que las “olas despeinadas” le dejaron oír sus voces para que las tuviera como suyas, y se complace después al colgarlas en los mástiles con la ayuda de la luz temblorosa de los cocuyos y luciérnagas.

Apenas se conocieron los poemas de la primera edición de *Tambores en la Noche*, la crítica supo que había un nuevo poeta. Los que entonces sabían de la cultura negra y del arte vernáculo, entre otras cosas, porque en sus personeros, le abrieron los brazos para recibirlo alborozado: el cubano Guillén, el puertorriqueño Palés Matos y el colombiano Martí, dejaron constancia del suceso.

Nicolás Guillén, que ya era maestro de maestros, dijo: “La de Artel es una poesía popular. No al modo, pongamos por caso, de otro colombiano famoso: Candelario Obeso, en quien predomina el lenguaje de prosodia deformada (como en los negros clásicos de Lope y Góngora) sino con la

estatura de un artista cabal, ya de vuelta en cuanto a los recursos más ambiciosos de la técnica, que maneja con elegante desenfado. Hay en su obra drama humano, dolor, protesta, todo bajo un clima de ritmo cálido, como de melaza ardiente”.

Por su parte, Luis Palés Matos, se congratula: “Afortunadamente, para la poesía, Jorge Artel se ha salvado. Y lo salva el seguro instinto musical y poético que le brota de las cálidas líneas de su sangre: lo ha salvado la mano larga de Africa, cargada de nidos, de pájaros, y canciones...”.

Y Adolfo Martí, escribe: “...La poesía negra de Jorge Artel es otra cosa; posee lo que la hace fuente perenne, motivación de emociones ilimitadas: un subjetivismo de pura estirpe y una sensualidad que no sólo es negra, sino a la vez marina, de puerto y naturaleza. De una rica dotación emotiva surge el milagro que hace de nuestro poeta el poeta negro que no se repite y que se amplía en su obra esencial y propia”.

También a las altas montañas, siguiendo el camino de los ríos, llegaron los versos de Artel. En Nariño, Vicente Pérez Silva sabe de él por recados de José Camacho Carreño. De inmediato solicita su amistad para “saborar sus poemas cálidos, marinos y sensuales”. Camacho Carreño vio en Artel a “Cartagena, con sus duplicidad fisonómica”. Dentro de sus versos, observa, “chisporrotea el hachón que enrojece la cumbia, en combustiones de anhelo, luna, marisco y música, y los cirios que lentos idealizan en torno de la caja mortuoria, el relieve del boga adolescente”. Juan Lozano, el del soneto de cuidadosa arquitectura a imagen de la catedral loada, vaticina el encuentro del poeta con la patria porque ya su raza lo encontró. No comparte su libertad ante la métrica que se sale de las reglas del juego conocidas, pero admite el colorido y la fuerza de la “verdadera poesía de la vida vivida, y sentida y sufrida”.

Por los años cincuenta Artel llegó a México de regreso del Norte. En la cátedra lee sus poesías y fustiga el racismo y la injusticia social. La Universidad de Guanajuato imprime una nueva edición de *Tanbores en la Noche*, ahora con nuevos poemas que son el testimonio de la discriminación compartida en Harlem, y las notas del Jazz que “estremecen las calles y enseñan corolas musicales”. Ante ellos la nostalgia y el deseo del regreso a una tierra de abuelos deambula en el misterio de la incertidum-

bre. Es una especie de sueño con una lejana embriaguez de partida, como lo observara Carlos Vesga Duarte. Imagina la anchura del alto Congo, y piensa que pudo ser su patria y él uno de sus remeros.

\*\*\*

En muchos atardeceres Jorge Artel y yo hemos estado juntos, cada uno en su mecedora, conversando sobre temas de política o literatura. Por eso puedo decir que este diálogo no es tan imaginario, como acostumbro hacerlo en los prólogos que escribo para los libros de mis amigos. Quiero, como en otras ocasiones, discutir sobre su vida, su raza y su poesía. Empiezo el coloquio:

**J.C.H.** Ahora, al igual que en tus buenos tiempos, poeta, se habla de negritudes, y se rememora el origen africano, a veces un poco más allá de la valoración del aporte cultural de una raza, o mejor dicho, de un pueblo...

**J.A.** Es cierto, y esto es afirmación, orgullo y rebeldía.

**J.C.H.** Pero me preocupa.

**J.A.** ¿Por qué?

**J.C.H.** Puede ser escapismo o complejo.

**J.A.** Explicate...

**J.C.H.** América Latina es nuestra patria. Ella pertenece también a los indios y a los negros. Los primeros, por ser dueños naturales; los segundos, por sumar su trabajo y sus vidas para explotar los campos y minas, y construir murallas y ciudades. Los europeos se llevaban la riqueza, eran el símbolo de la expoliación.

**J.A.** Vas a recordármelo a mí que aún siento el dolor de mis hermanos de ayer.

**J.C.H.** Yo comprendo y participo del empeño de la valoración de las raíces y del patrimonio histórico y cultural de los pueblos que se amalgamaron en el desarrollo social de nuestras nacionalidades. Por eso he dedicado mis esfuerzos a difundir los principios doctrinarios de la latinoamericanidad y del bolivarismo. Pero jamás se me ha ocurrido soñar con el regreso a la tierra de mi bisabuelo, uno de los pocos estadounidenses que llegó acá a construir muelles en las riberas del Magdalena y a escribir libros sobre la fauna y los reptiles, ni, mucho menos, a la villa de Consuegra, donde El Cid Campeador reposó en sus últimos días.

**J.A.** Bueno, no puedo negar que en mi libro *Tambores en la Noche* el recuerdo del origen es una especie de insistencia. Pero hay que entenderlo en su aspecto positivo: libre de arribismo o complicidad. Quería que todo el mundo supiera de dónde vengo y a qué clase social pertenezco.

**J.C.H.** Eso es correcto. El peligro lo encuentro en lo que te observé, y en el hecho de que los grupos dominantes suelen hacer uso del origen de sus antepasados, blancos españoles, para afianzar poderes y discriminar.

**J.A.** Es cierto. En estos países las oligarquías vende-patrias afianzan su dominio en sus lazos con las metrópolis dominantes, tratando de imitar sus costumbres y de asimilar su cultura. Por eso algunas veces desprecian lo suyo y aspiran a educar a sus hijos en el exterior para que sigan esos derroteros.

**J.C.H.** Es un fenómeno de la dependencia, que con bastante acierto se han encargado de estudiar los economistas y sociólogos. Lamentablemente, hay que denunciarlo en aras de la verdad, es un hecho que se da tanto en el mundo capitalista como en el socialista. Pero quiero insistir en tus anhelos de evasión.

**J.A.** No sé si tal denominación es correcta, pero, en fin, son estados de ánimo. Yo soy un poeta de la muchedumbre, del pueblo, con antiquísimas y profundas raíces populares. He sido leal a mí mismo, a mi nacimiento, a las condiciones sociales en que vivo y me muevo, y hacia el pueblo a donde va dirigida mi poesía. Podría haber nacido en otra parte y allí estaría con el pueblo. A mí me ha salvado mi fuerte instinto racial,

mi conciencia de la especie, que me ha hecho hablar al pueblo como un elemento solidario en qué afirmarme. Quiero seguir siendo rebelde, para decir con Luis Palés Matos, que me ha salvado África...

**J.C.H.** Pero en África también hay burguesía y masa explotada, sin que importe poco el color de la piel. Los romanos y griegos tuvieron esclavos blancos. Y muchas naciones africanas manejadas por hombres negros someten a su pueblo en beneficio de pocos y de extranjeros "blancos". El problema es más complicado. Tal vez la cuestión se explica en la diferencia entre rebeldía y conciencia social. El rebelde es emotivo, carece de paciencia para interpretar los fenómenos que lo afectan. Yo sé de un amigo común -ese que a veces peca de racista sin saberlo- que fue al África, y de allá lo sacaron a pesar de su ancestro y de su piel de ébano.

**J.A.** Conozco la anécdota. Y no quiero que me suceda lo mismo: que me deporten de algún Estado capitalista negro por mis ideas socialistas. Contrario a lo que se haya interpretado, la verdad es que muchas veces he recorrido los largos caminos de nuestro subcontinente, casi siempre repitiendo un mismo mensaje: en América Latina está la salvación del hombre. Tal vez tu celo latinoamericano no te dejó ver bien claro lo que en poesía llamamos elación. El poeta con frecuencia se evade -no importan tendencias literarias-. Es una vocación natural y en ellas se conforman las más bellas metáforas y figuras. A través de ellas el poeta deja ver, desnudo, su temperamento. Cuando Baudelaire, por ejemplo, dice:

"Por encima de los estanques, por encima de los valles, de las montañas, los bosques, de las nubes, de los mares..."

Dichoso aquel que puede con un ala vigorosa, lanzarse hacia los campos luminosos y serenos..."

esto es un momento poético, algo que el espíritu de Baudelaire no pudo evitar, porque pertenece a la esencia de su vida. Cuando yo añoro el África no quiere decir que, con menosprecio de mi América, quiero irme a vivir allá. Sería absurdo. Sería como si Baudelaire quisiera quedarse siempre suspendido sobre los estanques, los bosques y las montañas...

**J.C.H.** Me satisface tu respuesta y tu latinoamericanismo, que no es sólo mío.

**J.A.** Hablemos, pues, de mi pueblo colombiano...

**J.C.H.** Este pueblo que te quiere, como quiere también a los artistas que lo interpretan y que valoran su folclor.

**J.A.** Son dos menciones dignas de comentarse: artistas y folclor. El pueblo de Colombia ama a sus artistas cuando ellos se filtran en sus entrañas para conocerlo. Si esto sucede no hay nada más afín al arte que la espiritualidad popular. Entonces el pueblo hace suyos a sus artistas y poetas, tal como sucede con la Negra Grande de Colombia, Estercita Forero, Garzón y Collazos, Julio Flórez, Jorge Robledo Ortiz, Castro Saavedra, Lucho Bermúdez, Pacho Galán, José Barros, Antonio Peñaloza, Efraín Mejía. En cuanto al folclor, desde mis años mozos solía repetir que los pueblos deben velar por su folclor para que el folclor vele por la patria. Por eso me siento tan a gusto en las veladas de mi Universidad Simón Bolívar y comparto su permanente promoción del folclor.

**J.C.H.** Volvamos a la poesía...

**J.A.** Está bien.

**J.C.H.** Algunas vez te oí hablar un poco despectivamente, como si se tratara de poesía erótica, de los *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*. Desde hace muchos años leo casi todas las noches, o traigo a la memoria, a manera de sedante algunos de esos versos. Y los encuentro tiernos y románticamente puros. Recuerdo, también, que en un almuerzo con Juan B. Fernández y Armando Benedetti, Nicolás Guillén fue poco generoso en sus conceptos sobre Neruda. ¿ Se trata, acaso, de rivalidades en el oficio?

**J.A.** Ahora sólo puedo responderte que aceptes mis comentarios como sinónimo de poesía amatoria, y no de sensualismo exacerbado. Dejemos al glorioso Pablo Neruda con sus laureles merecidos...

**J.C.H.** Es lo mejor, porque estaba dispuesto a replicarte con tus buenas dosis de poesía sensual y amorosa, poco conocida, o poco analizada por tus críticos. Ahí están tus versos en *Sensualidad Negra* y el *Romance Mulato*, con senos temblorosos que levantan el talón y flancos de mulata, que traen ardor en la carne. Alguna vez compartía en Bogotá con Otto Morales Benítez y Luz Elena Zabala. Otto, con su memoria prodigiosa, recitó una tierna poesía de amor. Le dije que no conocía ese poema de Neruda, y él dejó oír su acostumbrada y sonora carcajada que llenó todos los rincones del Club de Abogados. Eso es de Artel, replicó, y son versos dedicados a una mujer de tu Costa.

**J.A.** El amor y las locuras que hicimos vale más no recordarlas, escribí en *Tambores en la Noche*, pero también es cierto como ya dijeron, que los recuerdos van quedando como patrimonio al lado de la realidad presente.

**J.C.H.** Hablas de patrimonio espiritual...

**J.A.** Que es lo que importa. A veces algunos periodistas especulan acerca de mi pobreza, no sé si porque fue la mía una familia pudiente, con mucha más holgura que la que yo tuve después de la muerte de mis padres. Pero lo cierto es que nunca me he sentido incómodo e infeliz. Ya tuve dinero, y este se esfumó lentamente, quizás por carecer de ansias lucrativas, o por mi vida de bohemio y andariego. Pero siempre soy conforme con mi situación. Estoy pleno de ánimos para la lucha al lado de mi esposa, la poetisa Ligia Alcázar y de mis dos hijos.

\*\*\*

En el mes de junio la Universidad Simón Bolívar le rindió un homenaje a Jorge Artel en el Teatro Municipal Amira de la Rosa. Esa noche dije las siguientes palabras:

De los tres grandes de la poesía negra de América Latina, sólo el puertorriqueño Luis Palés Matos estuvo ausente del paisaje barranquillero.

El año pasado volví a encontrar en Buenos Aires a Nicolás Guillén, y con su voz pausada por el tiempo, me habló de sus recuerdos curramberos. Su memoria, a veces caprichosa, estuvo lúcida para evocar la Calle Obando, con su calzada repleta de vecinos, mucho tiempo a la espera para estrechar sus manos.

Jorge Artel llegó sin previo aviso. Una tarde, como era costumbre, la antesala de mi despacho en la Universidad del Atlántico estaba atiborrada. Tal vez por eso, para burlar el turno, el doctor Alvaro Castro Socarrás, que hacía de Secretario General, lo introdujo por una puerta secreta en compañía de Alfonso Castro Bermúdez. Los dos amigos me dijeron al entrar quién era el visitante, y sin perder tiempo en saludos, ni esperar que nadie lo insinuara, ordené su nombramiento como Director de Extensión Cultural y de la Biblioteca.

El poeta venía de Panamá, y yo estaba empeñado en vincular a la Universidad las figuras representativas de la intelectualidad costeña. Al día siguiente, cuando el poeta tomó posesión de su cargo, comentó a los presentes: Jamás supe de una designación tan inesperada y rápida.

Desde entonces el poeta ha estado en mis afectos. Hace cinco años lo encontré en Panamá, doblegado por la artritis. Me dijo que quería regresar a su Universidad Simón Bolívar, y de inmediato facilité su viaje.

Cuando Artel se acercó a mí, ya era el poeta del ancestro africano y del mar que seguía la ruta de Candelario Obeso. Había estado mucho tiempo cerca de su raza y del azul de su bahía cartagenera, y con la alegría de la juventud, cantó al sonido y a las olas, para emular con ellas en vigor y sonoridad. Fueron los días de Tambores en la Noche, con luces de espermas en la cumbia y ritmo de mulata que “machacaba la risa” en la “piedra de moler” de su movimiento natural. Tiempo de música y anhelo, cuando el poeta quiere ser tambor y maraca, con el fin de estar cerca de su negra y sonar para ella. Artel vive entonces en plenitud un mundo suyo y real, y es personero de la autenticidad. Llena su copa de ron blanco para sentir lo mismo que sintieron sus abuelos al escuchar la flauta de millo. Y cuando la estrella del alba baña los rostros con la fresca luz de la mañana, acerca a su lado al compadre José Morillo, porque entonces son más “claras las voces de las gaitas”.

Es curioso encontrar, en medio de ese torbellino de sonido y fiesta de la tierra que se pisa, un poema que loa a Barranquilla. ¿Sería acaso un presentimiento? Desde lejos Artel escucha “el litúrgico arrullo de los yunques” y parece gozar la caricia de las brisas largas de diciembre que “juegan con los trajes aéreos, los cabellos y las palabras”.

Al poco tiempo de compartir inquietudes, puso en mis manos, para su publicación, los originales de *Botas y Banderas*. Son, como él mismo lo declara, los poemas escritos con lágrimas de un niño sin pan, en busca de un mundo libre de injusticias. Es el verso insurgente que se atrinchera al lado de los explotados. Canta al obrero y al campesino, al prisionero y a la compañera, al niño y a la paz. Le duele el juego solitario de su hijo con un tanque de guerra y sus voces que imitan el lenguaje de las balas. Y también está el recuerdo afirmativo por lo hombres de América. Por eso rememora la fuerza del pueblo que como un turbión de ira, “empujaba las horas con el pecho”, el día de la muerte de Gaitán, el gran Capitán de la esperanza. Y encuentra en Fidel Castro a una “estatua viviente y victoriosa”.

Me toca salir, sin quererlo, del sitio donde algunos sueños se hacían realidad. El libro y el compromiso creador poco importa a los que se valen del claustro como un medio de cómoda existencia. Y esto lo sabe apovechar muy bien el que puede reprimir. Pero muchos estaban a mi lado, entre ellos Artel, para fundar la *Universidad Simón Bolívar*.

En medio del compromiso agobiador de hacer algo de nada, la robaba a la lucha algún poco de tiempo para conversar con Artel y pedirle cosas que todavía me está debiendo. Quería que le cantara a Bolívar y a Santander, a Sucre y a Padilla, para ampliar y darle complemento al *Sinú, Riberas de Asombro Jubiloso*, que es la plena integración con el terruño y el paisaje.

Pero esta noche no es de insinuaciones, aunque ellas emanen de la amistad. Estamos aquí para unirnos al homenaje que la Universidad de Antioquia le rinde a Jorge Artel, al escogerlo como el *Poeta Nacional de Colombia*. Y nada más propicio, en un afán de enmarcar el festejo, que escuchar los tambores y gozar del espectáculo del folclor y del arte costeños, en manos de nuestra juventud estudiosa, para volver a encon-

trar, como él lo añora, en la cadera insinuante y la cadencia del ritmo, “el manual de la esperanza”...

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, septiembre de 1986

\*\*\*

Malambo, septiembre 25 de 1986

Mi querido JOSE CONSUEGRA:

He leído el prólogo de *Tambores en la Noche*, algo que es muy digno de tu pluma.

En cuanto a las ideas consignadas en el diálogo, creo que ellas se prestarían para nuevas y más conversaciones –otras tantas alboradas en Pradomar, mientras a lo lejos tiemblan las estrellas y el Caribe repite su canción azul...

Tuyo,

JORGE ARTEL

# EL TIERNO RELATO DEL AMOR

Hay errores que son comunes en los trajines de los escritores científicos y de imaginación. De parte y parte se suelen tomar posiciones y emitir pareceres, fruto de prejuicios y criterios un tanto presuntuosos. Así, para algunos poetas y novelistas la literatura se reduce al ámbito de dichas disciplinas, y poco entusiasmo muestran por lecturas distintas. Lo mismo sucede con investigadores que menosprecian todo aquello que no se expresa bajo el rigor del supuesto teórico, o de la realidad concreta. De otra parte, con cierta ligereza y alegría, se piensa, de un lado, que la expresión artística por medio de la palabra, es capaz de suplir el razonamiento cierto de los principios y causas de las cosas, y, por otro, que tales conocimientos pueden expresarse sin que lo escrito responda a exigencias mínimas en la técnica y lustre del género.

En lo concerniente a la novela y a la política, sea por caso, la polémica existe desde tiempo atrás, en un afán de saber dónde termina la prosa del placer estético para convertirse en panfleto o, por el contrario, cuando el análisis objetivo y doctrinario pierde su rigor en aras del fantasear.

Sin embargo, como regla general debe partirse de una conjetura indispensable en la pulcritud de la forma del lenguaje escrito, con el acatamiento de las exigencias del idioma y la estética.

Lo que quiere decir: el texto científico, o el imaginado, conforman la literatura en general, siempre y cuando se ofrezca una respuesta satis-

factoria a lo que ha de expresarse en el campo de la creación y la belleza, todo lo cual no invalida la posibilidad de que un mismo autor pueda cumplir en una pluralidad de esfuerzos. La historia de las letras está llena de ejemplos, con particularidad en el pasado, cuando los intelectuales hacían de filósofos, poetas, dramaturgos, pensadores sociales y hasta matemáticos. Entre nosotros, en el Siglo XIX, eso era frecuente, y en estos días, pese a la moda de la especialización, la inquietud erudita sigue viva. Con grata complacencia hace unas tardes el poeta Jorge Artel, autor de novelas y cuentos, me anunció un texto de economía, que comenzó a escribir con entusiasmo de mozuelo, dos noches después de cumplir sus ochenta años, pero, como estilista de la forma, que es capaz de “sacrificar un mundo para pulir un verso”, dejaba su constancia: Los autores me importan, primero por la prosa, y segundo por lo que dicen.

Aludo a estas cosas para mencionar la loable tarea de un jurista que, aún en su ejercicio profesional, presenta su primera novela.

Dos detalles interesantes son dignos de tenerse en cuenta en César C. Bustos, autor de *Metas Prohibidas*, que es el nombre de la obra festejada. Primero, el novelista tiene ochenta y dos años de edad, y hace poco nos contó que está escribiendo otras dos novelas; y, segundo, se trata de historias de amor, descripciones de romances a la manera de quinceañeros.

En los últimos tiempos la novela amorosa cedió el paso a la narrativa social y al relato erótico. El encanto del romanticismo se le califica, despectivamente, de novelita rosa. Se olvida así que la génesis de la novela hispana fue el tierno relato de historias amorosas con suspiros y púdicos anhelos. Los investigadores se encargaron de aclararle a Cervantes, en las pretensiones primogénitas de sus **Novelas Ejemplares**. “Yo soy el primero que he novelado la lengua castellana: que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras...”, afirmaba el genial creador de Don Quijote. No obstante, como bien lo recuerda un historiador, lo más antiguo se remonta a los amores del Arcipreste de Hita con doña Endrina. Y, concretamente, en el género sentimental, **Cárcel de Amor**, “escrita por Diego de San Pedro mucho antes de lo del Manco de Lepanto, refiere en forma epistolar los amores de Leriano y Laureola, que llegan a términos de exaltación difícilmente superados. Al mismo autor se deben la **Cuestión del Amor**, y la novela,

también epistolar, **Arnalte y Lucenda**, publicadas en tiempos de los Reyes Católicos”.

En esta línea de conducta, más ligada al mundo hispanoamericano que al de Goethe y su **Werther**, transcurren los morbosos reclamos de don Carlos ante la Martha resignada. Son muchas cartas que reflejan la moral de tiempos que apenas están pasando entre nosotros, y que por sí solas, como lo suponen Roberto Burgos Ojeda y Jaime Pareja Ochoa, podrían justificar los méritos del trabajo literario de Bustos.

Y no se piense que la trama de **Metas Prohibidas** excluye los vicios y maldades del mundo real. Al lado del idilio y las virtudes del joven economista y su prometida, que son los personajes centrales de la existencia placentera, está el crimen y las pasiones oscuras en una máxima expresión de bajezas y osadías.

Para referirse a esta novela del jurista César C. Bustos, lo mejor sería acudir a la autoridad del maestro Burgos Ojeda, dedicado por toda una vida al análisis de la literatura colombiana y universal. En una carta al autor le pregunta: “¿Cómo hizo usted para concebir tan humano, tan tremendo, tan agudo epistolario? Con criterio de avisado observador de la vida, de la psicología de nuestra sociedad, escribe usted la honda y humana tragedia de una mujer enamorada y desgraciada. El triunfo y calvario del seductor, el crimen y castigo, como diría Fedor Dostoiewski, surgen palpitantes, sangrantes, en las páginas de su libro”.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, junio de 1988



# ORTEGON PAEZ Y SU ESCALINATA DEL AMOR

Por dos razones leo con placer lo que escribe Rafael Ortigón Páez: en una u otra forma, en su mensaje, está presente el ayer compartido, o la pureza idiomática de la prosa y el verso que involucra el disfrute.

Y digo lo primero porque muchos de los temas que él maneja, de recuerdos o sucesos imaginados, son hechos y paisajes de tiempos de inquietudes académicas.

Hace exactamente cuarenta años nuestras vidas transcurrían en las aulas de los colegios de bachillerato conjugando verbos, o en el emocionante mundo de la explicación histórica. Y la labor, además de grata, era asequible: aún la enseñanza de las humanidades jugaba papel prioritario, y los jóvenes sentían atractivo por la literatura y los hechos memorables de la nacionalidad.

Como ahora, siempre el profesor Ortigón Páez vestía de saco y corbata, sin importarle ni un pito los treinta y más grados del calor barranquillero. Una tarde llegó por el río Magdalena en busca del mar y de los ojos azules de una novia que soñara en las noches frías de la meseta boyacense. Y como acá encontrara las dos cosas, aquí se quedó con sus costumbres y su imaginación.

Yo lo recuerdo en un quehacer múltiple: en la lucha de clases, como suelen decirle en broma al oficio didáctico; escribiendo novelas; metido

en las imprentas y estaciones de radio en afanes intelectuales; o al lado de sus amigos, en una tienda de esquina, con una botella de cerveza en las manos, tal vez para sentirse mejor en sus relatos sobre la guerra por los lados de Leticia y Tarapacá.

Era incansable, así como lo es ahora, con sus bien disimulados ochenta años a cuesta. Porque el pasar del tiempo parece no contar para su voluntad y capacidad de trabajo. La prueba está que en cada nuevo encuentro tiene en su agenda algo distinto que mostrarme: un ensayo biográfico sobre Santander, una tesis filosófica del destino indoamericano, o el canto, en sonetos de factura clásica, a los dioses de sus abuelos chibchas.

Hace pocos días me trajo a mi refugio de Pradomar las muchas páginas de *Escalinata del Amor*. Unos minutos antes Carlos M. Pardey me había obsequiado los dos tomitos, fotocopiados por él mismo en la Biblioteca Nacional de Bogotá, de *Yngermina o la Hija de Calamar*, de Juan José Nieto, publicada en Jamaica en 1844. Quiero decir, que en esa generosa mañana de ese mayo sin lluvias, tengo al lado de mi hamaca la más antigua y la más reciente de las novelas de la Costa Norte de Colombia.

Los autores mencionados, guardando las debidas proporciones, o el respeto por cada uno, para que nadie se ofenda, son personajes de épocas y compromisos prioritarios distintos. El uno, estadista, soldado de profesión y político de tiempo completo. El otro, pedagogo nato y fundador de colegios.

Sin embargo, encuentro entre ellos un punto coincidente: apego a la afición literaria e intentos por novelar la historia. El mismo General Nieto lo confiesa a su Teresa: “Hay ciertas inclinaciones en la vida que no podemos desatender por más que queremos: yo no sé cuál es el impulso que me arrastra a estar siempre escribiendo alguna cosa... y aunque esta ocupación parezca una locura, nadie tendrá por qué quejarse de ella: las letras no son piedras que rompen cabezas, aunque tienen un poder mágico sobre el espíritu”. Ortegón Páez, en tono más poético, reconoce desde su ventana: “El amanecer invita a la inquietud sin tregua. Hasta aquí me llega el murmullo de los jóvenes repasando lecciones. Pero miro a un lado, y mi vieja máquina de escribir parece coquetearme, como en deseos

de que acaricie sus teclas. Mi voluntad vacila, y entonces tengo que esforzarme para decidir”.

En estos momentos en que algunos se valen de la novela para desfigurar la historia, satisface la lectura de los dos autores que se apegan a las reglas en bien del género literario. Porque la novela histórica debe ser objetiva, de respeto absoluto a la verdad acaecida, e incluso, de verosimilitud en lo ficcioso. Tal vez por eso, para dejar constancia de la honestidad en el delicado menester, Nieto, en su *Yngermina*, tiene el cuidado de aclarar en los subtítulos, que se trata de una “novela histórica o recuerdos de la Conquista, 1533 a 1537, con una breve noticia de los usos, costumbres y religión del pueblo de Calamar”. Y, como para que no quepa duda, antecede a los sucesos y personajes de su hermosa narración, con un introito, de validez de opúsculo clásico, acerca de la cultura e idiosincrasia del indio que habitó el territorio y las zonas circundantes de la Cartagena de hoy.

Ortegón Páez, aunque no aclara, cumple el requisito en la novela *Caucayá*, puesto que él mismo fue testigo del absurdo conflicto fronterizo con el Perú.

No quiero perderme en más disquisiciones para referirme a lo mucho que me llega esta Escalinata del Amor. Su lectura me regresa al tiempo compartido de un oficio común. Porque todo acontece en Barranquilla, aunque al sitio se le ponga nombre de santo. Y en la urdimbre de equívocos y amores que desafían el tiempo, aparece la grandeza y los vicios que suelen darse en los claustros. En este asunto el autor mezcla el ayer en el presente o, mejor dicho, encadena la totalidad de su vivencia en una sola trama.

Y pienso así al valerme en el análisis del recurso comparable: acontecen ahora tiempos difíciles, de exagerado deterioro moral. Ciertos valores del ayer relacionados con el carácter, el deber, la ética y la entrega al servicio, parecen disminuir. Y en esta maraña los centros de enseñanza no han podido esquivar efectos y rasguños. Hasta ellos, también, como lo describe con maestría Ortegón Páez, los propios responsables de custodiar la imagen, se involucran en el torbellino del menoscabo.

No obstante, y he aquí el recado de Ortégón Páez; en su novela prima la valoración de las reservas del hombre en su conjunto y del sumo de los sentimientos: el amor. Y no el amor que se limita a la pareja, sino el amplio y altruista, proyectado a la familia y a la comunidad.

De manera sugestiva en la novela se plasma la función social –los muchos aspectos de la vida que se cruzan en la continuidad de la existencia– al lado de un amor semejante a esos arreboles de mi mar Caribe que bañan toda la extensión del horizonte. Y, además, como le gustaría decir al profesor Ortégón Páez en su estilo metafísico, en el relato se percibe una especie de ley de la prolongación de lo discontinuo, cuando al final de la obra los dos protagonistas principales ven en la distancia, por el camino que conduce a la selva, al resto de los personajes en la visión de la escalinata del amor.

Hay otro detalle que debe mencionarse. Precisamente, por los cambios en el contenido de la enseñanza, algunos escritores de estos tiempos parecen divorciados de las exigencias del idioma. En la *Escalinata del Amor* está presente la redacción castiza y el manejo adecuado del lenguaje, tal como debe corresponder al delicado y exigente desempeño del escritor.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, mayo de 1989

# LA CULTURA VALLENATA CONTADA POR UN VALLENATO

Desde un punto de vista esclarecedor, nada más interesante que la publicación de este libro en el año de 1992. Y no porque el autor se haya propuesto la meta de su coincidencia con el arribo a estas tierras, hace medio milenio, de Cristóbal Colón, sino por la oportuna combinación de circunstancias: bajo el rigor histórico, que tampoco tiene por qué negar el compromiso moral y la afirmación humanística del escritor, en sus páginas resplandece el testimonio de acontecimientos que exigen el examen para seguir juzgando proceder.

La investigación y el análisis deductivo de Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa, muestran en el relato, con dimensiones de epopeya, la conquista de un vasto territorio que en su tiempo tomó el nombre de país de los chimilas.

Dos hechos sobresalen en la primera parte del estudio, si se enmarca en una óptica beligerante: la presencia genocida del invasor europeo, y el correcto proceder del pueblo indígena, en la defensa de la libertad y del suelo.

Esta parte de América, motivo del libro, bien llamada del Valle de Upar, en razón del nombre del cacique mayor que gobernaba sus prade-

ras tropicales y fecundas, fue víctima, como el resto del continente, del más atroz arrasamiento y saqueo. Hombres despiadados que asesinaban hasta por placer en la búsqueda del oro y de las perlas, bajo la anuencia cómplice de reyes y papas, trocaron el desarrollo natural y autónomo, para imponer la esclavitud y la miseria en donde antes existía la abundancia y unas condiciones de convivencia adecuadas a su cultura.

Los españoles de ahora suelen decir, cuando se trae a discusión el proceder de sus antepasados en la Conquista y la Colonia, que aquello fue fruto de esos tiempos. Y la excusa, como tal, puede interpretarse. Además, en nuestros días, el legado de siglos de dominio está ahí en el idioma, la religión y el aporte étnico. Las nuestras son, desde hace ya casi dos siglos, naciones independientes y soberanas que mantienen otros problemas. Sin embargo, lo que resulta difícil de comprender –incluso más allá del poco saludable sentimiento del rencor– es que pueda hacerse del inicio de la Conquista y el avasallamiento, una fecha digna de recordarse con ribetes de conmemoración regocijante.

Toda invasión bélica de un pueblo a otro puede ser objeto de interpretaciones, pero jamás de festejo. Los españoles, por ejemplo, no niegan sus rasgos ancestrales romano-árabes. No obstante, nada grato sería para ellos que los italianos o musulmanes los invitaran a compartir la alegría de sus proezas invasoras del pasado, entre ellas las de Marco Porcio Catón, hombre cruel, al decir de un historiador español, que destruyó en menos de un año cuatrocientas poblaciones y vendió a sus habitantes como esclavos, o los sanguinarios procederes del cónsul Lúculo, el pretor Sergio Galba y tantos otros.

Más aún si se tiene en cuenta que la conquista europea es la muestra más elocuente del genocidio que jamás la historia universal ha conocido. Los datos que recogieron sus propios cronistas testimonian la barbarie. El padre Bartolomé de Las Casas, por ejemplo, no puede ocultar lo sucedido. En su libro *La destrucción de las Indias*, pueden leerse los siguientes pasajes de sucesos en las islas La Española (Santo Domingo y Haití) y Cuba, de los cuales él fue testigo ocular:

“...otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, sino despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas por

las extrañas y nuevas y varias, y nunca otras tales vistas ni leídas y oídas, maneras de crueldad: en tanto grado que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos (millones) de ánimas que vimos, no quedan hoy de las naturales de ella doscientas personas... Los cristianos dábanle de bofetadas... Y llegó ésto a tanta temeridad y desvergüenza, que el mayor rey señor de toda la isla, un capitán cristiano le violó por fuerza su propia mujer... los cristianos con sus caballos, y espadas y lanzas comienzan á hacer matanzas y crueldades extrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños ni viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaran y hacían pedazos, como si dieran con unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete, ó le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas... Una vez vide que, teniendo en las parrillas quemándose cuatro o cinco principales y señores, y porque daban muy grandes gritos y al capitán le impedían el sueño, mandó que los ahogásen: y el aguacil, que era peor que verdugo que los quemaba (y sé como se llamaba, y aun sus parientes conocí en Sevilla), no quiso ahogarlos; antes les metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen, y atizóles el fuego hasta que se asaron despacio, como él quería. Yo vide todas las cosas arriba dichas, y muchas otras infinitas... En Cuba el cacique Hatuey anduvo siempre huyendo de los cristianos, y al fin lo prendieron, á sí a á toda su gente y generación, lo hubieron vivo de quemar. Atado al palo le decía un religioso de San Francisco, que si quería creer aquello que le decía iría al cielo, donde había gloria y descanso eterno, y si no, que había de ir al infierno á padecer perpetuos tormentos y penas. El, pensando un poco, preguntó al religioso si iban cristianos al cielo, el religioso le respondió que sí, pero que iban los que eran buenos. Dijo luego el cacique sin más pensar, que no quería ir allá sino al infierno, por no estar donde estuviesen, y por no ver tan cruel gente..." "...Una vez, saliéndonos a recibir con mantenimientos y regalos un gran pueblo nos dieron comidas con todo lo que más pudieron; súbitamente los cristianos matan a cuchillo en mi presencia (sin motivo ni causa que tuviesen) más de tres mil ánimas (personas) que estaban sentados delante de nosotros, hombre y mujeres y niños. Allí vide tan grandes crueldades, que nunca los vivos tal vieron o pensaron ver".

En el caso de la conquista del Valle de Upar, nuestro autor Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa recuerda que, exceptuando en parte a Bastidas,

los demás personajes que llegan a dichos lugares rivalizan en crueldades, avaricia, traiciones y crímenes monstruosos. Era tanta su degradación moral que, contrario a lo dicho por los europeos contra los caribes para justificar sus fechorías, fueron ellos los únicos caníbales que registra la historia americana. La cita que hace de Alfínger y sus andanzas, es incuestionable: “Cae el primero descuartizado, en la hoguera, y así hasta que se sacrifica el último. El camino es tan oscuro, tan inextricable, como al principio. Se ha perdido el rumbo. Un mes lleva de andar, y a cada paso que avanza es más tupido el monte. Ya el soldado recela del soldado. El último asado de indio fue comido con avidez y se perdió el escrúpulo de comer carne humana”.

\*\*\*

En este libro el historiador Gutiérrez Hinojosa rinde un homenaje a la responsabilidad del indio en la defensa de lo suyo. Con armas, que el mismo Las Casas considera propias para niños, pero con dignidad y coraje, libra las batallas y prefiere la muerte a la esclavitud.

Pese a lo anterior, son muchas las hazañas de caciques y pueblos que registra. El cacique de Bonda, sea el caso, nunca cede ni se somete. Cuando un ejército español de mil doscientos hombres invade su comarca, saca del lugar de combate a su familia y a los indefensos, y libra una batalla digna en la historia de la resistencia: treinta españoles muertos, sus jefes obligados a ofrecer convenios de paz, y “un tal capitán Salazar, quien al conocer antes a los caciques convocados y observar su humildad, había dicho que con mil de esos se prepararía un desayuno, pagó cara su charlatanería al caer víctima de un flechazo en el primer combate”.

El cacique Upar defiende con honor su ciudad, lo toman prisionero y Alfínger lo condena a muerte, a pesar de haber pedido y recibido rescate por su libertad. En la noche siguiente de su cautiverio, describe Fernández de Oviedo, lo ahorcaron en la plaza de la capital de sus dominios, y redujeron su casa de gobierno a cenizas, no sin antes obligarlo a recibir el bautismo católico de manos de un sacerdote.

Francisquillo el Vallenato adquiere la dimensión de la leyenda. Sus hazañas se encuentran de boca en boca, y sirven de consuelo a los chimilas. Jura vengar la muerte de Upar, y cumple la promesa. Una noche se infiltra en la guardia enemiga y mata al propio Alfínger. Muchas fueron las batallas que libró, y en todas ellas estaba presente su gallardía. Distinto al ruin comportamiento del europeo, la nobleza de su pueblo enmarcaba a sus actos guerreros. Se cuenta que tenía por costumbre ofrecer comidas al adversario antes del combate, porque no gustaba de enfrentar a un enemigo hambriento.

Precisamente, estos actos heroicos de los indios, constituyen un motivo de complacencia para el autor. Y en esto no peca, en su condición de historiador, de parcialidad racial. Por el contrario, buena parte de su ensayo lo dedica a resaltar el carácter triétnico del actual hombre vallenato, y a encontrar en esa síntesis amalgámica sus valores culturales y anímicos. Además, bueno es resaltarlo, sus deducciones ofrecen el dualismo del testimonio erudito y la vivencia. Porque al lado del estudio del documento que facilita la consulta veraz, está la certidumbre del informe que obtuvo en los largos tiempos convividos entre las tribus y grupos indígenas de la región que todavía subsisten. Cumple así con el precepto de Cicerón, cuando definía a la historia como testigo de los tiempos, luz de la verdad y vida de la memoria.

Por ejemplo, una de las calumnias más sonadas de esas épocas de infamias que aún es motivo de indagación por parte de los investigadores, es la falsa conjetura acerca de la antropofagia de los caribes. Hace poco Juha Pekka Helminen, de la Academia de Ciencias de Finlandia, se preguntaba en artículo publicado en Ibero-América, *Nordic Journal of Latin American Studies*, si eran caníbales los caribes. El ensayo es interesante, porque el autor cita buena parte de los aventureros y cronistas que se dejaron impresionar por los mitos y fábulas de los conquistadores en los propósitos de encubrir sus sanguinarios proceder. Aceptada por la corona la espuria imputación, los españoles alegaron a menudo, dice el autor, “que los esclavos pertenecían al pueblo caribe y, así, eran presos obtenidos en una guerra justificada”.

Las mentiras se inician desde los viajes de Colón. En cuadernos de bitácoras, de entonces, se anota: “El viento era tesnordeste y razonable

para ir al sur, sino que era poco; y sobre este cabo encabalgá otra tierra o cabo que va también al este, a quien aquellos indios que llevaba llamaban bohío, la cual decían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quienes mostraban tener gran miedo. Y desde que vieron que lleva este camino, dizque no podían hablar porque los comían y que son gente muy armada. El Almirante dice que bien cree que había algo de ello, más que, pues eran armados, serían gente de razón y creían que habían capturado algunos y que porque no volvían dirían que los comían. Lo mismo creían de los cristianos y del Almirante al principio que algunos los vieron”.

En 1920 el historiador y sociólogo venezolano Julio C. Salas, en su libro “Los indios caribes, estudio sobre el origen del mito de la antropofagia”, arremete contra todo lo dicho hasta entonces. Se trata de un alegato contundente que pone al descubierto la falsedad de la argucia.

Tres hechos fundamentan el mito del canibalismo de los caribes. Primero, la ignorancia de los conquistadores; segundo, la falta de criterio científico de los cronistas, y tercero, la utilización de la historia para encubrir fechorías. Lo cierto es que la artimaña dio como resultado, anota Salas, la abolición completa de la raza indígena de las Antillas y en gran parte de Tierra Firme, donde en menos de un siglo desaparecieron por el hierro, el fuego, las enfermedades y el trabajo a que fueron sometidos más de diez millones de hombres.

El catedrático venezolano (que en su tiempo lo fue en la Universidad de Mérida) parece que hubiera escrito para este año, de algarabía y complacencia, de quinientos aniversarios de la invasión. Sus palabras escritas hace setenta y dos años adquieren vigencia: “Nos resultan irrazonables –dice– no sólo los apologistas de la conquista española en América, sino también cuantos en el mundo han defendido la conquista armada hecha por cualquier raza y a nombre de cualquier civilización, pues ante el sereno criterio filosófico, tan criminales deben ser Roldán y Velázquez en Cuba y Haití, Ojeda y Pedrarias en Tierra Firme, Pizarro en el Perú, Losada, Ordaz y Ocampo en Venezuela, como Lord Clive y Warren Hastings en el Indostán”.

La lectura de esos puntos de vista me hace recordar una anécdota en mi vida de conferencista y hombre universitario. Una vez fui invitado por la Universidad Nacional Federico Villarreal a dictar una conferencia y a recibir el título de Doctor Honoris Causa, en esa casa de estudio estatal, entonces bajo la rectoría del meritorio latinoamericanista, doctor Humberto Espinosa Uriarte. La noche de la conferencia estaban los periodistas de la radio, la televisión y la prensa escrita. El tema era el análisis de las causas históricas del subdesarrollo y la dependencia.

En un momento de la plática, cuando mencionaba las características de la organización social de las culturas precolombinas, declaré que no creía en la autenticidad de la revolución del Perú mientras permaneciera en la Plaza de Armas del palacio presidencial la estatua del analfabeto Pizarro, asesino del gran Inca. En esos días el jefe del gobierno era el general Juan Velasco Alvarado, quien propiciaba una serie de reformas, entre ellas la entrega de la tierra a los indios, y la nacionalización minera. Por cierto que simpatizaba con ese correcto proceder, e incluso en la revista *Desarrollo Indoamericano*, que todavía dirijo, se divulgaban las disposiciones legales concernientes a dichos acontecimientos. Como epílogo del suceso, al día siguiente tres coroneles visitaron al señor rector para hacerle saber que el gobierno no estaba de acuerdo con la concesión de mi Honoris Causa.

Ahora rememoro aquel pasaje, y aunque reconozco la imprudencia en la improvisación, pienso que el juicio en concordancia con el rechazo a todo tipo de invasión y barbarie y como homenaje al ancestro inmolado, fue correcto. Por lo menos así lo reconoció años después, mi compañero y amigo de encuentros patrocinados por la organización Unidad Latinoamericana, general Edgardo Mercado Jarrin, quien fuera ministro de Relaciones Exteriores del entonces gobierno militar peruano.

El profesor Salas, como lo anoté, aclara con abundante autoridad y prueba, que tal antropofagia caribe exige refutación y rechazo, pues bajo su supuesto, en buena parte, se respaldó la barbarie genocida de la Conquista y la evangelización.

Los caribes fueron dignos y valientes y el conquistador no soportaba estas condiciones. Por eso las leyes de la metrópoli decretaron que

“fuesen tenidos por esclavos los indios que hiciesen resistencia a los conquistadores”. Y, además, se dispuso que el rey de España recibiría una quinta parte de los indios caribes que fuesen apresados y vendidos por los conquistadores.

En verdad, la lucha del indio nunca ha terminado. Ahí sigue, en el sitio donde el acontecer violento lo arrincona, salvaguardando su tierra y sus costumbres. Y, como ayer, también hoy el poderoso heredero del actuar europeo, continúa masacrándolo: cuando escribo estas líneas, la televisión y los diarios siguen mencionando la noticia del genocidio de la hacienda El Nilo, donde veinte aborígenes fueron asesinados para despojarlos de las parcelas que cultivaban en riscos de la cordillera caucana.

En la Sierra Nevada de Santa Marta y en La Guajira sucede lo mismo: terratenientes y mafiosos perturban el hábitat de los kogis y arhuacos, y las empresas mineras extranjeras mancomunadas con el Estado centralista y excluyente, explota los recursos minerales de La Guajira, mientras el indio, heredero ancestral de esas riquezas, soporta el avance de una actividad productiva que ya no le pertenece ni comparte con equidad, mientras la polución que generan el carbón y los gases, lo enferma o lo obliga a emigrar.

Hay un pasaje de otro lugar de la región caribeña de Colombia en los relatos de fray Bartolomé de Las Casas en su voluminosa Historia de las Indias, que bien podría servir de complemento en el juicio correcto de Gutiérrez Hinojosa, cuando resalta la dignidad y el suplicio del indio. En alguna ocasión me referí a este testimonio como, tal vez, la primera actitud ideológica americana extranjerizante. Las Casas toma de la Suma de Geografía la narración del conquistador Enciso: “Yo requerí, de parte del rey de Castilla, a dos caciques de estos del Cenú, que fuesen del rey de Castilla, y que les hacía saber como había un solo Dios, que era Trino y Uno gobernaba el cielo y la tierra, y que éste ha venido al mundo y había dejado en su lugar a Sant Pedro, y que Sant Pedro había dejado como sucesor en la tierra al Santo Padre, que era el señor de todo el mundo Universo, en lugar de Dios, y que este Santo Padre como Señor del Universo, había dejado merced de toda aquella tierra de las Indias y del Cenú al rey de Castilla, y les requería que ellos le dejarasen aquella tierra, pues le pertenecía; y que si quisiesen vivir en ella, como se esta-

ban, que le diesen la obediencia como a su señor... Respondiéronme que en lo que decía que no había sino un Dios y que este gobernaba el cielo y la tierra y que era señor de todo, que les parecía bien y que así debía ser, pero en lo que decía que el papa era señor de todo el Universo, en lugar de Dios, y que él había hecho merced de aquella tierra al Rey de Castilla, dijeron que el papa debía estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey, que pedía y tomaba la merced, debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y que fuese allá a tomarla, que ellos le ponían la cabeza en un palo... y dijeron que ellos eran señores de su tierra y no había menester otro señor”.

El mismo sacerdote Las Casas enjuicia la invasión: “¿Qué mayor argumento ni más claro, confesado por su boca, de la ignorancia y ceguedad del bachiller Enciso y de todos los que creían que por él se excusaban las tan horribles e impías guerras y robos y calamidades que aquellas gentes por ellas los españoles le acusaban? ¿Bastabas tú, Enciso, con gente armada, que venías a robar su oro, sus haciendas, sus mujeres y hijos y su libertad por testigos?”.

Claro está, como lo demuestra la historia y lo recalca Gutiérrez Hinojosa, los sanguinarios e inhumanos procederes de los conquistadores, ya fuesen plebeyos ignorantes o letrados y nobles –porque la sola invasión, con las matanzas, el robo, y los atropellos que ella involucra, es en sí suficiente para el rechazo–, tuvieron en una u otra forma el respaldo de la metrópoli y de sus gobernantes. Tanto, que con agudeza interpretativa de horrores criminales del presente, el autor encuentra la génesis, en estas tierras, del secuestro, y el rescate: según ciertas normas oficiales de la corona, y en particular algunas decretadas para los territorios del Valle de Upar, como se consagra en la capitulación firmada por el rey y Pedro Fernández de Lugo, “cuando se tomare preso a algún príncipe o señor de las tierras cuando por mandato real se hace la guerra, el rescate del señor o cacique pertenece a su majestad; lo mismo que en los demás bienes inmuebles que se le tomare...”.

En su reciente libro, *El encubrimiento de América*, el profesor Hugo Angel Jaramillo describe las matices de las hordas conquistadoras: “Llegan, desembarcan, cabalgan, disparan, esclavizan, expolian, destruyen, violan y asesinan. Enceguecidos por la codicia buscan el oro. La historia

de Latinoamérica se ha fraguado en el yunque doloroso del despojo, la expoliación y la sangre. Ellos trajeron la viruela, el sarampión, la escarlatina; las enfermedades nuevas fueron para los indios tan aniquiladoras como la propia violencia del genocidio y el asesinato alevé. El látigo del conquistador actuó despóticamente contra los vencidos nativos y luego contra los negros”. A su vez, y en estilo pintoresco, Germán Arciniegas, en “América tierra firme”, refiere: “Con la llegada de los españoles y de las gallinas que trajo Federmann, y de los marranos que trajo Belalcázar y de los otros animales domésticos que, junto con las primeras mujeres españolas que importó Jerónimo de Lebrón, desapareció para el indio la oportunidad de comer carne, y su antigua mesa, que era si se quiere variada, no hizo sino empobrecerse, para atender a la de los frayles y encomenderos glotonos y sensuales”.

\*\*\*

Chimila es el gran pueblo que habita el Valle de Upar. Sus hombres y mujeres sobresalen por su hermosura. Viven de acuerdo con las circunstancias climáticas: los varones desnudos, con los cuerpos untados de sustancias que adoman la piel con vistosos colores y la preservan de picadas de mosquitos; apenas los príncipes usaban guayucos, pero todos cubrían los órganos genitales. El Chimila ama la música. No conoce la escasez, porque cultiva la tierra y los árboles silvestres le ofrecen una rica variedad de frutos. En cuanto al oro, el autor Gutiérrez Hinojosa recuerda que en ninguna otra región de Colombia lo hubo en tanta abundancia. Contó con ciudades de calles arborizadas que llamaron la atención de los cronistas.

\*\*\*

Dos misiones fundamentales parecen obligar a Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa al escribir este libro: rendir un homenaje a la historia y a la cultura de su región, y exponer argumentos de valiosa originalidad, que habrán de servir para enriquecer el conocimiento del pasado.

Como lo hiciera el cartagenero Roberto Arrázola en su libro *Palenque, primer pueblo libre de América*, con argumentos cronológicos

Gutiérrez Hinojosa señala acontecimientos relevantes: la presencia de los negros africanos en el país de los chimilas antes que los europeos, y la libertad que obtienen en su nuevo y exótico refugio. Y esto es posible porque el negro cimarrón no llega como conquistador, sino como perseguido. La condición de víctima de un mismo agente, el conquistador, sea este español o alemán, facilita el entendimiento con los aborígenes. A la larga la necesidad los obliga a luchar, a veces unidos, a veces cada uno por su lado, contra el expoliador y esclavista. Y hasta se da el caso de negros que llegaron a ser caciques de tribus indígenas. Sin embargo, oportuno es anotar, como lo hace el autor, no todos los negros tuvieron un comportamiento digno: distinto al correcto proceder de los cimarrones, los esclavos a las órdenes de los europeos penetraban al país de los chimilas con la misma crueldad de sus amos.

En el primer año del siglo XVI los reyes católicos, con toda su religiosidad a cuesta, autorizan la introducción de esclavos a la América. Poco tiempo después, desde Santa Marta y Venezuela, los africanos se escapan y penetran en el Valle de Upar. Y su presencia es tanta que permite, más tarde, como lo observa Gutiérrez Hinojosa, convertir a la región del Valle de Upar en la primera en el campo de la mezcla negroide en América. Más aún, según el criterio del autor, también el antiguo país de los chimilas sobresale en el continente como muestrario de amalgama triétnica. De ahí la presencia actual del vallenato –llamado así por ser oriundo del Valle de Upar, y no por manchas en la piel, como equivocadamente lo pensó el francés Luis Striffler–, exponente modelo de la triétnicidad.

Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa resalta ese rasgo en la idiosincracia de sus paisanos. Porque gracias al aislamiento que durante varios siglos soportó la región, pudo convertirse “en una especie de laboratorio humano de donde saldría el gran hombre vallenato, prototipo ideal del hombre latinoamericano: indio, negro y blanco”.

El negro se acomoda al paisaje de una tierra exuberante y propicia para el rescate de la autonomía perdida. Cuando el autor se refiere a estos temas se sublimiza en la valoración de la libertad, y su prosa se reviste de dimensionaes poéticas al mencionar los recursos naturales que el país de los chimilas le ofreció al cimarrón. Entonces, con orgullo que es

fácil reconocer en cada frase, reafirma la identidad cultural, al recordar que “el indio chimila ya no existe, el negro no está en palenques aislados, el blanco no es el enemigo”, porque la fusión triétnica del antiguo territorio del Valle de Upar, “ha mostrado las luces de una definitiva raza universal”, que cuenta con un lenguaje y una música con su propio ritmo y melodía “que comprometen la causa de la humanidad”.

\*\*\*

Este libro entra por la puerta grande a la bibliografía histórico-investigativa colombiana. Hay una característica en su contenido digna de resaltar: se trata de una historia global que abarca los distintos aspectos que simbolizan la cultura y el desarrollo social de los pueblos. Conflictos bélicos, arte, economía, folclor, en fin, cinco siglos de un variado acontecer reciben el examen minucioso y la interpretación afortunada del autor.

El nombre de Perla de América, que en nuestros días ostenta en forma exclusiva la nunca bien ponderada ciudad de Santa Marta, fue en un principio otorgado por el cura Antonio Julián a todo el territorio de la antigua gobernación de Santa Marta. Porque, como decía el religioso en simpática descripción, el interior de esa provincia, en buena parte territorio del Valle de Upar, semejaba la concreción nacarada que sólo permite apreciar su belleza cuando se penetra más allá de la concha que la envuelve.

El país de los chimilas fue y sigue siendo prodigio de la naturaleza. El oro abundó en la época precolombina. No sólo adornaba los cuerpos de los vivos con variadas piezas de orfebrería, sino también las tumbas de los muertos. Ríos dorados y yacimientos sirvieron para avivar la avaricia del insaciable conquistador.

El indio gozaba de los prodigios y abundancia de las minas, los frutos, la fauna y la pesca. Juan de Castellanos, el cronista que escribía en verso, hace saber que en toda Europa no había tantas frutas como en cualquier región americana. “Hay caimitos, guanábanas, anones, en árboles mayores que manzanos.../y hallaron de maní ciertas labranzas/hay guayabas, papayas y mamones/piñas que hinchon bien entrambas manos, con olo-

res más suaves que de nardos/ hay plátanos que es fruta codiciosa/ y aguacates en grandes cantidades”. La bondad del indio, en un comienzo, es ejemplar. Responde a la codicia con desprendimiento. Castellanos cuenta lo que dice un cacique a los extraños europeos:

“Guamas, papas, auyamas, yucas y batatas  
Darémosles cazabis y maíces,  
Con otros panes hechos de raíces.  
Darémosles huitas con agies,  
Darémosles pescados de los ríos,  
Darémosles de gruesos manatíes  
Las ollas y los platos no vacíos;  
También guaraquinajes y coríes,  
De que tenemos llenos los bohíos”.

La organización social de los indios facilitaba el adecuado aprovechamiento de los medios, y descartaba el hambre. A pesar de la inclemente expropiación de la Conquista y la Colonia, todavía en los albores de la Independencia el gran economista cartagenero Antonio de Narváez y la Torre, en su condición de gobernador de la provincia de Santa Marta y Rio Hacha, rinde un informe al ministro de Indias en 1778, que realza la riqueza de la región. Es un inventario de recursos que hoy forma parte del más apreciado aporte en la historia de la economía nacional, y constituye un documento valioso en el archivo de la literatura social colombiana. Tan cuidadosa es su Relación sobre el territorio bajo su mando que la convierte en páginas pioneras de la autenticidad en la formulación de estrategias en favor de una industrialización en las antiguas colonias. En este sentido, como yo lo observé en mi libro **El pensamiento económico colombiano** supera a don Pedro Fermín de Vargas, partidario del consumo de mercadería producida en España, y se mantiene a la altura de José Ignacio de Pombo, aunque en su conjunto los tres constituyen el grupo de los precursores de la teoría de la política económica nacional.

En el estudio de los recursos naturales del territorio que es motivo de investigación en el presente libro, Antonio de Narváez y la Torre surge como el gran visionario de su apropiado aprovechamiento. Agricultura, educación y aumento de población es lo que necesita, ya que ofrece lo demás. El comercio, la agricultura, la industria, la educación y el comer-

cio, decía, son como eslabones de una misma cadena. Resulta más que interesante comprobar que este brillante analista se inspira en la incitante realidad de una región. Porque, de manera audaz y pionera para su tiempo, solicita (y, bueno es decirlo, lo que aún no se ha logrado) que se instalen fábricas que procesen el algodón y produzcan las telas que se importan. Narváez y la Torre, desde Río Hacha, y con la mirada extendida al mapa de los antiguos chimilas, es el analista económico colonial más afirmativo en la defensa de la sustitución de importaciones, hoy atropellada por la estrategia de apertura neoliberal, de franco corte librecambista, emanada de las grandes potencias, y que se cierne con posibilidades de repetir las consecuencias soportadas en el pasado en tiempos de Florentino González.

La provincia de Santa Marta y Río Hacha, al decir de Narváez y la Torre, comprendía por el norte el “Mar Océano, que baña su dilatada costa de más de cien Leguas, se extiende de Este a oeste, desde el saco de Maracaybo que la divide de la Prova, de este nombre, hasta el Río de la Magdalena, que la separa de la de Cartagena, internándose de Norte a Sur, también por más de cien leguas, hasta la ciudad, y partido de Ocaña que se incluyen en su jurisdicción, y la terminan por el Sur”. En este extenso territorio se conservan las más preciadas ventajas que la naturaleza haya podido ofrecer. Sin embargo, se lamenta el acucioso gobernante, “yace en una miseria espantosa, sin agricultura, sin hacienda, sin caudales, y sin comercio; en tanto grado que pudiendo ser la más rica, puede asegurarse es la más pobre de todo el reyno”.

Todos los cereales, frutos y hortalizas que la naturaleza permite cultivar son fáciles de obtener en el Valle de Upar y sus cordilleras circundantes. Si en las faldas de la Sierra Nevada se incrementara la siembra de trigo comentaba Narváez y la Torre hace 214 años, Cartagena no tendría que necesitar de las harinas extranjeras; el cacao, con un poco de estímulo, encontraría condiciones adecuadas en “todo el dilatado desierto terreno de Sta. Marta al Valle Dupar, cruzado, regado y fertilizado por las vertientes de la Sierra Nevada, y por ocho caudalosos ríos; en toda la Prova, se da igualmente, la caña dulce de la mejor calidad, y la fertilidad del terreno, abundancia de aguas corrientes para regar y para mover las máquinas, y molinos, la de bueyes, mulas y otros animales para los trabajos, y la de carnes para la mantención poco costosa de los esclavos, u operarios haría mucho más fácil, y barata que en la Havana, y las Islas la

Fábrica del azúcar”. Y sigue el buen gobernador de la corona española, más tarde convertido en patriota: “El tabaco se da igualmente, en toda la Prova... en los Pueblos de la Jurisdicción del Valle (de Upar), cuyos indios se habían principalmente dedicado al cultivo de esta planta, pero con motivo de haberse estancado, proveerse y venderse de cuenta de S. M. de la Admon, establecida en Mompós, se han mandado arrazar enteramente los tavacales... Todo el inmenso terreno de esta Provincia, produce algodón de la mejor calidad, que se da aun silvestre en muchas partes... si en estos mismos parages en que se coge el algodón se estableciesen las fábricas de angaripolas, pañuelos, fulas y otras que se hacen de él podrían darse acá a mucho menos precios, y dejar mayor utilidad al Rey y al Vasallo... La cría de ganados ha sido la ocupación, o comercio que con preferencia se ha llevado la aplicación de gentes de esta Provincia; pero las mejores y más pingües haciendas son de sujetos avecinados en Cartagena, que como que residen, y tienen sus familias (en esa ciudad), sacan de aquí los frutos. o fondos de que viven, pero allí los consumen, y gastan... En la misma Jurisdicción del Valle de la Nueva Valencia de Jesús, y Chiriguaná, se tienen también crías de mulas, y de cavallos... También se cría algún ganado lanar, aunque no tanto como el vacuno... Algunos sujetos emprendieron unos veinte años ha la Fábrica de Añil, cuya planta se da silvestre en todo este territorio... El café, que como aquí no tiene consumo, porque toda la gente del País, gasta el chocolate, ni tenía salida para afuera por la absoluta falta de comercio, aunque se coge de la misma calidad y tal vez con más abundancia que en las Islas Españolas, y extranjeras,... la bainilla se coge solo la que se da silvestre porque no se han aplicado las gentes a este cultivo... las maderas de todas especies para construcción de edificios y manufacturas las hay en los inmensos montes vírgenes... La Quina o Cascarilla la hay en abundancia en los montes de la cuesta del Rosario que media entre esta ciudad y la del Valle... Gomas o resinas las dan quasi todos los árboles... Las de Perlas, que pueden mirarse como una especie de mina en el mar, que aun en la América, es poco común, pues las da muy rara Provincia, la ofrece ésta en varios parages de su Costa en abundancia y de las más exquisitas, y de mejor oriente que se conocen... Las minas son particularmente muy ricas, y abundantes de oro...”.

Todo esto, podría decirse, fue en el ayer. Sin embargo, no es así. Aunque la explotación irracional, como elocuentemente lo señala Gutiérrez Hinojosa, aniquila la fauna y erosiona y empobrece las tierras, el Valle de

Upar sigue manteniendo sus praderas féculdas y cada vez más se descubren nuevos recursos minerales. Ahora el carbón, el petróleo y el gas, repletan las arcas de extraños como sucedió en el pasado, sin que la región encuentre el camino acertado para un pleno desarrollo en beneficio de los suyos. Peor todavía: cultivos extraños, como los de la marihuana, sembraron la semilla de una novedosa descomposición social e iniciaron el desastre en la vegetación natural de la Sierra Nevada; y la violencia que opera y se resguarda en sus riscos, socava la paz en perjuicio de la comunidad en su conjunto. Pero el Valle del cacique Upar resiste, con una especie de confianza mesiánica en la pujanza de sus habitantes, el patrimonio de su cultura folclórica, y la tercamente inagotable prodigalidad de su geografía.

\*\*\*

En la segunda parte de este libro, el autor da la impresión de entrar a los terrenos que le pertenecen. Y esto tiene su razón de ser. Porque los que lo conocemos desde años atrás, sabemos que su vida intelectual y creadora cumple en plenitud el tríptico de la cultura popular: folclorólogo, porque sobresale como uno de los más autorizados estudiosos de la materia; folclorista, porque cultiva el género, a través de hermosos y sentidos cantos vallenatos; y folclorófilo, en razón del entusiasmo en la defensa y divulgación de las tradiciones de su pueblo.

Y, sin alejarse mucho de la loable posición de celoso guardián de la verdad, en el estudio del folclor parece bajar el tono, para penetrar en la aún más difícil –por la sencillez y maestría que involucra– práctica de la didáctica: sus conceptos sobre el folclor son lecciones para aprender y, de seguro, habrán de servir en la enseñanza en colegios y universidades.

Luego, cuando se acerca al mundo del vallenato, como canto y sonoridad, semeja acariciarlo con el más profundo afecto para presentar su cadencia en la exacta dimensión: una de las expresiones folclóricas más apetitosas de América Latina. Reconoce las razones que lo hicieron posible, entre las cuales menciona el prodigio de la naturaleza, la fusión triétnica y la herencia cultural, sin dejar de valorar algunos elementos

–leyendas, mitos, danzas– que fueron y siguen siendo fuente inagotable de su arquitectura.

En el relato de las leyendas Gutiérrez Hinojosa permite apreciar la gracia de su estilo y las dotes de narrador. Además, en sus descripciones se ciñe a la tradición, pero libre del prejuicio religioso. Están en el texto como belleza literaria, y con la virtud de que algunas fueron escuchadas de boca de ancianos y caciques.

Es bueno mencionar –como el mismo doctor Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa observó en sesión de uno de los foros folclóricos que preceden al Festival Vallenato cuando yo terminé de leer un cuento sobre el diablo y Teófilo Angulo, el tamborero de mi pueblo– que la ficción del demonio competidor es común en la fantasía folclórica de las comarcas. Porque el duelo de Francisco el Hombre con Satanás, no obstante sus peculiaridades, al final permite al héroe humano vencer, con su virtuosismo insuperable, al personaje maligno. Francisco el Hombre remató la proeza cantando el credo al revés. En mi relato, que forma parte del libro **Del recuerdo a la semblanza**, recuerdo a Teófilo Angulo bajo el peso de los años y la artritis. Aunque era niño, lo traigo a la memoria con su mirada de nostalgia. En su lecho de enfermo me contaba historias. La última vez que lo vi, se levantó de la cama de viento y colocó entre sus piernas el **llamador**, compañero de parrandas, que colgaba de la viga como para contemplarlo siempre. Entonces, sin que se lo pidiera, inició el monólogo de la disputa con el diablo en el camino al cementerio. Sus manos callosas golpearon el cuero roído por el uso de tantas cumbiambas. Y como sus dedos ya no podían doblarse con la prontitud necesaria en el saque del sonido adecuado, me relató la hazaña con la ayuda de la palabra. Aquí lo espanté con este golpe de trueno, murmuraba. Después, con el ritmo rápido, le cerré las salidas para acorralarlo. El muy mañoso pretendía amenazarme con los ojos de candela y los cachos puntiagudos. Pero con los toques en cruz lo mantuve distante. Cuando repiqué la **Mujer alborotada**, no pudo contenerse y comenzó a bailar. Entonces dio media vuelta y desapareció.

La leyenda de Andrés Montúfar, como lo anota el autor, es distinta: en ella pierde el juglar por altanero y depechado, pero su ocurrencia

es testimonio de exquisita picaresca, tal vez muy propia de costumbres de esos tiempos de restricciones y misterios en el campo de la sexualidad. Eso de que “en el mundo pasan cosas / que con mi vista las veo / las mujeres de Los Venados / se hacen el bien con el de'o”, es algo graciosamente atinado: en el verso se llama bien, a quien bien merece llamarse así.

Los mitos involucran el encantamiento de la ternura y la simplicidad campesina. Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa los hace más accesibles y los adorna con su simpatía y complicidad. Cada pueblo se resguarda en sus fábulas. Pero, unos más que otros, procuran sacar provecho de la creencia. Y, en verdad, tales motivaciones mágicas estimulan la confianza creativa. De ahí que en estos días de luz eléctrica, telenovelas y equipos de sonido, que han hecho perder la costumbre de la tradición oral, la labor de recoger el legado del folclor, sea tarea encomiable. En años pasados, otro miembro de la comunidad bolivariana, quiero decir, de la Universidad Simón Bolívar, y también oriundo del país de los chimilas, el profesor Pedro U. Socarrás, publicó el libro **Leyendas y cuentos**. Otros, como Rito Llerena Villalobos, Manuel Zapata Olivella y Alberto Hinestroza Llanos, han cultivado con acierto y mérito el género.

El acucioso proceder de Tomás Darío Gutiérrrez Hinojosa en el compromiso investigativo pone fin a falsas interpretaciones sobre el origen de la música vallenata. Algunos folclorólogos pretendieron encontrar su cuna en el arribo del acordeón europeo, instrumento musical que forma parte del repertorio, al lado de la caja y la guacharaca. El acordeón llega a finales del siglo pasado o comienzos del presente, mientras la música vallenata se remota a los albores de la floración triétnica.

Entonces, como dice quien tiene autoridad para decirlo, merodea alrededor de una expresión folclórica musical plenamente constituida. Lo interesante del caso es que el acordeón se acomoda con holgura, y de sus fuelles y teclas el nativo pudo sacar notas y cadencias apropiadas a sus ritmos. El acordeón es una especie de peregrino que encaja en el albergue del tambor de los chimilas y negros cimarrones, en el canto español y africano y las maracas criollas.

Los chimilas, recuerda Gutiérrez Hinojosa, igual que todos los aborígenes, fueron músicos: toda clase de instrumentos hacían sonar al lado de sus cantos en los ritos y fiestas. ¡Y qué decir de los africanos, tan expresivos en los sonidos tamboreros, y de los españoles, con las danzas y vestuarios! El acordeón, es necesario aclarar, no dio lecciones a nadie. ¿Quién podría traer algo para enseñar a un mundo donde impera lo tradicional y auténtico?, se pregunta. Y tiene sobrada razón. Porque el vallenato, ese aire musical que conquistó a Colombia y extiende sus dominios al resto de América Latina, hunde raíces en la época precolombina, para moldearse más tarde en la conjunción triétnica de cinco siglos.

Gutiérrez Hinojosa impresiona en el alegato de la tesis. Sus conclusiones las respalda en el acucioso inventario de pruebas y en una erudita información que cimienta el argumento.

Pero hablemos del vallenato a mi manera. Mejor dicho, de la gran fiesta folclórica que hoy se conoce con el nombre de Festival Vallenato. Yo la vi en mis años mozos cuando una tibia mañana pisé por primera vez la mágica tierra vallenata. Tal vez por eso muchas de las escenas de la serie televisada Escalona, me eran familiares.

Recuerdo que el mismo día de la llegada a Valledupar me encontré formando parte de una cuerda de parranderos que hacían del divertimento una adecuada oportunidad para la creación intelectual. Porque en medio de la cadencia se improvisaban las coplas, se leían los poemas, o se discutían los temas ideológicos.

Desde temprano las señoritas casaderas llegaban con sus familiares a la orilla del Guatapurí. Pocos ríos en Colombia tan repletos de encanto: aguas cristalinas y frescas que bajan de las alturas de la Sierra en un lecho de piedras parlanchinas. Alrededor de los Pozos Hurtado era suficiente con los grandes árboles y sus extensas sombras. Las niñas bonitas se ponían en filas y los juglares competían improvisándole a la belleza. Bastaba con decir el nombre para que el cantor espontáneo alimentara inspiraciones. En el torbellino del alborozo el tiempo parecía detenerse. Apenas al final de la tarde, con los primeros avisos de la penumbra, los acordeones se callaban y el pueblo iniciaba el regreso.

Para mí todo aquello era un mundo desconocido. En mi pueblo, cuando niño, sólo conocí al viejo Eduardo, patuleco y cegato. Lo recuerdo sentado en los taburetes gimoteando y moviéndose de un lado a otro, como si el acordeón fuera una potranca indómita, en una especie de lucha con las notas que casi siempre parecían negarse a dar el ritmo. “Me dijiste que eras firme como la palma en su centro, si la palma fuera firme no la bamboleara el viento”. Esa era la interpretación favorita, por lo menos la que viene a mi memoria. Su vida era un conjunto de anécdotas. Mi padre siempre contaba las que tenían que ver con él. Una madrugada le puso serenata a la niña Emilia, la nieta de don Nico, patriarca cascarrabias que no entendía de esas cosas. Al primer disparo al aire de la vieja escopeta, corrieron falda abajo, porque la casa de la historia, como la de Escalona, estaba protegida en las alturas de una loma. Mi padre, a pesar del susto, reía a carcajadas al escuchar el ruido del fuelle bamboleado que sostenía en una mano el músico huidizo. Y en mi vida de estudiante de bachillerato, en Barranquilla, los intérpretes de moda eran Guillermo Buitrago y Bovea y sus Vallenatos, que se acompañaban con la guitarra. A Buitrago lo escuchaba en las aceras de las calles sin detenerme. A las seis de la tarde hacía el recorrido, de unas ocho cuadras, desde el Colegio San José, que quedaba entonces en la calle de Las Flores, hasta mi residencia. Y como en casi todas las salas de las casas había radios, siempre encendidos y sonando, a todo volumen como se acostumbra en la Costa, en todas ellas a esa hora nadie dejaba de oír la **Araña picúa picá**, o el **Ron de vinola**.

Después del canto a las niñas hermosas los conjuntos competían, si es que cabe llamar así el certamen espontáneo. Porque en verdad nadie estaba allí por cosa distinta al goce y el compartimiento. Entonces aquellos acordeones parecían estimularse en el jolgorio, mientras las cajas de cuero genuino se amancebaban con las guacharacas para acomodarse al embrujo del canto.

Cada uno de los intérpretes contaba las historias de sus lugares como si hubiese llegado a la cita a divulgar noticias del terruño. Otros repetían los relatos ya conocidos del jovenzuelo Rafael Escalona, del tren que atravesaba guineales de la zona para llevar estudiantes al Liceo Celedón. A Miguel Canales, perdido en la montaña como muchos de los ejecutantes, le cantaban casi todos, como en un gesto recóndito y solidario, hacia el personaje incomprensido que se aleja del bullicio para encontrar, en

el silencio de la soledad y de los bosques, el auténtico prodigio de la naturaleza.

La respuesta del auditorio, además del embeleso fue, en los siete días de música y canciones, el aplauso repetido. A nadie le importaba más, pero tampoco nadie quería menos.

Podría pensarse que las muchas horas del día eran suficientes, y no era así. En las noches seguían las serenatas y los bailes, todo al estilo regional. En las serenatas aprecié mejor el contenido del canto vallenato. El amor, el paisaje y la costumbre ancestral encuentran adecuada expresión en su verso simple y sentido. La belleza está en esa sencillez: simple como una mirada, y plácida a la manera de las sonrisas.

Alguna vez pensé que la cumbia no debiera llevar letra, y a lo mejor fui razonable, porque no la necesita. La flauta de millo y la tambora bastan por sí solas. En la una está la suavidad nostálgica y la tersa dulzura. Quien puede definir su mensaje vive en el ropaje de cadencia el canto del ave agorera, o la ilusión del ensueño. En la otra, la fuerza del trueno y de los músculos anhelosos del movimiento danzante.

No quiero decir que todo eso esté ausente en el acordeón y la caja, y no lo está. Pero el canto, en mi sentir, adquiere en el vallenato primacía. Tanto que el acordeón es más acordeón cuando es un "pedazo de acordeón".

El vallenato es canto poético, y la poesía, conceptúan algunos, es pintura de los oídos, a veces húmeda y olorosa y siempre en lo lejano. La canción vallenata a la amada ausente, al campanario del pueblo recordado, al arroyito que pasa de prisa sin detenerse a consolar al amante que espera, todo eso es el poema y la vivencia placentera. Más que ningún otro género de canto popular, el vallenato es diverso y rico. Unas veces la añoranza bucólica; otras el sentir inquietante y hasta la protesta social, y, en algunos casos, la deducción plena de un humanismo elemental y hermoso. Unamuno gustaba de relatar una historia de soldados. En una guerra los hacen prisioneros en Abisinia, y al pasar el tiempo no retornan a Egipto. Entonces se les tilda de traidores. Y ellos responden: la patria

está donde cae el semen y germina. Eso es valedero para el criterio de la vida. En el caso opuesto, el cantor vallenato resume el juicio: “¡toda tierra donde se muere es bendita”!

Una vez escuché por la televisión a una señorita bogotana que preguntaba si en la Costa los hombres eran amorosos como el canto vallenato. En esa muy diciente curiosidad hay todo un mundo de encomio y acierto. Porque la canción vallenata deja a un lado la amargura y el rencor para encontrar en el amor el afecto sublime.

En ocasiones se juzga al vallenato como machista. Y, a lo mejor, es lo contrario: aunque sea en el giro picaresco, a la *Maye* se le rinde cuenta. A lo mejor, los acordes de conquista vienen a ser, como dice Alvaro Castro Socarrás, simples pataleos, o piadosos despechos ante la pulcritud de la Mercedes, que poco le importan los paseos en coche en Cartagena o el hospedaje en el Hotel Caribe. Y la prueba está en que hasta en la muerte la devoción persiste y se convierte a la amada en lucero espiritual.

\*\*\*

En los capítulos finales de este libro, que tienen que ver con la música vallenata y otros aires, aunque el autor se dedica, más que todo, a rendir homenaje a los compositores e intérpretes, el estilo argumentativo no pierde su rigor y las aclaraciones y tesis siguen en pronunciamiento. Así en la polémica sobre el sitio de entrada del acordeón a la región costeña, le resta importancia cuando este dato pretende tomarse por algunos para asignar paternidad al aire musical. Por el contrario, resalta ciertas anécdotas, como la del hijo de Atánquez, José León Carrillo Mindiola, quien en Europa, hace cien años, cambió la sotana por un acordeón, para traerlo como regalo a su pueblo. Otro vallenatólogo, el profesor antioqueño Rito Llerena Villalobos, en su obra **Memoria cultural en el vallenato**, piensa, también, que el énfasis que a veces se le pone al indagar el lugar de llegada del acordeón más que todo “parece responder a intereses regionalistas o etnocentristas culturales”.

Gutiérrez Hinojosa recalca, en su punto de vista de la triétnicidad en el transcurso de los siglos, para despejar dudas y refutar a investigadores

extranjeros que se han atrevido a negar el valor folclórico del vallenato. En cuanto a la expresión oral, encuentra el origen en los cantos de los vaqueros que se vieron obligados a viajar con sus manadas por territorios inhóspitos y trochas casi intransitables. Se trata de lo que podría llamarse la característica trashumante y vagabunda del vallenato.

En un ensayo publicado recientemente en un magazín norteamericano, traducido para una revista editada en Colombia, cuyo nombre no me atrevo a mencionar porque ella prohíbe la reproducción parcial de sus materiales –detalles de estos tiempos de modernismo y comercialización que todo lo convierte en mercancía, hasta la inteligencia y la cultura–, se denuncia el daño que se causa a la humanidad con el olvido y abandono de la tradición oral y la sabiduría nativa. De ahí la importancia de la investigación de campo, que muchos folclorólogos adelantan con grabadoras en las manos, tal como lo hace nuestro autor con hombres y mujeres de hasta cien años que fueron testigos presenciales del virtuosismo del pasado. Y todo esto le sirve a Gutiérrez Hinojosa para otorgar, bajo el respaldo de la seriedad crítica, la exacta dimensión de cada uno de los personajes que integran el mosaico en el canto, la composición y la destreza ejecutante del acordeón, la caja y la guacharaca. También tiene coraje para desenmascarar a los impostores que se apropian de la creación de los de antes, y de aclarar fantasías y leyendas.

Con soltura y gracia habla de la vida picaresca y amoríos de acordeoneros y cantores: verdaderos ejemplares de la virilidad, que morían de ochenta y más años y dejaban preñadas a sus mujeres.

Además, escudriña con cuidado el pasado para rendir homenaje a los pioneros, algunos, por cierto, olvidados, y otros víctimas del plagio. Y llega hasta nuestros días, cuando ya pocos acordeoneros son cantantes, y al lado del acordeón, la guacharaca y la caja, se han sumado, en los conjuntos, otros instrumentos. En noches pasadas, por ejemplo, el gran Alfredo Gutiérrez, tres veces rey vallenato y prodigio del género –compositor, cantante y acordeonero– ofreció en el Teatro Municipal Amira de la Rosa, de Barranquilla, un concierto vallenato con el respaldo de los violinistas de la Orquesta Sinfónica de Medellín.

Gutiérrez Hinojosa es duro cuando sabe que la verdad lo acompaña. Refuta con claridad, paciencia y conocimiento enciclopédico a consagra-

dos folclorólogos, que de manera apresurada se atreven a conceptuar sobre materias que desconocen. Así, afirma, no es cierto que el folclor vallenato provenga de las Antillas. Cuando la verdad es que nuestra música costeña (vallenato, porro, puya, mapalé, cumbia, gaita, merengue) es vernácula, hija de nuestra historia y tritricidad.

Las refutaciones del autor son contundentes y aleccionadoras: repletas de pruebas y argumentos que no dejan duda y, por el contrario, facilitan el testimonio para enmendar errores y colocar los lingotes de la historia en su sitio. Porque una cosa, sea por caso, es el dulce merengue que apetecen los niños, y otra al merengue parrandero que por siglos endulza la tierra de Upar y de la costa norteña colombiana. Y más interesante aún si se recuerda, con las páginas de los historiadores y cronistas de testigos, que fueron los indios de acá los llevados a la fuerza a repoblar las Antillas arrasadas en los primeros años de la conquista, y no lo contrario. Los negros, también, llegaron primero a Santa Marta que a cualquier otro sitio de América, aunque necesario es mencionarlo, Eduardo Lemaitre en su magnífico ensayo sobre la trata de negros, recuerda que Cristóbal Colón trajo esclavos en su segundo viaje. Tan antiguo es el merengue nuestro que, al decir de los ancianos, con sus estrofas se animaba en estos territorios a las tropas libertadoras de Bolívar.

Cuando el doctor Tomás Darío Gutiérrez habla, en general, del folclor de la costa caribe de Colombia, me trae a la memoria, después de los recuerdos de la infancia campesina –con flauteros, decimeros y tamboreros de fondo– la alegría compartida en las universidades del Atlántico y Simón Bolívar, al lado de académicos e intelectuales que me acompañaron en la gestión rectoral.

Desde hace unos veinte años he tratado de hacer del folclor una especie de cómplice auxiliar en la búsqueda de la autenticidad y del compromiso con lo nuestro. En la Universidad del Atlántico, cuando un pensador latinoamericano era invitado por mí a dictar conferencia, los jóvenes universitarios, por lo regular, permanecían en la cafetería recitando los lemas y las frases de los ideólogos y revolucionarios europeos, soviéticos o chinos, que era, casi siempre, lo que escuchaban de sus profesores activistas. Entonces ordenaba a Efraín Mejía que hiciera sonar los tambores de la Cumbia Soledaña, y cuando los muchachos, atraídos por la magia

de la tambora llenaban el recinto de la Biblioteca Central, Jorge Artel, el poeta negro que canta a su abuelo, "viejos cumbiamberos que bailaban la música sensual", cerraba las puertas. Así la juventud se enteraba del mensaje de Bolívar y del legado de los investigadores autóctonos. Otras veces el sociólogo y escritor Abel Avila Guzmán iba en busca de Toño Fernández, su vecino de pueblo, y con el acompañamiento de los estudiantes en los días festivos se improvisaban los versos en las tonadas de **Candelaria-Candelaria** y del **Amor-Amor**, siempre con el coro espontáneo de los maestros Aquiles Escalante, Arsenio Gutiérrez, y tantos otros. En la Universidad Simón Bolívar, ni se diga. A ella, la incansable doña Anita, la convirtió en semillero de danzarinas y grupos folclóricos ganadores en festivales nacionales, y conjuntos vallenatos que ahora se cotizan como buenos al lado de los mejores del país.

\*\*\*

No puedo ocultar, al terminar esta reseña, el orgullo que me ha proporcionado la lectura de un libro escrito por un abogado que estudió en la Universidad Simón Bolívar, y que ahora, con tanta autoridad, ofrece esta obra sobre la historia y la cultura del Valle de Upar. Hubiera bastado que se ocupara del mundo del folclor vallenato para merecer la admiración. Porque la música vallenata es poesía y regalo melódico. El escritor David Sánchez Juliao, para referirse a un solo canto y a un autor, decía alguna vez que en el **Lucero** de Juancho Polo Valencia era fácil descubrir el más puro mensaje espiritual y filosófico en el marco de la sencillez. Pero la verdad es que Tomás Darío Gutiérrez Hinojosa le entrega a su pueblo un tratado. Un tratado sobre cultura popular e historia que hará historia.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, febrero de 1992



# CARTAS DESDE LAS TRINCHERAS

Antes de leer las cartas de Manuel Marthe Carrasco sabía de ellas tanto como ahora. Desde muchos años atrás vengo escuchando a su sobrino Leonello, en lo que podría llamarse su tema favorito. Hasta es fácil decir, inevitable. Porque la conversación puede ser sobre medicina, política o cuestiones universitarias, pero, cuando uno menos lo espera, el doctor Leonello se escapa a Francia y retrocede en el tiempo para hablar de las batallas del Somme, Verdún o el Mame, y de las proezas del tío ingeniero y soñador metido a soldado en la guerra del Catorce.

Y no es sólo Leonello el engraido y satisfecho del legado heroico, sino toda la familia: un selecto grupo social de intelectuales y catedráticos. Ya los contertulios de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar están acostumbrados a ver siempre en las reuniones y ágapes a dos personas en un rincón, en animada charla, como si pocas veces se encontrarán. Son Leonello y su hermano Manuel, ingeniero y escritor como el tío, en diálogo de horas, y sobre la misma materia.

Bueno, tanto da el cántaro al agua... Y ahora puedo declarar, con ánimo satisfecho, que las *Cartas desde las trincheras* constituyen un valioso testimonio de ese atentado contra el género humano, como definía Plinio a la guerra, pero, a la vez, una hermosa muestra de la literatura epistolar.

Lo curioso del asunto es que en la costa norte de Colombia, tierra de paz y permanente tributo a la vida, fueron varios –y todos intelectuales,

como para agrandar la sorpresa— los participantes en la conflagración europea de comienzos del Siglo. Entre ellos, José Lucas Dugand Gnecco, recogió sus memorias en el libro *Cincuenta años después, 1914-1964, recuerdos de la Primera Guerra Mundial*, con prólogo de otro veterano, el doctor F.A. Lux.

Por cierto que el libro de Dugand Gnecco se lee con el agrado de las buenas narraciones, pues en medio del relato de la horripilante masacre, hay lugar para escuchar el canto de las mirlas o la ocarina de la trinchera enemiga, a pocos metros de distancia, y hasta se tiene humor para responder con la pegajosa melodía de la muy mexicana *Cielito Lindo*.

A estos jóvenes audaces, cuando no quedaban enterrados en los predios de las batallas —como sucedió con Marthe Carrasco y el poeta samario Hernando de Benrís— en Cartagena o Puerto Colombia se les recibía como héroes. El día de la llegada de Dugand Gnecco, los intelectuales barranquilleros de entonces, en discursos y escritos periodísticos, expresaron la complacencia por el retorno memorable. Y, grata sorpresa para mí: entre esos ilustres personajes estaban, Pedro Pastor Consuegra, el tío abuelo, director del diario *La Nación*, y Benjamín Sarta, compañero nuestro de muchos años en labores universitarias.

Resulta interesante comprobar la amplitud de los sentimientos de las personas pese a la modalidad de cortapisas en juego que actúan como papeles prioritarios en determinados grupos sociales: en Barranquilla, ciudad comercial por excelencia a comienzos del presente siglo, miembros de familias dedicadas a la banca y a los negocios, dejan a un lado el ansia dineraria, para inmiscuirse, de manera insólita y con exceso de romanticismo, en una guerra que no les pertenecía. Tan absurda es aquella entrega en razón del origen del padre inmigrante, que llega el momento, en medio de la refriega, de encontrar en el recuerdo de las cosas de su verdadera patria, el mejor refugio. Por ejemplo, Dugand Gnecco, echa de menos las calles arenosas de su ciudad y el arroz volado, como se hacía antes, cargadito de aceites o de manteca de cerdo.

Pero allí, en esos campos ajenos, se encontraban los colombianos, aunque fuera de paso, cuando sus batallones se cruzaban en sus marchas

al frente de la batalla, y hasta se dio el caso que uno de ellos –como lo hizo Dugand ante la tumba de Marthe Carrasco– se detuviera a leer la lápida del paisano caído en combate.

Y, pensar que todos ellos, hijos de esta patria de Bolívar, estaban allí, en aras de emociones juveniles, enrolados en tropas al servicios del coloniaje, incluso llevadas a esos sitios desde las tierras de África y Asia, en donde aplastaban la libertad de los pueblos.

Tal vez todo eso, o en buena parte, era el fruto de los clisés y paradigmas que siempre han existido. Ahora los medios de comunicación –radio, prensa y televisión– someten al hombre en sus gustos y pensamientos, con la reiterada propaganda. Antes, de la misma manera, se dividía el mundo entre buenos y malos, virtuosos y pecadores. Por eso, aunque la guerra fuese –como correctamente lo anota Leonello Marthe Zapata en su introducción– conflictos económicos en busca de redistribución de colonias, algunos países fungían de personeros de la libertad, la civilización y el sano patriotismo.

En el caso de Manuel Marthe Carrasco hay exceso de romanticismo: deja a un lado sus estudios de ingeniería para viajar a un país desconocido, patria de nacimiento de un padre que encontró en estos apacibles y acogedores paisajes tropicales, sitio más apropiado para asentarse y procrear. Y jugarretas del destino: mientras el uno vino a trabajar –que es la razón fundamental de la existencia humana– y a vivir, el otro regresa a guerrear y a buscar la muerte.

A veces hay que pensar que cuestiones como el patriotismo o la actitud solidaria con ideologías o creencias religiosas son, en ciertos casos, simples estados de ánimo circunscritos a momentos históricos y a dependencias intelectuales. Así sucede cuando la mente se obnubila y descarta el análisis racional e imparcializado. Entonces, lo que para otros sería motivo de indiferencia, crítica o esclarecimiento –digamos, por caso, imágenes, símbolos o dogmas–, se justifica plenamente en el ardor de la pasión.

Y, la verdad es, oportuno es reconocerlo, resulta difícil encontrar un ser humano que en algún período de su vida no haya pasado por esa

circunstancia. De ahí el por qué de la lectura de este tipo de testimonio, que puede horripilar y repugnar a un pacifista. Lo triste del asunto es que esa barbarie bélica se repitió pocas décadas después, y continúa en nuestros días y, peor aún, entre hijos de una misma patria, como es el caso presente de Colombia.

Sin embargo, en el mismo frente de batalla no faltaban pacifistas. Manuel Marthe Carrasco, con la honestidad de su carácter, lo cuenta: “He recibido una noticia. Un amigo ha sido herido. Se llama Henry Cabral, estudiaba derecho en la Universidad de París. Habla castellano. Su figura es simpática. Es ilustradísimo. Aquí, en el reposo, nos hacemos visitas de cariño, pues hemos hecho una de esas amistades, que de puro intelectuales, son fuertes y sinceras. El es enemigo de la guerra, del militarismo y del actual estado de cosas”.

\*\*\*

En su introducción el doctor Leonello Marthe Zapata ofrece un resumen de la llamada Primera Guerra Mundial. Es una especie de recordatorio -oportuno, por cierto, para apreciar mejor la importancia del epistolario de su tío, el combatiente- basado en autores y libros famosos que trataron el tema en momento apropiado.

Las cartas del tío Manuel -como cariñosamente las llama su sobrino Leonello- representan un muestrario elocuente de la grandeza humana. Espontáneas y sencillas, cariñosas y optimistas. Cada una de las líneas escritas a mano y en el fondo de trincheras están repletas de una ternura poética, difícil de imaginar bajo el fuego de los cañones y el hedor de excrementos y cadáveres.

Eso no quiere decir que ignore la atrocidad de la barbarie bélica. Por el contrario, la describe como maestro del relato, en toda la macabra realidad, aunque para él, en su sople idealista, tenga sabor de majestuosidad patriótica: “He visto -le comenta al padre y a los hermanos- el cuadro más bellamente horrible que pueda verse en los campos de batalla. Un caporal francés agarrado al fusil de un soldado alemán cuya bayoneta le

atraviesa el pecho, mientras el suyo está hundido en el vientre del otro y ambos tienen los ojos abiertos con pupilas que delatan odio”.

Pero, a pesar de todo, el contenido de las cartas es un llamado de paz y una condena a la carnicería de la guerra, sea cual fuere el aparente criterio de quien las escribe. El soldado, le dice el tío Manuel a su madre, es sinónimo de niño. Hace cosas malas porque ve a los otros, o lo obligan a hacerlo.

El tío Manuel escribe o escucha el trino de las aves: “Los pájaros vienen a cantar a las mismas trincheras, y si los tiros de fusil hablan de muerte, aquellos pequeños cantores lanzan notas de esperanza y consolación”.

Para los soldados la visita de los pájaros presagiaba pausas en el tiroteo infernal. Cuando leía esos pasajes en las cartas recordé el bello cuento *La perdiz negra*, del escritor hindú Man Mohan Singh, editado en español en Nueva Delhi bajo el auspicio del embajador y escritor David Sánchez Juliao. Un día, relata Singh, el teniente sale de ronda con un soldado muy cerca de la tierra de nadie. Se rumoraba un ataque enemigo. Pero en los matorrales había una perdiz, de esas que se desmayan con el solo olor de la pólvora. Ella estaba tranquila, esperando al compañero. El oficial, todo nervioso, apretaba el revólver con su mano derecha. Entonces el soldado opinó: Señor, el ave presiente el peligro. Todas las criaturas salvajes lo presienten. Esta perdiz negra sabe que no habrá disparos. Lo detecta sin razonamientos, sin evidencias. Sabe que nadie, de los dos bandos en tensión, se atreverá a dispararle.

Hay un aspecto interesante en las cartas de Mathe Carrasco, y es que fueron escritas inmediatamente después de lo ocurrido. En ellas no hay ayuda de la imaginación, ni del recuerdo de otros tiempos: brotan en el calor de la vivencia que avala mejor el testimonio. Y esa es su particularidad, como observa Leonello Marthe, distinta de la obra de Remarque y de Dugand.

También las *Cartas desde las trincheras*, pese al esfuerzo que hace el tío Manuel por aparentar alegría, recogen nostalgia. En ellas es fácil descubrir la desesperación y la angustia. En el fondo todo parece reducir-

se al anhelo del retorno: que termine la aventura loca de la irreflexible juventud, para volver a la ternura del hogar. Mañana cuando regrese –le confiesa al padre– mi abrazo será el abrazo de dos años de ausencia; mejor dicho, el abrazo de un siglo de separación. Con la madre es aún más mórbido: “El secreto de la vida y de la felicidad –le escribe– es saber reír y soñar con el retorno para compartir con ustedes nuevas esperanzas. Cuando niño quería ser grande. Ahora, un niño grande, entre el oro de mis ilusiones, sólo sueño con el cese de la guerra”.

Minuciosamente, como un maestro del relato, Marthe Carrasco cuenta lo que le sucede cada día. No hay detalle que se le escape. Unas veces exalta el coraje de los senegaleses, otras menciona las *travesuras* de los pequeños ratones que hacen de su morral el lugar favorito. Es un auténtico escritor: describe los acontecimientos en estilo diáfano y castiza prosa, todo bajo un manto de afecto y melancolía. Cartas repletas de observaciones que sólo el escritor aprecia más allá del testimonio común. Piensa uno, al toparse con el autor de tantas cartas escritas en el frente de batalla, donde el soldado no puede decir todo lo que quisiera –por la censura militar, o por evitarle preocupaciones a los familiares– ¡cuántas anotaciones quedaron en su mochila!

En los escritos para los periódicos de Barranquilla que él denomina *corresponsalías*, supera la simple reseña de las acciones de guerra, como es común en el oficio. Más bien en ellos el narrador y columnista crítico está presente, aunque en algunos peca de parcializado. Sin embargo, hay momentos en que deja a un lado el paroxismo y la ceguera de la guerra –que todo lo encuentra mal y despreciable cuando proviene de los *boches*, como entonces llamaban a los alemanes– para abrirle el camino al liberal socializador que anida en su conducta: entonces sienta su protesta contra el dogmatismo religioso y la disciplina militar que obliga al sometimiento sin ninguna clase de respeto a la dignidad y a las creencias de los hombres. Cuenta lo sucedido a un soldado español que se negó a arrodillarse en una misa católica porque era protestante, y fue condenado a prisión y a sufrir vejámenes.

En otros artículos –que son cortos ensayos en favor de la libertad– aparece el intelectual y el insurgente solidario con los nuevos vientos humanísticos. Rinde homenaje a los grandes acontecimientos que han servido al hombre en la búsqueda de caminos y horizontes.

Cuando se refiere al Renacimiento, encuentra en el invento de la imprenta un espectáculo que obliga a la veneración y a la gratitud como “fuerza motriz, que ha derribado poderes del despotismo secular”. Y, lo más curioso y desconcertante: mientras en sus cartas pretende descubrir en la matanza de la guerra matices de belleza, se pronuncia en la prensa contra la pena de muerte, y descalifica a los países que la aplican.

\*\*\*

El epílogo del tío Manuel es simple y doloroso. El caporal comunica a la familia el desenlace. Las esquirlas de los cañones boches que antes despreciaba en tono burlón, hundieron su sien derecha. Lamentable fatalidad, sobre todo para un hombre que, en medio de la muerte, siempre pensó en la vida y en el retorno. Parece como si se hubiese cumplido la sentencia de Ramón y Cajal: “¿Para qué guerrear los hombres? Para adquirir un pedazo de tierra donde ser prematuramente enterrados”. Porque el tío Manuel, en brote de ingenuo romanticismo, pregonaba que estaría en Francia hasta la reconquista de Alsacia y Lorena.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, marzo de 1992.



# OBREGON Y LA PINTURA COLOMBIANA

Sobre Alejandro Obregón se escribe hasta de sus mujeres. No sólo estudian al artista –el primer pintor colombiano moderno– sino también al hombre. Su vida está ligada a una generación de intelectuales que cultivó la bohemia con el compromiso creador y supo destacarse en la literatura y el arte. Y el comportamiento irreverente y desprevenido de Obregón alimenta anécdotas y leyendas de una existencia apasionante que transitó por los predios de la genialidad.

Sin embargo, los recuerdos de su hermano Pedro recogidos en el presente libro, ofrecen particularidades sencillas, familiares y sentidas, que sirven para conocer los bellos años de la niñez, por cierto, en este caso, repletos de travesuras. Además, la historia, repetida de vez en cuando en aquellos que se aferran a sueños incomprensibles hasta alcanzar el reconocimiento y la admiración, es aquí descrita por quien tiene autoridad para hacerlo, como testigo de vista.

La familia Obregón está estrechamente ligada a los años de esplendor industrial y financiero de Barranquilla. La Fábrica de Tejidos Obregón, por ejemplo, representaba en su tiempo la pujanza textil de la ciudad. En mi pequeño pueblo era mencionada en todas las conversaciones de los mercaderes. Como estaba situada en un sitio cercano al Mercado Público, donde llegaban los negociantes con sus productos a vender para comprar, era punto de referencia. Y, también, porque en sus telares algunos jóvenes paisanos ganaban el sustento.

Desde allá, en mi aldea, sabía de los Obregón. Además, como algunos fueron políticos, mi padre, copartidario de ellos, en los meses de elecciones mencionaba el apellido. A mí me sucedió algo curioso. A pesar de haber sido amigo, o compañero de estudios, de los amigos de Alejandro Obregón (Gabriel García Márquez, Germán Vargas, Alvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor) nunca lo traté. En cambio, su tío Rafael, amigo de mi padre, me distinguía con su deferencia, pese a la diferencia de edades: como estudiante, cuando dirigía semanarios, lo visitaba en su oficina de veterano diplomático, exparlamentario y hombre de negocios, para escuchar el consejo sabio y la información provechosa. Años más tarde, al adquirir La Perla, hermosa casona de la buena arquitectura barranquillera, para convertirla en la Casa de la Cultura de América Latina de la Universidad Simón Bolívar, albergue actual de la Biblioteca de Humanidades y del Museo Bibliográfico Bolivariano, le comentaba a sus amigos que pensaba ponerle al ya consagrado pintor, entonces con residencia en Cartagena, una penitencia: la reconstrucción de las pinturas originales del segundo y tercer piso, habitadas antes por él y por Cepeda Samudio, con visitas frecuentes de García Márquez y de amigos de parrandas. Porque de esa mansión, construida a imagen y semejanza de una que existía en la Costa Azul francesa por mi vecino Luis Gutiérrez de la Hoz como encargo de inmigrantes de origen árabe, sólo permanecieron iguales las paredes decoradas del primer piso, donde después vivió una familia alemana.

Pedro Obregón escribe y habla de su hermano con un cariño que endulza las anécdotas. Cuando leí sus originales ya conocía en detalle las vivencias compartidas. El sabe que soy comedor de maíz verde. En eso respondo al ancestro. Me gusta ir a Lima a degustar chocado, como lo preparaban los incas. Y cuando visito a Bogotá, y amigos generosos me invitan los domingos a restaurantes refinados, les solicito me lleven más bien a las afueras a saborear mazorcas tiernas a la brasa. La tarde que, en frente del mar, con una taza de chocolate y mazorca asada, me contó por primera vez la anécdota de su madre con los amigos españoles que solía invitar a probar las sabrosuras de estas tierras, y los insólitos comentarios de ellos, al compararnos con gallinas porque comíamos maíz, le dije que esa gran mujer, ha debido recordarles cómo, lamentablemente, por culpa del maíz y la yuca encontradas por sus paisanos conquistadores en las sementeras indígenas, saciaron el hambre para seguir adelante en la rapiña del oro y los metales finos que llenaron las arcas oficiales y dieron forma al imperio español.

Sin ninguna clase de resentimiento, sino, por el contrario, con afecto y complacencia, describe Pedro el papel que desempeñó cada uno: él, consecuente instrumento de las travesuras ideadas por su hermano mayor; y Alejandro, incansable espíritu al servicio incondicional de toda clase de diabluras. No se imagina Pedro cuánto gozo con sus relatos. En mi pueblito me tildaban del pelao más vivaracho. Eran dos paisajes. El mío, eminentemente campesino y sencillo; el de ellos, urbano y encopetado. Pero en todo caso, mundo de niños dispuestos a burlar lo establecido y común.

La gran impresión de la franqueza se pasea por los recuerdos de Pedro sin acercarse a los límites de la zafiedad. Es esta otra de las cualidades del relato, ajeno a los rebusques literarios, a la información engañosa, a la versión falseada. Refiere los sucesos tal como fueron, y esa sinceridad, aunque el hecho sea poco meritorio, en vez de disminuir agranda condiciones y virtudes. Porque en esos detalles de la manera de ser de su hermano –díscolo, indisciplinado, obstinado– y en la descomplicada originalidad de su madre, el informe familiar adquiere franquicia y crédito.

Toda una embajadora ofreciendo cucayo, mazorcas y otras sabrosuras de la tierra de su suegra y de su esposo, al lado de los platos elitistas, es rasgo propio de una personalidad especial. La costumbre, en la mayoría de estos casos, es la imitación y hasta el desprecio de lo propio, o lo que agrada, en aras del arribismo y los complejos. Y qué decir de las expulsiones en los colegios, las frustraciones en los programados ingresos a los centros superiores de estudios de pintura, que obligan a descender la acariciada aspiración a una simple escuelita de infantes. Y qué decir, también, de la exaltación del origen solariego y el embrujo del paisaje, al recordar que la abuela gustaba de Barcelona porque al menos en verano podía gozar de un clima parecido al de Ciénaga; y el dejar constancia que si bien es cierto que en los primeros años otras latitudes influyeron en la formación de Alejandro, la exuberancia del paisaje colombiano, repleto “de otras luces, otras flores, otros animales” y otros sueños, fue lo que más contribuyó en la amalgama de su obra.

Sin que Pedro lo pretenda ni haga alarde de ello, bien podría conceptuarse que su opúsculo contribuye mucho a las arcas de la buena historia. Ya enjuiciaba Cicerón que “la historia es el testigo de los tiempos y aconteceres, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la escuela de la

vida, la mensajera del ayer". Y en este caso está presente, en las memorias de Pedro, el sello de garantía que expide la vivencia asociada. Porque Alejandro y Pedro no eran sólo simples hermanos, hijos de una misma madre y de un mismo padre, sino partícipes de una nítida hermandad. Hermandad, se sabe, es amistad íntima, unión de voluntades. Como dijera Calderón de la Barca, a un tiempo mismo, fueron "en un lazo de hermandad unidos: divino lo humano y humano lo divino".

La amistad es la virtud por excelencia. Las mejores amistades se cosechan en la infancia y juventud. La memoria conserva en sitio especial los pasajes de la juventud. En la función onírica, aunque el motivo emane de situaciones presentes, en los personajes del reparto aparecen los amigos del ayer. El pueblo o las calles del barrio parecen huéspedes fieles en el mundo de los sueños. Y cuando el sentimiento afectuoso enraizado en la niñez perdura, entonces se logra el milagro de una amistad verdadera.

Como Pedro hace saber, la amistad con su hermano Alejandro sólo tuvo una interrupción: cuando los estudios de la pintura los separaron. Pero, al regreso a Colombia, el afecto se acrecienta. Pedro lo llama una relación umbilical. El hecho de comportarse de manera distinta en nada perturba el buen entendimiento. A veces en la ley de los contrarios esto es hasta conveniente. Tan diferente era el uno del otro, y de su propio padre, que éste, como lo describe con gracia espontánea el autor, le decía a la esposa: "Si no supiera que eres una santa, aseguraría que Alejandro no es hijo mío". Por algo se supone que la amistad no es necesariamente similitud, sino más bien "acuerdo del ánimo y del sentimiento bajo oposición proporcionada de caracteres". De ahí que se diga que así como el matrimonio junta sexos opuestos, la amistad junta caracteres distintos.

Desde la infancia, como hemos observado, la diferencia aflora: uno manda, otro obedece, pero ambos comparten expectativas y gozos. Ya en la madurez, la amistad perdura enriquecida, pero las idiosincrasias distinguen: Pedro, formal, consecuente; Alejandro, desprevenido, incauto, generoso y desprendido. Las anécdotas que pueden leerse en las siguientes páginas sobre esta manera de ser son, sencillamente, hermosos muestrarios de una conducta que obliga a recordar ascetas y altruistas. A mí me agradó mucho, por ilustrativa, la del curita mezquino y regateador que, en un final inesperado, recibe la lección adecuada del artista.

Tanto la rebeldía como el humanitarismo, sin que Pedro lo diga, parece que lo heredó Alejandro de las mujeres; quiero decir, de la abuela y la madre. El padre fue autoritario, a la manera inglesa, en negocios y estiramientos. Diferente de sus ascendientes paternos –acumuladores de dinero y promotores de empresas– al pintor sólo le importaba vivir para acariciar el lienzo con el pincel. A lo mejor su única participación en los negocios fue la primera piedra que colocó el día en que sus familiares iniciaron la construcción del Hotel El Prado, que sigue siendo, después de más de medio siglo, una joya del buen gusto arquitectónico y de la economía de servicio. Por cierto que el arquitecto mencionado por Pedro como “importado” de los Estados Unidos, Burdette Higgins, según me comentaba mi abuelo, tenía lazos familiares con los Higgins de Carolina del Norte, de donde era oriundo mi bisabuelo, doctor Silvestre B. Higgins, ingeniero de muelles en los puertos del río Magdalena, y médico autor de libros.

El final de esta historia, que tanto permite gozar con las ocurrencias y modales del personaje descrito, es triste y pegajosamente sentimental. El artista genial va quedando sin vista, aunque opina que para pintar sólo necesita un par de cojones. Entonces multiplica sus esfuerzos como para agrandar el legado de su genialidad creadora. Acude a la ciencia médica, pero esta apenas puede diagnosticar el desenlace fatal.

\*\*\*

Por la originalidad de pasajes y anécdotas contadas por uno de los protagonistas, y porque el libro se ilustra con pinturas de Alejandro Obregón nada más conocidas en el círculo familiar, esté breviario de Pedro Obregón servirá para conocer mejor el alma generosa, el espíritu rebelde y carácter humanista de uno de los pintores más sobresalientes en la historia del arte colombiano.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, octubre de 1993



# EL OBREGON QUE CONOCI DE LEJOS

El mundo del subdesarrollo y la dependencia ofrece casos verdaderamente sorprendentes. En el campo del comercio la realidad desborda la imaginación cuando el fenómeno centralista complementa el proceso.

Yo voy a referirme a un hecho curioso y paradójico. En la literatura económica latinoamericana aparezco como uno de los estudiosos de la dependencia estructural. Para ser más exacto, me hacen formar parte del grupo de analistas que cuestiona los efectos de una actividad productiva, financiera, tecnológica, cultural y, hasta política, generada en los grandes centros de poder de las áreas desarrolladas.

Y nada alego contra eso. Por el contrario, es el único patrimonio que puedo ofrecer a los míos en el inmodificable compromiso adquirido en el campo de las letras, a través de la dirección de la Revista DESARROLLO INDOAMERICANO y de la redacción de algunos libros sobre la materia.

Pero, lo simpático y curioso del asunto, ¡sorpresa del tiempo!, es que gracias a la dependencia económica comercial, después de sesenta años, tuve la grata oportunidad de conocer a mi nuevo amigo Pedro Obregón, y convertíme en una especie de padrino del hermoso libro que esta noche se presenta, sobre la vida de dos hermanos que compartieron travesuras y sueños y que desde ahora formará parte de un anecdotario agradable y significativo en la historia de uno de los grandes de la pintura colombiana de todos los tiempos.

La historia es así: por la década de los treinta, tendría yo diez años de edad, era en mi familia famoso por recoger algodón. Así lo cuento en el libro *Del Recuerdo a la Semblanza*. A mi pueblo se le reconocía como productor de algodón perenne. Mi padre lo cosechaba en las rozas, que eran pequeños cultivos de pocas hectáreas, pero también lo compraba por libras y arrobas para después venderlo a los comerciantes que llegaban de Barranquilla. Por cierto, don Alberto De la Espriella, padre del escritor, y catedrático de la Universidad Simón Bolívar doctor Alvaro De la Espriella Arango, era uno de ellos. Don Alberto se hospedaba en mi casa. Entonces en los pueblos no había hoteles, y las residencias de los amigos, servían de albergue generoso y familiar a los visitantes. Como el algodón ofrecía la blancura de sus motas en el verano, los caminos en dicha estación eran transitables. En burros, mulas y, algunas veces, camiones, los sacos de algodón se trasportaban a Barranquilla para después despacharlos a Europa.

En Liverpool, puerto de Inglaterra, quedaban las casas comerciales o bolsas, donde se compraba y vendía el algodón cultivado en la India, América del sur o Africa. Allí, a la fría Liverpool ¡quién lo creyera, milagros de la dependencia!, llegaba don Pedro Obregón, padre de este Pedro que está a mi lado, a comprar algodón de Isabel López, mi pueblo, para la Fábrica de Tejidos Obregón, de Barranquilla, pionera de la gran industria textil colombiana.

En Liverpool, don Pedro hizo amistad con un colega en el oficio de los textiles que vivía en Barcelona. Y lo invitó a visitar la bella e industriosa ciudad española. En Barcelona, Cupido esperaba al elegante barranquillero. Apenas don Pedro conoció a una de las hijas del español, la distinguida señorita Carmen Rosés, el matrimonio no se hizo esperar. Al poco tiempo nacieron Carmen, Alejandro y Pedro.

Resulta, pues, interesante poder deducir en esta trama, que gracias al algodón que don Alberto compraba en Isabel López y despachaba a Liverpool, fue posible el arribo a Barcelona de don Pedro, donde también cosechó sus tres frutos, uno de los cuales festaja con nosotros el bautismo de su último hijo, este libro *Obregón, ¿siempre fue un genio?*, pulcramente editado por Grijalbo bajo el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar para bien de la literatura costeña y deleite del lector colombiano.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Palabras para presentar el libro de Obregón, en el Teatro Municipal Amira de la Rosa, el 7 de junio de 1993.

## JOVEN COMO SU POESIA

Con un mimo poco comprendido en el bullicio que gusta de la prisa utilitaria, mantengo a mi lado a dos caballeros de la belleza escrita. Uno de ellos, un tanto en el sosiego, pero con su cosecha de logros que siguen el camino de los vientos para esparcir mejor la palabra cadente germinada bajo el manto cómplice de la noche, en medio de la embriaguez de los tambores. El otro, de mirada triste y de niño soñador, que declara sus anhelos de vivir sobre la luz en plena soledad.

Jorge Artel y Oscar Flórez Támara están ahí, en la Universidad Simón Bolívar, para hacer de contrapeso. Son los tiempos de la máquina y del goce ramplón, que somete y enajena. El hombre de ayer tallaba las maderas para después adorarlas como dioses; el de hoy programa y alimenta computadoras, a su manera y conveniencia, a veces sin importarle el curso variable de los hechos, por razón de la conducta humana, empeñado en deducir supuestos que convienen a un presente.

En verdad que el quehacer científico ofrece su vertiente poética. En ocasiones la búsqueda de la hipótesis parece un ensueño inalcanzable. La constancia idealista del investigador tiene mucho del encanto poético, porque también involucra la osadía, el “fugoso arrebató”, y el compromiso original. Aventura del saber, vericuetos de lo ignoto y expresión de la belleza escrita, pueden andar juntas. Así lo promueve cotidianamente. Incluso la política fue siempre compañera de la inquietud literaria. Antes los gobernantes gustaban de la rima y del lenguaje exquisito. La historia de Colombia está llena de ejemplos. Por cierto que los

mejores de ellos, sea Bolívar o Núñez, dejaron sus huellas en la prosa lírica, o en el verso nostálgico, que sigue recordando la imagen refulgente de la amada. Ahora los llamados políticos, enredados en la exageración prosaica, denuncian a los presidentes, porque comparten veladas con poetas y artistas.

La poesía nace con el hombre mismo. Un autor recuerda su edad inmemorial. Seis mil años antes de esta era ya algunos pueblos escribían sus leyes en versos. Las culturas indígenas legaron su poesía incluso en los nombres de sus ríos y montañas. Era tanto su esplendor en el pasado, que hasta las disciplinas más disímiles las explicaron en versos sus cultores: Tales, Pitágoras y Solón, en el Oriente, se valieron de la rima y la metáfora; Homero y los cronistas españoles describen los sucesos y costumbres en los tiempos de guerras y conquistas bajo el rigor de la semblanza literaria.

Alguien dijo que la poesía aspira a lo bello y la ciencia a la verdad. Platón se aprovecha del concepto para recordar que la poesía era el resplandor de lo verdadero. Si todo esto es cierto, me complace el empeño de patrocinar, en el compromiso académico, la enseñanza científica y la creación poética. Y por eso estoy aquí, compartiendo con los artífices de las frase embellecida, la presentación del libro, *En los Estambres de la Aurora*, de Oscar Flórez Támara.

Oscar Flórez es poeta en vivencia y expresiones. Su vida transcurre como la sueña y la escribe. Desde que supe de su ingenio, lo llevé a la Biblioteca de Humanidades: allí pasa buena parte de sus horas recibiendo el mensaje que atesoran los libros. Porque el poeta necesita del pulimento y la instrucción para superar la barrera del versificador callejero.

Además, el conocimiento de las cosas pasadas y actuales facilita el compromiso con el pueblo, para cantar mejor a sus angustias y esperanzas.

El poeta Oscar Flórez apareció una tarde con su primer libro: una especie de inconformidad incipiente, muy propia de la irreverencia bisoña: casi todo le disgustaba y maldecía como el marinero en las tardes ausentes de arreboles. Apenas si se atrevió a decirle a los niños que

esperaran el mañana, con posible retorno de Bolívar. El mismo se confiesa: “Entre el Tiempo y las Sonrisas, empieza el recorrido del camino”. Parecía obsesionado en el partir, para arribar a las olas de la aurora, y en sus afanes pecaba de ingenuo porque llegó a sentirse la ponzoña, cuando apenas era una súplica. En su segunda aventura, *En la Soledad de mis Ojos*, el poeta se acerca al amor en busca de refugio. Quiere venir del mar para rugir esperanzas y cantarle a las cenizas aún tibias en busca de frescura. Tiene ánimos para la reconciliación, y hasta se siente portador de la bandera de la vida... Ahora el poeta está aquí, definitivamente de regreso, *En los Estambres de la Aurora*, para encontrar su mundo en una cereza verde, o en una gota de sangre puesta al sol. Es tiempo de que cumpla mejor su cometido porque ha descubierto el presente. Y conoce que no es savia, ni vehículo de fuego: le basta con saber que llegó a tiempo.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Barranquilla, septiembre de 1986



# LA POETISA EMERGE DE LA LUZ PARA TOMAR DE LA MANO LOS CAPRICHOS EN UN INTENTO DE PRECISAR LA TARDE...

Yo me atrevo a decir, también en mi escondite, que *Tallulah Flores* es una especie de síntesis –composición de un todo por la reunión de las partes, al decir de la Academia– emanada de la dinámica creativa de sus padres. Y no por cuestiones genéticas, sino por el ejemplo vivo que define inclinaciones y predispone el ánimo.

Durante muchos años he mirado de cerca y desde lejos los afanes literarios de Carlos y Miriam Flores. Nunca pueden estar quietos, y parece que ellos mismos se propiciaran dificultades para animarse en la lucha y el empuje. Escriben novelas y cuentos, dirigen revistas, divulgan la cultura en la televisión, en fin, siempre empeñados en darle apropiado surco al tiempo para sacarle el mejor provecho.

Pero algo interesante se muestra en el producto: la hija, como para prodigar el equilibrio que involucra la armonía, se detiene un tanto en el ensueño, para hablar en silencio, y dejar en el enigma de la insinuación la excitante búsqueda de la intimidad indescifrable. Ella escribe versos, y a veces sus reclamos y anhelos los dice con voz tan queda

que más semejan tímidas palabras que apenas se insinúan como en un propósito recóndito de jugar al suspenso.

Y, de pronto, vestigios de un silencio suspendido –dedara por su cuenta–, como queriendo informar, desde el comienzo, la razón de sus cantos. De manera leve se sugiere, y juega con el numen: niña indecisa que no quiere decir las cosas claras, como si buscara el intérprete de sus vivencias.

Apenas si se asoma en su refugio tratando de valerse del rasgo filosófico para disimular la timidez de un sentimiento pleno.

En cada una de sus frases está presente la dulce sugerencia y el recato en el decir. A veces se confunde y se detiene a pensar por qué escribe. Su voz, entonces, se entreteje en la pausa, y la palabra adquiere condición de silencio, para hablarle a Pamela, su hermana, con temor de mencionar detalles acerca de un secreto impreciso y a la vez cierto.

En otros poemas la poetisa emerge de la luz para tomar de la mano los caprichos en un intento de precisar la tarde. Entonces descubre que el secreto no avanza –¡siempre el secreto!–, porque la tierra habla sola y la palabra se esconde en los colores del pueblo. Y la nostalgia, compañera invisible, camina en la presencia de la noche y en el recuerdo de un otoño lejano en un “lugar establecido desde siempre”.

Avanzo en la lectura, y me siento obligado, también, a cambiar de sitio: recuesto el taburete enfrente del crepúsculo, para gozar del sosiego que obliga el suceso imaginado. Pienso, en ese instante, en la nostalgia ennoblecida de quien descubre en el rumor de las hojas el sonido de sus propias huellas.

En las descripciones, el canto toma forma real y objetiva, pero no por mucho tiempo. Cuenta la historia del niño que contaba cuentos y hasta intenta obtener, en tiempos de la siesta, otros resultados. Elabora un retrato muy suyo del paisaje. Una manera distinta de mirar lo repetido y de sacarle ventaja a la confusión en el aire, sin llegar a saber lo que, para la melancolía, dibujan y ocultan los troncos de los árboles.

Además, ofrece pinceladas con ciertos parecidos a intentos por aproximarse a la ciudad, que obligan a la búsqueda en la memoria nublada, del canto de Hugo, traducido por Bello: "Ve a rezar, hijo mío, llegó la hora del pensar profundo...". O, más sencillo aún, al decir del trovador: "el músculo duerme, la ambición descansa...". Ahora es de noche y la ciudad, nos dice, se distrae de sus trampas, "y ni siquiera el centinela percibe los rumores de algún hombre que con miedo indaga cada calle".

Y, para terminar, me arriesgo a la opinión y al consejo. En Tallulah la poesía encontró ranura apropiada para brotar embellecida. En este, su primer libro, POESÍA PARA ARMAR, le canta a la estación del norte y se aviene al pasado de otros cielos. Vive en plenitud su estadía en remotas tierras y valora el sueño de los dioses en sus ruinas vetustas. Ya, tal vez, y pronto lo sabremos, está por obsequiarnos su compenetración en lo nuestro. Vale decir, con la riqueza del encanto, el dolor de la miseria ajena, la esperanza de un amanecer distinto, en fin, con las tunas y las cayenas florecidas. Porque nadie como ella, que lo aprendió de sus padres, sabe, al decir de Lao-Tse, que el viaje hacia lo eterno comienza ante sus pies.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, enero de 1988



# EL POEMARIO DE UN MUNDO NUEVO

Los críticos, en el transcurso del tiempo, han señalado pautas y hecho exigencias a los cultores del poema. Platón, al referirse a la poesía, en el contexto de la belleza, imaginaba el resplandor de lo verdadero. Porque la creación intelectual por medio de la palabra en tono de cadencia, involucra el placer de la hermosura en el mensaje y el compromiso. Así, en la pureza del arte, al decir de algunos, la poesía instruye y moraliza, puesto que la moral y la verdad permanecen juntas a la estética.

Desde esta óptica analítica, que supone al poeta digno de su pueblo y de su tiempo, y personero del ingenio, Juan Zapata Olivella, por la fuerza de sus sentimientos, la claridad de sus ideas y la “gracia y franqueza en el colorido”, es un cantor de la angustia y la esperanza, de la rosa y la insurgencia. Es, para decirlo en términos concretos, el poeta de su pueblo y de su raza, que sigue, y con fortuna, la huella de los dos grandes de su Cartagena de Indias: Luis Carlos López, sumo de la originalidad, y Jorge Artel, Poeta Nacional de Colombia.

A Juan Zapata Olivella se le conoce como el caballero de la inquietud constante. Múltiple en el quehacer intelectual y la entrega, compite con el viento en un afán, casi endémico, de seguir adelante, como si pretendiera compensar con creces el milagro de la existencia. Médico, diplomático, escritor y poeta, parece desconocer la fatiga y el descanso.

Hace apenas un par de años escribí el prólogo de su ensayo histórico, *Piar, Petición y Padilla, Tres mulatos de la Revolución*, uno de los libros más comentados en América Latina. Ahora vuelve por sus andanzas literarias con este *Poemario del Mundo Nuevo*, que es un auténtico grito de afirmación y confianza en los valores del hombre.

Ya son varios los libros de poesías de Juan Zapata Olivella. Tres décadas atrás publicó en México **Espermas Prendidas**, elogiado por el español Miguel Romero, al describir las imágenes de sus versos como puños en los ojos, a veces cuajadas en piedra viva. Después vinieron, en Guatemala, donde hacía de cónsul, dos más: **Campanario incesante** y **Amor en Azul Transparente**, que abrieron el camino en la universalidad temática. Desde entonces el poeta Zapata Olivella comienza a ser incluido en las antologías de la poesía del Caribe, entre ellas la de Hortensia Ruiz del Vizo, catedrática cubana residente en los Estados Unidos. De igual manera, los profesores Ramiro Lagos, del Departamento de Lenguas de la Universidad de Greenborg, y Marvir A. Lewis, de la Universidad de Illinois at Urbana Champaign, se ocupan extensamente, en sus libros sobre la poesía afrohispana, de su versátil y significativo aporte.

En este nuevo *Poemario*, Juan Zapata Olivella vive y siente la confusión de nuestros tiempos, pero saca fuerzas de la esperanza para cantarle a un amanecer distinto. Desde el inicio subraya una voluntad dispuesta a cruzar, en medio del ensueño, el puente que deja atrás el miedo y el terror. Y hace saber que transmigra de la noche bárbara de desangre y sufrimiento, para dar la bienvenida a otra aurora distinta.

Estas palabras del poeta son tan bellas como necesarias. Ante el malestar, nada más oportuno que el sorbo que refresca y alivia. Estamos en medio de la maraña del desconcierto, y los sueños que emanan de la fe y la deducción histórica, cumplen el papel de bálsamos, pero, también, de simientes.

La esperanza, razonaba Aristóteles, es el sueño de un hombre despierto. Y porque el hombre es el hombre, hay que creer en el hombre. Así, con la simpleza del agua, Zapata Olivella valora las reservas de la conciencia, para imaginar un mundo distinto en el mañana. El sabe de un

pasado de centauros que cruzaban los valles y las montañas en procura de libertad para los suyos. Y toma, entre ellos, y como símbolo, a Bolívar, el hombre, el soldado y político libertador de pueblos.

Esas primeras páginas de predicar iluminado tocan la realidad, y a la vez inducen, positivamente, al abandono del desaliento. Esto en lo que concierne al mensaje. Porque en el aspecto artístico, en la totalidad del libro parece darse una especie de enlace sumatorio: aunque todo es poesía, tanto gusta la prosa como el verso. Los sonetos a la rosa y al ruiseñor, por ejemplo, son de factura clásica, dignos de lucir en el más exigente florilegio.

Son muchos los temas que inspiran a Juan Zapata Olivella. En algunos de su poemas aparece la herencia del famoso "Tuerto", y se distrae, en su estilo, con pinturas de bodas campesinas y deseos de pasar el rato poetizando con gracia y soltura. En otros se acerca a su amigo de siempre, el Jorge Artel del Velorio del Boga Adolescente, con su propio José Manuel, el pescador de arpón certero que lloraron las hembras de la orilla del mar el domingo alegre del Cristo Resucitado.

Más aún, en la euforia de la indulgencia fraternal, olvida el pasado genocida y expoliante, para encontrar en la raza que humilló a la suya, el aporte innegable del presente. Pero, como para que no quepan dudas, el poema a la "Madre España", lo aprisiona entre los cantos al Continente de frenéticos vadúes y Changó omnipotente, origen de sus raíces y del color de su piel, para, al final, encontrar, en el "Romance de la Breve Angustia", una patria con límites de sueños, donde el amor señala la existencia.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, marzo de 1989



# SI UN VERSO AVALA A UN POETA, UN POEMA LO ENALTECE

Encuentro en la presencia creadora de los poetas la respuesta más afirmativa a la incertidumbre que oscurece el cielo de Colombia. Por lo menos en Barranquilla, que tengo a la mano, el acontecimiento sorprende y vivifica. En contrapeso a los crímenes diarios, los sentimientos negativos, la corrupción, el libertinaje, nunca como ahora se publican tantos libros de poesías. Yo recibo varios en el mes, y todos ellos cumplen una misión mitigante: ante la violencia que amedrenta, la envidia que trampea, los odios sembradores de discordias y la codicia que enceguece, la palabra del poeta intenta equilibrar para abrirle portales a la esperanza. Muchos son los que en sagrada misión siguen el camino de Jorge Artel y Meira Delmar, Juan Zapata Olivella, Marcia Abril, Federico Trujillo Prins, José Rivero Ruiz, Pedro Blas, Julio Romero, Luis Roberto Mercado, Jorge Marel, Margarita Galindo, Talulah Flores, José Luis Hereyra, Rafael Darío Jiménez Padilla, Federico Santodomingo, Rafael Ortegón Páez, Abel Avila, Luis Eduardo Bonilla, Víctor Manuel Gómez Ríos, Carlos Ramos Maldonado, y tantos más. Porque solo menciono los que me han enviado sus libros. Aunque también sé de los otros, y saco buen provecho de la lectura de sus poemas en revistas y periódicos. Todos ellos merecen la gratitud que se agranda por el favor recibido en momentos de máxima necesidad.

Y esta noche vuelve y juega, como suele decir, con su auténtico hablar sabanero, el inagotable Oscar Flores Támara. Aunque unos años han

pasado y varios son los libros –Canto para Todos, En la Soledad de mis Ojos, En los Estambres de la Aurora, Entre el Tiempo y la Sonrisa– y ya ostenta el título de abogado, cumple a cabalidad el concepto de Daudet: “Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niño”. Porque así está él en su nuevo *Flor de Cactus*, entregando flores para recibir jardines, soñando con gotas verdes, seguro de que los ríos conducen al color de las magnolias.

Alguien dijo que a un poeta le basta con un verso que se recuerde para salvar su presencia. Y, en verdad, a medida que pasa el tiempo que todo lo comprime, en el haber grato de la memoria una sola frase que compendie la vivencia es suficiente. Yo he leído con la lentitud del deleite este nuevo libro de Oscar Flores Támara y encuentro muchos versos que cumplen, para mí, el requisito del crítico:

“El río lo han detenido varias veces en su cauce  
pero sigue  
sigue preguntando por la ola y el mar...  
Y el amor fue superior al mismo sueño...  
Todavía te llenas de música y memoria...  
Caminabas  
no en la soledad del hombre  
sino en la estación solidaria de la poesía.

Y, qué grato es poder contarlo: este poeta de mirar de niño, cumple a cabalidad el compromiso solidario con la realidad popular. Platón pensaba que la poesía es el resplandor de lo verdadero.

Ella, han dicho sus analistas, instruye y moraliza, porque “la verdad y la moral son inseparables de la belleza”. Por eso se acerca a los basureros que rien a pesar de todo. Participa de sus enigmáticos regocijos, pero siente y denuncia la injusta existencia.

Si un verso avala a un poeta un poema lo enaltece.

*Flor de Cactus*, más que flor es un ramillete para complacer gustos y exigencias. Yo he sido solidario de inmediato con *Ellos reían*. Comparto

su mensaje y gozo el dulce tono. Pocas veces puede decirse tanto en tan pocas palabras:

“Ellos reían con sus labios de forasteros nuestros  
En sus manos tenían señales de viajes aplazados  
Sé que adoraban la noche  
y le temían al sueño para no llenarse de odio  
Ellos los que nunca amanecían iguales  
*REIAN*”.

Gracias poeta. Y como todo no puede ser gratitud de palabras, tu Universidad Simón Bolívar, que vive orgullosa de ti, te entrega, por mi conducto, esta flor para tu esposa, y estas *sabrosuras* para que las compartas esta noche con tus amigos.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

(En la presentación del libro *Flor de Cactus*.  
Patio de Actos de la Casa de la Cultura, noviembre de 1993)



# UN ASOMO DE SOMBRA EN LA IMAGINACIÓN

Algo sugestivo e interesante, que complementa y enmarca el fruto de la inspiración melosa de una joven poetisa, la entresaco de un acontecimiento familiar, para mí de máximo contenido ejemplarizador, en un medio que confunde y conturba.

Me refiero al papel asumido por la familia Avila Pérez, como grupo familiar y conjunto de ciudadanos comprometidos en la altruista misión del servicio a la cultura.

Esta presencia amalgamada de padres e hijos es tanto más digna de aprecio cuanto la realidad social permite observar un alto grado de manifestaciones distintas. Lamentablemente, la libertad mal entendida, el esnobismo, la dependencia cultural y todo ese mundillo de costumbres y maneras de ser extrañas que moldean la conducta de las nuevas generaciones, facilita la frivolidad, el desgano, los vicios y el comportamiento estéril. Tan lejos hemos ido que en los momentos actuales nada menos que un grupo mayoritario de miembros de la Corte Constitucional, de manera temeraria legaliza el consumo de drogas, vale decir, de una de las lacras que caracteriza la decadencia de estos tiempos.

Sin embargo, por encima de la confusión, y al lado de tantas familias nuestras que son auténticas reservas de la sociedad, los Avila Pérez cumplen, en particular y en equipo, con el encargo creador y la actividad divulgadora.

Ellos escriben libros y editan libros. Abel José, el padre y jefe del clan, incursiona en distintas disciplinas: Investigador Social, literato y analista; María Teresa, la madre, Socióloga de la Universidad Simón Bolívar, es guía y consultora permanente; Abel José, Alvaro Evaristo, Adriana Teresa y Alfonso José, los hijos, cumplen a cabalidad el papel de sus inclinaciones. Precisamente, el libro que se presenta esta noche habla por sí mismo de lo expuesto: Lo escribe Adriana, lo edita Abel y lo ilustra Alvaro, por cierto, con pinturas de nostalgias nocturnas de expresivo valor estético.

¿Y qué decir de la tarea editorial?

El libro, pese al predominio avasallante de los medios de comunicación modernos, sigue manteniendo su vigencia de máxima presentación de la cultura. Así lo entienden los propios personajes de la escena.

Los locutores de radio, o los actores de la televisión, por ejemplo, publican libros con sus memorias y recuerdos. Saben ellos que es el camino adecuado para perdurar. La voz y las imágenes son libélulas de corto predominio. La página escrita, por el contrario, eterniza el pensamiento y conserva el mensaje de los tiempos. Por eso, quien dedica sus afanes al fomento libresco merece gratitud y aprecio.

Pero hablemos de *Un asomo de sombra en la imaginación*. Aunque en verdad, ya los que tienen autoridad lo han hecho: Juan Zapata Olivella, el poeta de su raza y de las rosas, descubre en este poemario el universo interior que obliga a meditar; Reinaldo Bustilo Cuevas, otro poeta también de Cartagena, lo saborea en la palabra saturada de música, color y aroma; José Luis Granados, el crítico y bibliógrafo, encuentra en sus versos el milagroso cambio, en signos y sílabas, de las obsesiones de la edad primaveral; Homero Mercado Cardona, el filólogo y catedrático, explora la melancolía del paisaje juvenil.

Otros compañeros de inquietud creadora de la poetisa, Tomás Rodríguez Rojas, Vera Liñán, Federico Santodomingo Zárate, Amaury Díaz Romero y Antonio Saldías, se entrelazan para compartir ensueños.

Yo, por mi parte, aunque profano, he seguido la ruta de la noche azul para volver a saber, una y mil veces, que si falta el amor, el mar y la rosa no están presentes.

Y degusto con Adriana los anhelos truncos del ayer. Creo que más cerca de la fantasía está la realidad que motiva el canto.

Por eso hago un poco de bromas al padre celoso que se empeña en aclararme que en el poema "Estrellas en el día", sólo juega la imaginación, porque su niña mimada no está a la espera de príncipes que puedan devolverle los luceros. Los dos sabemos, a pesar de que él quiera ignorarlo, que la vida es la fuente inagotable de experiencias, ensueños y nostalgias.

Es cierto que hay un dejo de melancolía en algunos de los cantos, pero siempre el amor, cubierto en carmesí o violeta, ofrece su cielo de esperanzas.

No importa en qué sitio esté el motivo, en la ausencia o en el arribo. Porque el recuerdo, esa savia vital de las hojas desprendidas que el viento aleja, le avisa que la aman.

Alguna vez el amigo de un poeta comentaba la pena que sentía por su tristeza. Y entonces le dijeron: Déjalo que sufra para que podamos nosotros recibir la cosecha de su inspiración y de su canto.

Ahora, después de leer *Un Asomo de Sombra en la Imaginación*, de esta nueva poetisa barranquillera, me atrevo a aconsejarle a su preocupado padre: Que la dulce herida de los sueños esquivos desangre el corazón de Adriana, para seguir en el mañana, como ahora, mitigando el sopor del estío con sus tiernos reclamos al amor.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, mayo de 1994



# Bolívar y la gratitud

El orador consecuente y acertado tuvo razón: la gloria de Bolívar semeja la sombra alargada de los atardeceres. Y es éste un hecho digno de mayor regocijo en el mundo actual de la memoria frágil, sucesos con existencia efímera en el recuerdo y algo de ausencia en el cultivo de sentimientos que antes obligaban en plenitud a la correcta estima del provecho recibido.

Mientras los ríos corran al mar, hagan sombras en los valles los montes y haya estrellas en el cielo, debe durar la memoria del beneficio en la mente del hombre agradecido, razonaba Virgilio.

Sin embargo, no se puede esconder la realidad. Se vive ahora en un tiempo distinto, con días difíciles que confunden y desvirtúan. Y tal vez por eso, también sea más necesario valorar las personas que saben esquivar el turbión de la indiferencia y el apogeo al provecho material, para entregar su capacidad creadora en rendir permanente tributo a los que en el ayer hicieron posible el despeje del camino.

La semana pasada visitaba a mi aldea natal. Y le hablaba a mis paisanos del milagro de la muerte. La mañana anterior había asistido al entierro de uno de ellos en Barranquilla. Y no importó la distancia. Como siempre pasa en esos casos, allí estaban los rojos y azules, los de abajo y arriba. Distinto ese espectáculo de conciliación al escenario de la vida, muestra acongojadora de discordias y alejamientos sin sentido. Bueno, les dije, algo es algo. Por lo menos, en la pena y el dolor, perduran rasgos del ayer unitario y esplendoroso.

En el caso de los pueblos siempre la desgracia común, o la insurgencia, los apila. Por ejemplo, cuando luchan por la libertad o la independencia, nadie puede darse el lujo de estar fuera del grupo, al menos que involucre el estigma de traidor. Después, en el goce de la victoria, las pasiones políticas y las ambiciones por el poder siembran la disputa y el conflicto. No obstante, con el cambio de escena, al pasar el tiempo, cada cual toma el lugar que le corresponde en la historia.

La vida de Simón Bolívar obliga a la ofrenda permanente. Sus hazañas libertadoras, su pensamiento lúcido, su desprendimiento ejemplar, su sueño de hermandad unificadora de América Latina, su amor por la Colombia grande de Venezuela, Ecuador, Panamá y la actual Colombia, en fin, ese conjunto de logros y anhelos, induce a la admiración y al reconocimiento.

Ahora todos aceptamos al Libertador como Padre de la Patria. Por eso son dignos de respeto y gratitud los que se esfuerzan en mantener vivo el recuerdo de su existencia.

El viernes de la semana pasada, por ejemplo, la Universidad Simón Bolívar, con una delegación integrada por sus directivos y amigos intelectuales, se hizo presente en la Quinta San Pedro Alejandrino, última morada del Libertador, para rendir un homenaje académico a la doctora Zarita Abello de Bonilla y al señor dragoneante Luis Eduardo Pinto Fuentes.

La doctora Abello Bonilla, consagrada pintora, expresidenta de la Sociedad Bolivarina del Magdalena, dirige los museos de ese santuario del mundo. El dragoneante Pinto Fuentes, fervoroso guardián de la Quinta y de sus predios, guía de forasteros ilustres y de sencillos peregrinos, resume el goce de la vida cada mañana y cada tarde, al conducir al visitante por los aposentos testimoniales, para explicar con su palabra sentida el desenlace inevitable.

Quiso así la Universidad Simón Bolívar ofrecerle pleitesía también, a través de dos de sus hijos, a Santa Marta, la urbe meritoria de nuestra Costa, que siempre estuvo al servicio de la causa emancipadora, y después, en los momentos de confusión y desvío, recibió en su seno solidariamente al viajero moribundo.

Esos dos hermanos en Bolívar, la doctora Abello de Bonilla y el dragoneante Pinto Fuentes, extienden en el tiempo la envidiable misión de cuidar la historia de los dolorosos 17 días, y siguen la huella de Joaquín de Mier, Próspero Reverand, Mariano Montilla, José María Carreño, Laureano Silva, continuada en este siglo por la Sociedad Bolivariana del Magdalena y la Academia de Historia de Santa Marta y, en general, por todos los hijos de esa ciudad bendita, como la llamó el poeta, porque le dio al genio Libertador siquiera un pedazo de su suelo para recibir su cuerpo.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Publicado en EL HERALDO, el 18 de octubre de 1994



# El colonialismo intelectual

El novelista Ramón Molinarés me entrega emocionado el Magazín Dominical de *El Espectador*, donde aparecen interesantes declaraciones del poeta africano Mazini Kunene. En reportaje concedido a la periodista Claudia Antonia Arcila, el escritor negro se refiere al coloniaje intelectual que doblega la dignidad de nuestra gente. A la pregunta acerca del significado del encuentro en Medellín con poetas de regiones del mundo que han vivido una larga historia de coloniaje, Kunene, de manera directa y aleccionadora, responde: "El Festival (de Medellín) es un problema para mí porque hay una limitante. Acá, la poesía se vive de manera diferente a mi país. Para ustedes es muy importante que venga gente de afuera y lean sus textos, y que la fiesta gira en torno a ellos. ¿Dónde están los poetas nativos?, no los vi. Para mí se vive una situación de coloniaje. Lo siento. Pero eso es lo que he visto no sólo acá. En México tuve la misma sensación... Lo que siento es una situación aguda de coloniaje".

Para los economistas no es nada nuevo el fenómeno de la dependencia cultural. Tal vez en el campo de las ciencias sociales, políticas, económicas, el fenómeno es mucho más caracterizado. Por lo menos los poetas se atreven a cantarle en nuestros días a su paisaje y a su música. Es cierto que en el pasado los camellos o las princesas tristes eran motivo de inquietudes y esfuerzos en la búsqueda de la rima adecuada. Pero, en los últimos años, los tambores y al sonar de la caña, como dice el afortunado compositor, el ancestro y el grito de la madre que reclama justicia, motivan la creación literaria.

En nuestras universidades se sigue repitiendo sin ninguna clase de pudor lo que recogen en su páginas los textos extranjeros. Esta es la regla

general. Y, naturalmente, después de terminar estudios, como para darle consistencia al barniz, todo el que puede hacerlo, sigue al extranjero, a los grandes centros de dominio, en busca de mayor aculturación.

En días pasados conversaba con el escritor David Sánchez Juliao, nuevo Embajador colombiano en Egipto. Y con su amistad a toda prueba me hacía saber que apenas estuviera allá pensaba hacerme invitar por la Universidad de El Cairo. De inmediato le respondí: Y bien ganada tengo la invitación, porque bastante fueron las noches de desvelos repitiendo los nombres difíciles de pronunciar de decenas de faraones y pirámides en el estudio de la historia de las regiones orientales del pasado. Y con la gracia en el hablar y escribir del genial loriqueño, me comentó: – Historia que a lo mejor ni los mismos egipcios se aprendían, con el rigor de los castigos, como nosotros.

Entonces me recordó la anécdota que él escribiera sobre mi visita a Atenas, la tarde que visité la Academia de Platón, en plena sesión de sus miembros, y uno de ellos, que hablaba castellano, después de conversar conmigo sobre la *República* y los *Diálogos*, tuvo la ocurrencia de llamarme erudito. Erudito no, subdesarrollado, le repliqué. Porque el subdesarrollo consiste en eso: en saber más de lo ajeno que de lo propio.

En el análisis que los investigadores sociales de América Latina hacen del subdesarrollo, la dependencia ideológica y cultural juega un papel significativo. Es algo simple. Porque una economía nacional supone la existencia de una estrategia en la búsqueda de objetivos. Precisamente, la política económica es eso, vale decir, la conducta que el Estado asume para sortear dificultades y lograr unas metas. Todo lo cual obliga a considerar que, no obstante la reciprocidad que los intercambios y relaciones presumen, la realidad concreta exige una particular operancia que debe responder a un pensar o a una deducción conveniente, ya que lo bueno para una economía no lo es, necesariamente, para otra.

En estas lucubraciones de nunca acabar, ya expuestas en libros y ensayos, apenas si me atrevo a observarle al novelista Molinares que, además del coloniaje exterior, también existe el colonialismo interno, como para agravar más el asunto. Así, en esta deformación de los valores que propicia el subdesarrollo, gracias al centralismo, unas regiones asumen el

papel de metrópolis, digamos el caso de Bogotá, y otras de especie de colonias sometidas y tributarias. Si no que mi buen amigo se lo pregunte a muchos de sus colegas que sólo leen los diarios y los autores capitalinos, o se dan el lujo, con rebosante complejo de auspiciar encuentros en nuestros predios de escritores, con la exclusiva presencia de los residentes en la Atenas (o Antanas, como ahora llaman los humoristas) suramericana. Y que no se entere de esto el poeta Mazini Kunene...

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Publicado en EL HERALDO, el 15 de noviembre de 1994



## Sobre los homenajes

Se opina que el hombre, a cierta edad, queda sólo para recibir honores. Es como si se le comparara con los árboles, más apreciados, cuando se cosechan los frutos. Podría decirse que, con el paso del tiempo, al apreciar resultados de los esfuerzos se valora y reconoce el legado.

Sin embargo, no siempre ocurre así. En el apogeo de la entrega y la creación, los gestores de los cambios y de la realización meritoria, suelen escuchar el estimulante sonido del aplauso, o la palabra solidaria que agradece y compensa.

Estos hechos de prístina enmarcación espiritual constituyen una máxima razón en el sacrificio, o en el logro de objetivos anhelados. Tal vez Simón Bolívar, cuando tanto se afanaba en el cuidado de su gloria, hacía del reconocimiento del pueblo la suprema ambición. Con cuánto orgullo repetía lo mucho que apreciaba el título de Libertador, y con cuánta alegría, disfrutaba con sus soldados las flores y laureles en cada plaza libertada.

En la conducta de los hombres varias pueden ser las causas de sus afanes y ambiciones. En nuestros días, por ejemplo, el dinero parece prioritario. Es simple consecuencia de las costumbres y modalidades económicas prevalecientes. Otras veces el poder apasiona sentimientos y actuares. Pero, por encima del proceder prosaico, el cultivo del amor y de los idearios sigue en pie con su participación adecuada.

Claro está que hay necesidad de ciertas aclaraciones. Por ejemplo, no obstante el agrado por la ofrenda, ha de suponerse que ella brota de manera espontánea, y jamás debe ir más allá de lo prudente. Porque ni lisonja ni mezquindad son aconsejables.

En otras palabras, el homenaje hay que darlo en su justa medida, y recibirse sin alardes ni escrúpulos falsos. Y mucho menos hacer de la modestia el instrumento de un oculto y distinto sentir. Ya opinaba con autoridad Marañón sobre esta materia “En ciertas ocasiones, al rechazar un honor no es humildad, sino explícita soberbia, afán de superar a los que han aceptado antes todos los honores. Pocas veces asoma, como en este caso, con tanta nitidez a la superficie del alma, la violencia del subconsciente”.

Y ese concepto del sabio español es acertado: aunque ya se haya obtenido una presea, todos los días el acontecer brinda oportunidades para ganarse otras. Y nadie debe darse el lujo, so pena de trajinar por los predios del engreimiento, de despreciar al modesto admirador que reconoce complacido.

En los terrenos de la adulación los conceptos también exigen aclaraciones. No tejáis a nadie una corona de laureles demasiado grande, porque puede deslizarse al cuello como un cepo, opinaba Hebbel.

Con su manera satírica pero correcta de apreciar el comportamiento humano, Bernard Shaw, al referirse al honor y a los merecimientos, aconsejaba, sin pretender disminuir el significado de la gratitud, que sólo es prudente creer en el mérito cuando en verdad se ha logrado. De otra manera es mejor conservarse limpio y brillante al lado de una ventana para mirar el mundo. Porque nunca debe sacrificarse el honor para ganar honores.

En todo momento las personas rinden homenajes a sus semejantes. Al maestro que educa en los actos académicos de fin de año sus discípulos le estrechan la mano con afecto.

Los festejos de cumpleaños son ocasiones favoritas para ofrendar a la madre y al padre en el ámbito familiar. Los gobernantes saborean com-

placidos el reconocimiento público. Y las lápidas resumen, con la blancura y el mensaje del mármol tallado, el supremo contenido del testimonio por lo hecho.

Sea cual fuere, pues, la forma de conceder honores, siempre la persona a quien se le ofrece, si estos se ajustan adecuadamente a una realidad, ha de aceptarlo complacido, y más que una recompensa, como compromiso, para continuar adelante en el camino de la correcta respuesta a la razón de existir.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Publicado en EL HERALDO, el 22 de noviembre de 1994



## La Nochebuena se viene...

En mi pueblo el 24 los festejábamos los niños, apenas con la compañía de algunas señoritas. Parece que los adultos quedaban cansados de las juergas de los días de las velitas. Porque la patrona es la Virgen de la Inmaculada, y todo el año reposaban los ánimos, apenas con la interrupción de los carnavales, para entregarse al jolgorio compartido, desde el siete hasta el nueve de diciembre, inclusive. Por cierto que en una de las últimas visitas a Isabel López, los que recuerdan su historia oralmente transmitida, me hicieron saber que la buena costumbre religiosa de iluminar los sardineles en la madrugada del siete y la noche del ocho, se inició en el Atlántico, en dicho corregimiento.

Días antes del 24 se arreglaba el pesebre. Era la sencillez en el extremo. Unas pajitas, flores silvestres y pequeñas imágenes que simbolizaban al padre, la madre y el recién nacido. La novena se rezaba acompañada de cánticos. Como el techo de la iglesia se había quemado muchos años atrás, el esplendor de las noches decembrinas cubría el rito.

Entonces los cielos dejaban ver miles de estrellas. No se conocía la luz eléctrica y al pueblo lo rodeaban los bosques ejidales. Por eso el espectáculo mantenía el entorno natural de los tiempos bíblicos, incluso, a nuestra imaginación infantil, no se le dificultaba descubrir la Estrella de Belén.

Todo era espontáneo y limpio de sentimientos extraños. Nadie solicitaba nada, ni mucho menos pretendía relucir su vanidad con adornos espectaculares de emulaciones ostentosas entre vecinos y

revoltillo con panzudos papanoeles. Los juguetes, por lo general, se lo elaboraban los propios niños. A mí me gustaba imitar el corral de los animales domésticos.

A los calabazos biches le introducía palitos que semejaran las patas y el rabo para dar forma a las vacas, terneros y toros. Los trompos, de guayacán y canalete, las maderas apreciadas por su dureza, eran fruto del virtuosismo de todos, con la ayuda de pedazos de vidrios de las botellas vacías de ron Blanco, que hacían de cepillo, y clavos recogidos en los desperdicios de la carpintería de Fernando Barraza.

Los niños cantábamos con el solo acompañamiento del sonido de las brisas. Aún recuerdo algunas coplas que ahora llaman villancicos:

La noche buena se viene,  
la noche buena se va...  
y nosotros nos iremos,  
y no volveremos más.

Después volví a cantar esos versos en el Colegio de San José, de la calle de Las Flores, en Barranquilla. Y en estos momentos, cuando puedo razonar más allá de la hermosa simplicidad de la inocencia, me confunde el mensaje que descarta el regreso, poco apropiado para el consuelo de la fe cristiana.

La verdad es que la Navidad obsequiaba alegría para todos, aunque los niños la gozáramos más. Ahora sucede lo mismo. Esta noche he paseado las calles de Barranquilla en compañía de mis nietos. Ellos encuentran a la ciudad más bella y alborozada con los bombillos multicolores.

Entonces Arlencita, ya dispuesta a recibir la visita anunciada en los días del carnaval de amiguitas de otras partes, dice que todo debe quedar así hasta esa fecha. Yo no discuto sus deseos. Los tiempos cambian y las costumbres también. Sin embargo, al escucharla regreso al pasado, y pienso que en sus palabras no hay nada de profano. Porque son dos

fiestas de máxima alegría y regocijo. Todo nacimiento es motivo de dicha. Y más si el nuevo niño, como en el caso de Jesús, involucra la esperanza y es emblema de ánimo promisorio y placentero. Los carnavales, a la vez, expresan, con todo el vigor del alma popular, la fiesta de la vida.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Publicado en EL HERALDO, el 20 de diciembre de 1994.



# **LAS MEMORIAS REBELDES DE DON ROBERTO CARBONELL**

Aunque el poeta no lo hubiera dicho, a todo el mundo le parece innegable. Las personas de edad madura piensan que los tiempos pasados fueron mejores. Siempre ha ocurrido así y seguirá ocurriendo, por lo menos en lo que se refiere a los recuerdos gratos que tuvieron que ver con la niñez y la juventud. Naturalmente, se entiende que se trata de asuntos personales, en el marco de una determinada organización social. Porque, los grandes cambios que se operan, gracias a los procesos revolucionarios y al progreso de la humanidad, nadie puede darse el lujo de negar su trascendencia. De todas maneras, sea lo que fuere, la verdad es que la evocación se endulza y la imaginación moldea situaciones y encantos bajo el rigor de una nostalgia un tanto escapatoria. Tal vez el compae Manué, con su decir gracioso, al estilo costeño, resumía muy bien el apego a las costumbres alejadas, cuando exclamaba: “Desde que inventaron la nevera y el bidé, ni la carne sabe a carne, ni la mujé a mujé”.

Hoy, primero de noviembre, cuando escribo este prólogo, es día de los Angelitos, pero ya casi nadie se acuerda. Ahora se festejan las brujas, importadas del Norte. Anoche pasé varias horas en la puerta de la casa en compañía de los nietos repartiendo caramelos a los niños. En buen número llegaron disfrazados y con bolsas para guardar las golosinas. Muchos se quejaban, a su manera infantil, porque en toda parte les daban la misma clase de bombones. Antes, los “Angelitos” eran distintos,

casi siempre frutos de la tierra: pedazos de caña dulce, guíneos manzanos, guayabas, pulpa de coco. Pocas veces “arrancamuelas”, que costaban mucho: tres por un centavo. Los niños recorríamos las calles en pareja, pues todo lo obsequiado se amarraba, en forma de sarta, de pitas y cabuyas sostenidas por las puntas. Y los cántos no exigían, apenas solicitaban: “Angeles somos, del cielo venimos, pidiendo angelitos, para nosotros mismos”. Ahora es amenaza individualista bilingüe: “Triqui triqui, Halloween, quiero dulces para mí, si no hay dulces para mí, se le crece la nariz”.

Pero, en fin, si se dejan a un lado estos fenómenos propios de la dependencia cultural, resulta interesante observar que el espíritu festivo todavía se impone al temor y al aislamiento, grandes plagas de estos tiempos. Porque las familias estaban en las terrazas (por lo menos en mi barrio) para compartir con los niños, y las madres desfilaban con sus hijos, aunque fuese repitiendo los estribillos extranjerizados.

En mis observaciones de viaje anotadas en libros y artículos he descrito el lamentable paisaje de las ciudades de hoy, con barrios encerrados que impiden el acceso de la gente, y casas con rejas altas que semejan jaulas. En Maracaibo, por ejemplo, los vecinos poco se tratan, porque las tapias de hierro separan y aíslan. Ya Barranquilla, lamentablemente, va por ese camino. Y podría decirse que la inseguridad es la causa, pero no del todo. Hay otros motivos más protuberantes, muy propios del consumismo que nos impone la propaganda. Ellos juntos moldean las costumbres del presente. Como anota el periodista Juan Guillermo Aldana, en las grandes urbes, el único factor común entre sus habitantes es el miedo. “Miedo a salir, miedo al robo, miedo al atropello, a la estafa, a la carestía, al despido, miedo al fracaso. De ahí que para muchas personas la calidad de vida se convierte en el índice de cosas que aseguren hermetismo y aislamiento. Un televisor, un estéreo, un teléfono, un botellón de agua ozonizada, un apartamento con portería y un carro con pasacinta antirrobo, garantizan que la vida es maravillosa, sin nadie más que las otras víctimas que componen la familia”.

Antes el miedo era, por cierto, a las brujas, malas horas y demás personajes que la imaginación creaba. Y en las calles se departía sin temor al atraco, al sicario o al chofer irresponsable. En la cuadra o en el

barrio, casi todos eran amigos o, por lo menos, conocidos en disposición y ánimo para reunirse, conversar o departir. Y cuando el licor, los celos o cualquier otro agente perturbador rompían la armonía, los puños bastaban para dirimir diferencias y discordias.

¿Acaso, me pregunto esta mañana de saudade, se encuentre fundamento para añorar el pasado cuando hacemos del recuerdo un compañero favorito?

Como el momento es apropiado para la reminiscencia tomo en mis manos los originales de un próximo libro de don Roberto Carbonell. Don Roberto, aunque hace muchos años vive en Bogotá, regresa a Barranquilla en el ensueño para empezar a escribir sus **Memorias de un Rebelde**. A mí me agrada escucharlo, y ahora leerlo. Gusto mucho de pasar parte del tiempo acariciando el ayer. Hasta dos libros he publicado sobre esa material. Uno de ellos recoge el regreso a la infancia, ese país, al decir de Meira del Mar, al que debemos volver si queremos salvar el corazón de la tristeza.

Yo llegué a Barranquilla a finales de los años treinta. La ciudad entonces mostraba el esplendor de su condición porteña. Como apenas el cemento armado comenzaba a cubrir sus calles, se le llamaba La Arenosa. Sin embargo, sólo en los meses de verano y de fuertes brisas, las polvaredas maltrataban la blancura de los vestidos masculinos. Porque nadie pensaba en el calor, ni mucho menos en acondicionadores de aire. Y a tono con su clima, los hombres cumplían a cabalidad la vieja frase: Todos de blanco hasta los pies vestidos. Lo que quiere decir, además del saco y del pantalón de lino o dril **sedoso**, los zapatos y el sombrero de **tartarita**.

Para entonces la tradición conservaba su vigencia. El muy leído y acatado señor Carreño dominaba en los campos de la urbanidad. No existían señales de comportamientos parecidos a la **miamización** de las costumbres del presente. Y aquello no podía confundirse con actitud pacata ni nada parecido a la mojigatería. Por el contrario, era una manera apropiada y auténtica de convivencia, distinto a la descortesía y la ordinariez.

Don Roberto se va un poco más lejos, para hablar de la ciudad y del país de comienzos del Siglo. Yo le saco provecho y me entero de sus

anécdotas de mozuelo vivaz, que solía participar en los acontecimientos. Algo semejante hice durante más de veinte años, con su amigo y contemporáneo, don Benjamin Sarta. Muchas fueron las tardes que dejamos a un lado las preocupaciones del quehacer académico para gozar camino al regreso. Don Benja, así lo llamábamos, como don Roberto, no perdía las oportunidades de abrir la brecha a la realidad compartida, para volver a los viejos tiempos con la complicidad de su memoria prodigiosa que le permitía contar con lujo de detalles los sucesos de entonces. Y cuando lograba reunirlos a los dos, el goce era doble. Yo tenía el cuidado, cuando don Roberto visitaba a Barranquilla, de programar conversaciones en Pradomar, con el Caribe de testigo, para que nadie se atreviera a exagerar.

Roberto Carbonell es parte de la historia de Barranquilla y del país en este siglo. Periodista, político, industrial, cívico, ha participado en grandes jornadas de desarrollo nacional. Podría decirse que el apelativo que más encaja en su larga existencia es el de pionero. Buena parte de su inquieta vida la ha pasado organizando empresas, abriendo caminos. Unas veces fue soldado de la industria pesquera, otras de las perfumerías. Y todo ese mundo de iniciativas económicas siempre entrelazado con el desprendimiento cívico y la laboriosidad espiritual. En estos instantes retrocedo en el tiempo para encontrarme en la calle Obando, cuando regresaba del Colegio San José y me reunía con José Francisco de la Hoz, José Angel Bolaño y Manuel Figueroa, a preparar el programa radial *Luz y Ciencia* y el seminario *Tribuna Estudiantil*, y entonces, con orgullo costeño, buscaba en la página editorial del diario bogotano “El Tiempo”. la columna de Roberto Carbonell, especie de cuota barranquillera en la tribuna escrita del Presidente Eduardo Santos.

Tanto, en verdad, he admirado la obra y la conducta ejemplar de don Roberto Carbonell, que en un momento afortunado me permití patrocinar entre mis compañeros de labores universitarias, el otorgamiento del título de doctor Honoris Causa. Así lo hizo de inmediato la Universidad Simón Bolívar, para rendir homenaje de gratitud al patriarca, y oportuno reconocimiento, al ciudadano eminente.

No obstante todo lo que pueda mencionarse en un *currículum vitae*, que necesitaría de muchas hojas en blanco para reseñar tanto aporte a la razón de existir, lo más impresionante resulta comprobar que don Roberto Carbonell sigue en la brega sin conceder tregua ni descanso. En este

libro que publica la mundialmente reconocida casa editorial hispana, Plaza & Janes, continúa, como heredero de don Quijote, con lanza en ristre (digamos mejor pluma, para ser más exacto) en combate contra la corrupción, los abusos financieros, la concentración elitista del capital, el malestar inflacionario, etc. Cuando incursiona en los temas económicos suele, con la modestia propia de los sabios, reconocer que no tuvo la oportunidad de estudiar, bajo el rigor de la disciplina de la cátedra, las ciencias sociales y políticas. Pero nada de eso resta sino, por el contrario, avala. Lo que importa -cuestión por cierto de máxima importancia en la originalidad tan necesaria en nuestros países repletos de dependencia cultural e ideológica- es el análisis de una realidad concreta, para deducir interpretaciones y formular conceptos teóricos, o conductas correctivas de provecho colectivo. Además, y no sobra repetirlo, los grandes economistas del pasado, incluso los fundadores de la ciencia económica, jamás recibieron títulos en dicha disciplina, como fueron los casos de Quesney (médico), Ricardo (corredor de Bolsa), Smith (profesor de filosofía y moral), Hume (Filósofo), Malthus (clérigo anglicano), Stuar Mill (burócrata), o Marx (abogado y periodista). Para el caso colombiano puede decirse lo mismo y con mucho más expresiva muestra. Y eso es lógico: no existían entonces facultades o escuelas para expedir diplomas o títulos sobre la materia. En Colombia los estudios de Economía Política nacieron en la Universidad Nacional bajo la dirección de Antonio García, abogado de profesión. Primero existió un Instituto, años después convertida en Facultad. Precisamente, yo formé parte de lo que bien podría llamarse el grupo de los “conejillos de Indias”, o primeros estudiantes, en compañía de Jorge Child, Nicasio Perdomo, Raúl Alameda, Efraín Valencia Navia, y muchos otros discípulos de autodidactos en el saber económico y financiero, como el propio García, Carlos Lleras Restrepo, Leopoldo Lascarro, Gerardo Molina, Luis Rafael Robles, José María Ots Capdequi, Abdón Espinosa Valderrama, Guillermo Hernández Rodríguez, Adán Arriaga Andrade, Diego Luis Córdoba.

Con título o sin título de economista, mucho beneficio obtendrán los lectores de las **Memorias de un Rebelde**. Porque en las páginas de este libro se recoge el mensaje que refleja dignidad, conocimiento, experiencia y, sobre todo, moral de un hombre orgullo de su tierra, de sus hijos y de sus amigos.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Barranquilla, 1° de noviembre de 1994



## Los Escritores Costeños, los comejenes y Abel Avila

El doctor Abel José Avila Guzmán me envía la segunda parte de su obra *El Pensamiento Costeño*, que es un Diccionario de Escritores de los ocho departamentos de la región Caribe. Y llegan las pruebas de imprenta en un momento algo paradójico para el delicado compromiso de escribir el prólogo: Me encuentro en plena batalla, al lado de doña Anita y los *Genaros* (legendarios personajes del quehacer artesanal) contra miles de comejenes que invadieron mi biblioteca.

Cientos de libros se comieron los destructivos termites, que saben aprovechar muy bien sus caminos en forma de túneles de arena para llegar a sus objetivos.

Como es fácil suponer, la rabia y la tristeza me doblan el ánimo, sobre todo porque los muy inoportunos roedores de madera y papel, se habían localizado en los estantes que guardan los volúmenes con el legado de la literatura de la Costa.

Sin embargo, recibo una llamada telefónica desde Bogotá de David Sánchez Juliao, el escritor y diplomático orgullo de Lorica, y después de enterarse del infausto suceso, intenta animarme. Por lo menos, me dice, te queda el consuelo que esos insectos gustan de lo nuestro.

Entonces encuentro la oportunidad para comentarle la visita que la noche anterior me hizo el profesor Ralph Heyndels, de la Universidad de Miami, en compañía de Luis Eduardo Palencia y Juan Carlos Pérez.

El profesor Heyndels presta sus servicios como catedrático de literatura en la Universidad de Miami, y está en Barranquilla organizando un encuentro de universidades del mundo. Es un hombre consecuente que sabe sopesar en plenitud el fenómeno de la dependencia cultural. Cuenta que su Universidad se sostiene presupuestalmente gracias a los estudiantes suramericanos. Son más o menos el ochenta por ciento del total de la población estudiantil de dicha Institución y cada uno de esos alumnos paga matrícula por valor aproximado de cuarenta millones de pesos. Juntos leemos una encuesta entre quince lectores –todos figuras reconocidas de la política, las letras y la investigación científica– residentes en la Capital de la República, sobre los escritores más importantes del momento. Naturalmente, en expresivas respuestas propias de estas áreas, casi todos los autores mencionados son europeos y norteamericanos. Apenas, y tal vez por aquello del Premio Nobel, algunos incluyen a Gabriel García Márquez. Ni por chanza, como diría un paisano de Abel, en la lista de favoritos se menciona a un historiador, politólogo, científico social o ensayista de la Argentina, Chile, Brasil o Venezuela. Entonces, como para cerrar la conversa, con un poco de humor que mitiga la pena del desastre de los comejenes, el doctor Eugenio Bolívar, economista de profesión, se presenta con un loro de juguete –regalo de una amiga a su hija Claudia, en Navidad– que repite todo lo que le hablan cerca del pico. El profesor Heyndels lo toma entre sus manos, y dice: Soy un buen economista de un país subdesarrollado... soy un buen economista de un país subdesarrollado... Y el loro sigue repitiendo, con el mismo acento, mientras todos reímos a carcajadas.

\* \* \*

Tal vez por esta necesidad de valorar lo propio es mucho más importante la loable labor que adelanta el sociólogo y escritor Abel Ávila, al dirigir la Editorial Antillas, dedicada, casi con exclusividad, a publicar libros de autores costeos. Y, ahora, al redactar tres volúmenes con cortas biografías y análisis de cada una de las obras de los escritores de la región.

Y nunca como en estos momentos, cuando el centralismo se clasifica entre las causas y efectos del subdesarrollo, se hace necesario valorar estos esfuerzos de intelectuales libres de los complejos centralistas y extranjerizantes.

Los sucesos que se registran en el seno de los países socialistas del ayer (guerras intestinas, separaciones territoriales, luchas en favor de autonomías, etc.) son muestrario elocuente de la insurgencia regional en procura de la defensa de su identidad cultural, la etnia, el ancestro, las religiones y costumbres. Todo eso que Tolstoi llamaba el alma de los pueblos.

Un libro mío próximo a salir, que publicará la Editorial Grijalbo, recoge los prólogos que en los últimos treinta años he escrito para libros de amigos y compañeros de idearios. Al volver a leer su contenido pude apreciar que desde mucho tiempo atrás, en el análisis del dogmatismo doctrinario del soviétismo, hacía observaciones al énfasis monista en la lucha de clases.

Entonces casi no se tenían en cuenta, en su participación adecuada, a los valores que en nuestros días constituyen el motivo de acontecimientos que apenas y confunden. Antes de la Revolución de Octubre Lenin solía afirmar que Rusia era una cárcel de pueblos. Y todo parece indicar ahora, que después de ella, pese a los alcances de las nacionalidades de la URSS, los cambios fueron pocos, pues del subfondo, en el momento oportuno, los valores arrinconados emergieron en busca de su total validez.

No obstante las consideraciones anteriores, o tal vez como una arista particular que complementa los efectos negativos de la carencia de autonomía y valoración de lo propio generada por la dependencia, debe mencionarse la falta de autoestima que suele apreciarse en la región doblegada. En la Costa este síndrome es bastante notorio en las clases dominantes, grupos emergentes, intelectuales y nuevos ricos. Alguna vez contaba yo una anécdota que simboliza la situación: Juan se encuentra con Pedro y hablan de Sebastián. Tengo entendido, opina Juan, que Sebastián es un buen escritor y domina los temas que investiga. Qué escritor, ni qué dominio, ni qué carajo, si ese tipo es amigo mío, yo lo conozco, replica Pedro.

Quiere decir, que por amigo, o paisano, jamás se puede tener importancia. Y la persona que hace la crítica no alcanza a darse cuenta que al menospreciar al amigo o coterráneo, por ser amigo o coterráneo, se desprecia a sí mismo.

Lo cierto es que el profesional egresado de una universidad local si logra alguna fortuna o prestancia en el ejercicio de su profesión, envía después a su hijo a la universidad bogotana de alto costo o a las extranjeras. Lo mismo sucede con los hombres de negocios (industriales, comerciantes, banqueros, etc.). Como comenta el compadre Manuel Figueroa, firme en Caracolí, libre de complejos arribistas: "Es que los hijos salen de mejor familia". Y no se diga de los aspirantes a intelectuales: a esos, insinúa el poeta Federico Santodomingo, hay que traerlos a su biblioteca para que aprendan de los comejenes, y se den cuenta por dónde deben empezar, porque la verdad es que conocen al dedillo los autores extranjeros y se despiertan bien temprano los domingos para comprar los diarios bogotanos en procura de los suplementos literarios, mientras el resto de la semana se la pasan despotricando de sus amigos y paisanos.

Hace un par de semanas escribí, en mi columna semanal del diario El Heraldó sobre el tema de la aculturación, desde el punto de vista del papel que juega en este fenómeno la imagen televisada. Por considerar lo allí expuesto muy relacionado con las tesis de estos apuntes, me permito transcribirlo:

*En días pasados vino a Barranquilla mi admirado amigo, doctor José Jorge Dangond, Director de Inravisión, y declaró entusiasmado que en su mandato habría televisión durante veinticuatro horas, todos los días. Después lo encontré en una recepción social que se ofrecía para festejar su nombramiento, y al saludarlo sólo se me ocurrió decirle: ¿Por Dios, José Jorge, qué te hemos hecho para merecer tanto castigo?*

*La verdad es que nuestra televisión es bastante deficiente y algo dañina: Los noticieros, expresivos muestrarios de la violencia que azota al país; las telenovelas, con los mismos argumentos simplistas y morbosos de las bajas pasiones; las películas norteamericanas y su repeti-*

do argumento de la violencia, las drogas y el sexo. Incluso, en algunos programas llamados de humor, el exceso del mal gusto y de la caracterización del homosexualismo, parecen más apropiados para recintos cerrados.

*Hace poco escuché una de esas bellas locutoras de un noticiero muy molesta porque un periódico norteamericano calificaba a Colombia como el país más violento del mundo. Pero, a renglón seguido, como suele decirse, se dio gusto presentando las escenas de policías, guerrilleros, niños y delincuentes muertos o masacrados en nuestros campos y en las calles de las ciudades.*

*En buena hora el doctor Dangond, como también el señor Ministro de Comunicaciones, doctor Armando Benedetti Jimeno, son hombres de letras. Ellos han declarado que la programación mejorará, para darle un espacio adecuado al fomento de la cultura y a la estimación de nuestros valores intelectuales y morales.*

*Una televisión educativa y de sano esparcimiento es tan necesaria por cuanto la lectura aparece ya como una costumbre pasada de moda. Recientemente una noticia daba a conocer los datos sobre esta materia. Mientras en el Japón cada habitante –y son más de cien millones– leía en el año treinta y tres libros, en Colombia apenas si llegaban a unas pocas páginas. Vale decir, ni a un libro por persona.*

*Los libros recogen la sabiduría de los pueblos. Ellos constituyen el auxiliar más provechoso para actuar y pensar. Son los libros, opinaba Ricardo de Bury, maestros que nos enseñan sin varas ni férulas, sin gritos ni cóleras. Si a ellos te acercas no los encuentras dormidos, y si inquiriendo les preguntas, no esquivan su respuesta; si yerras no re-funfuñan; si te muestras ignorante, no se burlan de ti.*

*Lo curioso de todo esto es que el Japón y la China nos mandan sus aparatos de televisión gigantes y las computadoras, pero su gente sigue el lado de los libros y utilizando el ábaco para sus cálculos. La dependencia nos doblega y nos somete a los caprichos de los efectos demostración.*

*Esta semana Barranquilla recibirá la honrosa visita del señor Presidente, doctor Ernesto Samper. Viene él a protocolizar la Ley sobre Televisión. Ojalá el espíritu de la nueva norma sirva para superar las deficiencias actuales y definir al Estado como verdadero protector de las buenas costumbres y equilibrado orientador del uso de los canales. Porque en aras de la libertad y la competencia entre monopolios, que es la triste realidad de la economía de mercado de estos tiempos, en vez de mejoras pueden cultivarse más daños.*

*Mientras se anuncia, en buena hora, como gran acontecimiento para Barranquilla, la firma del estatuto de la televisión, también EL HERALDO publica la triste noticia del abandono que soporta la Biblioteca Pública Departamental Meira Delmar, que me permito llamar así, como un merecido homenaje a la más grande poetisa colombiana del presente, su paciente directora en varias décadas.*

*Y qué interesante y provechoso sería para la juventud estudiosa, recibir el mismo día declaraciones del señor Gobernador, doctor Nelson Polo y del señor Ministro de Educación, doctor Arturo Sarabia Better, de respaldo a la Biblioteca. Saben ellos muy bien, que en estos tiempos de billones y miles de millones en las partidas presupuestales, una suma de treinta millones de pesos anuales para sostener una casa pública de libros que es parte de la historia del Departamento y de Barranquilla en este siglo, es sencillamente deplorable.*

\* \* \*

Sin embargo, pese a esta realidad apabullante, el libro se esfuerza en defenderse, a pesar de la batalla desigual, en las regiones dominadas. Y es que existen quijotes promotores al estilo de Abel Avila, repletos de optimismo y sin reparo en la entrega, el servicio, el reconocimiento y el estímulo. La editorial Antillas, sea el caso, lleva ya 160 libros publicados, y en su investigación bibliográfica el doctor Avila hasta ahora ha compilado para los tres tomos de su Diccionario 600 autores que han escrito 2.300 libros.

Y lo más interesante de todo esto es que para el volumen tres, que publicará este mismo año de 1995 el maestro y amigo Abel José Avila

Guzmán, serán muchos los nuevos escritores que tendrá que incluir. Por ejemplo, ya comencé a leer los originales de próximos libros que publicarán las editoriales Plaza & Janés y Grijalbo, escritos por Roberto Carbonell, César Esmeral, Gustavo Raad, Ricardo Barrios Zuluaga, Antonio González y Rubén Fontalvo. Y apenas, cuando escribo este prólogo, han pasado los primeros veinte días del año.

\* \* \*

He leído con afecto las pruebas de imprenta de EL PENSAMIENTO COSTEÑO, Diccionario de Escritores, Tomo II, tal como hice con el tomo primero. Y el regocijo es doble: saber del trabajo intelectual de tantos soñadores y artífices de la palabra escrita regados por la región costeña, y volver a encontrarme con amigos, a través del análisis crítico de Abel Ávila. Y, más aún, al topar en las páginas de estos libros a entrañables autores y amigos (Jorge Artel, David Sánchez Juliao, Juan Zapata Olivella, Leonello Marthe, Rafael Ortigón Páez, Tomás Darío Gutiérrez, Manuel Marthe, Adriana Avila Pérez, Elberto González Rubio, Jorge Biswell, Pedro Obregón, Jorge Torres, Oscar Flórez Támara, César Bustos, Tallulah Flores), los cuales me concedieron el honor de permitir que les escribiera los prólogos de algunas de sus famosas creaciones.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS  
Pradomar, enero de 1995



# LOS CANTOS, CUENTOS Y OTROS SUEÑOS DE GUSTAVO RAAD

Uno de esos domingos inolvidables en frente del Caribe, en Pradomar, cuando todo se deja a un lado para abrir la puerta al corrillo deleitoso de contar cuentos, David Sánchez Juliao y Gustavo Raad dominaban plenamente la tertulia. En ese momento doña Anita interrumpe el palique para contar lo que Carmen, allí presente, con el cuidado responsable que la administración hogareña exige, le había dicho a su esposo en días pasados: –Deja el cuento de los cuentos, Gustavo, y dedícate a tus construcciones.

El asunto, interesante (y, por cierto, grato acontecimiento para el mundo de las letras costeñas) es que después de dedicar su vida a construir edificios y relatar anécdotas ancestrales de Magangué y sus contornos, Gustavo se puso a escribir.

Yo mismo, como cordial insinuante y estimulador del hermoso y flamante compromiso (los primeros relatos los publiqué en la Revista Desarrollo Indoamericano), también sufrí las consecuencias: De mañana, bien temprano, iba a mirar los muros y paredes que se levantaban para la nueva sede administrativa de la Universidad Simón Bolívar, proyectada y calculada por otros dos intelectuales, el acuarelista y arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar y el novelista e ingeniero Manuel Marthe Zapata, para preguntar cómo estaban las cosas. Pero, casi siempre, antes de indagar

sobre el desarrollo de la construcción, el doctor Raad comenzaba a explicarme la trama del cuento escrito la noche anterior, o a leerme el borrador de un corto poema al amor.

Así, podríamos afirmar ahora, entre las observaciones de la cónyuge y el compromiso laboral, que estamos perdiendo al hacedor de paredes y columnas mientras ganamos un arquitecto de palabras y de sueños.

Porque Gustavo sigue en afán de las alturas, pero ya no sólo la de los *penthouse* que ornamenta con tanto esmero en la cima de los rascacielos, sino unas más altas que le permitan descubrir en el silencio cósmico el susurro insinuante de su Dios. Sin embargo, como sabe muy bien que El está en todas partes, desde acá se le revela en el colorido de las flores, la melodía de los mochuelos, el aroma y el frescor de las brisas decembrinas y hasta en el monótono caer de la lluvia en octubre.

Tal vez en octubre, cuando el verso cae al alma como al pasto el rocío, al decir del poeta austral enamorado, la nostalgia se le acerca más para encontrar en el paso de los vientos la fuga de los recuerdos bellos que ahora, si acaso, apenas servirán para abonar soledades en los campos.

Pero de pronto surge el milagro, y la sonrisa de los niños basta para que vuelva a nacer la esperanza. Entonces se satura de entusiasmo: aunque la ilusión se alejó en un prematuro vuelo, la estrella luminosa de la partida habrá de servirle de señal en el camino.

Estos versos de Gustavo son sencillamente tiernos. Al fin y al cabo el arquitecto es también un artista. Así fue en el pasado y, en buena hora, sigue siendo. Bastaría con recordar los genios del Renacimiento, que trabajaban con las manos, el cerebro y el corazón. Schopenhauer opinaba que la arquitectura es música congelada. Yo le agregaría, música, poesía y sueños, a fin de estar a tono con el poeta que valoraba en plenitud el misterio onírico: "Para hacer una pradera toma un trébol y una oveja y un sueño. Pero si ovejas faltan, con un sueño te basta".

En cuatro versos, a la manera de Becquer cuando respondía la pregunta de la niña de la pupila azul, pero esta vez al referirse a los distintos

períodos o circunstancias, en apenas cuatro líneas, repito, Gustavo, el nuestro, medita bajo la sombra del amor:

“El pasado es olvido o es recuerdo,  
el presente es la sublimación del ser, el total existir,  
el futuro es la esperanza que viene a nuestro encuentro,  
¿y tú?... tú eres todos mis tiempos”

Se ha dicho que el hombre se supera cuando es capaz de reírse de sí mismo. Y eso hace Gustavo: deja a un lado vanidades, prepotencias y orgullos para gozar de lo bueno y lo malo de la existencia. Decir, por ejemplo, “te quiero porque me quieres a pesar de mí”, es mostrar una mezcla saludable de modestia y humor. E incluso, en los sentimientos y conductas que a través de los tiempos han sido semillero de intolerancias y comportamientos dogmáticos, el arquitecto Raad Mulford mantiene la cordura indispensable para compartir la ocurrencia en los predios de la gracia. Alguna vez le reprochaba su ausencia a una reunión política por estar entregado, como miembro activo que es de la organización laica de cristianos, a llevar el mensaje de Jesús en barrios apartados, y le dije:

-Cuando estés allá arriba en tu gloria comiendo todo el día maná con sabor a nieve azucarada, y yo goce abajo con don Sata asando en la caldera del infierno sabrosas sobrebarrigas y *reventando los sancochos del Guayabo de la Ye*, de la tierra sabanera de la doctora Carmen, te mostraré esas sabrosuras para que sufras.

Bueno, me respondió con esa soltura propia de su ingenio. En ese momento abriré las cortinas de mi alcobita celestial para mostrarte los estantes con libros. Y te veré como loco desesperado pidiéndome que te arroje alguno. Para tus súplicas habrá una respuesta: Imposible, porque el fuego quema el papel. ¡Entonces sabrás, amigo mío, lo que es el infierno!

Pero volvamos al romántico que se doblega ante el suceso inesperado del adiós. Y no lo acepta. Para eso están los hasta luego que disminuyen el pesar de la partida. Entonces le canta a su niña bonita como la esperanza que le brinda la vida, para ver más clara la transparencia del mar y la “sonrisa del sol que ilumina al despertar de cada día...”.

\* \* \*

La lectura de los versos sencillos de Gustavo me ha contagiado. Y me aparto así del comienzo. Porque, en verdad, mi intención era la de referirme a los cuentos. Algunos de ellos los comenté oportunamente.

Volvamos, pues, al cuento de los cuentos.

El asunto comenzó en abril de 1994. Por primera vez, pasados veintiocho años, *Desarrollo Indoamericano*, Revista de los economistas originales de América Latina, dedicó varias de sus páginas a la creación literaria. Y comenzó con los suyos, quiero decir, los de la Universidad Simón Bolívar: dos poemas y un cuento de la autoría de Jorge Artel, la máxima expresión de la poesía negra, Poeta Nacional de Colombia y miembro de la Sala General; Oscar Flórez Támara, abogado y bibliotecario del Alma Mater, y Gustavo Raad Mulford, constructor de los edificios de la Universidad, y debutante en el difícil género del cuento.

“¿ Y de qué se ríen?” fue lo primero. Es el regreso de Gustavo a la región ribereña, donde pasó su niñez. Allí está la Naviera con sus barcos de carga y pasajeros que recorrían el Magdalena con el alegre chapoteo de sus ruedas gigantes y el sonar de ruidosos pitos. Cuando lo leí antes de entregárselo a Rafael Salcedo en su Editorial Mejoras –que es una expresiva muestra del ayer de linotipos y cajistas curtidos en simpática armonía con computadores y juveniles *digitadoras*– regresé de inmediato al Vasquezpé, el bello buque, especie de palacete flotante, que disfruté en diciembre de 1945, cuando salí de Barranquilla, rumbo a Puerto Salgar y con destino a Bogotá o, para ser más exacto, a la Universidad Nacional. El relato subyuga desde el primer párrafo, y el personaje –figuras extrañas que aparecían de vez en cuando en la tranquila monotonía de la existencia pueblerina– está descrito con acierto y gracia.

El recuerdo del río se complementa en la “Muerte de un Coloso”, que es una especie de elegía. “En las horas de la tarde, escribe Gustavo Raad, llegó callado el más grande de todos los barcos de todos los tiempos, que en otras épocas se paseaba orgulloso por la principal arteria fluvial del país. Su fama no tenía fronteras y su nombre estaba escrito en el libro de

los gigantes. No transportaba personas importantes; estas eran importantes porque viajaban en él". Este último concepto me trae a la memoria una anécdota de mis años de estudiante en Bogotá. Un paisano costeño recién llegado a la Capital, que gustaba de asistir a recepciones sociales, tuvo una simpática ocurrencia. En dichas reuniones cada persona que le presentaban o saludaba, como era costumbre entonces, le hacía entrega de una tarjeta con su nombre y rango (exembajador, exministro, doctor en tal o cual cosa, etc.). Entonces él mandó a imprimir las suyas con la siguiente leyenda: Pedro Pérez, Expasajero del David Arango.

Después vino "Nochebuena". Como buen conocedor del alma campesina, Gustavo Raad le saca buen provecho al recuerdo del paisaje de su entorno juvenil. En este cuento da rienda suelta a la imaginación y se complace en mencionar las cosas elementales de la vida con el buen decir de la prosa poética.

En "Los Gallos", el final inesperado, es sencillamente insinuante. Expresivo y gracioso, como son las costumbres y el alma de la región Caribe de Colombia, donde los pleitos se resolvían -y aún suelen resolverse- a trompada limpia, o con un abrazo, los rivales encuentran el camino acertado para saldar rivalidades.

Y así podría seguir refiriéndome a todos los demás que, no obstante de no ser muchos, como los poemas, sí son suficientes para abrir un paréntesis, con sus lecturas, en el diario trajinar, en procura de un poco de solaz refrescante. Porque, también hay que mencionarlo, como buen costeño, Raad Mulford dedica las últimas páginas a la *mamadera de gallo*. Y, por cierto, que lo que él llama filosofía de bajo costo, argumento de telenovela criolla, placer de no fumar, etc., viene a servir de epílogo que facilita el divertimento después de la nostalgia del ensueño.

\* \* \*

En este asunto del primer libro de Gustavo Raad Mulford, su colega y amigo Ignacio Consuegra Bolívar, mete la mano. Quiero decir, la mano y el pincel. Y así como lo hizo en los poemarios de Jorge Artel, Juan Zapa-

ta Olivella y Tallulah Flores, ilustra, también, cada una de las páginas de *CANTOS, CUENTOS Y OTROS SUEÑOS* con la suavidad de los colores que sólo la acuarela permite apreciar en toda la dimensión de un atardecer caribeño. Buena parte de sus vidas han estado juntos Gustavo e Ignacio. Han sido *llave* de afanes y proyectos arquitectónicos en la Universidad Simón Bolívar. Ahora, con el deleite que el ingenio depara, comparten con fortuna las páginas de este libro.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Pradomar, enero de 1995